
Hombrecitos

Louisa May Alcott

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 3089

Título: Hombrecitos

Autor: Louisa May Alcott

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 17 de noviembre de 2017

Fecha de modificación: 13 de mayo de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Capítulo 1

—Caballero, ¿quiere hacer el favor de decirme si estoy en Plumfield...? —preguntó un muchacho andrajoso, dirigiéndose al señor que había abierto la gran puerta de la casa ante la cual se detuvo el ómnibus que condujo al niño.

—Sí, amiguito; ¿de parte de quién vienes?

—De parte de Laurence. Traigo una carta para la señora.

El caballero hablaba afectuosa y alegremente; el muchacho, más animado, se dispuso a entrar. A través de la finísima lluvia primaveral que caía sobre el césped y sobre los árboles cuajados de retoños, Nathaniel contempló un edificio amplio y cuadrado, de aspecto hospitalario, con vetusto pórtico, anchurosa escalera y grandes ventanas iluminadas. Ni persianas ni cortinas velaban las luces; antes de penetrar en el interior, Nathaniel vio muchas minúsculas sombras danzando sobre los muros, oyó un zumbido de voces juveniles y pensó, tristemente, en que sería difícil que quisieran aceptar, en aquella magnífica casa, a un huésped pobre, harapiento y sin hogar como él.

—Por lo menos, veré a la señora —dijo, haciendo sonar tímidamente la gran cabeza de grifo que servía de llamador.

Una sirvienta carirredonda y coloradota abrió sonriendo y tomó la carta que el pequeñuelo silenciosamente le ofreció. Parecía acostumbrada a recibir niños extraños. Hizo que tomase asiento en el vestíbulo y se alejó, diciendo:

—Espera un poco, y sacúdete el agua que traes encima.

Prontamente halló entretenimiento el chico, con sólo

dedicarse a contemplar, desde el oscuro rincón próximo a la puerta, el espectáculo que se desarrollaba ante su vista.

La casa debía estar llena de chicuelos que se distraían jugando en aquella hora lluviosa del anochecer. Había muchachitos por todas partes; arriba y abajo, en lo alto y al pie de la escalera, en las habitaciones y en los pasillos; por todas las puertas se veían grupos de niños de distintas edades, que retozaban con gran contento. Dos espaciosas habitaciones, a la derecha, servían evidentemente de aulas, a juzgar por los pupitres, mapas, pizarras y libros de que estaban llenas. En la chimenea ardía buena lumbre; ante ella, varios niños tiraban por alto las botas, discutiendo un juego de cricket. Sin hacer caso del alboroto, un muchacho de espigado talle tocaba la flauta en un rincón. Dos o tres saltaban sobre los pupitres y se reían de las caricaturas que un compañero trazaba en la pizarra.

En la habitación de la izquierda, sobre una larga mesa, veíanse jarras de leche y bandejas llenas de panecillos, galletas y bizcochos. El aire estaba impregnado de olor a manzanas cocidas y a tostadas de pan con manteca..., iolor desesperante para un estómago hambriento...!

En lo alto de la escalera había jugadores de bolos; en la primera meseta y en la segunda había quienes se dedicaban a otros juegos; en un escalón leía un niño, en otro, una chiquitina le cantaba a su muñeca; dos perros y un gatito se mezclaban a los grupos infantiles; y, en fin, a lo largo del pasamanos, se deslizaban algunos diablejos.

Sugestionado por aquella animación, Nathaniel salió del rincón en que tomara asiento, y cuando un chico, al resbalar por el pasamanos, cayó con fuerza bastante para romper una cabeza que no estuviese acostumbrada a once años de caídas y de coscorriones, instintivamente corrió a socorrer al desdichado jinete, creyendo encontrarle medio muerto. El caído, sin embargo, se limitó a hacer algunas muecas de disgusto; luego, mirando al intruso, exclamó:

—¡Hola...!

—¡Hola! —replicó Nathaniel.

—¿Eres nuevo? —preguntó el caído, sin levantarse.

—Aún no lo sé.

—¿Cómo te llamas?

—Nathaniel Blake.

—Yo me llamo Tommy Bang; ¿quieres que demos una vuelta?
—insinuó.

—Preferiría esperar un poco, hasta saber si me quedo o no
—murmuró Nathaniel.

—Oye, Medio-Brooke, ven a ver a uno —gritó Tommy,
volviendo a cabalgar en el pasamanos.

Al oírse llamar, el pequeñuelo que leía sentado en un escalón, alzó sus negros ojazos, cerró el libro, lo guardó bajo el brazo, y descendió a saludar «al nuevo», encontrando muy simpático a aquel pobrete delgaducho y de dulce mirada.

—¿Te manda el tío?

—Me envía el señor Laurence.

—Bueno; ése es el tío; siempre manda niños buenos.

Nat, lisonjeado por la observación, sonrió. Los dos chicos se quedaron callados un momento, contemplándose con agrado.

Aproximóse una pequeña llevando a la muñeca en brazos. Parecíase mucho a Medio-Brooke, aun cuando era menos alta; tenía el rostro sonrosado y ojos azules.

—Esta es mi hermana Daisy —presentó Medio-Brooke.

Se saludaron con una inclinación de cabeza los chicos, y la dueña de la muñeca murmuró:

—Creo que te quedarás con nosotros; aquí pasamos muy buenos ratos, ¿verdad, Medio-Brooke?

—¡Vaya si los pasamos! ¡Para eso vive en Plumfield la tía Jo!

—Me han dicho que esto es muy bonito —observó Nat.

—Esto es lo más bonito que hay en el mundo, ¿verdad, Medio-Brooke? —habló Daisy, que siempre juzgaba a su hermano como alta autoridad en todas las materias.

—No; Groenlandia, por tener montañas de hielo y focas, debe ser más bonito; con todo, me agrada Plumfield —contestó Medio-Brooke, que, por entonces, estaba consagrado a la lectura de narraciones; y ya se disponía a enseñar y a explicar las estampas del libro, cuando volvió la sirvienta y dijo a Nat:

—Está bien; espera.

—Me alegro, ahora viene la tía Jo —dijo Daisy, tomando a Nat, protectoramente, de la mano.

Medio-Brooke volvió a dedicarse a la lectura; su hermana llevó al niño nuevo a una habitación interior donde un caballero corpulento retozaba en el sofá con dos chiquitines; junto a él, una señora delgada terminaba de leer, por segunda vez, la carta de presentación del huésped.

—¡Aquí está, tía! —exclamó Daisy.

—¿Es éste mi nuevo niño? Me alegro mucho de verte aquí y deseo y espero que te encuentres satisfecho —dijo la señora, acariciando al muchachito, que se sintió conmovido.

La señora no era bella; pero en el semblante, en las miradas, en el gesto, en los ademanes y en las inflexiones de la voz,

tenía algo muy difícil de describir, pero muy fácil de ver y sentir; algo atrayente, afectuoso, simpático, agradable; algo «alegre» como decían los sobrinos.

La amable dama, acariciando a Nat, vio que temblaba, y se conmovió al notar la emoción del chico.

—Yo soy —le dijo— mamá Bhaer; este señor es papá Bhaer, y esos dos pequeñuelos son nuestros hijitos. Venid acá.

El corpulento señor se acercó, conduciendo a los dos pequeñines. Rob y Teddy, que saludaron a Nat haciendo una mueca. El papá dio un apretón de manos al visitante, y, ofreciéndole una silla baja junto a la lumbre, le dijo:

—Siéntate, hijo mío, y caliéntate; vienes empapado.

—¿Empapado...? ¡Pobrecito! —murmuró la mamá—. Vete desnudando, mientras yo te traigo ropa para que te cambies.

Y como lo dijo lo hizo; poco después se encontró Nat cómodamente instalado cerca del fuego, y bien abrigado con excelente ropa.

La señora le ofreció unas zapatillas de abrigo, no sin preguntar antes a Tommy si las necesitaba.

—No, tía Jo, muchas gracias —contestó afectuosamente el dueño de las zapatillas.

La tía Jo pagó con una mirada de cariño la atención de Tommy, y luego, dirigiéndose a Nat, exclamó:

—Tommy nunca usa zapatillas; te estarán un poco grandes, pero no importa, así no podrás escaparte de casa.

—Señora, no pienso escaparme —respondió Nat.

El señor Bhaer estudió detenidamente lo encendido de los pómulos, lo seco de los labios, lo hundido del pecho y lo ronco de la tos del niño y después de cambiar significativas

miradas con su esposa, dijo:

—Robin, hijo mío, ve y pídele a la niñera el frasco del jarabe para la tos, y el linimento.

Nat se asustó un poco con tales preparativos; pero se tranquilizó cuando el señor Bhaer le dijo por lo bajo:

—Fíjate en que el bribonzuelo de Teddy está haciendo esfuerzos para toser. Sabe que es muy dulce el jarabe que voy a darte y quiere probarlo.

Aún no había terminado la primera cura, cuando sonaron varias campanadas, seguidas de ruidoso pataleo. Había llegado la hora de comer.

Doce niños se hallaban a cada uno de los lados de la mesa, haciendo cabriolas de impaciencia junto a sus respectivas sillas; el flautista procuraba llamarlos al orden. Nadie se sentó hasta tanto la mamá tomó su asiento, cerca de la gran tetera, teniendo a Teddy a la izquierda y a Nat a la derecha.

—Este es nuestro nuevo huésped, Nathaniel Blake —anunció la señora—. Después de comer lo saludaréis. Ahora, niños, silencio y calma.

El matrimonio Bhaer procuraba, y generalmente lo conseguía, que los chicos guardasen compostura durante las comidas. Lo mandaban poco y se hacían obedecer. Mas como hace falta de vez en cuando dejar que los pequeños se expansionen a sus anchas, todos los sábados por la noche se les concedía un rato de completa expansión.

—¡Pobrecillos! Hay que concederles siquiera un día para que griten, brinquen y jueguen a sus anchas, sin trabas ni restricciones. Sin completa libertad, no hay fiesta completa —solía exclamar la señora Bhaer, cuando veía que algunas personas se asombraban de que se consintiese a los niños cabalgar sobre los pasamanos de la escalera, arrojar almohadas y cometer otros excesos.

Aprovechando un momento en que todos reían, Nat preguntó a su vecino:

—¿Quién es el que está en el extremo de la mesa junto a una niña...?

—Medio-Brooke, un sobrino de los dueños de casa.

—¿Medio-Brooke...? ¡Qué nombre tan raro!

—No se llama así; se llama Juan Brooke, pero como su padre, que es un hombre, se llama también Juan, para no confundir al chico con el grande le llamamos Medio-Brooke.

—¿Quién es el gordo que está a su lado...?

—¡Zampabollos! Su nombre es George, pero le decimos Zampabollos porque es el más tragón de la casa. Mira el que está junto a papá Bhaer: es su hijo Rob, y el de más allá, aquel grandullón, Franz, sobrino del papá; ese Franz da lecciones y es como un inspector nuestro.

—¿Toca la flauta...?

Tommy movió afirmativamente la cabeza; no podía hablar en aquel momento, por haberse metido en la boca una manzana entera. La engulló y añadió:

—¡Ah! Nos divertimos de lo lindo; bailamos, hacemos títeres y tocamos buena música. A mí me gusta el tambor y quiero aprender, para ser maestro tamborilero.

—Pues a mí me gusta más el violín, y ya sé tocarlo.

—¿Tocas el violín? —exclamó admiradísimo, Tommy—. Papá Bhaer tiene un violín viejo y te lo prestará.

—¿Sí...? ¡Cuánto me alegro! Yo me ganaba la vida yendo por las calles tocando el violín, con mi padre y con otro hombre... Mi padre murió...

—¿Hablas de veras?

—Sí; iera horrible! He pasado mucho frío en invierno y mucho calor en verano; he comido casi siempre poco, y, a veces, cuando me cansaba de andar, me reñían... —Nat se detuvo para morder una galleta, como para cerciorarse de que los malos tiempos ya habían pasado. Luego añadió, tristemente—: ¡Yo quería muchísimo a mi violín y lo echo mucho de menos! Nicolás me lo quitó cuando murió mi padre.

—Bueno, pues si quieres, serás de nuestra orquesta.

—¿Tienen orquesta...?

—Una orquesta magnífica; todos los músicos son niños, pero... ¡hay que oír los conciertos...! Ya verás lo que sucede mañana por la noche.

La señora Bhaer no había perdido palabra del diálogo, aunque aparentaba dedicarse a servir a los comensales y a cuidar de Teddy; éste se había ido durmiendo, en tal forma que casi se metió la cuchara por un ojo, cabeceó y por fin se dedicó a roncar con la carita sobre el mantel.

La señora Bhaer había colocado a Nat cerca de Tommy, porque este inquieto rapazuelo era expansivo, alegre, llanote y muy a propósito para inspirar confianza a personas tímidas. Con el diálogo que escuchó, tuvo suficiente la dama para darse cabal idea del carácter de su nuevo huésped.

La carta-presentación que Nat llevó a la señora Baher decía así:

Querida Jo:

He aquí un caso de conciencia para ti. Este pobre niño se encuentra huérfano, enfermo y sin familia. Ha sido músico callejero; lo encontré en una cueva, llorando por su padre muerto y por su violín perdido. Creo que tiene corazón de

artista y deseo que hagamos de él un hombrecito. Tú cuidarás de su fatigado cuerpo, Fritz cultivará su abandonada inteligencia, y, cuando llegue el momento, yo veré si se trata de un genio o de un artista mediocre, apto sólo para ganarse el pan.

Ayúdame con tu maternal solicitud, a que hagamos la prueba.

Teddy.

—¡Vaya si le ayudaré! —exclamó la señora Bhaer, al terminar la carta. Luego, mirando a Nat, comprendió que, ya llegase a genio o ya quedase en mediocridad artística, allí había un niño enfermo y abandonado, muy necesitado de lo que ella podía y quería darle: hogar y cuidados maternales. Los esposos observaron atentamente al pequeño, y, a pesar de lo andrajoso del traje, de la suciedad del rostro y de la tosquedad de modales, quedaron bien impresionados. Nat era un muchachito de diez años, pálido, delgado, de ojos azules, frente despejada, enmarañado cabello, rostro inquieto que revelaba temor de reprensiones o golpes y reflejaba gratitud ante la menor muestra de afecto.

—¡Pobrecillo! Podrá tocar el violín tanto como quiera —murmuró la señora Bhaer al notar el gozo con que Nat oía a Tommy hablar de la orquesta infantil.

Después de comer, cuando los chicos entraron tumultuosamente en la escuela para seguir retozando, la tía Jo apareció con un violín en la mano, y tras breve conversación con su marido, se acercó a Nat, que estaba sentado en un rincón.

—Toma, hijo mío —le dijo—. Toca un poquito. Necesitábamos un violinista para nuestra orquesta.

Sin vacilar, con apresuramiento revelador de viva afición musical, el niño tomó el violín.

—Señora, tocaré lo mejor que pueda —murmuró.

Grande era la algarabía que reinaba en la habitación; sin embargo, Nat, como si estuviese sordo a todos los ruidos que él no producía, comenzó a tocar blandamente. Preludió una sencilla «Danza africana»; los niños, al escuchar la música, enmudecieron, y, sorprendidos y deleitados, prestaron atención. Poco a poco fueron formando corro en torno al violinista. La señora Bhaer observaba con fijeza. Nat, brillantes las pupilas, parecía transfigurarse al hacer que el violín emitiera un lenguaje que encontró eco en todos los corazones.

Al terminar, un aplauso cerrado, sincerísimo, tronó en la sala.

—¡Muy bien! ¡Pero muy bien! —exclamó Tommy, que consideraba ya a Nat como a su «protegido».

—Serás el primer violín de mi orquesta —añadió Franz.

—Teddy está en lo cierto; este niño tiene corazón de artista —insinuó la señora Bhaer, dirigiéndose a su esposo. Este, acariciando al pequeño músico, exclamó:

—Tocas muy bien, hijito. Ahora ven y acompaña algo, para que cantemos.

El instante más hermoso y feliz de la vida del infeliz niño fue cuando se vio en la plataforma, junto al piano; los chicuelos le rodearon sin fijarse en su pobreza, antes bien, mirándole con respeto y deseando oírle tocar de nuevo.

Eligieron una canción conocida, y tras varias salidas en falso, violín, flauta y piano sonaron acompañados por un coro de voces infantiles que hizo retemblar la habitación.

Aquello fue demasiado para Nat; cuando el coro terminó, soltó el violín, y volviéndose hacia la pared, rompió a llorar.

—¿Qué te pasa, hijo mío? —preguntó la señora Bhaer.

—No lo sé... Ustedes son muy buenos... Esto es muy hermoso... Llora sin poderlo remediar... —contestó el chico, sollozando y tosiendo hasta perder el aliento.

—Ven, hijito; necesitas acostarte y descansar; estás muy fatigado —murmuró la buena señora dejándolo llorar tranquilamente.

Luego, le pidió que le contase sus penas, y, muy conmovida, escuchó la triste historia del huérfano.

—Bueno, hijo mío —le dijo—; aquí tienes ya padre y hogar. No pienses en el pasado; ya tus penas han concluido; esta casa se ha hecho para que los niños disfruten de alegría y aprendan a ser hombres de provecho. Aquí tendrás cuanta música apetezcas, pero ante todo tienes que curarte. Vamos a buscar a la niñera; te bañaré, te acostarás en seguida, y mañana formaremos un plan de vida; no te preocupes.

Nat besó la mano de su protectora y se dejó llevar a otra amplia habitación, donde encontraron a una alemana corpulenta y mofletuda, tocada con blanquísima cofia.

—Esta es la niñera Hummel; verás cómo te da un baño, te corta el pelo y te deja «como nuevo», según dice Rob. Mira el cuarto de baño; los sábados damos un fregote a los pequeños primero, y luego los acostamos antes de que los mayores vengan a alborotar. Roberto estará a tu lado.

Mientras hablaba, la señora Bhaer desnudó a Rob y lo zambulló en uno de los dos baños grandes, que, en unión de jofainas, aparatos de duchas, baños de pies, etc., ocupaban la estancia. Nat tomó un baño, y, mientras se higienizaba, vio a las dos mujeres lavotear, vestir de limpio y acostar a cuatro o cinco chiquitines que reían y gritaban gozosamente.

Después, enjugándose, sentado en una alfombra junto al fuego, se dejó cortar el pelo, y vio llegar a otra tanda de niños, que, al bañarse, alborotaban y revolvían el agua como

si fuesen cachalotes.

—Aquí dormiré mejor Nat y si tose le da usted cocimiento pectoral —dijo la señora Bhaer, que iba y venía, como gallina rodeada de polluelos.

Hummel aprobó la idea; puso a Nat una camisa de franela, le hizo beber una poción dulce y calentita y lo arropó bien en una de las tres camas que había en el cuarto. El muchachito, maravillado de tanta comodidad, se hallaba como en éxtasis. La limpieza le producía una sensación deliciosa y desconocida; la camisa de franela era un lujo inusitado; el jarabe dulcísimo que le calmaba la tos, le parecía una caricia hecha a su cuerpo, como las palabras de afecto le sabían a caricias del alma; al verse cuidado, atendido y acostado en aquel dormitorio, creíase en el cielo. Antojábasele estar soñando y se resistía a dormir temiendo que al despertar se hubiese disipado tanta ventura. Difícil le hubiera sido dormir entonces, porque cabalmente principiaba uno de los originalísimos números del programa educativo de Plumfield.

Tras un silencio en los ejercicios acuáticos, comenzaron a surcar el aire en todas direcciones almohadas que, desde los lechos, lanzaban blancos duendecillos. La batalla era sañuda en algunos dormitorios y aun llegaba al cuarto de la niñera, en forma de algún guerrero acorralado, que buscaba refugio. Nadie se admiraba de aquella lucha, ni nadie la impedía. Hummel colgaba las toallas y la señora Bhaer preparaba ropa limpia como si allí nada ocurriera. Más aún, la misma señora echó a correr tras un chico y le disparó la almohada que el audaz le lanzara.

—¿No se harán daño? —preguntó Nat, riendo con ganas.

—Nunca. Los sábados por la noche les permitimos una batalla de almohadas; así reaccionan después del baño —contestó la señora Bhaer, ordenando doce pares de zapatos.

—¡Qué escuela tan bonita es esta! —exclamó Nat.

—Es muy original —replicó, risueña, la señora—. Ya verás que no molestamos a los niños con estudio excesivo ni con normas rigurosas. Al principio prohibí las batallas de almohadas; cuando me convencí de que iba a ser difícil que me obedecieran, hice un trato; les permití batallar quince minutos todos los sábados a cambio de que los demás días se acostasen tranquila y formalmente. Si faltan al convenio, no hay batalla el sábado; si cumplen lo pactado, quito las lámparas y los dejo brincar a sus anchas.

—¡Es admirable! —murmuró Nat, pensando en tomar parte y no atreviéndose a intervenir por ser recién llegado.

La señora Bhaer miró el reloj y dijo:

—Basta, niños; a la cama; cada uno a lo suyo, si no, sufrirán la multa.

—¿Qué multa? —interrogó temeroso Nat.

—La de quedarse sin juego el sábado próximo —contestó la señora—. Les concedo cinco minutos para tranquilizarse; después coloco las lámparas en su sitio y espero a que reine el orden. Verás cómo obedecen.

Así fue. La batalla terminó tan bruscamente como principiara; un disparo o dos; una aclamación final; Medio-Brooke arrojando siete almohadones sobre el enemigo que huía; desafíos concertados para el próximo encuentro; tal cual grito reprimido; algún que otro murmullo y... nada más.

Así concluyó la batalla de almohadas. La señora Bhaer besó otra vez a Nat, y éste se durmió con los felices sueños de la vida de Plumfield.

Capítulo 2

Mientras Nat duerme tranquilamente, hablaré de los niños entre los cuales se halló al despertar.

Comencemos por los conocidos. Franz era un chico alemán, alto, grueso, rubio, aplicado, sencillote, aficionado a la música y muy apegado a la casa; tenía diecisiete años. Su tío lo creía apto para la enseñanza, y su tía, para ser un buen marido, fomentando en él el afecto al hogar.

Emil, vivo, inquieto y emprendedor, soñaba con ser marino. Su tío le ofreció que cuando cumpliera dieciséis años lo prepararía para el ingreso a la Escuela Naval: le daba a leer historias de almirantes famosos y de insignes navegantes, y le permitía que, después de estudiar, viviera como una rana. El cuarto de Emil parecía el camarote de un buque; «Robinson» y «Simbad el marino» eran sus héroes. Los niños le llamaban el «Comodoro» y admiraban la flotilla que tenía en la fuente.

Medio-Brooke era una prueba del milagro que la educación y la instrucción alcanzan al establecer armonía entre la materia y el espíritu. Dulce y sencillo en sus modales; amoroso e inocente, como reflejo de madre buena; fuerte y robusto, como cuidado por padre atento al desarrollo físico; y despejado y culto, por virtud de las sensatas lecciones de un prudente abuelo, Medio-Brooke se abría a la vida intelectual como se abren las rosas a las caricias del sol y a las perlas del rocío. No era un niño perfecto, pero tenía pocos y leves defectos, y había aprendido a conciencia el arte de reprimirse y de dominarse; iarte difícil que muchos hombres no llegan a poseer! Medio-Brooke ignoraba que era guapo e inteligente; admiraba la belleza y la inteligencia de

los demás; vivía alegremente y gustaba de leer libros fantásticos.

Daisy era un encanto; una admirable miniatura de mujer, con bellísimas cualidades. Cuidaba bien de las cosas de la casa; tenía perfectamente ordenada una familia de muñecas; no daba un paso sin su cestita de labor, y cosía con tal esmero que Medio-Brooke se ufanaba luciendo un pañuelo dobladillado por su hermana; Josy tenía un chaleco de franela cosido por Daisy. La pequeñuela limpiaba las porcelanas y cuidaba los saleros, colocaba los cubiertos, limpiaba, con un plumerillo, el polvo y ayudaba en todas las faenas domésticas. Medio-Brooke la defendía con heroísmo en las batallas de almohadas y no se avergonzaba de pregonar los méritos de su hermana. Esta juzgaba a su hermano gemelo como el niño más notable del mundo, y todas las mañanas, corría a despertarlo, diciéndole:

—¡Arriba, hijo mío: ya es hora del desayuno; aquí tienes tu cuello limpio!

Rob era un chicarrón que parecía haber resuelto, en la práctica, el problema del movimiento continuo. Jamás estaba quieto; mas no era díscolo ni batallador; era, sí, charlatán, y vivía agitándose entre su padre y su madre.

Teddy era muy pequeño para intervenir activamente en los asuntos de Plumfield; sin embargo, tenía su esfera de acción. Todos sentían, alguna vez, la necesidad de acariciarlo, y Teddy, muy aficionado a lo mismo, estaba siempre dispuesto a dejarse besar; vivía pegado a la mamá y se le permitía meter su dedito en los platos de dulce.

Dick Brow y Adolfo o Dolly Pettingill tenían ocho años; Dolly tartamudeaba, y poco apoco se iba corrigiendo sin que nadie le hiciera burla; el señor Bhaer lo curaba haciéndole hablar despacio; por lo demás, era un chico estudioso y jovial.

El pobre Dick era giboso y soportaba tan alegremente su giba

que una vez le preguntó Medio-Brooke:

—¿Da buen humor el ser jorobado...? Si es así desearía serlo.

Dick vivía contento: su cuerpo contrahecho encerraba un alma abnegada. Al llegar a Plumfield, lamentó ser giboso, pero se consoló, porque nadie se burló de él; el señor Bhaer impuso enérgico correctivo a un muchacho que se permitió reír a costa del jorobadito.

En aquella ocasión, Dick dijo, sollozando, a su atormentador:

—Dios no ve mi deformidad, porque tengo en el alma la rectitud que falta a mi cuerpo.

Los señores Bhaer fomentaron esta creencia y le indujeron a creer que las gentes le amaban por su belleza de alma y que si se fijaban en el cuerpo era para compadecerlo.

Jack Ford, muchacho vivo y astuto, había sido enviado a esta escuela por ser barata. Para muchos la astucia de Jack será motivo de elogio; mas para el señor Bhaer esta astucia y el amor al dinero, característico de este niño, representaban defectos más grandes que la tartamudez de Dolly o la gibosidad de Dick.

Ned Barker era un zanquilargo, atolondrado y alborotador; había cumplido catorce años. Lo apodaban «Barullo», porque todo lo echaba a rodar.

Constantemente bravuconeaba, sin que sus alardes de bravo pasasen del dicho al hecho; no se distinguía por valiente y sí por acusón. Fanfarrón ante los pequeños y adulador ante los mayores, Barullo, sin ser malo, era materia fácil para el mal.

George Cile, «Zampabollos», había sido pésimamente educado por una madre débil que lo atracaba de golosinas hasta que lo hizo enfermar, y entonces lo creyó muy delicado para el estudio, con lo cual el chico, a los diez años, era paliducho, tristón, malhumorado, fofo de carnes y dado a

la holganza. Un amigo de la familia aconsejó que lo enviaran a Plumfield. La curación fue completa; allí comió pocos dulces, paseó mucho y fue cobrando tal afición a estudiar, que su madre creyó que los señores Bhaer eran milagrosos.

Billy Ward era lo que los escoceses llaman tiernamente «un inocente»; tenía diez años y parecía un niño de seis. Había sido inteligentísimo, pero su padre lo obligó a un trabajo enorme, haciéndole estudiar seis horas diarias. El pequeño, incapaz de soportar aquellos atracones de ciencia, cayó enfermo con fiebre y, cuando dejó el lecho, el cerebro, resentido, quedó como una pizarra sobre la que se ha pasado una esponja. Dura fue la lección para el imprudente padre; no pudo sufrir la casi idiotez del hijo en quien tantas esperanzas cifrara, y lo envió a Plumfield, sin fiar en curarlo, mas con la certidumbre de que lo tratarían con afecto. Tan dócil como inofensivo era Billy; apenas verlo como buscando a tientas el perdido conocimiento que tan caro le costara conseguir.

La señora Bhaer consiguió el restablecimiento físico de Billy; los demás niños le compadecían y le rodeaban de afecto. Al «inocente» no le agradaba tomar parte activa en los juegos bulliciosos; en cambio se pasaba horas enteras contemplando las palomas, abriendo hoyos con Teddy, o siguiendo a Silas, el jardinero, mirándolo trabajar. El honrado Silas era muy afectuoso con Billy, y éste, aun cuando olvidaba las letras del alfabeto, recordaba los semblantes amigos.

Tommy Bangs era el diablejo de la casa. Tenía astucias y travesuras y agilidades de mono, pero poseía excelente corazón, y esto le valía lograr el perdón de sus diabluras; hacía oídos de mercader a los regaños, mas se manifestaba tan arrepentido después de una trastada y formulaba tan enérgicos propósitos de enmienda, que era imposible oírlo sin soltar la carcajada. Los Bhaer vivían prevenidos para no sorprenderse ante cualquier catástrofe, desde la del estrellamiento del cráneo de Tommy hasta la de ver volar la casa con dinamita.

Un día que la gordinflona Asia estaba atareadísima, la amarró, por la falda, a un poste, y allí la dejó rabiar y refunfuñar durante más de media hora. Otro día clavó un alfiler tremendo en la espalda de Mary Ann cuando la doncella estaba sirviendo la mesa. El dolor fue tan agudo, que dejó caerla sopera y echó a correr, dejando a todos en la creencia de que se había vuelto loca.

Tales eran los niños, y juntos vivían tan felizmente como pueden vivir doce chicos, estudiando y jugando, trabajando y regañando, combatiendo defectos y cultivando virtudes. Los chicos de otras escuelas, probablemente aprenderían más en los libros, pero mucho menos en la ciencia práctica de hacer de un pequeño un hombre bueno y honrado. El latín, el griego y la matemática eran cosas excelentes; pero, a juicio del señor Bhaer, el conocimiento de sí mismo, el dominio de la personalidad, y el bastarse a sí solo, eran cosas más importantes, y procuraba enseñarles a hacerlo.

La gente solía mover dubitativamente la cabeza ante estas ideas, y hasta llegaba a confesar que los niños progresaban mucho física y moralmente. Pero, como dijo la señora Bhaer a Nat, aquella era «una escuela originalísima».

Capítulo 3

Tan pronto como sonó la campana, Nat saltó del lecho y se endosó satisfechísimo los vestidos que encontró sobre la silla. No era ropa nueva; eran prendas en medio uso, procedentes de otros niños; pero la señora Bhaer guardaba todas aquellas plumas desprendidas para los pajaritos extraviados que acudían al nido de Plumfield. Apenas estuvieron reunidos los muchachos, se presentó Tommy, acompañado de Nat, para tomar el desayuno.

Mientras engullían, los chicos charlaban animadamente, porque el domingo había que discutir el paseo y acordar el plan para la semana. Nat oía y pensaba que el día iba a serle muy agradable, porque gustaba de la quietud y veía, en torno suyo, plácido reposo. A pesar de su infancia de vagabundez, el minúsculo violinista amaba la calma.

—Ahora, hijitos, a cumplir vuestras obligaciones matutinas y a estar dispuestos para ir a misa cuando llegue el ómnibus —dijo el señor Bhaer, y predicando con el ejemplo, se fue a la escuela a ordenar los libros para el día siguiente.

Todos salieron apresuradamente a ejecutar su tarea, porque cada niño tenía un pequeño deber diario que cumplir, y estaba obligado a cumplirlo puntualmente. Unos acarreaban leña o agua; otros barrían los pasillos; éstos daban de comer a los animales domésticos; aquellos iban al granero a ayudar a Franz a sacar alimentos para los animales. Daisy fregaba los vasos, Medio-Brooke los enjuagaba, porque a los gemelos les gustaba trabajar juntos. Hasta el microscópico Teddy tenía su tarea, e iba de acá para allá recogiendo servilletas y ordenando sillas. Por espacio de media hora los muchachos zumbaban trabajando como enjambre de solícitas abejas.

Cuando por fin llegó el ómnibus, el señor Bhaer y Franz, con los ocho niños mayores, marcharon a la iglesia de la ciudad, que distaba tres millas.

Nat, por causa de la tos, se quedó con los cuatro chicos más pequeños y pasó la gran mañana en la habitación de la señora Bhaer, oyendo las historias que les refirió la bondadosa señora, aprendiendo el himno que les enseñaba y, luego, pegando estampas en un libro viejo.

—Este es mi encierro dominical —dijo la tía Jo, mostrándole armarios llenos de volúmenes, estampas, cajas de pinturas, reproducciones arquitectónicas, periódicos pequeños, papel, plumas, etcétera—. Quiero que mis hijos gusten del domingo y lo deseen como grato descanso del estudio y del trabajo habitual, pero quiero que, al par que se recrean, se instruyan y aprendan cosas distintas de las que se enseñan en la escuela... ¿Me entiendes? —exclamó, dirigiéndose a Nat, que escuchaba embelesado.

—Usted se propone enseñarles a que sean buenos —respondió tras breve vacilación.

—Justamente; quiero enseñarles a que sean buenos y a que amen el bien. Ya sé que, a veces, es difícil conseguirlo, pero con el mutuo auxilio y la recta voluntad todo se alcanza. He aquí uno de los medios que empleo para el logro de mis propósitos —murmuró tomando un libro grueso, lleno de notas y abriéndolo en una página que tenía escrito un nombre arriba.

—Pero ¿ese nombre es el mío! —insinuó Nat.

—Sí; tengo una página para cada niño. A cada uno le llevo la cuenta de su comportamiento durante la semana. Si es malo, me disgusto; si es bueno, me regocijo y ufano; y, de cualquier modo, sabiendo que me intereso por ellos, y deseando complacerme y complacer a papá Bhaer, procuran ser juiciosos y aplicados.

—Yo creía que lo eran siempre —observó Nat, atisbando el nombre de Tommy en la página opuesta a la suya, y preguntándose qué figuraría en aquella cuenta.

La señora Bhaer lo notó y volvió la hoja, murmurando:

—Mis apuntes sólo los ven los interesados. Llamo a este libro mi libro de conciencia; lo que de ti escriba, sólo tú y yo lo sabremos. De ti depende quedar satisfecho o avergonzado cuando leas tu página el domingo próximo. Confío en que tu cuenta será buena; procuraré darte facilidades y me complacerá verte alegre, dócil y observador de nuestras escasas reglas, aprendiendo y aprovechando algo.

—Lo procuraré, señora —balbuceó, ruboroso, Nat, ansiando evitar a su protectora el disgusto de una cuenta mala, y anhelando proporcionarle el regocijo y la ufanía de una cuenta buena—. Pero —añadió— debe ser molesto escribir tanto.

—No —contestó la señora, acariciándole y cerrando el libro—; porque ignoro qué me agrada más, si escribir o estar entre niños. ¿Te asombras? Es cierto que hay personas que se impacientan al lado de pequeñuelos, pero es porque no los comprenden ni saben tratarlos. Yo sí; hasta hoy no he encontrado niño del cual no se pueda conseguir cuanto se desee, hallando el camino de su corazón. No podría pasar sin la turba de mis traviosos y alborotados chicuelos, ¿verdad, Teddy mío? —exclamó abrazando al bribonzuelo, en el preciso instante en que éste trataba de guardarse el tintero en el bolsillo.

Nat, que nunca hasta entonces había oído lenguaje semejante, no acertaba a decidir si la señora Bhaer era una lunática o una criatura abnegada y ejemplarmente bondadosa. Se inclinaba por esto último, recordando que aquella mamá se anticipaba a llenar los platos de los niños antes de que éstos lo pidieran, se reía de sus bromas, les tiraba

blandamente de las orejas y les daba cariñosas palmaditas.

—Me figuro que te agradará ir ahora a la escuela y ensayar en el violín el acompañamiento de los coros que cantaremos esta noche —apuntó la señora, sospechando que el chico querría entrar en la vida común.

Solo con el amado violín, ante el libro de música, junto a la ventana inundada de sol primaveral y en profundo silencio, el niño gozó más de una hora de felicidad aprendiendo dulces melodías de otros tiempos, y olvidando sus amarguras.

Cuando regresaron los que habían ido a misa, y cuando todos comieron, unos se dedicaron a la lectura; otros a escribir a sus respectivas familias, y dieron las lecciones dominicales y charlaron entre sí, tranquilamente, formando grupos aislados. A las tres salieron de paseo; la infancia y la adolescencia necesitan ejercicio y aire libre, y paseando, las inteligencias vírgenes aprenden, en el gran libro de la Naturaleza, a ver y amar la infinita magnanimidad de Dios. El señor Bhaer acompañaba siempre a sus discípulos y siempre encontraba «enseñanzas en las piedras y en las hierbas; libros en los cristalinos arroyos, y bondad en todas las cosas».

Mamá Bhaer, con sus dos hijos y con Daisy, se fue a la ciudad a hacer la visita semanal a la abuela, visita que era motivo de íntima y recíproca satisfacción. Como Nat no estaba muy fuerte para tan largo paseo, se quedó en casa con Tommy, el cual, afablemente, se había brindado a enseñarle todo Plumfield.

—Ya conoces la casa; así, pues, saldremos y verás el jardín, el granero y el «parque zoológico» —dijo Tommy, cuando se quedaron solos con Asia, encargada de evitar cualquier barrabasada—. Todos nosotros tenemos nuestros animales favoritos y los guardamos en el granero, al cual hemos denominado parque zoológico. Ya estamos en él. Dime, ¿no es una preciosidad mi lechoncito? —exclamó Tommy señalando con orgullo a un cerdo horriblemente feo.

—Conozco a un niño que tiene una docena de lechoncitos y me ofreció uno, pero yo no disponía de sitio para guardarlo y no pude aceptar. Era blanco, con manchas negras y hocico rojo; tal vez me lo regalaría aún, si tú lo quieres.

—Me gustaría tenerlo y te daré éste y vivirán juntos, si no se pelean. Mira aquellos ratoncitos blancos: son de Rob; se los regaló Franz. Los conejos son de Ned, las gallinas de Guinea pertenecen a George, ya sabes, a «Zampabollos». Ese cajón es el estanque de los galápagos de Medio-Brooke; aun no han empezado a hacer cría; el año pasado tuvo sesenta y dos; en uno de ellos grabó su nombre y la fecha, y lo dejó ir, esperando encontrarlo y reconocerlo cuando pase mucho tiempo. He leído que unos pescadores recogieron a una tortuga que llevaba en el caparazón un letrero escrito hace qué se yo cuántos siglos... ¡Ah, te advierto que Medio-Brooke es un chico muy caprichoso!

—¿Qué hay en esa caja? —interrogó Nat.

—¡Oh!, es la caja de los gusanos de Jack Ford. Se dedica a recoger y a criar gusanos y los guarda aquí; cuando vamos de pesca, se los compramos para ahorrarnos la molestia de preparar cebos. Pero nos cobra carísimo; ya ves, la última compra que le hice, tuve que pagarle a razón de dos peniques por docena, y además los gusanos eran muy chicos. Jack a veces es mezquino y usurero, y ya le he dicho que si no me rebaja los precios me criaré yo los gusanos que necesite para pescar. ¿Ves aquellas dos gallinas grises...? Pues son mías. Le vendo los huevos a mamá Bhaer, pero jamás le pido más de veinticinco centavos por docena, ¡jamás! Me daría vergüenza cobrarlos más caro.

—¿De quiénes son los perros? —dijo Nat.

—El perro grande es de Emil; lo llaman «Cristóbal Colón»; lo bautizó mamá Bhaer, y cuando hablamos de Cristóbal Colón nadie imagina que nos referimos al perro. El cachorro blanco

es de Rob; el de color ceniza es de Teddy. Un hombre iba a ahogar a los perritos en el estanque, pero el señor Bhaer se opuso y los recogió. Los chicos juegan con ellos; yo no les hago caso; se llaman Cástor y Pólux.

—Si yo pudiera, me agradecería ser dueño del borriquito «Tobías»; es tan chiquito y tan manso, y se va tan a gusto montado —exclamó Nat.

—«Tobías» es un regalo que el señor Laurie hizo a mamá Bhaer para que no tuvieran que llevar en brazos a Teddy cuando salimos de paseo. A todos nos agrada «Tobías»; es un borrico muy simpático. Las palomas que ahí ves, son nuestras en general; cada cual elige sus favoritas y nos distribuimos las crías. Los pichoncitos son monísimos; entretente mirando las palomas, mientras veo si mi «Cenicienta» y mi «Pintadita» han puesto hoy huevos.

Nat trepó por una escalera, metió la cabeza por una puertecilla y contempló las lindas palomas picoteando y arrullándose en el espacioso desván.

«Todo el mundo, menos yo, posee aquí algo; me agradecería tener una gallina, una paloma o siquiera un galápago que fuese mío», pensó Nat, doliéndose de su pobreza al admirar los tesoros de los otros niños. Luego, al reunirse de nuevo con Tommy, en el granero, le preguntó:

—¿Cómo han adquirido estas cosas...?

—Las encontramos, las compramos o nos las regalan. Mi padre me envía algo de vez en cuando, y ahora en cuanto reúna dinero bastante de la venta de huevos, voy a comprar una pareja de patos. Aquí hay un estanque muy a propósito para ellos; y has de saber que los huevos de pato se pagan muy bien, y que los patitos son graciosísimos nadando y zambulléndose —contestó Tommy.

Nathaniel suspiró, reflexionando que él no tenía padre, ni dinero, ni nada más que un viejo bolsillo vacío, y la habilidad

de tocar el violín.

Tommy comprendió el alcance de aquel suspiro y, tras breve y profunda cavilación, exclamó:

—Oye, te diré lo que he resuelto. Me fastidia soberanamente andar buscando los huevos que ponen mis gallinas; si quieres encargarte de esta tarea, te daré un huevo por cada docena que me recojas; tú llevas la cuenta, y cuando tengas doce, se los vendes por veinticinco centavos a mamá Bhaer, y ya con ese dinero puedes hacer lo que se te antoje.

—¡Trato hecho! ¡Eres un compañero buenísimo!

—¡Bah! ¡Bah! No hablemos más del asunto; comienza ahora a rebuscar en el granero; te aguardaré aquí; mi «Cenicienta» está cacareando, y de seguro que encontrarás algún huevo —dijo Tommy y se tumbó sobre la paja, satisfechísimo por haber cerrado un buen trato y realizar una acción meritoria.

Nat comenzó alegremente la pesquisa y, revolviendo, fue de desván en desván hasta dar con dos magníficos huevos, uno oculto bajo una viga y otro depositado en una medida de grano, en la cual solía refugiarse la «Pintadita».

—Dame uno que necesito para completar una docena, quédate con el otro y desde mañana empezaremos la cuenta. Aquí, con tiza, puedes hacer tus notas junto a las mías y así las comprobaremos fácilmente —observó Tommy, señalando una hilera de misteriosos signos, sobre una vieja máquina desgranadora.

Con toda importancia y formalidad, el orgulloso poseedor de un huevo abrió cuenta con su amigo, el cual, riendo a carcajadas, estampó sobre los signos esta imponente frase: «Thomas y Compañía».

El pobre Nat se hallaba tan fascinado que a duras penas se persuadió de que debía ir a depositar su primer trozo de propiedad mueble en la alacena de Asia. Luego volvieron y

después de haber pasado revista a los dos caballos, a las seis vacas, a tres cerdos y a un cabrito, Tommy se llevó a su amigo a visitar un sauce añoso que crecía junto al susurrante arroyuelo. Subiendo al cercado era fácil llegar a un amplio nido formado en el arranque de la copa del árbol; en la parte superior del tronco las podas anuales habían dejado nudos de gruesas ramas que, retoñando, formaban una especie de verde cúpula. Allí se habían establecido diminutos asientos, y en una oquedad, hábilmente cerrada, existía espacio para guardar un par de libros, un barquito desmantelado y varios pitos a medio labrar.

—Este es el reservado de Medio-Brooke y mío; nosotros lo hemos fabricado y nadie, sin nuestro permiso, puede subir a él, excepto Daisy, pero no nos molesta que Daisy venga —advirtió Tommy, mientras Nat miraba embelesado el arroyuelo murmurador.

—¡Esto es hermosísimo! Confío en que me permitirás subir en alguna ocasión. Jamás he visto nada tan bello; quisiera ser pájaro, para vivir siempre en este nido —dijo Nat.

—Verdaderamente es lindo. Puedes subir si Medio-Brooke te autoriza, y supongo que te autorizará, porque la otra noche le oí decir que eras muy simpático.

—¿De veras? —insinuó Nat, con sonrisa jubilosa.

—Sí; a Medio-Brooke le agradan los niños pacíficos y espero que serán buenos amigos si tú procuras leer tan bien como lo hace él.

Nat se sonrojó al oír estas palabras, y después, balbuceó:

—No leo muy bien porque nunca he tenido tiempo para aprender; ya sabes que he vivido tocando el violín para comer.

—A mí me gusta leer, y leo bastante bien cuando hace falta —afirmó Tommy extrañado, al verse ante un chico de diez

años que no sabía leer.

—Puedo leer un trozo de música —añadió Nat.

—Yo no —murmuró Tommy, con cierto respeto.

—Me propongo estudiar y aprender todo lo que pueda. ¿Son muy difíciles las lecciones del señor Bhaer?

—No, son sencillas; cuando se presenta alguna dificultad, la explica hasta que entendemos. Otros maestros no son así. El que yo tuve antes, cuando nos atascábamos en una lección, nos daba coscorriones —dijo Tommy rascándose la cabeza, al evocar los enérgicos métodos de enseñanza del otro maestro.

—Creo que podría leer esto —dijo Nat, después de haber ojeado uno de los libros guardados en el escondrijo del niño.

—Pues lee un poco, yo te ayudaré.

Nat, tropezando y tartamudeando algo, leyó lo mejor que pudo y supo, auxiliado cariñosamente por Tommy, que declaró con suficiencia que pronto su amigo leería tan bien como el mejor de la casa. Luego se enfrascaron en animada charla infantil, acerca de diversos temas y en especial de jardinería, porque Nat, desde su elevado asiento, preguntó qué había sembrado en los cuadros de terreno que veían en la otra orilla del arroyo.

—Esos cuadros son nuestras haciendas. Cada cual tiene su finca y siembra en ella lo que le agrada; pero no podemos escoger mucho ni hacer cambios hasta después de la recolección, y tenemos que cuidar nuestros campos durante el verano.

—¿Qué has sembrado tú este año...?

—Sembré habas para el ganado, porque es cosecha fácil de recolectar.

Nat rompió a reír; Tommy se echó el sombrero hacia atrás, se metió las manos en los bolsillos y dijo, lenta y gravemente, imitando, sin proponérselo, a Silas, el jardinero de la casa:

—Mira, no te rías; las habas son mucho más fáciles de cultivar que los cereales o que las papas. El año pasado sembré melones, pero los insectos se comían los frutos sin dejarlos madurar y sólo coseché una hermosa sandía y dos meloncitos almizcleños.

—Veo que los cereales están muy crecidos.

—Sí, pero exigen muchísimos cuidados. Las habas crecen en cinco o seis semanas y maduran muy pronto. Yo las he sembrado porque me anticipé a decirlo. Zampabollos quería sembrarlas también, y ha tenido que contentarse con sembrar arvejas; éstas ofrecen el inconveniente de requerir frecuentes y esmeradas limpiezas, y así tendrá que hacerlo su sembrador, que es aficionadísimo a comer arvejas.

—¿Tendré yo un jardín mío? —preguntó Nat.

—Ya lo creo que lo tendrás —contestó desde abajo el señor Bhaer, que regresaba de su paseo y venía a buscar a los niños, pues invariablemente paseaba todos los días un rato con cada uno de los discípulos. Al encontrarse con ellos aprovechó la ocasión para comenzar a planificar la semana entrante.

Al descender del sauce, Tommy cayó al arroyo; como esto le ocurría con frecuencia, se sacudió tranquilamente y se marchó a la casa para secarse. Quedó, pues, Nat solo con el señor Bhaer, que era lo que éste deseaba, y durante el rato que anduvieron examinando los cuadros y macizos del jardín, el maestro se ganó el cariño del muchacho regalándole una «hacienda» y discutiendo con él las cosechas tan gravemente como si la comida de la familia dependiera del resultado de la recolección. Charlaron también sobre distintos temas que

despertaron esperanzas en el ánimo del chicuelo. Mientras comía, el chico pensaba en aquellas esperanzas, y de vez en cuando fijaba los ojos en el señor Bhaer, como diciéndole:

—Me agrada lo ofrecido; no deje usted de cumplirlo.

Se ignora si el maestro entendió o no el mudo lenguaje del niño, mas cuando todos se reunieron en el cuarto de mamá Bhaer para la nocturna tertulia dominical, eligió como tema de conversación algo que parecía sugerido por el paseo en el jardín.

Nat, mientras más miraba, más se convencía de que aquella era una familia numerosa y no una escuela; los niños formando amplio semicírculo, sentados en sillas o sobre la alfombra, cerca del fuego; Daisy y Medio-Brooke ocupando las rodillas de su tío y maestro; Rob, muy abrigado, en el respaldo de la butaca de su madre, resuelto adormirse si la conversación no le agradaba. Todos se hallaban satisfechos y escuchaban con atención, gozando del descanso tras el largo paseo, y preparándose a contestar, pues sabían que a cada uno se le iba a pedir su opinión.

Y así habló el señor Bhaer:

—Pues, señor, cuento y cuento, y el bien para nosotros se quede, y el mal para quien lo vaya a buscar; como que una vez había un jardinero que era dueño del jardín más grande que se ha conocido en el mundo. El jardín era hermosísimo y su propietario lo cultivaba con inteligencia, habilidad y esmero, cosechando frutos gustosos y exquisitos. Pero las malas hierbas, que en todas partes crecen, crecían a veces en el hermoso jardín, y no llegaban a fructificar las buenas semillas. El jardinero tenía a sus órdenes a varios subjardineros, algunos de los cuales cumplían con su deber y ganaban honradamente el jornal; pero otros descuidaban las parcelas que se les confiaran y las dejaban trocarse en campos estériles. Esto disgustaba mucho al jardinero pero como era pacientísimo, callaba y seguía trabajando y

esperando años y años el momento de la gran cosecha.

—Sería un jardinero muy simpático —interrumpió Medio-Brooke que oía con viva atención.

—¿No comprendes, hermano, que es un cuento de hadas? —observó Daisy.

—No, debe ser una arrigoría —murmuró Medio-Brooke.

—¿Qué es arrigoría? —exclamó el preguntón Tommy.

—Explícalo, si lo sabes, Medio-Brooke —habló el señor Bhaer—, y no uses palabras sin saber bien su significado.

—No lo sé, me lo dijo abuelito. Arrigorías es una fábula, o sea una historia que quiere significar algo. Mi libro Historia sin fines arrigoría porque el niño en ella es un alma... ¿Verdad, tía? —dijo Medio-Brooke.

—Sí, hijo mío, y estoy segura de que lo que tu tío les está contando es una alegoría; presta atención a lo que significa.

Tranquilizóse Medio-Brooke, y el narrador prosiguió:

—El jardinero cedió una docena de pequeñas parcelas a uno de sus criados, y le encargó que las cuidase lo mejor que supiera, y que estudiase lo que en ella se podía sembrar. El criado no era rico, ni sabio, ni muy bueno, pero debía mucha gratitud a su señor. Alegrementemente recibió las parcelas y puso manos a la obra; las había de todas formas y tamaños; unas tenían buena tierra, otras eran muy pedregosas, y todas estaban necesitadísimas de cuidado, porque en la tierra fértil se desarrollaban con rapidez las malas hierbas, y en la tierra estéril abundaban los guijarros.

—¿Había algo más que hierbas malas y piedras? —insinuó Nat, olvidando su timidez.

—Había flores —respondió el cuentista—. Hasta en los

cuadros más incultos y abandonados del jardín crecían pensamientos y resedas. En uno había margaritas y clavellinas; en otro —y al decir esto acarició a su sobrina—, rositas; en éste, legumbres útiles y una vid trepadora, como la plantada por Jack; verdad es que este cuadro había sido cuidado por el experto y anciano jardinero...

—Pues como iba diciendo —prosiguió el maestro—, algunas de las parcelas eran fáciles de cultivar (quiero decir cuidar, ¿te enteras, Daisy?) y otras eran de muy difícil cultivo. En especial un cuadradito bañado por el sol, que de igual modo podía producir legumbres y fruto que flores, pero no los producía, y cuando el hombre sembraba cualquier cosa, melones, por ejemplo, la sementera no daba frutos, porque la tierra no hacía caso de las semillas. Desconsolábase el hombre y seguía sembrando, pero la tierra parecía decirle siempre «se me olvidó».

Una carcajada general interrumpió el relato; todos se fijaron en Tommy que, al oír hablar de melones, había aguzado el oído primero, y, después, bajó la cabeza para escuchar su excusa favorita.

—¡Ya sé! ¡Ya sé lo que significa la historia! —exclamó Medio-Brooke, palmoteando—. Tú eres el hombre y nosotros somos los jardincitos. ¿Verdad, tío...?

—Lo has adivinado. Ahora cada cual va a decirme lo que debo sembrar para conseguir una buena cosecha en mis doce, no, en mis trece finquitas —habló el señor Bhaer, corrigiéndose en el número al mirar a Nat.

—En nosotros no puedes sembrar trigo, ni habas, ni arvejas, a menos que quieras que comamos mucho y engordemos —indicó Zampabollos, regocijado con la idea expresada.

—No se trata de eso. Se trata de sembrar cosas que nos hagan buenos, y de arrancarnos las malas hierbas, que son los defectos —afirmó Medio-Brooke, que era el que lideraba

estas conversaciones, a las cuales era aficionadísimo.

—Justamente. Cada uno de ustedes debe pensar en lo que más necesita, y decírmelo, yo lo ayudaré a que lo logre; mas para ello tienen que estar dispuestos a hacer cuanto puedan, porque de otro modo se volverán, como el melonar de Tommy, todo hojas y ningún fruto. Comenzaré las preguntas por los mayores, y empiezo preguntándole a mamá Bhaer qué sembrará en su tierra; porque todos somos cuadros del jardín y todos, si amamos a Nuestro Señor, podemos obtener para El ricas cosechas.

—Consagraré mi campo a sembrar y a recolectar paciencia, que es lo que más falta me hace —contestó la tía Jo.

Los niños se dieron a pensar sus respectivas respuestas y algunos sintieron remordimientos por haber contribuido a agotar las provisiones de paciencia de la bondadosa señora.

Franz necesitaba perseverancia; Tommy, firmeza; Ned, dulzura de carácter; Daisy, diligencia; Medio-Brooke, «tanta sabiduría como el abuelo»; Nat confesó, humildemente, necesitar muchas cosas y dejó que el señor Bhaer eligiera por él. Los demás escogieron muchos lo mismo: paciencia, constancia, generosidad y buen humor. Un niño deseaba que le gustase mucho madrugar, pero no sabía dar nombre a aquella especie de planta; Zampabollos exclamó suspirando:

—Ojalá me gustase estudiar tanto como comer.

—Sembraremos abnegación y la cavaremos, regaremos y haremos que crezca tanto que en las próximas Navidades nadie enferme por comer mucho. Si ejercitas tu imaginación, querido George, verás que el entendimiento llega a sentir tanta hambre como el estómago y te agradarán los libros tanto como oír mis cuentos —advirtió el profesor, y, luego, acariciando a Medio-Brooke, le dijo—: Tú también, hijo mío, eres glotón y te gusta atiborrar el cerebro con cuentos de hadas y fantasías, del mismo modo que George se atiborra el

estómago con pasteles y golosinas. Ambos hartazgos son malos y quiero evitarlo. La aritmética no es tan agradable como *Las mil y una noches*, yo lo sé, pero es mucho más útil, y ahora es la ocasión de que aprendas, para que luego no te avergüences de tu ignorancia.

—Pero *Enrique y Lucía* y *Robinson* no son libros fantásticos; hablan de construcciones, trabajos y labores útiles, y me agradan mucho, ¿verdad, Daisy?

—Sí; pero lees más *El pájaro azul* que *Enrique y Lucía* y prefieres *Simbad el marino* a *Robinson*. Vaya, hago un trato con ustedes dos: George no comerá más que tres veces al día y tú no leerás más que un libro de cuentos por semana; en cambio, les daré el nuevo campo para jugar al críquet; pero deberán jugar —insistió el maestro, porque sabía que Zampabollos se resistiría a correr, y que Medio-Brooke consagraba las horas de recreo a la lectura.

—¡Es que a nosotros no nos gusta el críquet! —murmuró Medio-Brooke.

—Acaso no les guste ahora, pero sí cuando lo conozcan. Además, les agrada ser generosos y si los demás niños quieren jugar, podrán permitirles hacerlo.

Con gran satisfacción y regocijo de todos, cerróse el trato.

Charlóse un poco más acerca de los jardines, y después cantaron a coro. La orquesta encantó a Nat; mamá Bhaer tocó el piano; Franz, la flauta; el maestro, el contrabajo, y el nuevo alumno, el violín.

El concierto resultó delicioso y todos parecían gozar; hasta la anciana Asia unió su voz al coro general, porque en aquella familia, amos y criados, viejos y jóvenes, elevaban juntos al cielo las plegarias y los himnos dominicales. Luego, los niños fueron, uno a uno, estrechando la mano de papá Bhaer; mamá Bhaer los besó a todos, desde Franz, que tenía diecisiete años, hasta Rob, que se reservaba besar a la mamá en la

punta de la nariz. Luego se marcharon en tropel a la cama.

La menguada luz de una lámpara iluminaba un cuadro colgado al pie del lecho de Nat. Pendientes de los muros había otros, pero el niño se fijó en éste por ver que tenía una lindísima moldura de musgo y pino, y al pie, sobre una repisa, un vaso lleno de flores silvestres. Indudablemente era aquél el más bello de todos los cuadros de la casa; Nat quedóse contemplándolo con arrobamiento, presintiendo lo que representaba y ansiando que se lo explicasen.

—¡Ese es mi cuadro! —clamó una voccecita. Nat volvióse y vio a Medio-Brooke que, en paños menores, salía del cuarto de tía Jo, adonde había ido por un trapito para vendarse una cortadura que se hizo en el dedo.

—¿Quién es ese hombre y que hace con los niños...?
—preguntó Nat.

—Es Cristo, el hombre bueno, que da su bendición a los pequeños. ¿Tú no sabes nada de Cristo? —inquirió asombrado Medio-Brooke.

—No mucho, pero me gustaría saber; Cristo parece ser muy bueno —contestó Nat.

—Yo sé mucho de Cristo Nuestro Señor, y me gusta muchísimo, porque es verdad cuanto sé.

—¿Quién te lo enseñó?

—Mi abuelita, que «sabe de todo» y cuenta los mejores cuentos del mundo. Cuando era pequeño agarraba sus libretes para hacer casas, puentes y cuarteles.

—¿Ya no eres pequeño? —preguntó respetuosamente Nat.

—Tengo más de diez años.

—Sabrás muchas cosas, ¿verdad...?

—Sí, como tengo la cabeza gorda y abuelito dice que hay que llenarla, meto en ella todo lo que puedo aprender.

Nat rompió a reír y luego exclamó:

—Haz el favor de continuar.

—Un día me encontré un libro muy bonito y quise jugar con él, pero el abuelo me dijo que no jugase con aquel libro, me enseñó las estampas y me las explicó. Me entusiasmó mucho lo que me contó de José y de sus hermanos, que eran malísimos y de las ranas que salían del mar, y de Moisés chiquirritito en el agua, y de otras cosas muy bonitas; pero lo que más me gustaba era lo referente al hombre bueno, y tantas veces hice que el abuelo me lo contara que lo aprendí de memoria, y, entonces, para que no se me olvidara, el abuelito me regaló este cuadro; lo trajeron aquí una vez que me enfermé, y lo dejé para que puedan verlo otros chicos cuando estén enfermos.

—¿Era rico Cristo?

—¡Qué, no! Había nacido en un pesebre, y era tan pobre que cuando fue mayor no tenía ni casa donde vivir ni más comida que la que la gente le daba, y Él iba predicando a todos y tratando de que todos fueran buenos, hasta que hombres perversos lo mataron.

—¿Porqué?

—Mira, voy a contarte todo lo que yo sé; tía Jo no se incomodará —y así diciendo, Medio-Brooke se sentó en el borde de la cama inmediata a la de Nat, satisfecho de poder narrar su historia favorita a un oyente tan atento.

Hummel asomó por el dormitorio, y al ver lo que ocurría deslizóse sin ruido en busca de mamá Bhaer, diciéndole emocionada:

—¿Quiere usted, señora, contemplar un espectáculo bellísimo...? Venga y verá a Nat que escucha, con toda el alma, a Medio-Brooke, que le está contando la historia del Redentor del mundo.

La señora Bhaer había pensado hablar con Nat antes de que el niño durmiera, pues sabía la eficacia de un buen consejo en el momento de entregarse al sueño.

Mas, cuando llegó al dormitorio, cuando contempló al nuevo huésped y escuchó con fervoroso recogimiento el dulce y conmovedor relato que Medio-Brooke hacía, la buena señora, con las pupilas llenas de lágrimas, se retiró pensando:

—Me guardaré de intervenir; Medio-Brooke está haciendo por ese pobre niño más de lo que yo pudiera hacer.

Por largo rato, y sin que nadie le impusiera silencio, siguió sonando aquella vocecita infantil, eco de un corazón inocente que predicaba a otro el sublime sermón de la Redención humana. Luego, cuando la señora Bhaer entró a apagar la luz, vio a Nat profundamente dormido, con el rostro vuelto hacia el cuadro, como si hubiese aprendido a querer al hombre bueno que tanto amaba a los pequeños y que era tan amigo de los pobres.

Capítulo 4

Cuando Nat entró en la escuela, el lunes por la mañana, tembló al pensar que tendría que mostrar su ignorancia ante todos. Pero el señor Bhaer lo colocó en el hueco de una ventana y allí, de espaldas a los alumnos, Franz le dio las primeras lecciones y nadie escuchó los desatinos del muchacho ni vio los garabatos que hizo en el cuaderno de escritura. Nat agradeció eso tan de veras y se afanó tanto, que el profesor, viéndolo colorado y con los dedos llenos de tinta, le dijo sonriente:

—No te esfuerces, hijo mío; vas a fatigarte y tienes tiempo sobrado para aprender.

—Pero yo debo trabajar mucho, o no alcanzaré a los demás. Aquí todos saben, y yo no sé nada —exclamó Nat, medio desesperado oyendo a los condiscípulos recitar, con facilidad y exactitud que juzgaba asombrosas, lecciones de gramática, de historia y de geografía.

—Tú sabes otras muchas cosas buenas que ellos ignoran —contestó el señor Bhaer, sentándose al lado del niño, cuando Franz lo condujo a otra aula, para que penetrase en el intrincado laberinto de las tablas de multiplicar.

—¿Yo? —interrogó, con incredulidad, Nat.

—Sí; tú sabes dominarte, y ya ves que Jack, por ser tan impulsivo, no se domina. Además, tocas el violín, y esta habilidad no la tiene ninguno de tus compañeros; en fin, estás resuelto a aprender y esto sólo es llevar andada la mitad del camino. Al principio todo parece difícil y te descorazarás, pero estudia con constancia y verás que todo te va resultando más fácil.

—Sí, señor —murmuró—, aún cuando poco, algo sé: sé dominarme: los golpes de mi padre me enseñaron; puedo tocar el violín, a pesar de que no sé dónde está el golfo de Vizcaya —y añadió en voz tan alta que llegó a oídos de Medio-Brooke—: Necesito aprender y lo intentaré; nunca fui a la escuela, pero no fue culpa mía, y si mis compañeros no se burlan, procuraré alcanzarlos. Usted y la señora son muy buenos.

—No se burlarán de ti, y si se burlan, yo..., yo... les diré que hacen mal —exclamó Medio-Brooke, olvidando por completo dónde estaban. La clase se detuvo en siete por nueve, y todos miraron con curiosidad.

Juzgando que para dar una lección era oportuna en aquel momento la aritmética, el señor Bhaer habló a los chicos de Nat con tan interesante y conmovedora relación, que los pequeños de excelente corazón, le brindaron auxilio y se sintieron orgullosos de poder enseñar algo al admirado violinista. Así fue como Nat comenzó a tener menos obstáculos, pues todos estaban dispuestos a tenderle una mano, a fin de que subiese la escalera de la sabiduría.

Hasta que se restableciera, no convenía que estudiase mucho el nuevo alumno; por ello, la tía Jo le buscó entretenimientos en casa, para que se distrajera. El jardín era la mejor medicina para el chico; trabajaba como un castor, labraba su hacienda, sembraba habas, contemplaba con entusiasmo cómo crecían, y gozaba viendo surgir los verdes brotes y los floridos tallos.

Medio-Brooke era su amigo; Tommy, su protector, y Daisy, el consuelo de todas sus penas, porque aunque los niños eran más pequeños que él, huía por timidez de los atrevidos juegos de los mayores, y por instinto buscaba la inocente compañía de los chiquitos.

El señor Laurence no lo olvidaba; por el contrario, le enviaba

vestidos, libros y música, le escribía cariñosas cartas, y, de vez en cuando, iba a verlo o a llevarlo a algún concierto en la ciudad; en estas ocasiones, Nat era felicísimo, porque iba a la casa-palacio del señor Laurence, donde veía a la señora y a la lindísima hija de su bienhechor, comía sabrosos platos y disfrutaba tanto, que, durante mucho tiempo después, hablaba de ello de día y soñaba con ello por la noche.

Cuesta tan poco hacer feliz aun niño, que es lamentable que en el mundo, lleno de alegría y de objetos agradables, haya pequeños con las caritas tristes, las manos vacías y los corazones apesadumbrados. El matrimonio Bhaer, que sólo era rico en caridad, recogía así cuantas migajas podía encontrar para alimento de aquella turba de famélicos gorrioncitos. Muchas amigas de tía Jo le enviaban desde la ciudad juguetes, de los cuales sus hijos se habían cansado muy pronto; y en la compostura y arreglos de esos juguetes encontraba Nat alegre ocupación. Era muy hábil y ocupaba muchas tardes lluviosas manipulando con el frasco de goma, caja de pintura y cuchillo, en el retoque de animalitos, vehículos y mil otros objetos; mientras, Daisy actuaba de modista de las estropeadas muñecas. Cuando los juguetes quedaban restaurados, se guardaban en un cajón destinado a proveer el árbol de Navidad para los niños pobres de la vecindad, que era la forma en que los escolares de Plumfield celebraban el nacimiento del Niño que amaba a los pobres y bendecía a los pequeños.

Medio-Brooke no se cansaba de leer ni de explicar sus lecturas favoritas, y los amigos pasaban muchas horas gratas en el nido del sauce, entretenidos con *Robinson Crusoe*, con *Las mil y una noches* y con muchas historias que han sido, son y serán encanto y deleite de la niñez. Estas sesiones abrieron horizontes nuevos ante Nat, y su entusiasmo por leer aquellos libros maravillosos le hizo aprender a leer correctamente como cualquiera de sus camaradas; y tan satisfecho y orgulloso se sintió con su ciencia de lector que se temió fuera a convertirse en una laucha de biblioteca

como Medio-Brooke. Otro acontecimiento agradable hubo que registrar. Varios de los niños estaban «ocupados» (según decían ellos) porque, siendo pobres y teniendo que ganarse la vida en el futuro, los señores Bhaer los iban acostumbrando a la conquista de la independencia por el trabajo. Tommy vendía los huevos de su gallina; Jack especulaba con los gusanitos; Franz auxiliaba en la escuela, mediante retribución; Nat era aficionado a la carpintería y le dieron un torno con el cual fabricaba objetos útiles o curiosos, que ponía a la venta; Medio-Brooke construía, para los niños, molinitos de agua y viento, y multitud de máquinas desconocidas y complicadas.

—Si le gusta, dejémoslo ser mecánico —observaba papá Bhaer—. Dadle a un niño un comercio cualquiera y habréis asegurado su independencia. El trabajo es sano y toda actitud o talento infantil es base de lícita explotación.

Así pensando, Nat llegó un día muy excitado, a preguntar:

—¿Puedo tocar el violín ante varias personas que meriendan en el bosquecillo...? Me pagarán y me agradaría ganar algún dinero; para ello sólo dispongo de mis conocimientos musicales.

El señor Bhaer le contestó:

—Ve hijo mío, y que sea enhorabuena. Tu trabajo es fácil y grato, y celebro mucho que se te presente esta ocasión.

Nat fue y lo hizo tan bien que cuando volvió a la casa llevaba dos dólares en el bolsillo, que enseñó satisfecho, mientras contaba lo mucho que había gozado de aquella tarde, lo afectuosa que era la gente joven y los elogios que habían hecho de su música, a más de ofrecerle volver otro día.

—Esto es mejor que ir tocando por las calles, porque entonces yo no tenía nunca dinero, y ahora lo tengo todo y paso un buen rato. Además, ya estoy ocupado como Tommy y como Jack —exclamó Nat, creyéndose ya millonario.

Realmente estuvo ocupadísimo, pues durante el verano las meriendas fueron muy numerosas y todos, para bailar, buscaban al violinista. Este tenía permiso para ir, siempre y cuando las meriendas fuesen de personas respetables, y a condición de que no por ello desatendiera sus lecciones. El señor Bhaer le explicó que no debía ir donde hay personas mal educadas, y que por ningún dinero ha de irse allí donde hay malos ejemplos. Nat lo entendió, y daba gusto ver al inocente chico subir a los coches de campo que iban a buscarlo y oírle volver tocando alegremente el violín, cansado pero satisfecho, con su bien ganado dinero, y con algunos regalos de la fiesta para Daisy o para el pequeño Teddy, de los cuales nunca se olvidaba.

—Voy a ahorrar hasta que reúna para comprar un violín que sea mío y así podré ganarme la vida, ¿verdad? —solía decir el niño, cuando daba a guardar a mamá Bhaer el fruto de su trabajo.

—Muy bien, hijito, pero prefiero verte fuerte y sano a que prograses en música. El señor Laurence te buscará colocación y con el tiempo te oiremos tocar en los grandes conciertos.

Con trabajo acomodado a sus aficiones, con ánimo y con esperanzas, Nat encontró la vida más fácil y placentera, hizo tales adelantos en las lecciones de música, que el maestro le perdonó la lentitud del estudio de otras materias, convencido de que donde hay corazón trabaja mejor la inteligencia. Para castigo del muchacho, cuando descuidaba otros estudios, bastaba con guardarle el violín durante veinticuatro horas. El miedo de perder a su entrañable amigo le empujaba hacia los libros con voluntad decidida; y habiendo demostrado que podía dominar las lecciones... ¿de qué le servía decir «no puedo»...?

Daisy adoraba la música y respetaba a los músicos y era frecuente encontrarla sentada junto a la puerta tras de la cual Nat estudiaba la lección de violín. Esto complacía al

pequeño artista y se esmeraba en la ejecución para aquella minúscula y silenciosa oyente, que nunca entraba a interrumpirlo y que se sentaba a remendar o zurcir los vestidos de sus muñecas.

La tía Jo, al verla, la besaba y se alejaba, diciéndole:

—Muy bien, hijita, así me gusta; no te muevas.

Nat adoraba a mamá Bhaer, pero sentía mayor atracción hacia el maestro, que lo cuidaba paternalmente y que, en verdad, había salvado la barca débil de aquella vida del proceloso mar en que estuviera a punto de naufragar durante diez años. Algún ángel bueno veló por el muchachito, pues si su cuerpo había sufrido, su alma conservaba casi incólume la santa inocencia de un recién nacido. Tal vez la afición a la música lo mantuvo dócil y afectuoso en medio de la vida horrible que le hicieron vivir. Papá Bhaer gozaba fomentando las virtudes de Nat y corrigiéndole defectillos; el chico era sumiso y prudente como una muchachita bien educada. Por eso, a solas con la tía Jo, solía hablar de Nat diciendo «nuestro hijo»; la señora se reía y aun cuando gustaba de que los muchachos fuesen varoniles, y juzgaba a Nat tan cariñoso como débil, no por eso dejaba de mirarlo tanto como al que más.

Pero un defecto del chico disgustaba a los dueños de la casa Plumfield; aunque entendían que tal defecto era hijo del miedo y de la ignorancia. Nat mentía con alguna frecuencia. No eran sus mentirillas muy negras; eran grises o blancas, pero, al fin, mentiras.

—Conviene que tengas cuidado y contengas tu lengua, tus ojos y tus manos, porque es muy fácil decir, mirar y hacer falsedades —le dijo papá Bhaer a Nat.

—Ya lo sé y procuro hacerlo, pero cuando se miente una vez cuesta trabajo no seguir mintiendo. Antes yo mentía por miedo a que me pegasen mi padre y Nicolás; ahora suelo

decir tal o cual embuste para evitar que los niños se rían de mí. Ya sé que esto es malo, pero se me olvida.

—Siendo yo pequeño, tuve la fea costumbre de mentir. ¡Había que ver los embustes tan gordos que inventaba...! Mi abuela me curó... ¿Cómo dirás que me curó...? Mis padres me regañaban y me castigaban inútilmente, pero en seguida me olvidaba de sus advertencias como tú te olvidas de las mías. Entonces me dijo mi querida abuelita: —«Voy a ayudarte a que lo recuerdes y a que trates de corregir ese hábito incorregible». Y, así diciendo, me hizo sacar la lengua y me obligó a quedarme en esa incómoda posición durante más de diez minutos. Esto, como ya supondrás, fue terrible, pero beneficiosísimo, porque tuve dolorida la lengua durante muchas horas y forzosamente hablaba con lentitud tal que me permitía pensar las palabras antes de pronunciarlas. Después seguí cuidadoso en el hablar, por miedo a tener que andar con la lengua afuera. La abuelita se mostró siempre cariñosísima conmigo, y cuando murió, me pidió que amase siempre a Dios y dijese siempre la verdad.

—Yo no tengo abuelita, pero si cree que con ello me corregiré, se equivoca; prefiero andar con la lengua afuera —dijo heroicamente Nat, que, aun cuando temía el dolor, deseaba dejar de ser embustero.

—Tengo un procedimiento mejor que ése, ya lo ensayé una vez con buen resultado. Verás, cuando mientas, en vez de castigarte yo, me castigarás tú a mí.

—¿Cómo? —exclamó Nat admiradísimo.

—Tú me darás palmetazos, procedimiento que nunca uso; pero te servirá para recordar mejor, ocasionándome un dolor que tú mismo sentirás.

—¿Darle yo palmetazos...? ¡No es posible!

—Pues entonces hazte cuenta que te han obligado a estar con la lengua afuera. No deseo que me hagan daño, pero

sufriré gustoso el dolor con tal de quitarte ese defecto.

Esta advertencia impresionó a Nat, y durante mucho tiempo habló poco y pensó bien las palabras. Papá Bhaer había juzgado cuerdamente que el amor al maestro influiría más en el ánimo del chico que el miedo al castigo.

Mas, ¡ay!, un día olvidóse Nat de su promesa, y cuando Emil le amenazó con darle de cachetes si él había sido el que corriendo por el jardín estropeó el sembrado de cereales, Nat negó ser el autor del daño, y después sintió vergüenza de confesar que él había pisoteado el campo de Emil.

Pensó Nat que nadie descubriría la mentira, pero cuando, dos o tres días después, Emil habló del asunto, Tommy dijo que lo había visto. Papá Bhaer oyó la conversación. La hora de clase había terminado; se hallaban reunidos en el salón y el maestro acababa de sentarse en el sofá para jugar con Teddy, pero cuando escuchó a Tommy y vio ruborizarse a Nat y mirarle con espanto, soltó al bebé y le dijo:

—Ve con mamá; vuelvo en seguida.

Inmediatamente tomó a Nat de la mano, lo entró en la escuela y cerró la puerta.

Los pequeños se miraron en silencio; luego, Tommy fue a espiar y atisbando por las persianas medio cerradas presenció un espectáculo que lo desconcertó por completo. Papá Bhaer tomó la palmeta que tenía colgada junto a la mesa, palmeta tan olvidada que estaba llena de polvo.

—¡Anda! Le va a dar palmetazos a Nat... ¡Cuánto siento haber hablado...! —murmuró Tommy, considerando que los palmetazos eran la mayor desgracia y el mayor castigo.

—¿Recuerdas lo que te dije la última vez? —preguntó papá Bhaer, con tristeza pero sin cólera.

—Sí, señor; y le ruego que no cumpla —balbuceó Nat

retrocediendo pálido, angustiado y tembloroso.

—¿Por qué no se acercará y aguantará los palmetazos como un hombre...? Yo me resignaría —murmuró Tommy.

—Cumpliré mi palabra y así no te olvidarás de que siempre debes decir la verdad. Obedéceme, Nat; toma la palmeta y dame seis palmetazos fuertes.

Tommy quedó tan estupefacto al escuchar las palabras del maestro, que estuvo a punto de caerse del banco en que estaba encaramado; al fin pudo guardar el equilibrio agarrándose al marco de la ventana, y contempló la escena con ojos más abiertos que los del mochuelo disecado que estaba sobre la chimenea.

Nat, no osando desobedecer la orden, empuñó la palmeta, y tan aterrado como si le obligasen a cometer un asesinato, dio dos débiles golpes en la ancha mano que le tendía papá Bhaer. En seguida se detuvo con los ojos llenos de lágrimas, pero el profesor le ordenó imperativamente:

—Sigue, y pega más fuerte.

Comprendiendo que no quedaba más recurso que el de obedecer, ansioso de acabar cuanto antes aquella cruel tarea, se cubrió la cara con el brazo izquierdo y descargó dos golpes muy duros, que, aun cuando enrojecieron la mano del que los recibió, hicieron mucho más daño al que los daba.

—¿No es bastante? —preguntó el muchacho, angustiado.

—Dos más —fue la única respuesta.

Nat los aplicó sin ver ya dónde daba, arrojó la palmeta a un extremo de la sala, y tomando ansioso la cariñosa mano del maestro puso en ella el rostro en explosión acongojada de cariño, vergüenza y arrepentimiento.

—¡Me acordaré! ¡No lo olvidaré jamás! —sollozó.

Papá Bhaer lo abrazó y le dijo con tanta compasión como energía había desplegado hasta entonces:

—Deseo y espero que no lo olvidarás; pide a Dios que te ayude y procura ahorrarnos otra escena como ésta.

Tommy no miró más; saltó del banco y entró en el salón, tan grave y tan excitado que los condiscípulos lo rodearon preguntándole qué había ocurrido.

En voz baja, y con acento entrecortado, Tommy narró lo ocurrido; los muchachos creyeron ver el cielo desplomarse al oír aquella inversión del orden natural de las cosas.

Ruboroso, y como si se acusase de horrendo crimen, balbuceó Emil:

—También yo..., una vez... tuve que hacer eso mismo...

—¿Y le diste palmetazos a nuestro anciano y queridísimo papá Bhaer...? ¡Caramba, me gustaría verte hacerlo ahora! —rugió Ned, encolerizado, atizando un puñetazo a Emil.

—Pasó hace mucho tiempo; primero me cortaría la cabeza que volver a pegar a nuestro excelente maestro —contestó Emil, apoyándose en Ned, en vez de obsequiarle con un bofetón, según acostumbraba hacer con menos motivo y en ocasiones menos solemnes.

—¿Cómo pudiste pegarle a papá Bhaer? —preguntó Medio-Brooke horrorizado.

—Creí que no me importaría y hasta pensé que me agradaría. Pero, al descargar el primer golpe, recordé cuánto había hecho por mí y no pude seguir. Si me hubiera escupido y pisoteado no hubiera sentido tanta vergüenza ni tanta aflicción —murmuró Emil golpeándose el pecho arrepentido.

—Nat lloraba y su pena era inmensa; creo que no debemos

darnos por enterados de lo sucedido —propuso Tommy.

—Me parece bien; pero conste que mentir es algo muy feo —observó Medio-Brooke, encontrando que la fealdad de la mentira aumentaba cuando el castigo no recaía sobre el culpable y sí sobre el bonísimo e inocente maestro.

—Pues vámonos cuanto antes para que Nat no nos encuentre —indicó Franz.

Todos emprendieron el camino del granero, que era el refugio obligado en los momentos de apuro.

Nat no bajó a comer. La tía Jo le llevó algún alimento y le dirigió palabras de consuelo, que el muchacho agradeció; pero sin atreverse a levantar la vista. Al cabo de un rato, los niños que andaban jugando en el patio, oyeron sonar el violín y dijeron:

—Ya se le va pasando.

En efecto, se le iba pasando, pero no se atrevía a bajar; al fin, abrió la puerta y se deslizó para irse al campo. En la escalera halló a Daisy, que no cosía ni jugaba con las muñecas; la pequeña estaba sentada en un escalón, con un pañuelo en la mano, como si hubiera llorado por su amigo.

—Voy de paseo, ¿me acompañas? —exclamó Nat, procurando disimular, pero agradeciendo en el alma la discreta simpatía de la niña, y más porque imaginaba que todos en la casa lo iban a mirar como a un malvado.

—Sí, sí —contestó Daisy, corriendo a buscar el sombrero, orgullosa de ser elegida como compañera por uno de los niños mayores.

Los demás les vieron salir, pero no los siguieron; los chiquitines tenían más delicadeza de la que podía suponerseles, y los mayores comprendían que para un afligido el mejor consuelo y la mejor compañera era Daisy.

El paseo sentó bien a Nat; volvió a casa tranquilo y hasta alegre, lleno de guirnaldas de margaritas que su compañera tejió mientras él, tumbado sobre el césped, le refería cuentos.

Nadie habló palabra sobre la escena ocurrida por la mañana, pero su efecto, acaso por esta misma razón, fue más duradero. Nat hizo cuanto estuvo a su alcance para no faltar a la verdad, y en tal empeño le auxiliaron las fervorosas plegarias que a diario dirigía al divino Niño, y los cuidados de papá Bhaer.

Jamás la cariñosa mano del maestro tocaba al discípulo sin que éste recordase el dolor que aquella mano había sufrido voluntariamente para corregirle un defecto.

Capítulo 5

—¿Qué te pasa, Daisy...?

—Que los niños no quieren que juegue con ellos.

—¿Porqué?

—Porque dicen que las niñas no pueden jugar al fútbol.

—Sí, pueden, porque yo he jugado —observó mamá Bhaer.

—Ya sé que puedo jugar, porque otras veces he jugado con mi hermano, pero ahora no quiere que juegue porque los demás niños se ríen de él —dijo Daisy, enojada.

—Tu hermano tiene razón. Con él solo no hay inconveniente en que juegues, pero es violento cuando intervienen diez o doce chicos. Yo te inventaré algo que te distraiga.

—Estoy cansada de jugar sola —advirtió tristemente Daisy.

—Jugaré contigo un rato, aun cuando estoy atareada arreglándolo todo para ir a la ciudad. Te llevaré conmigo, verás a la abuelita y, si quieres, te quedarás con ella.

—Me agrada verla y ver a Josy, pero si me lo permites, volveré contigo; Medio-Brooke me extrañaría, y, además, estoy contentísima viviendo a tu lado.

—¿No sabes acomodarte a vivir lejos de tu hermano...?

—No, querida tía; como somos gemelos, nos queremos muchísimo —afirmó Daisy, con cierto orgullo.

—Bueno, ¿en qué vas a entretenerte mientras acabo de

colocar esta ropa blanca en el armario...?

—No sé; estoy harta de muñecas; desearía un juguete nuevo.

—Ahora veo que no te has asomado por la cocina a ver lo que Asia prepara para el almuerzo.

—Me asomaré y lo veré, si es que Asia no está de mal humor
—murmuró Daisy alejándose lentamente en dirección a los fogones, donde la negra cocinera era reina absoluta.

Cinco minutos después regresó Daisy contentísima, empuñando un trozo de masa y con una mancha de harina en la nariz.

—Tía, vamos a amasar y a hacer bollos y empanadas. Asia está satisfecha y lo permite, ¿vamos allá...?

—Sí, hijita; ve enhorabuena, y quédate allí cuanto gustes.

Daisy marchóse precipitadamente y su tía se quedó pensando y tratando de idear algún juguete nuevo. De repente sonrió, cerró el armario y dijo:

—Lo haré, suponiendo que sea posible.

Nadie, durante aquel día, se enteró del proyecto de mamá Bhaer; cuando le anunció a Daisy que iba a comprarle un juguete nuevo, la niña se excitó, y mientras iban camino de la ciudad la acosó a preguntas, sin conseguir respuesta que le permitiera adivinar la clase de objeto de que iba a ser dueña. Quedóse Daisy acompañando a la abuela y jugando con Josy mientras la tía Jo iba de compras. Cuando volvió cargada de paquetes, que fueron acomodados en el ómnibus, la niña se hallaba tan dominada por la curiosidad, que manifestó deseos de regresar inmediatamente a Plumfield. Pero la tía Jo no tenía prisa, y se entretuvo charlando con la abuela, refiriéndole dichos y hechos de los niños, y acariciando a Josy.

Indudablemente, sin que Daisy se diera cuenta, la tía Jo

contó a la abuela el secreto, porque cuando la buena señora le puso el sombrerito y le dio el beso de despedida, le dijo:

—Que seas buena, Daisy, y que saques provecho manejando el encantador juguete que acaban de comprarte. Ya puedes agradecer a tu tía que te ayude a manejarlo, pues sé que ese manejo no es muy de su gusto.

Las dos señoras soltaron la carcajada, y se divirtieron viendo la curiosidad de la niña.

Cuando volvían a Plumfield crujió algo en la trasera del carruaje.

—¿Qué es eso...? —preguntó Daisy, aguzando el oído.

—El juguete nuevo.

—¿Es grande?

—En parte sí, y en parte no.

—¿He visto alguno igual o parecido...?

—Muchos, pero ninguno tan bonito como éste.

—¿Qué será...? ¡No lo adivino! ¿Cuándo lo veré?

—Mañana por la mañana, después que des las lecciones.

—¿Sirve el juguete para los niños...?

—No, sirve sólo para ti. A los niños les gustará verlo y lo querrán; tú podrás dejarles o no dejarles que jueguen con él.

—Le daré permiso a mi hermano.

—Les gustará a todos y especialmente a George, a «Zampabollos» como lo llaman.

—¿Me dejas que lo toque...?

—No; podrías adivinarlo y no habría sorpresa para mañana.

Daisy suspiró y después sonrió satisfecha viendo algo brillante por un agujero del papel.

—Mira, tía Jo, estoy intrigadísima. ¿Me dejas verlo hoy?

—No, hijita; hay que arreglarlo todo y poner cada cosa en su sitio. Le dije a tío Teddy que no verías el juguete hasta que se hallase bien acondicionado.

—Si tío Teddy ha intervenido, estoy segura de que el regalo ha sido espléndido —dijo Daisy palmoteando y recordando los muchos y magníficos regalos que hacía el rico pariente.

—Tío Teddy me acompañó a comprar el juguete, y estuvo conmigo en la tienda ayudándome a elegir las distintas piezas; quiso que fuesen bonitas y grandes, y ha resultado que mi modesto plan se ha ensanchado y perfeccionado. Ya puedes dar gracias y muchos besos a ese excelente tío, que te ha regalado la más hermosa de las co... ¡Válgame Dios! Por poco descubro el secreto.

Calló mamá Bhaer y se dedicó a repasar las notas de las compras, para evitar la infidencia. Daisy cruzó las manos y se quedó meditabunda, esforzándose por adivinar el juguete cuyo nombre empezaba con co.

Al entrar en la casa, la chicuela no quitó la vista de los paquetes que iban sacando, y observó que Franz cargaba un bulto grande y pesado, y lo llevaba a la habitación inmediata a la de la tía Jo.

Algo misterioso ocurrió aquella tarde en la casa, porque Franz estuvo martillando, Asia no dejó de ir y venir, y tía Jo anduvo de acá para allá, ocultando bultos raros bajo el delantal; Teddy era el único niño a quien se consintió presenciar las manipulaciones, y Teddy, que aún no sabía hablar, balbucía y se afanaba por explicar lo que había visto.

Daisy estaba desconcertada y su excitación y su curiosidad se contagiaron a los niños, que abrumaron a mamá Bhaer con ofrecimientos de ayuda. Pero la mamá rehusó admitir colaboradores y contestó a todos:

—Las niñas no pueden jugar con los niños; dejen en paz a Daisy y a mí. El nuevo juguete no es para ustedes.

Los muchachos, tras breve meditación, invitaron amablemente a Daisy para que jugase con ellos a los bolos, a los soldados, al fútbol. La pequeña se maravilló de que le prodigarán tantas atenciones.

Muy distraída pasó la tarde; se acostó temprano y a la mañana siguiente aprendió y dio las lecciones tan bien, que papá Bhaer lamentó que no hubiera modo de disponer de un juguete nuevo para cada día. Todos los alumnos se estremecieron cuando vieron que se permitía a Daisy salir de clase a las diez, porque ya todos sabían que iba a tomar posesión del fantástico y desconocido juguete. Los chicos la siguieron con la mirada, y casi todos estaban tan distraídos como Medio-Brooke, que, cuando Franz le preguntó dónde se hallaba el desierto de Sahara, contestó tristemente:

—En el cuarto inmediato al de tía Jo.

Huelga decir que la clase entera soltó la carcajada.

Entrando en la habitación de su tía, Daisy gritó:

—¡Ya he dado las lecciones! ¡Ya no puedo esperar más!

—Ven; todo está dispuesto —contestó mamá Bhaer, tomando en brazos a Teddy, recogiendo la cesta de la costura y pasando a la estancia vecina.

—No veo nada —dijo Daisy, mirando afanosamente.

—¿Oyes algo...? —preguntó la tía Jo, conteniendo a Teddy, que salió corriendo hacia uno de los lados del cuarto.

Daisy oyó un rumor extraño, y luego un chirrido, y después un borboteo, como si estuviera hirviendo una olla. Los ruidos salían de detrás de una cortina corrida ante el espacioso hueco de la ventana. Daisy la descorrió, lanzó un «¡oh!» jubilosísimo y se quedó arrobada, contemplando con deleite... ¿Qué creerán ustedes que se quedó contemplando...?

Ancha tabla corría por los tres lados del hueco de la ventana; en una parte veíanse, colgadas o descansando, ollitas de distintos tamaños, cacerolas, sartenes, parrillas y marmitas; en otro lado, lucía una vajilla en miniatura, y un lindo servicio de té; en el centro se hallaba instalado un hornillo de cocina. No había utensilio superfluo o inútil; el hornillo de hierro era lo bastante grande para guisar alimentos que aplacaran el hambre de la más numerosa y famélica familia de muñecas que pudiera existir. Lo más importante era que en el hornillo ardía fuego de verdad; la minúscula tetera dejaba escapar vapor de agua efectivo; la tapa de la ollita bailaba alegremente empujada por el agua que hervía a borbotones. Un agujerito en el cristal de la ventana daba salida al tubo de la chimenea, que lanzaba una columna de humo auténtico. Al lado se hallaba la carbonera; sobre ella había deshollinador, cepillo y escoba, en una tabla baja aguardaba la cestita para la compra, y en el respaldo de la silla de Daisy un gorrito y un delantal. Brillaba el sol como gozando con aquel entretenimiento; chisporroteaba el hornillo, hervía la olla, los utensilios de bruñido estaño relumbraban en las paredes; la loza y la porcelana espejeaban, y la cocinita, en conjunto y en detalle, resultaba completísima y superior a las ambiciones infantiles.

Daisy, tras sus primeras exclamaciones de júbilo, quedóse extática paseando miradas radiantes por aquellas preciosidades; luego, brincó y abrazó emocionada a tía Jo, exclamando con fervorosa gratitud:

—¡Qué juguete tan espléndido! ¿Me permitirán guisar y preparar comiditas, y encender fuego y barrer...? ¿Sí...? ¡Qué

alegría! ¿Cómo se te ocurrió regalarme esta cocina...?

—Al observar que te gustaba ayudar a Asia a amasar las empanadas. Supuse que nuestra cocinera no te dejaría manipular con frecuencia en sus guisos; además, allí corrías el riesgo de quemarte; entonces pensé en un fogón adecuado y en enseñarte a cocinar, con lo cual encontrarás entretenimiento provechoso; anduve buscando y rebuscando por las tiendas de juguetes; pero todo lo que había era grande y muy costoso; de casualidad tropecé con tío Teddy, que generosamente, se ofreció a ayudarme, y se empeñó en adquirir la mejor cocina que vimos. Yo me opuse, pero tu tío me recordó los tiempos en que, siendo yo niña, cocinaba; y se dedicó a comprarme todas las cacerolas y objetos más bonitos que había a la venta, con destino a la «Pequeña clase culinaria».

—¡Cuánto celebro la intervención de tío Teddy...!

—Es menester que te apliques mucho y que aprendas bien; tu tío me ha dicho que se propone venir con frecuencia a tomar el té y espera que le sirvan cosas delicadas y extraordinarias.

—¡No hay en el mundo cocina más mona ni más graciosa que ésta...! No encuentro nada mejor que estudiar en ella. ¿Podré aprender a preparar pasteles y bollos, y de todo?

—Por supuesto. Te nombro mi cocinera particular, y te enseñaré a confeccionar todos los platos que te encargue; así te encontrarás siempre con algún extraordinario para comer, y poco a poco irás aprendiendo a guisar. Yo te llamaré Sally, cuando estés en función de cocinera particular.

—¡Me parece muy bien! Empiezo a ser Sally. ¿Qué hago...?

—Lo primero ponerte esta cofia y el delantal blanco; quiero que mi cocinera particular esté muy limpia.

Sally, sin replicar, se puso la cofia y el delantal, aun cuando

no le gustaba esa clase de prendas.

—Ahora coloca en orden la vajilla y lávala, porque mi última cocinera cuidaba poco del aseo.

—Bueno —habló mamá Bhaer, dándole un papel con notas—; toma la cesta y vete a hacer la compra en el mercado; aquí tienes la lista de lo que hace falta.

—¿Dónde está el mercado...?

—Asia es el mercado.

La cocinerita salió y los chicos se alborotaron en la escuela al verla pasar; la niña, dirigiéndose a Medio-Brooke, dijo:

—Me llamo Sally, y soy la cocinera particular de la señora Bhaer. ¡Ya verás, ya verás qué juguete!

La anciana Asia estaba tan contenta como la pequeña y rió con ganas al verla entrar con la cofia torcida y balanceando la cesta como una cocinera atolondrada.

—Mi señora necesita todo lo que se pide en esta lista, y tengo que llevárselo —murmuró gravemente la niña.

—Muy bien; van dos libras de papas, verduras, manzanas, pan y manteca; aún no ha venido la carne; cuando venga la mandaré.

Colocó Asia en la cesta una papa, una manzana, un panecillo, un manojito de verdura y una cucharadita de manteca, encargando a Sally que tuviera cuidado, porque el chico de la mantequería solía hacer trampas.

—¿Quién es ese chico? —preguntó la minúscula cocinera, sospechando que pudiera ser Medio-Brooke.

—Ya lo verá usted —contestó Asia.

Sally se alejó solemnemente, cantando una estrofa de la

balada de «Caperucita Roja»: Ya se va Caperucita a la casa de su abuela, llevando un cesto de bollos y un Carrito de manteca...

—Bien; coloca la compra en la despensa y deja fuera la manzana —ordenó la tía Jo, al volver la cocinerita.

Debajo de la tabla de la cocina había una alacena, y, al abrirla, la niña recibió nuevas deliciosas sorpresas. Una mitad de la alacena estaba ocupada con leña, carbón y astillas; la otra veíase llena de tarritos para sal, azúcar, harina, especias, etcétera. Una lata de conservas, una de té y otra de galletitas.

Pero el colmo del encanto lo constituyeron dos cacharros de leche recién ordeñada y una espumadera a propósito para quitar la crema que acababa de formarse. Daisy-Sally palmoteó de gusto y quiso efectuar inmediatamente el desnate.

—Aguarda un poco; debes comer la crema con el pastel de manzanas; y hasta entonces no conviene separarla.

—Pero ¿voy a tener un pastel...?

—Si el horno funciona bien, haremos un pastelito de manzana y otro de ciruela.

—¿Empiezo ya a prepararlos...? ¿Qué debo hacer? —preguntó impaciente la cocinerita, pasmada de la felicidad de que estaba disfrutando.

—Cierra la llave baja de la cocina, para que conserve calor el hornillo; lávate las manos; trae harina, azúcar, sal y manteca; mira si están bien limpios el rodillo y la tabla de hacer pasteles; corta en rebanadas la manzana...

Daisy obedeció diligente, sin ruido y sin volcar nada.

—La verdad es que me va a costar trabajo hacer pasteles

tan pequeños; pero, en fin, lo intentaré —observó alegre la tía Jo, y luego dijo—: Toma la harina que he medido, ponle un poquito de sal y añádele la manteca que hay en ese plato. Cuida siempre de mezclar las cosas secas primero y las húmedas después; así se mezclan mejor.

—Ya, ya sé; se lo he visto hacer a Asia.

—Muy bien; veo que te das maña, y espero que llegarás a ser una gran cocinera. Ahora rocía la mezcla con agua fría, en cantidad bastante para que se humedezca; bueno, espolvorea la tabla con harina y comienza a amasar... ¡Así! ¡Perfectamente! Extiende poquito de manteca sobre la tabla, y sigue amasando. ¡Admirable! Vamos a hacer buenos pasteles para que las muñecas los digieran y no sufran dolores de estómago.

Daisy rió contentísima; extendió la manteca, amasó a conciencia, y cuando la pasta estuvo a punto, la colocó formando delgadas capas, en varios platos. En seguida cortó la manzana en trocitos delgados y la espolvoreó con azúcar y canela.

—Siempre tuve empeño en hacer pasteles redondos, pero Asia no me dejaba —murmuró la niña.

A todas las cocineras, aun a las mejores, les suele salir mal algún plato. Esto le sucedió a la pseudo-Sally, que, cuando más entusiasmada estaba preparando el pastel vio escurrírsele la bandeja y rodar la masa por el suelo. Gritó la pequeñuela, soltó la carcajada mamá Bhaer, escandalizó Teddy y durante un momento hubo gran alboroto en la cocina.

—Menos mal —observó la niña, recogiendo la masa— que nada se ha perdido; siento que se haya empolvado algo.

—Veo con gusto que mi cocinera particular tiene buen genio. Y ahora, abre el tarrito de la conserva de ciruelas, rellena el hueco del pastel y cúbrelo, como hace Asia, con un trocito de pasta.

—Y encima le trazaré una R y lo adornaré con zig-zag; verás qué bonito quedará —exclamó la chicuela recargando y extremando los adornos hasta lo inverosímil, y llevando en seguida el pastel al horno.

—Lava y pon en su sitio todos los utensilios que has manejado; como las buenas cocineras. Después, limpia las verduras y las papas...

—No hay más que una papa.

—Córtala en cuatro, para que quepa en la olla y ten los pedazos en agua fría hasta el momento de cocerlos.

—¿Echo también las verduras en remojo...?

—No; lávalas y córtalas y ponlas a secar junto a la plancha del horno.

En aquel instante, oyóse que alguien empujaba y arañaba la puerta; la cocinerita corrió a abrir y se encontró con Kit, que llegaba con una cestita cerrada sujeta entre los dientes.

—¡Este es el criado del carnicero! —gritó alegremente Daisy, descargando al perro; el animalito gruñó esperando que le diesen de comer, porque a veces solía llevar de aquel modo su pitanza; luego, al verse chasqueado, se marchó gruñendo y ladrando para demostrar su disgusto.

La cestita contenía: dos filetes de carne, una pera cocida, un pastelito y una esquila, en la cual decía: «Almuerzo para la nueva cocinerita, por si se le estropean sus guisos».

—No necesito nada de esto; mis guisos saldrán admirablemente y almorzaré como nunca he almorzado..., ipues no faltaba más! —refunfuñó Daisy, indignadísima.

—No nos vendrán mal estas provisiones, si se presentan invitados; conviene contar con reservas en la despensa.

—«Teno hambe» —anunció Teddy, entendiendo que, tras tanto cocinar, ya era hora de comer algo.

Su madre le dio, para entretenerlo, la cesta de la costura, y continuó enseñando a su cocinera particular.

—Aparta las verduras, pon la mesa, y aviva la lumbre para asar la carne.

Había que ver a Daisy-Sally cuidar del pucherito donde se cocían las papas, dar vuelta a las verduras, mirar cómo iban los pasteles dorándose en el horno, avivar la lumbre, colocar dos costillitas en unas parrillas de mango largo, y volverlas con ayuda de un tenedor.

Tan absorta se hallaba cocinando, que olvidó los pasteles hasta abrir el horno para colocar el puré de papas.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Se han quemado mis pasteles! ¡Se han quemado mis pasteles! —gritó Daisy, retorciéndose con desesperación las no muy limpias manos, al ver dos objetos negros en lugar de los dorados con que pensó regalarse.

—No llores, hija mía; yo he tenido la culpa, pues era deber mío ordenarte que sacaras los pasteles del horno; pero no te aflijas; ya haremos otros, después que comamos.

Chirriaron las costillas en la parrilla, y este incidente bastó para distraer y consolar a la atribulada aprendiz del arte de Brillat-Savarin.

—Pon las costillas en un plato, y déjalas al calor, mientras aderezas las verduras con manteca, sal y pimienta.

La vista del «pícaro» tarro de pimienta acabó de calmar la pena de Sally. Momentos después, la comida se hallaba servida en la mesa; las seis muñecas fueron colocadas tres a cada lado; Teddy ocupó una de las cabeceras, y Daisy se instaló en la otra. El espectáculo era graciosísimo. Una

muñeca estaba vestida con un lujoso traje de baile, y otra se hallaba en camisa; Terry, el muñeco de madera, ostentaba un traje rojo, de punto inglés, y Annabella, la muñeca desnarigada lucía impúdicamente su desnudez. Teddy, actuando de cabeza de familia, devoró todo lo que le ofrecieron, sin encontrar defectos a nada. Daisy servía los platos y cuidaba de todo, como una señora que sabe atender a sus invitados.

—En mi vida he hecho un almuerzo tan rico como el de hoy. ¿No podría hacerlo todos los días? —preguntó Daisy, comiéndose las migajas esparcidas en el mantel.

—Después de dar las lecciones, podrás guisar todos los días, pero preferiré que comas lo que cocines a la hora en que todos comemos, y que a la hora del té no dejes las galletas. Hoy, por ser el primer día, no importa romper con la costumbre. Esta tarde puedes preparar algo para tomar con el té —respondió mamá Bhaer, que disfrutara viendo a la niña, aun cuando no recibió invitación para participar de la comida.

—Quisiera hacer frutas de sartén para mi hermano, porque es aficionadísimo a ese dulce, y es muy lindo darles vuelta en el aceite y espolvorearlas con azúcar —insinuó Daisy.

—Pero si obsequias a tu hermano, los demás niños querrán su parte, y no habrá para todos.

—¿No podría ser sólo, por esta vez, mi hermano, y luego, si los demás son buenos, yo les haría frutas de sartén...?

—¡Muy bien pensado! Haremos que tus comidas sean premios para los niños buenos y ya sé de algunos que las estimarán muchísimo. Si los hombrecitos son como los hombres, confío en que mi cocinera hará milagros halagándoles el paladar y el estómago, y dulcificándoles el carácter.

—Recojo la indirecta —murmuró papá Bhaer que, desde la puerta, miraba y oía complacido—. Pero considera que si yo

me hubiera casado contigo enamorado sólo de tus talentos culinarios, mal me hubiera ido en los últimos años.

Teddy abrazaba a su padre y tartamudeaba, afanándose por describir el banquete que había gozado.

Daisy enseñó envanecida su cocina y, audazmente, ofreció a papá Bhaer prepararle todas las frutas de sartén que fuera capaz de comer.

Capitaneados por Medio-Brooke, los muchachos entraron de rondón en los dominios cocineros; las clases de la mañana habían terminado, y el olor de las costillitas asadas los atrajo como a canes hambrientos.

Jamás existió princesa que desplegara en fastuosa corte el orgullo que desplegó Daisy al mostrar sus tesoros y al anunciar a los chicos los regalos con que se proponía obsequiarlos. Hubo quien se burló al oír que allí se podía guisar algo comestible; Zampabollos se mostró convencidísimo, sin esperar pruebas; Nat y Medio-Brooke confiaron en los talentos y habilidades de Daisy, y los demás decidieron aguardar antes de dar su opinión definitiva. Unánimemente admiraron la cocina y se maravillaron ante el horno. Medio-Brooke quiso, en el acto, comprar una cacerola para utilizarla como caldera de una máquina de vapor que estaba construyendo; Nat se ofreció a quedarse en alquiler, por precio módico, con un cucharón para fundir el plomo con el cual fabricaba balas y otros juguetes.

Daisy se alarmó seriamente al ver a los niños entusiasmados con la batería de cocina, y mamá Bhaer tuvo que ordenar que nadie tocara ningún objeto, prohibiendo tocar el horno, sin permiso expreso de su dueña. Los caballeros se cohibieron al saber que la menor infracción de esta ley sería castigada con la pérdida del derecho a participar de los guisos y platos que confeccionase la cocinera.

Sonó la campana, y todos, en bullicioso tropel, bajaron al

comedor. La comida resultó animadísima; cada uno de los niños dio a Daisy una lista de las cosas que deseaba comer, tan pronto como las mereciera a título de premio. La pequeña estaba dispuesta a guisar de todo, siempre y cuando su tía le enseñase. La tía Jo se inquietó, pues oyó hablar de platos desconocidos: pastel de bodas, ojos de buey en dulce, sopa de coles con arenques y cerezas y otras comidas que el señor Bhaer enumeró como de su predilección:

Aquella tarde los niños estuvieron amabilísimos con Daisy; Tommy le ofreció los primeros frutos de su jardín, aun cuando hasta entonces en el jardín sólo se veían cardos silvestres; Nat se brindó a proveerla gratuitamente de leña; Zampabollos se mostró resuelto a trabajar en cuanto la cocinerita le ordenara; Ned anunció que iba a fabricar una heladera para la cocina, y Medio-Brooke, tanto y tanto rogó y tan afectuosamente se prestó a auxiliar, que se le concedió el alto privilegio de encender la lumbre, de hacer recados y de contemplar el progreso de la comida. La tía Jo lo dirigía todo, yendo y viniendo mientras colocaba cortinas limpias en toda la casa.

—Pídele a Asia una copa de crema agria para los pasteles —fue la primera orden que Medio-Brooke obedeció; salió y volvió trayendo la crema y haciendo gestos de asombro porque al probarla en el camino la encontró tan desagradable, que anunció que los pasteles resultarían malísimos.

—Bueno, niña, llena ese plato de harina y añádele sal.

—¡Ay! ¡Todo necesita sal! —murmuró la pequeña, cansada de abrir tantas veces el salero.

—La sal, como el buen humor, sienta bien a todo —advirtió papá Bhaer, colocando clavos para colgar los utensilios.

—Mira, tío, aun cuando no te hemos invitado al té, pienso obsequiarte con pasteles ~exclamó Daisy.

—Mira, Fritz, no vale que interrumpas mi clase de cocina pues me vas a poner en el caso de que intervenga yo en tus clases de latín, ¿te agradaría? —preguntó la tía Jo, echando sobre la cabeza de su marido un cortinón de yute.

—¡Muchísimo! Haz la prueba —respondió papá Bhaer, y se alejó cantando y dando golpecitos, como si fuera un pájaro carpintero.

—Pon un poquito de sosa en la crema, y cuando se hinche añade la harina, mézclalo bien, adicionando la manteca y fríelo en la sartén, sin quitarlo hasta que yo vuelva —ordenó mamá Bhaer al salir.

La cocinerita hizo concienzudamente la mezcla y puso un poco de masa a freír, maravillándose al ver que la masa se trocaba, como por arte mágico, en hinchada flor de sartén. Medio-Brooke se relamió de gusto. La primera flor sartenil resultó pegada y chamuscada, porque Daisy se olvidó de poner la manteca. Después, cuando la omisión quedó subsanada, todo marchó a pedir de boca.

—Opino que con jarabe estará mejor que con azúcar —insinuó Medio-Brooke, terminando de poner la mesa.

—Pues anda y pídele un poco de jarabe a Asia —dispuso Daisy, yendo a lavarse las manos a la habitación inmediata.

La comidita resultó deliciosa; la tetera sólo se volcó tres veces, y el jarro de leche, una; las flores flotaban en el jarabe y las tostadas sabían a costillas, por haberse empleado para prepararlas las mismas parrillas que para el almuerzo.

Medio-Brooke se desentendió de tales minucias, y engulló vorazmente, mientras Daisy, rodeada de sus muñecas, planeaba banquetes fastuosísimos.

—¿Han pasado bien el rato? —preguntó la tía Jo, entrando

con Teddy en brazos.

—Admirablemente, estoy deseoso de que se repita pronto —afirmó Medio-Brooke.

—Temo que hayas comido demasiado.

—No; no he tomado más que lo que Daisy me ha servido.

—Tía —observó graciosamente la niña—, ya he procurado no atracarlo para que no sufra indigestión.

—Bueno, y ¿les gusta el nuevo juguete...?

—Muchísimo —dijo gravemente Medio-Brooke.

—¡No hay mejor juguete en el mundo! —afirmó Daisy, preparándose a fregar tazas y vasos—. Desearía que todos tuvieran una cocinita tan encantadora como la mía.

—Este juguete debe tener un nombre especial —insistió Medio-Brooke, chupándose los dedos llenos de jarabe.

—Lo tiene —exclamó la tía Jo.

—¿Cuál es...? —preguntaron a un tiempo, con tanta curiosidad como entusiasmo, los hermanos.

—Creo que debemos llamarle «las marmitas» —indicó mamá Bhaer, sonriendo y alejándose.

Capítulo 6

—Señora, ¿puedo hablar con usted un momento, de algo muy importante? —preguntó Nat, asomando la cabeza a la puerta de la habitación de mamá Bhaer.

La tía Jo levantó los ojos y contestó afablemente:

—¿Qué quieres, hijo mío...?

Nat entró, cerró la puerta y exclamó:

—Dan ha llegado.

—¿Quién es Dan...?

—Un niño a quien conocí siendo yo músico ambulante; él vendía periódicos y me trataba con afecto; lo encontré en la ciudad, le dije lo bien que aquí me hallaba, y se ha venido.

—Pronto ha deseado visitarte.

—No viene de visita; viene a vivir aquí, si usted quiere.

—No sé quién es, ni tengo antecedentes de él.

—Pensé que a usted le agradaba recoger a los niños pobres y tratarlos con el cariño con que me trata a mí —observó Nat, sorprendido y algo alarmado.

—Sí, pero antes necesito informarme y escoger, porque no dispongo, y lo siento, de casa para todos.

—No sabía nada de eso, y por eso lo invité; pero, si no hay habitación, tendrá que marcharse —murmuró Nat tristemente.

Conmovida y deseosa de no defraudar la idea que Nat se forjara sobre la hospitalidad en Plumfield, mamá Bhaer dijo:

—Dame informes sobre Dan.

—No puedo; sólo sé que no tiene familia, que es pobre, que me trató con afecto y que, de poder, le favorecería.

—Ya es algo lo que me cuentas, pero no sé dónde acomodarlo —advirtió mamá Bhaer, siempre propicia al bien.

—Podría acostarse en mi cama; yo me iría a dormir al pajar; ahora no hace frío y no me importa dormir sobre paja; peor lo he pasado en vida de mi padre.

Emocionada y acariciando al muchachito, habló la tía Jo:

—Trae a tu amigo, Nat, y ya procuraremos acomodarlo.

Nat salió sonriendo alegremente y volvió en seguida trayendo a un muchacho de aspecto poco simpático, huraño, de mirada medio atrevida, medio insolente. Tras rápida ojeada, mamá Bhaer pensó: «No me las prometo muy felices de mi nuevo huésped».

—Este es Dan —exclamó Nat.

—Nat me dice que te gustaría vivir con nosotros.

—Sí.

—¿No tienes familia ni amigos que te cuiden...?

—No tengo a nadie.

—¿Cuántos años has cumplido?

—Voy a cumplir catorce.

—Representas más. ¿Qué sabes hacer...?

—Casi todo.

—Si te quedas aquí, trabajarás, estudiarás y jugarás como los demás. ¿Te parece bien?

—No me importa probar.

—Bueno, pues te quedarás aquí algunos días y veremos cómo nos va a todos. Nat, llévate a tu amigo y entreténlo hasta que vuelva papá Bhaer; entonces resolveremos en definitiva —indicó la tía Jo, hallando algo embarazoso seguir la conversación con aquel chico que la miraba con sus negros y grandes ojos llenos de una expresión dura, recelosa, triste e impropia de la infancia.

—Vamos, Nat —exclamó el nuevo huésped, alejándose.

—Muchas gracias, señora —murmuró Nat abandonando el cuarto y comparando el recibimiento que le hicieran y el que se hacía a su amiguito. Luego, exclamó—: Los compañeros están en el granero, jugando al circo, ¿quieres venir?

—¿Son chicos mayores que yo...?

—No; los mayores están pescando.

—Pues vamos.

Nat lo llevó al granero y lo presentó a la tropa menuda, que estaba divirtiéndose en las trojes medio vacías. Sobre el piso habían trazado un ancho círculo; en el centro estaba Medio-Brooke empuñando un látigo; Tommy montado sobre el pacífico jumentillo, hacía cabriolas y brincaba imitando a un mono amaestrado.

—La entrada cuesta un alfiler —dijo Zampabollos, que se hallaba junto a la puerta, teniendo al lado la carretilla que servía de tribuna a la música, representada por Ned, que soplabá un peine cubierto con papel de seda, y por Rob, que golpeaba furiosamente un calderito.

—Este es un convidado y yo pago por él —dijo Nat, clavando generosamente dos alfileres torcidos en la penca que hacía de caja de caudales.

Los nuevos espectadores saludaron con un gesto a la compañía y se sentaron sobre unas tablas. La función continuó. Cuando el mono amaestrado concluyó sus ejercicios, Ned desempeñó un número de saltos sobre una silla vieja y trepó ágilmente por varias escaleras. Medio-Brooke bailó gravemente. Nat fue designado para luchar con Zampabollos y con rapidez tumbó al corpulento niño. Después, Tommy avanzó con orgullo para dar el salto mortal, habilidad que adquiriera a fuerza de perseverancia y de sufrir caídas y golpes tremendos. Grandes aplausos celebraron la habilidad de Tommy, y cuando éste, rojo de orgullo y de la subida de la sangre a la cabeza, se disponía a sentarse, una voz gritó despreciativamente:

—¡Eso no vale nada!

—¡Vuelve a decir eso, si te atreves! —rugió Tommy.

—¿Quieres pelear? —exclamó Dan abandonando el asiento y enseñando los puños.

—No, no —contestó Tommy, asustado.

—Están prohibidas las peleas —vocearon a coro los demás.

—¡Qué suerte tienen! —murmuró Dan burlonamente.

—Oye, si no te conduces bien, no te quedarás con nosotros —insinuó Nat, ofendido por el insulto hecho a sus amigos.

—Me agradaría verlo dar el salto mortal mejor que yo lo he dado —observó Tommy.

—Pues espérate y mira —habló Dan, y, sin más, dio tres saltos mortales seguidos, cayendo de pie.

—Salta mucho mejor que tú —dijo Nat a Tommy, muy satisfecho de la agilidad de su amigo.

En aquel momento Dan daba tres saltos mortales de espaldas, y paseaba sobre las manos con los pies en alto y la cabeza hacia abajo. Los espectadores aclamaron frenéticamente. Dan permanecía inmóvil mirando a todos con aire de tranquila superioridad.

—¿Crees que podría yo aprender todo lo que tú sabes, sin hacerme mucho daño? —preguntó Tommy.

—¿Qué me das, si te enseño...?

—Mi cortaplumas nuevo; tiene cinco cuchillas y sólo una está rota. —Venga.

Tommy entregó la alhaja, mirándola con cierta pena. Dan se la metió en el bolsillo y volvió la espalda diciendo:

—Me la guardo hasta que tú aprendas.

Aulló Tommy iracundo; gruñeron todos indignados y Dan, viéndose en minoría, propuso jugarse el cortaplumas al pincha-navaja. Accedió el legítimo dueño, formóse corro y en todos los rostros se reflejó la ansiedad que se convirtió en satisfacción cuando Tommy ganó en el juego y sepultó el cortaplumas en las insondables profundidades de sus bolsillos.

—Acompáñame y te enseñaré lo que hay que ver en la casa —dijo Nat, comprendiendo que debía celebrar una conferencia seria y reservada con su amigo.

Lo que los chicos hablaron nadie lo supo; pero, cuando volvieron, Dan se mostró más respetuoso, aunque siguió siendo áspero en sus palabras y grosero en sus modales. Sin embargo, ¿podía esperarse algo mejor de una pobre criatura abandonada, sin afectos y sin educación...?

Los muchachos convinieron en que el nuevo camarada no era

simpático, y lo dejaron solo con Nat. Este, aun sintiendo la responsabilidad que había contraído, era demasiado bueno para abandonar a su antiguo amigo.

Tommy, a pesar del incidente del cortaplumas, acechaba la ocasión para volver a tratar de aprender los saltos mortales. La ocasión se presentó pronto, porque Dan, al verse admirado, se mostró más afectuoso y antes de acabar la semana había intimado con el aprendiz de acróbata.

Papá Bhaer, después de ver a Dan y de informarse de cómo entró en la casa, movió la cabeza y se limitó a decir:

—El ensayo puede salirnos caro; pero lo intentaremos.

Si Dan experimentaba reconocimiento hacia sus protectores, no lo exteriorizaba, limitándose a tomar lo que se lo ofrecía, sin dar las gracias. Era ignorante, pero tenía gran disposición para aprender cuando quería; mirada escudriñadora; lengua desvergonzada; rudos modales y carácter altanero a veces y a veces taciturno. Era muy diestro en toda clase de juegos. Con las personas mayores era silencioso y grosero, y sólo de vez en cuando aparecía sociable ante los muchachos. Estos no simpatizaban con él, pero le admiraban por valiente, por fuerte y por audaz; en cierta ocasión derribó fácilmente al grandullón Franz. Papá Bhaer observaba y estudiaba al «niño salvaje», y solía reflexionar: «Quiero esperar que el ensayo nos dará buen resultado, pero temo que nos cueste mucho».

La tía Jo, domesticando a Dan, se desesperaba seis u ocho veces por día, procurando disimular su impaciencia y afirmando siempre que en el muchacho había algo bueno.

Era más cariñoso con los animales que con las personas; le gustaba vagar por el bosque, y, cosa extraña, manifestaba cariño apasionado por Teddy. ¿A qué obedecía esto...? Nadie lo pudo averiguar, pero lo cierto era que siempre estaba dispuesto a jugar con el «bebé», que lo entretenía a las mil maravillas y que el chiquitín se entusiasmaba y no quería

estar más que con el salvajito, al cual llamaba «mi Danny». Teddy era la única persona a la cual demostraba afecto Dan, aun cuando sólo lo demostraba en los momentos en que se hallaban solos. Pero los ojos de una madre lo ven todo, y el corazón materno sabe adivinar quién ama a sus hijos. Tía Jo, cuando descubrió el flaco de Dan, se esforzó por agrandar la brecha, para conseguir la conquista.

Mas un acontecimiento inesperado y alarmante destruyó todos los planes y desterró de Plumfield al niño salvaje.

Tommy, Nat y Medio-Brooke comenzaron protegiendo a Dan, al verlo objeto del desprecio de los demás muchachos; pero muy pronto sintieron que existía cierta fascinación por el niño malo y le admiraron más y más, cada cual por diferente razón. Tommy lo admiraba por diestro y valeroso; Nat quería pagar su deuda de antiguo afecto, y Medio-Brooke lo consideraba como viviente libro de historia, pues el salvajito siempre estaba dispuesto a referir algunas de sus muchas e interesantes aventuras. A Dan le gustaba la predilección de los tres niños que le eran más simpáticos, y se esforzaba por hacerse agradable.

Los señores Bhaer sorprendidos y ansiosos esperaban que el trato y la influencia de los tres niños beneficiarían a Dan, sin daño para nadie.

Dan notaba que tenían poca confianza en él, y en vez de procurar inspirarla, se complacía en mostrarse peor de lo que era, en defraudar las esperanzas de sus protectores y en irritarlos.

Papá Bhaer no consentía la lucha, por no considerar como ejercicio varonil ni como prueba de valor el que dos chicos se zurrasen mutuamente para diversión de los demás. Toleraba toda clase de juegos y ejercicios arriesgados, pero se oponía a que, por pasatiempo, los muchachos se estropeasen los ojos o las narices a puñadas.

Dan se reía de la prohibición, y se complacía en hablar de su valor y de las refriegas en que había intervenido, y tan entusiastas eran las descripciones, que los oyentes sentíanse inflamados de ardores bélicos.

—Guárdenme el secreto y les enseñaré a luchar —dijo Dan.

Y reuniendo a media docena de condiscípulos tras el henil, les dio una lección de boxeo que dejó satisfechos a casi todos. Emil, sin embargo, no se resignaba a reconocer la superioridad de su camarada más joven —porque Emil había cumplido catorce años y era el gallito de la casa— y desafió a Dan. Este aceptó, y todos les rodearon interesados.

Sin duda, «el pajarito verde» llevó al maestro el cuento de lo que estaba sucediendo, porque en lo más áspero de la refriega, cuando Dan y Emil peleaban como embravecidos cachorros alanos, y cuando los demás los excitaban fieramente, apareció papá Bhaer, que separó a los combatientes con mano vigorosa, y exclamó con acento solemne:

—¡No puedo consentir esto! ¡Deténganse inmediatamente y que jamás vuelva a repetirse este espectáculo! Yo tengo escuela para niños, no para bestias salvajes.

—Que me suelten y volveré a zurrarlo de firme —voceó Dan, pugnando por desasirse.

—¡Ven aquí! ¡Ven aquí! ¡Todavía no te he dado! —gritó Emil, que había caído cinco veces por tierra y no se daba cuenta de los golpes recibidos.

—Estaban haciendo de gladiadores... lo mismo que los romanos —observó Medio-Brooke, con los ojos desencajados por la excitación.

—Los romanos eran unos grandísimos brutos; creo que desde entonces hemos aprendido algo y no consiento que mi casa se convierta en Coliseo. ¿Quién propuso esto?

—Dan —dijeron varios niños.

—¿No sabías que estaba prohibido...?

—Sí.

—¿Porqué desobedeciste mis órdenes...?

—Si no aprenden a luchar van a ser unos flojos.

—¿Te ha parecido un flojo, Emil? —preguntó papá Bhaer, poniendo a los chicos frente a frente. Dan tenía un ojo acardenalado y la chaqueta hecha jirones; Emil tenía ensangrentado un labio, magullada la nariz y un chichón en la frente: sin embargo, miraba a su rival con ganas de renovar la pelea.

—Si aprendiera a luchar, sería un enemigo terrible —contestó Dan, incapaz de regatear elogios al adversario que le había obligado a desplegar todos sus recursos.

—Aprenderá esgrima y boxeo cuando sea hora, y hasta entonces, podrá pasarlo muy bien sin recibir lecciones a moquete limpio. Lávense la cara; y tú, Dan, si vuelves a desobedecer mis órdenes, te marcharás de aquí. Esto es lo que se convino. Ya sabremos, si llega el caso, pasarnos sin ti.

Salieron los chicos, y, tras breve exhortación a los espectadores, marchó papá Bhaer a curar las heridas de los incipientes gladiadores. Emil se acostó sintiéndose enfermo, y Dan, durante una semana, tuvo el rostro desfigurado.

Pero el rebelde muchacho no pensaba en obedecer, y pronto cometió una nueva fechoría.

Un sábado por la tarde, mientras los otros chicos se fueron a jugar, propuso a Tommy:

—¿Quieres que vayamos al arroyo y cortemos un haz de cañas nuevas para pescar...?

—Bueno, y nos llevamos al borrico para que las traiga, y uno de nosotros puede montarse —indicó Zampabollos, enemigo de andar.

—Ya supongo que el que se montará serás tú, patas de lana; pero, en fin, vamos —exclamó Dan.

Salieron, cortaron las cañas y emprendieron el regreso. Entonces, desgraciadamente, viendo a Tommy cabalgar sobre el animalito, empuñando una larga caña, se le ocurrió decir a Medio-Brooke:

—Pareces picador de toros; no te hace falta más que el traje.

—Me gustaría encontrarme con un toro —murmuró Tommy, abrazando la garrocha.

—Cerca tenemos uno; en mitad del prado tienes a la vieja «Suiza», anda y acósala —insinuó Dan.

—De ningún modo —gritó Medio-Brooke, desconfiado.

—¿Porqué no, cobardote? —preguntó Dan.

—Porque no le agradará a papá Bhaer.

—¿Has oído que nos prohíba celebrar corridas de toros...?

—No.

—Pues entonces, cállate. Anda, Tommy, casualmente tengo un trapo rojo que me servirá de capote de lidia para hacer los quites —dijo Dan, saltando la cerca del prado. Todos le siguieron; Medio-Brooke se sentó para ver la corrida.

La «Suiza» andaba tristonera porque le habían quitado su ternero, y odiaba a todo el género humano; cuando el peón de lidia se acercó a tirarle un capote, la vieja vaca se limitó a lanzar un estruendoso mugido; después, Tommy, cabalgando en el pollino, se aproximó para consumir la suerte de varas;

el borriquito, reconociendo en la «Suiza» a una antigua amiga, avanzó satisfecho; mas cuando Tommy agujoneó con la caña al astado animal, la vaca y el asno se miraron disgustados y sorprendidos; el asno rebuznó y retrocedió en son de protesta; la vaca bajó la testuz como disponiéndose a embestir.

—¡Anda con ella! ¡Vamos a ver ese picador! ¡Ponle otra vara!
—exclamó Dan, preparándose también a picar sin cabalgadura; Jack y Ned, armados de cañas, los imitaron.

La «Suiza», al verse acosada, arrancó a correr a campo traviesa, perseguida y hostigada por los niños. Al fin el animalito se cansó y embistió contra el picador, derribando al jumento y al jinete; después saltó la cerca, y galopando tomó el camino hasta perderse de vista.

—¡Detenedla! ¡Detenedla! —gritó Dan, corriendo tras la «Suiza», porque la vaca era el animal favorito de papá Bhaer, y si le ocurría algo, sobre él recaería la culpa.

¡Cuántos saltos, gritos y carreras hubo que dar hasta atrapar a la «Suiza»! Las cañas quedaron abandonadas; los chicos estaban aterrados y sofocadísimos. Al fin dieron con la vaca, que, harta de correr, se había refugiado en una huerta. Dan le echó una cuerda al cuello y la condujo a la casa, seguido por la torera cuadrilla, que caminaba afligida, porque la «Suiza» iba empapada en sudor y cojeando por haberse dislocado una pata al saltar la cerca.

—Esta vez te la has ganado, Dan —exclamó Tommy, que llevaba del ronzal al fatigado borrico.

—Sí, por ayudarte.

—Todos hemos tenido parte, menos Medio-Brooke —observó Jack.

—Pero Medio-Brooke nos sugirió la idea —insinuó Ned.

—Yo dije que no debían hacerlo —sollozó Medio-Brooke muy afligido por el daño que sufriera la «Suiza».

—Sospecho que el vejete me va a poner de patitas en la calle; pero no me importa —murmuró Dan, con tristeza.

—Le pediremos a papá Bhaer que te perdone —contestó Medio-Brooke.

Todos estuvieron conformes en solicitar el indulto de Dan, menos Zampabollos, que confiaba en que castigando a uno solo dejasen impunes a los demás.

—No se preocupen por mí —indicó Dan.

Cuando papá Bhaer vio llegar a la vaca y se enteró de lo ocurrido habló poco por temor de ser demasiado severo. La «Suiza» ingresó en el establo, y allí se le practicó la primera cura. Los niños fueron enviados a sus habitaciones hasta la hora de comer. Durante ese lapso meditaron acerca del castigo que les impondrían, y en especial a Dan. Este, aparentando despreocupación, silbaba alegremente; mas en su fuero interno sentía mayores deseos de continuar viviendo allí, deseos que aumentaban al recordar las comodidades y el afecto de que estaba rodeado, y en su miseria y abandono de antes. Comprendía perfectamente lo mucho que habían hecho por él y experimentaba gratitud, pero las asperezas de la vida le habían hecho duro, indolente, tozudo y suspicaz. Odiaba todas las restricciones y se rebelaba contra ellas, aun sabiendo que eran justas. Imaginativamente vagabundó como en otro tiempo por la ciudad, y al pensar en lo que le aguardaba, frunció las cejas y miró su risueño cuartito con expresión de pesadumbre, capaz de conmover un corazón infinitamente más duro que el de papá Bhaer. Pero la expresión se borró al entrar el maestro y decirle muy serio:

—Estoy al corriente de lo sucedido y sé que de nuevo has desobedecido; por mamá Bhaer voy a concederte un plazo.

Dan se sonrojó ante aquella esperanza, pero se limitó a exclamar.

—Ignoraba que hubiese usted prohibido la celebración de corridas de toros.

Sin poder reprimir una sonrisa, al escuchar aquella excusa, dijo el maestro:

—No las prohibí expresamente porque no sospeché que aquí pudiesen celebrarse fiestas taurinas. Pero una de las primeras y principales leyes, de las contadísimas que tenemos establecidas, es la ley del cariño a todo ser que carece de la facultad de hablar. Deseo que personas y animales vivan a gusto en mi casa; que nos amen, nos sirvan y confíen en nosotros, y deseo que recíprocamente les amemos, sirvamos y confiemos en ellos. Muchas veces me han contado que tú te muestras más afectuoso con los animales que con las personas, y a mamá Bhaer le agradaba mucho este rasgo tuyo, por creerlo signo de buen corazón. Nos equivocamos y lo sentimos, porque aspirábamos a hacer de ti un hombrecito. ¿Podemos intentar de nuevo...?

Dan había estado con la cabeza baja, dando vueltas al silbato; al oír la cariñosa interrogación de papá Bhaer, levantó la vista, y contestó con acento respetuosísimo que hasta entonces nunca empleara:

—Sí, señor; si ustedes quieren.

—Bueno, pues, no hay más que hablar. Queda limitado tu castigo y el de tus compañeros a no salir de paseo hasta tanto la pobre «Suiza» se halle restablecida.

—Sí, señor.

—Ahora baja a comer y procura conducirte lo mejor posible, hijo mío, más por ti que por nosotros.

El señor Bhaer se alejó cambiando un apretón de manos con Dan, y éste bajó a sentarse a la mesa mucho más domesticado por el cariño que si le hubieran administrado los latigazos que la indignada Asia recomendó.

Durante un par de días Dan se moderó, pero faltó de costumbre, se cansó pronto y volvió a sus antiguas mañas.

Papá Bhaer, por asuntos particulares, tuvo que pasar un día fuera de casa y, con tal motivo, los niños no dieron clases. Esto les agradó y jugaron de lo lindo hasta la hora de acostarse: casi todos se durmieron como lirones.

Cuando Dan se vio con Nat, sacó, de debajo de la cama, una botella, un cigarro y una baraja, y dijo:

—¡Mira! Voy a pasar un buen rato, como los que he pasado con mis amigos de la ciudad. Aquí tengo cerveza y un cigarro que me ha vendido al fiado el vejete de la estación; tú te encargarás de pagar por mí, y si no que pague Tommy, que tiene mucho dinero, porque yo no tengo un céntimo. Voy a invitar a los compañeros.

—No les gusta beber ni fumar.

—¡Qué saben ellos! Papá Bhaer está fuera de casa y mamá Jo no se separa de la cuna de Teddy, que padece anginas. No haciendo ruido, podemos velar sin que nadie se entere.

—Se enterará Asia, porque se da cuenta si la lámpara ha estado encendida mucho rato.

—No lo sabrá; para evitar eso me he traído una linterna sorda; no da mucha luz, pero en cambio podemos cerrarla instantáneamente si alguien viene.

—¿Quieres que llame a Medio-Brooke...?

—No, el «diácono» se escandalizaría y nos echaría un sermón. Despierta a Tommy, sin armar ruido.

Nat obedeció y al cabo de un minuto volvió con Tommy a medio vestir y cayéndose de sueño, pero dispuesto a divertirse.

—Bueno, a callar; les enseñaré un juego muy bonito que se llama «póker» —exclamó Dan.

Los tres juerguistas sentáronse en torno de la mesa, sobre la cual colocaron la botella, el cigarro y los naipes.

—Bueno, lo primero es beber; en seguida daremos unas chupadas al cigarro, y después jugaremos. Así hacen los hombres y se divierten mucho.

La cerveza circuló en un cubilete; bebieron todos, aunque a Nat y a Tommy no les gustó el amargo brebaje; el cigarro les agradó menos, pero no se atrevieron a confesarlo; fumaron por turno riguroso hasta marearse los dos novatos. Dan, recordando los tiempos en que alternaba con gentuza, fumó, bebió, echó bravatas y hasta se permitió jurar en voz baja.

—Es cosa muy fea decir «¡Maldición!» —dijo Tommy.

—¡Rayos y truenos! No me prediques; proferir palabrotas forma parte de la diversión.

—Pues, si quieres jurar, di «¡revienta-tórtolas!» —murmuró Tommy, que había inventado esta exclamación y estaba orgulloso de ella.

—Y yo diré «¡demonio!»; suena muy bien —dijo Nat.

Dan se burló de la simpleza de sus compañeros y juró pomposamente, mientras les enseñaba el juego de naipes.

Pero Tommy se estaba durmiendo y a Nat le habían dado dolor de cabeza la cerveza y el tabaco, así que ninguno de ellos aprendía la lección de juego, y los naipes se les caían de las manos. La habitación se hallaba casi a oscuras, porque

la linterna ardía muy mal; los juerguistas no podían reír ni hablar fuerte, ni moverse mucho, porque Silas dormía tabique por medio; la partida resultaba aburrida. En mitad de una jugada Dan se detuvo, cerró la linterna y preguntó con tono asombrado:

—No encuentro a Tommy —murmuró una voz temblorosa, al par que se oían pisadas menuditas en el pasillo.

—Es Medio-Brooke que habrá ido a buscarte. Corre, Tommy, métete en la cama y calla —ordenó Dan haciendo desaparecer toda señal de juerga y desnudándose rápidamente. Nat le imitó.

Tommy se largó a su cuarto en dos brincos, se zambulló en la cama y se echó a reír silenciosamente hasta que algo le quemó la mano; entonces vio que aún conservaba entre los dedos la punta del cigarro que fumaban cuando se interrumpió la fiesta. El cigarro estaba apagándose y el chico se disponía a aplastarlo cuando oyó la voz de Hummel; temiendo que la colilla lo delatase si la guardaba en el lecho, la arrojó debajo, después de oprimirla mucho para que dejase de arder.

Hummel entró con Medio-Brooke, que se asombró viendo a Tommy reposando tranquilamente.

—Pues hace un momento no estaba aquí, porque yo me levanté y no pude encontrarle por ninguna parte —exclamó Medio-Brooke, pellizcando al fingido durmiente.

—¿Qué bromas son éstas? —preguntó Hummel, zarandeando cariñosamente a Tommy. Este abrió los ojos y murmuró muy tranquilo.

—Tuve que levantarme para hacer un encargo a Nat. ¿Quieres dejarme dormir en paz? ¡Tengo mucho sueño!

Hummel acostó y arrebujó a Medio-Brooke y dio una vuelta por los dormitorios sin observar novedad, por lo cual se

retiró sin dar parte a mamá Bhaer, que estaba tan ocupada como afligida, velando a Teddy.

Tommy, que efectivamente tenía mucho sueño, excusó el contestar las preguntas de Medio-Brooke y se durmió en seguida, sin sospechar lo que estaba ocurriendo bajo la cama. La punta del cigarro no se apagó al caer; la lumbre prendió la esterilla de junco, levantando una llamita que fue corriendo hasta alcanzar los flecos de la colcha, las sábanas y, en fin, el lecho y las cortinas. Tommy dormía profundamente a causa de la cerveza ingerida; el humo tenía semiasfixiado a Medio-Brooke. Por último, al sentir el contacto del fuego, se despertaron despavoridos.

Franz, al ir a acostarse después de estudiar largo rato, olió la chamusquina; corrió, sin llamar a nadie, al dormitorio, sacó a los chicos de los incendiados lechos y empezó a arrojar toda el agua que encontró a mano. Esto amortiguó algo las llamas, pero no logró extinguirlas. Todos se levantaron asustados y alborotando. Mamá Bhaer acudió en el acto; Silas, con voz descomunal, gritaba: «¡fuego!». Una legión de diablillos en paños menores llenó el salón, chillando y sembrando el pánico.

Mamá Bhaer con gran serenidad, ordenó a Hummel que curase a los heridos, y a Franz y a Silas que llevaran cubos de agua para combatir el incendio.

Los pequeños se hallaban amedrentados y aturdidos. Sin embargo, Dan y Emil trabajaron denodadamente acarreando agua desde el cuarto de baño y arrojándola sobre esteras, camas y cortinas.

Prontamente quedó conjurado el peligro, y la tropa menuda recibió orden de retirarse a descansar mientras Silas acababa de apagar las últimas chispas. Mamá Bhaer y Franz fueron a visitar a los heridos. Medio-Brooke, a más del susto, que fue enorme, sufría una quemadura sin importancia. Tommy se había chamuscado el cabello y tenía en un brazo una

quemadura dolorosísima. Medio-Brooke se alivió al poco rato. Franz le cedió su cama, lo consoló y lo estuvo entreteniéndolo hasta que el chiquillo se durmió. Hummel pasó la noche velando a Tommy, y mamá Bhaer se multiplicó para curar las anginas de Teddy y aplicar algodones empapados en linimento a la quemadura de Tommy.

Por cierto que la buena señora murmuraba de vez en cuando, con algo de satisfacción:

—Anuncié que Tommy pegaría fuego a la casa, y he acertado. ¡Lo dije, lo dije y lo dije...!

Cuando al día siguiente regresó el señor Bhaer encontró a Tommy con un brazo estropeado; a Teddy respirando con dificultad; a Medio-Brooke pálido y asustado; a tía Jo convertida en enfermera y a los chicos muy excitados. Todos lo rodearon y lo llevaron a ver los efectos del incendio.

Merced a las disposiciones de papá Bhaer, todo se ordenó: los niños ayudaron activamente, se suspendieron las clases de la mañana y, por la tarde, el dormitorio se hallaba como si nada hubiese ocurrido.

Los heridos estaban mejor y entonces llegó el momento de oír y juzgar a los pequeños culpables. Nat y Tommy confesaron la parte del pecado que les correspondía, y se mostraron afligidos por el grave peligro en que, imprudentemente, habían puesto a la casa, y a cuanto en ella había. Dan se negó a declarar y no quiso reconocer el daño que había hecho.

Papá Bhaer aborrecía sañudamente el juego, la bebida y la fea costumbre de jurar; nunca creyó que los muchachos se atreviesen a fumar, y lo enojó mucho ver que precisamente el niño con el cual se mostrara más condescendiente aprovechaba su ausencia para sembrar vicios entre sus compañeros. La amonestación, tan extensa como razonada, terminó con estas frases pronunciadas con firmeza y pesar:

—Tommy está suficientemente castigado con la cicatriz del brazo, que le servirá para recuerdo del suceso; Nat tiene bastante con el susto que ha llevado, y ya sé que deplora lo ocurrido y procurará obedecerme; pero tú, Dan, no mereces que de nuevo te perdone; no puedo consentir que me desobedezcas y que perjudiques a tus compañeros con malos ejemplos; despídete, pues, de todos y encarga a Hummel que disponga tu equipaje en mi maletita negra.

—Señor, ¿a dónde irá Dan? —exclamó afligido Nat.

—A un sitio muy agradable, al cual mando a los niños que no están bien aquí. El señor Page es persona cariñosa y Dan, si cumple como es debido, lo pasará perfectamente.

—¿No volverá a esta casa...?

—Espero que sí; pero depende de su conducta.

Alejóse papá Bhaer para escribir al señor Page; los muchachitos rodearon a Dan, mirándole como se mira al que va a emprender largo viaje por regiones desconocidas.

—Desearía saber si estarás bien en tu nueva casa —insinuó Jack.

—Si no estoy a gusto, me iré de ella —contestó tranquilamente Dan.

—Si haces eso, ¿dónde vas a ir? —observó Nat.

—Me embarcaré o me marcharé a California —murmuró Dan, con indiferencia tan grande que pasmó a los niños.

—No, no. Quédate con el señor Page, cumple bien y vuelve con nosotros —balbuceó Nat apesadumbrado.

—Ni me importa saber dónde voy, ni el tiempo que he de estar; pero... ¡que me ahorquen si vuelvo por esta casa!
—gruñó Dan rabiosamente, saliendo a disponer su equipaje,

regalo de los señores Bhaer.

Este fue el único adiós que dio a los muchachos, porque todos se hallaban hablando del asunto en el granero, cuando Dan bajó y encargó a Nat que no avisara a nadie.

El ómnibus aguardaba en la puerta; Dan, entristecido y como angustiado, se acercó al señor Bhaer, y preguntó:

—¿Puedo despedirme de Teddy...?

—Sí; anda, ve y dale un beso; el pobrecito extrañará mucho a su Danny.

Nadie vio la mirada de Dan cuando se detuvo ante la cuna y se inclinó para acariciar al pequeñuelo. Mientras besaba a Teddy, oyó a mamá Bhaer decir:

—Fritz, ¿no podríamos conceder un plazo a este muchacho, para que se arrepienta y se enmiende?

—No, querida Jo; lo mejor es que vaya donde no pueda dar mal ejemplo, y se corrija con ejemplos buenos; dejémosle ir; te prometo que volverá.

—Es el único niño con quien hemos fracasado y por eso me aflijo más; siempre esperé que, a pesar de sus defectos, haríamos de él un hombre de provecho.

Dan, oyendo a mamá Bhaer, pensó pedir un plazo para demostrar su enmienda, mas el orgullo no se lo consintió. Irguiendo la cabeza y con altiva mirada, cambió apretones de manos sin pronunciar palabra, y se alejó en el coche con el señor Bhaer, mientras Nat y tía Jo, con los ojos llenos de lágrimas, los veían irse.

Transcurridos algunos días, todos se alegraron al saber, por carta del señor Page, que Dan se portaba admirablemente. Pero tres semanas después llegó otra carta diciendo que se había fugado y que se ignoraba su paradero.

Todos se entristecieron, y más que todos papá Bhaer, que murmuró:

—Debí concederle otro plazo para la enmienda.

Tía Jo movió la cabeza y contestó discretamente:

—No te aflijas ni te preocupes por eso, Fritz; el niño volverá a esta casa, estoy segura de ello.

Pero fue pasando el tiempo y Dan no volvió.

Capítulo 7

—Fritz, se me ha ocurrido una idea —exclamó cierto día mamá Bhaer, dirigiéndose a su marido, cuando éste salió de la escuela.

—Bueno, querida mía; dime cuál es.

—Daisy tiene necesidad de una amiguita, y para los niños sería mejor que hubiese otra compañera para ellos; además, recordarás que siempre pensamos en educar hombrecitos y mujercitas juntos. Los muchachos están fastidiando constantemente a Daisy, y tal vez se corrijan y mejoren su educación teniendo niñas al lado.

—Como de costumbre, has pensado acertadamente. Pero ¿dónde vamos a encontrar una niña...?

—Me he acordado de Annie Harding.

—¿Cómo? ¿Has pensado en la traviesa Nan?

—Sí, desde que murió su pobre madre está confiada a los criados, que, naturalmente, la educan muy mal; me da pena que así suceda, tratándose de una niña tan inteligente como Annie. El otro día vi a su padre en la ciudad, y le pregunté por qué no enviaba a la niña a un colegio; me contestó que la enviaría gustosísimo si lograra encontrar una escuela de niños. Me consta que le agradecería que nos encargásemos de la educación de Nan, y si esta tarde nos llegásemos a buscarla...

—¿Pero no tienes bastante trabajo, querida Jo, que quieres soportar un nuevo diablejo...?

—Ya sabes, querido Fritz, que me gustan las criaturas ariscas y que experimento gran simpatía por Annie, recordando que yo fui tan traviesa como ella ahora. Estoy segura de que esa pequeña tiene grandes disposiciones y de que únicamente necesita una dirección acertada para ser una mujercita tan buena como Daisy. O mucho me engaño o en esta casa haremos un angelito de ese diablejo revoltoso. Para lograr el milagro, bastará con imitar la conducta de mi madre.

—Y si consigues siquiera la mitad de lo que tu madre consiguió, milagro, y de los mayores, habrás hecho.

—Bueno; si te burlas de mí, te condenaré a tomar durante una semana café muy clarito —dijo mamá Bhaer.

—¿No se ha asustado Daisy, al pensar en las costumbres salvajes de Nan? —preguntó el maestro, besando a sus hijitos Teddy y Rob, que subían por sus rodillas.

—Puede que se asuste al principio, pero se tranquilizará en seguida; se entretiene mucho cuando Nan viene de visita y confío en que se han de llevar bien y se auxiliarán mutuamente. La mitad de la ciencia de enseñar consiste, a mi juicio, en saber lo que los niños pueden hacer los unos por los otros, y en saber cuándo es oportuno tenerlos juntos.

—Espero que no será otro elemento de discordia, ni otra tea incendiaria.

—¡Pobre Dan! ¡No me perdono el haberlo dejado irse!

Teddy, al oír pronunciar el nombre de su amigo ausente, se bajó de las rodillas de su padre, corrió hacia la puerta, miró un rato, y volvió suspirando y diciendo:

—Mi Danny no vene.

—Debimos haberlo tenido con nosotros aun cuando sólo fuera en consideración al gran cariño que demostraba por Teddy; acaso ese cariño y la presencia del chiquitín habrían logrado

lo que nosotros no pudimos lograr.

—Muchas veces he pensado en eso mismo, querida Jo, pero no era posible, al menos por ahora, mantener entre los niños un elemento de discordia ni continuar expuestos a perecer entre los escombros de la casa incendiada.

—¡Ya está la comida! ¡Voy a tocar la campana! —gritó Rob, y acto seguido principió a repicar con tal energía que hizo imposible que la conversación continuase.

—¿Quedamos en que puedo traer a Annie...?

—Y a una docena de Annies si quieres.

Cuando aquella tarde regresó la tía Jo de su excursión en carruaje, antes de hacer bajar a los pequeñines que indefectiblemente la acompañaban, vióse salir brincando del ómnibus a una chica como de diez años, que entró gritando:

—¡Hola, Daisy! ¿Dónde estás...?

Daisy compareció satisfecha, pero se inquietó al oír decir a Nan:

—Vengo a quedarme a vivir contigo; papá lo ha dispuesto; mañana me mandarán el baúl, porque hoy no estaba lavada y arreglada toda mi ropa; tu tía ha ido a buscarme, ¿verdad que nos divertiremos?

—Sí, sí. ¿Has traído la muñeca grande? —preguntó Daisy, recordando que la muñeca Blanca Matilde quedara estropeada por haberse obstinado Nan en lavarle la cara.

—Sí la traigo, pero anda mal de la cabeza. Oye: te traigo una sortija hecha con cerdas arrancadas de la cola de «Vencedor». ¿La quieres...? —exclamó, ofreciéndole el cerdoso anillo, en prenda de amistosa reconciliación, pues hay que consignar que la última vez que se vieran, se separaron dispuestas a no volverse a hablar en la vida.

Agradecida ante obsequio tan espléndido, Daisy se mostró más afectuosa e invitó a Nan a visitar la cocinita. La recién llegada contestó:

—De ningún modo; ahora quiero ver a los niños —dijo y salió corriendo y haciendo molinetes con el sombrero, hasta que se rompió la cinta y entonces lo dejó tirado en el patio.

—¡Hola, Nan! —gritaron los muchachos.

La chica se plantó en medio de todos y exclamó:

—Conste que me vengo a vivir aquí.

—¡Bravo! —exclamó Tommy.

—Ea, vamos a jugar a la pelota —propuso Nan.

—Ahora no jugamos a eso, y nuestro bando gana los partidos sin tu auxilio.

—Pues los desafío a todos a correr.

—Pero ¿corre mucho? —preguntó Nan a Jack.

—Bastante, teniendo en cuenta que es una chiquilla.

—¿Corremos o no? —observó Nan.

—Hace muchísimo calor —advirtió Tommy.

—¿Qué le pasa a Zampabollos? —preguntó Nan.

—Se lastimó una mano, jugando a la pelota; ese nene se queja de todo —contestó Jack, con cierto desdén.

—Yo nunca me quejo de nada —afirmó con orgullo Nan.

—¡Bah! ¡Había que ver eso! —insinuó Zampabollos, algo picado—. Que no me dieran más trabajo que hacerte gritar antes de dos minutos.

—Vamos a verlo.

—Atrévete a tomar aquella mata de ortigas —exclamó Zampabollos, señalando una planta junto a la tapia.

Nan, instantáneamente, arrancó de raíz la espinosa mata y la blandió sin quejarse de las punzadas crueles que sufría.

—¡Bravo! ¡Bravo! —clamaron los muchachos.

—Como tienes las manos curtidas, maldito el mérito de lo que has hecho —dijo Zampabollos—. ¿A que no te atreves a darte un buen cabezazo contra el granero?

—¡No le hagas caso! —murmuró Nat.

Nan, sin oír la advertencia, arrancó a correr y embistió contra el muro dándose un topetazo que retumbó como disparo de cañón. Tan tremendo fue el golpe, que se tambaleó.

—Ya ven que duele pero no me quejo.

—Atrévete a dar otro cabezazo —gruñó Zampabollos.

Nan se preparó a repetir la embestida, pero Nat la contuvo; Tommy se arrojó sobre Zampabollos y dijo zamarreándolo:

—¡Cállate o te rompo la cabeza contra la tapia!

—Pues que no se la dé de bravucona.

—¡Es una cosa muy fea hacer daño a una niña pequeña!
—murmuró, en son de censura, Medio-Brooke.

—Eso no es verdad; yo no soy una niña pequeña, soy mayor que tú y que Daisy —rectificó Nan con ingratitud.

—No te metas a predicador, Diácono; ya sabemos que regañas con tu hermana un día sí y el otro también

—observó el Comodón.

—Pero nunca le hago daño, ¿verdad, Daisy? —preguntó Medio-Brooke, encarándose con su hermana, que estaba curándole las manos a Nan.

—Tú eres el niño más bueno que hay en el mundo y... si algunas veces me haces daño, es sin querer.

—Bueno —ordenó imperativamente Emil—, a bordo de este barco no consiento riñas ni barbaridades.

—¿Cómo estás? —preguntó papá Bhaer a Nan, a la hora de cenar—. Dame la mano derecha y modérate un poco... Pero ¿por qué me das la izquierda?

—Porque la otra me duele.

—A ver: ¿qué has hecho para que se te formen estas ampollas...? ¿Quién te ha causado tanto daño...?

Antes de que Nan pudiera excusarse, Daisy refirió todo lo ocurrido; Zampabollos, durante el relato, procuró taparse la cara con un tazón lleno de leche migada. Cuando Daisy terminó de hablar, papá Bhaer dijo a su esposa:

—Esto te corresponde a ti, así, pues, me abstengo de intervenir.

—Hijitos —preguntó tía Jo—. ¿Saben por qué ha venido Nan?

—Para mi castigo —murmuró Zampabollos.

—Para ayudarme a convertirlos en caballeritos bien educados, cosa, según se ha visto, que algunos necesitan bastante.

Zampabollos volvió a esconder la cara tras el tazón de leche, y sólo asomó cuando Medio-Brooke observó con tranquilidad:

—¿Cómo va a educarnos, siendo ella un marimacho...?

—Precisamente por eso; Nan necesita aprender y espero que le darán buenos ejemplos.

—¿También ella va a convertirse en un caballerito? —insinuó Rob.

—Me figuro que le gustaría, ¿verdad, Nan? —exclamó Tommy.

—¡De ningún modo! ¡Aborrezco a los niños! —contestó fieramente Annie.

—Lamento que aborrezcas a mis niños, porque ellos pueden educarse y educarte. El cariño en las miradas, en las palabras y en las obras, es la mejor cortesía, y a ella se llega tratando a los demás como nosotros quisiéramos ser tratados.

Aun cuando mamá Bhaer se dirigía a Nan, los demás recogieron la indirecta, se codearon y comenzaron, inconscientemente, a pedirse las cosas diciendo «me haces el favor» y a recibirlas murmurando: «gracias», y a contestar siempre, con inusitado respeto: «sí, señora» y «no, señora». Nan calló, pero logró contenerse y no hacer cosquillas a Medio-Brooke, resistiendo la tentación en vista del aire digno del chico. Después, la traviesa muchachita pareció olvidar su aversión hacia los niños, porque se dedicó a jugar con ellos al escondite. Zampabollos, durante el juego, obsequió a Nan con varios dulces. La pequeña, suavizada por el obsequio, dijo, antes de acostarse:

—Cuando me traigan mi raqueta y mi volante, los dejaré a todos jugar con ellos.

A la mañana siguiente, tan pronto se despertó, preguntó:

—¿Han traído mi equipaje...?

Al enterarse de que el equipaje llegaría más tarde, torció el gesto y encolerizada dio una gran azotaina a la muñeca, con

gran pena de Daisy.

Mal o bien, estuvo distraída hasta las cinco; después desapareció, y, creyendo que se había ido con Tommy y con Medio-Brooke, nadie la echó de menos hasta la hora de comer.

—La vi salir de casa, corriendo —dijo Mary-Ann.

—¿Se habrá fugado de casa? —murmuró muy inquieta mamá Bhaer.

—Tal vez haya ido a la estación en busca de su equipaje —indicó Franz.

—¡Imposible! —observó tía Jo—, no conoce el camino, ni podría venir desde tan lejos cargada con una maleta.

—Voy a enterarme —dijo papá Bhaer, tomando su sombrero.

En aquel, momento, Jack, que se había asomado a la ventana, lanzó una exclamación de júbilo e hizo que todos, apresuradamente, salieran a la puerta de la casa.

Por el camino, a corta distancia, avanzaba Nan arrastrando una caja muy grande de cartón, envuelta en un saco de lienzo. Estaba sofocadísima, cubierta de polvo y al parecer muy fatigada, pero con la cabeza erguida; resoplando entró hasta la escalera, abandonó la carga con un suspiro de satisfacción, se sentó sobre el bulto, cruzó los brazos y dijo:

—No tuve paciencia para esperar y fui por el equipaje.

—¡Pero si no conocías el camino! —exclamó Tommy.

—Di con él; nunca me pierdo.

—Dista más de media legua, ¿cómo pudiste ir tan lejos?

—Sí que está lejitos, pero me senté a descansar.

—¿Pesaba mucho el bulto...?

—Por su tamaño no he podido cargármelo bien.

—Pero ¿cómo te permitió sacarlo el jefe de la estación?
—observó Tommy.

—No le dije nada; estaba en el despacho de billetes, me fui al muelle y tomé mi equipaje sin que nadie lo notara.

—Franz, ve inmediatamente a avisarle al señor Dodd, porque si no, el pobre viejo va a creer que lo han robado —observó Bhaer, riendo junto con los muchachos.

—Ya te dije que, si no lo traían, enviaríamos por tu equipaje. Debiste esperar para no verte en un compromiso grave. Prométeme no hacer locuras otra vez, o de lo contrario no dejaré que te separes de mí —exclamó tía Jo, limpiando el polvo de la encendida carita de Nan.

—Lo prometo; pero conste que papá me enseñó a no dejar para mañana lo que puede hacerse hoy.

—Has interpretado mal el consejo de tu padre —dijo el maestro, y añadió dirigiéndose a su esposa—: Lo mejor sería que coma ahora y luego le des una leccioncita en privado.

Los niños estaban distraidísimos y se entretuvieron durante la cena, oyendo el relato de las aventuras de Nan; porque un perrazo salió a ladrarle, un hombre se rió de ella, una mujer le dio nueces, y el sombrero se le cayó al arroyo, al detenerse a beber.

—Imagino —dijo papá Bhaer a su esposa, media hora después— que vas a estar bien ocupada con Nan y Tommy.

—Seguramente necesitaré algún tiempo para educar a la niña; pero tiene tan nobles sentimientos y es tan generosa que la quiero y la querría aun cuando fuese más traviesa de lo que es —contestó tía Jo, señalando a la chicuela que distribuía pródigamente a los muchachos casi todos los

juguetes contenidos en la caja de cartón.

Estos arranques dadivosos hicieron de «Torbellino» (apodo aplicado a Nan) la favorita de todos. Daisy no volvió a estar aburrida, porque «Torbellino» constantemente inventaba juegos divertidísimos y rivalizaba en travesuras con Tommy, para entretenimiento de los demás. Durante una semana entera tuvo enterrada a la muñeca grande, y al desenterrarla la encontró estropeadísima. Daisy se afligió, pero Nan llevó la muñeca al pintor ocupado en los revoques de la casa, y éste la pintarrajeó de encarnado y le marcó unos ojos negros curvilíneos; «Torbellino» atavió a la muñeca con plumas y bayeta grana, la armó con un hacha de plomo de Ned, y así, la muñeca, convertida en «rey de los zulúes», la emprendió a hachazos con las demás muñecas y dejó rojas señales como muestra de sus instintos sanguinarios y de la poca fijeza de la pintura.

Otro día «Torbellino» dio sus zapatitos nuevos a un niño pobre, creyendo que la dejarían andar descalza, pero vio que la caridad y la comodidad no siempre son compatibles y se encontró con que le ordenaban que no dispusiese de sus vestidos sin previo permiso. Construyó un barquito con madera vieja y dos velas de lienzo empapadas en trementina, las encendió al anochecer y dejó ir el barco arroyo abajo. Enganchó al pavo real a una cesta y lo hizo trotar por el jardín. Cambió su collar de corales por cuatro gatitos a los cuales atormentaban unos chicos perversos, y cuidó a los animales, les dio sopitas, les puso crema en las heridas, y, cuando los mininos fallecieron, lloró amargamente; menos mal que se consoló pronto, con un magnífico galápago que le regaló Medio-Brooke. Consiguió que Silas le tatuase sobre el hombro un áncora igual a la que tenía grabada en la piel el propio jardinero, y trabajó inútilmente por que le tatuase las mejillas con dos estrellas azules. Montaba indistintamente en el manso caballo, en el paciente borrico o en un barrigudo cerdo. Cualquier cosa que ideasen los muchachos, por peligrosa que fuera, la ponía por obra

«Torbellino», y, naturalmente, los chicos proclamaban a toda hora el heroísmo de Nan.

Indicó papá Bhaer la conveniencia de observar quién era el mejor estudiante de la escuela; Nan, satisfecha, puso a contribución su viveza intelectual y su gran memoria para demostrar, como demostró, que las niñas pueden hacer tanto y tan bien como los niños aplicados, y aun más y mejor.

En la escuela no había premios, pero la calificación «Está bien» de papá Bhaer y la buena nota en el «libro de conciencia» de tía Jo, les enseñaban a cumplir fácilmente con el deber, seguros de que siempre serían recompensados.

Nan sintió pronto y benéficamente los saludables resultados del trasplante; la niña era como un jardín lleno de flores ocultas entre punzantes zarzales, y cuando manos cariñosas comenzaron a cultivarlo con dulzura, dejó brotar verdes tallos como promesa de hermosas florecencias que surgirían al calor del cariño y del cuidado inteligente.

Capítulo 8

Comoquiera que esta historia no se ajuste a plan determinado, salvo el de describir algunas escenas de la vida en Plumfield, para entretenimiento de hombrecitos y de mujercitas, sea permitido al historiador divagar en este capítulo refiriendo varios pasatiempos de los niños de la tía Jo. Formalmente afirmo a mis amables lectores que la mayor parte de los incidentes está copiada de la vida real, y que los que más extraños o inverosímiles parecen, son precisamente los más verdaderos, porque no hay imaginación capaz de inventar nada tan divertido como los caprichos y extravagancias que surgen de las cabecitas de los niños.

Daisy y Medio-Brooke tenían el cerebro lleno de fantasías y vivían en un mundo especial poblado de figuras, ya amables, ya grotescas, a las cuales bautizaban a capricho, y con las cuales jugaban imaginativamente. Una de estas invenciones infantiles era un espíritu invisible llamado «La Maranga», en cuya existencia creían y a la cual temían y sirvieron bastante tiempo. La existencia de «La Maranga» era un secreto que los hermanitos guardaban sin osar describir la naturaleza y los atributos de aquel misterioso ser, que tenía para ellos, y en especial para Medio-Brooke, admirador de duendes y de tragos, indefinible encanto. «La Maranga» era un duende caprichoso y tirano. Medio-Brooke, de fecunda imaginación, gozaba en inventar órdenes del duende y en apresurarse a cumplirlas. Ni qué decir que las órdenes eran disparatadísimas. Rob y Teddy, aun cuando no entendían nada, participaban y se divertían de lo lindo.

Un día, al salir de la escuela, por la mañana, Medio-Brooke, gravemente, dijo a Daisy:

—«La Maranga» nos necesita esta tarde.

—¿Para qué? —preguntó Daisy, azorada.

—Para un «chacrificio» —contestó Medio-Brooke solemnemente—. Hay que encender una hoguera detrás de la roca grande, y quemar los juguetes que más nos gusten.

—¡Qué lástima! ¡Estoy tan contenta con las muñecas de papel que me regaló tía Amy...! ¿Tengo que quemarlas? —exclamó Daisy, sin soñar en desobedecer las órdenes del invisible déspota.

—No hay más remedio. Yo quemaré mi barco, mi libro de estampas y «todos» mis soldados.

—¡Vaya por Dios! Obedeceremos; pero «La Maranga» es atroz —observó Daisy, suspirando.

—Un «chacrificio» es renunciar a lo que más agrada; debemos resignarnos —murmuró Medio-Brooke, que acababa de oír a papá Bhaer explicar las costumbres del pueblo griego.

—¿Nos acompañará Rob...?

—Sí, y lleva su pueblecito de madera, que arderá perfectamente. Hay que preparar una gran fogata.

Algo se consoló Daisy con la esperanza de preparar una gran hoguera; sin embargo, comió teniendo al lado el rollo de estampas, como si celebrase un banquete de despedida.

A la hora prevista, el cortejo de sacrificadores se puso en marcha, llevando cada niño los tesoros exigidos por la insaciable «Maranga». Teddy se obstinó en agregarse a la comitiva, y, viendo que todos llevaban juguetes, cargó con un corderito y con su veterana muñeca de goma Annabella.

—¿Dónde van, hijitos? —les preguntó mamá Bhaer.

—A jugar a la roca grande.

—Bueno; pero no se acerquen al estanque; cuiden de Teddy.

—Siempre lo cuidamos —respondió Daisy.

Llegó el cortejo hasta la roca grande.

—Esta piedra plana es el altar; siéntense alrededor y no se muevan hasta que yo lo mande —dispuso Medio-Brooke.

En seguida se preparó una hoguera, y, cuando la llama brilló, el niño ordenó a sus ayudantes que, formando corro, diesen tres vueltas en torno del fuego.

—Muy bien; voy a empezar el «chacrificio» quemando mis juguetes; después entrarán los vuestros en turno.

Solemnemente colocó en la hoguera un libro de estampas; después un barquichuelo desmantelado, y, en fin, uno tras otro avanzaron a la muerte los soldaditos de plomo.

—Ahora tú, Daisy —ordenó.

—¡Pobres muñecas mías! —lloriqueó Daisy.

—Es preciso —exclamó Medio-Brooke.

—¿Podré conservar la del vestido azul...? ¡Es una muñeca bonísima!

—¡Más! ¡Más! —gruñó una voz terrible.

—¡«La Maranga» se enfurece! ¡Reclama el «chacrificio» completo! Quema inmediatamente esa muñeca del traje azul o vendrá «La Maranga» y nos agarrará a todos.

No hubo remedio: la muñeca de traje azul y sombrero rosa convirtiéndose enceniza.

—Dispongamos bien el incendio del pueblo —murmuró el gran sacrificador—, coloquemos las casas y los árboles alrededor

de la hoguera y dejemos que ardan.

Teddy, estimulado por el ejemplo de los demás, arrojó el corderito a las llamas, y, acto seguido, plantó sobre el balador rumiante a la veterana muñeca de goma. La muerte de Annabella aterró a los niños. La pobre muñeca estiró las piernas, como si estuviera viva; después agitó los brazos retorciéndolos, como si sufriera horrible dolor; en seguida dejó escapar un chirrido que semejaba angustiosa queja, y, por último, contrayéndose desesperadamente y ennegreciéndosele los ojos, dio un estallido y se hundió entre las ruinas del pueblo calcinado. Los sacrificadores se espantaron; Teddy salió corriendo y chillando en dirección a la casa.

Mamá Bhaer acudió a tomarlo en brazos; el nene balbucía asustado:

—Pobre Bella dañarfego... fego; toos flecos sememaron.

Corrió tía Jo temiendo que hubiese sucedido alguna desgracia; al llegar, a la roca grande, se encontró a los adoradores de «La Maranga» llorando a moco tendido sobre los carbonizados despojos de Annabella.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Cuéntenmelo todo! —rogó.

Daisy refirió el hecho, y mamá Bhaer rió con ganas al verla solemnidad de los sacrificadores y lo disparatado del «chacrificio».

—Nunca creí que fueran tan simples; si yo tuviera una «Maranga» habría de ser una «Maranga» buena y aficionada a juegos bonitos, y no un ser destructor y amenazante. ¡Miren el daño que han causado! Desaparecieron las lindas muñecas de Daisy, los soldados de Medio-Brooke, el pueblo nuevo de Rob, el corderito de Teddy y la veterana Annabella.

—¡No lo volveremos a hacer más! —gimieron los niños.

—Medio-Brooke ha tenido la culpa —murmuró Rob.

—Yo le oí a papá Bhaer hablar de las costumbres de los griegos y quise que las imitáramos; pero como no teníamos criaturas para «chacrificarlas», decidí quemar los juguetes.

Medio-Brooke propuso enterrar a la veterana Annabella y ya, con el funeral, se olvidó Teddy del susto que pasó. Daisy se consoló con otro envío de muñecas de papel, regalo de tía Amy, y «La Maranga», tal vez aplacada por el «chacrificio», no volvió a atormentarlos.

Brops era el nombre de un juego inventado por Tommy. Como este interesante animal no existe en las clasificaciones, parques o gabinetes zoológicos, diremos algo acerca de su vida y costumbres.

El brops es un cuadrúpedo alado, con cara de persona risueña. Cuando anda, gruñe; cuando vuela, grazna; a veces marcha en dos pies y habla bien el inglés. Tiene el cuerpo cubierto de piel azul o roja, listada o a cuadros, que recuerda mucho a las mantas, fajas y mantones viejos. Se ha observado que los brops cambian frecuentemente su piel unos con otros. En la cabeza lucen un cuerno que parece de cartón y que se asemeja a un tubo de quinqué; sobre los hombros se les ven alas que también parecen de cartón. Si vuelan, nunca se remontan a gran altura; si intentan subir mucho, se dan porrazos fenomenales. Hacen como que comen hierba, poniéndose en cuatro patas; pero se les ha visto sentarse y comer como las ardillas. Prefieren, como alimento, las tortas, las galletas y las manzanas; cuando estos manjares escasean, devoran rábanos y zanahorias crudos. Habitan en cuevas; los nidos se parecen a cestos y a espuertas fuera de uso; en el nido retozan los brops chiquitines, hasta que les crecen las alas. Siempre que estos animalitos riñen, y suelen reñir con frecuencia, rompen a hablar como las personas y se obsequian con adjetivos insultantes, y a veces se despojan de los cuernos y de la piel, diciendo fieramente: «¡no juego más!». Las contadas

personas que han podido ver y estudiar a estos seres no clasificados por los zoólogos, afirman que son una mezcla muy rara de monos, leoncillos y mochuelos.

El juego del brops era uno de los predilectos de los niños de Plumfield, que en las tardes lluviosas gozaban a más y mejor arrastrándose, aleteando, gruñendo y «bropsiando» por pasillos y habitaciones. Las rodillas de los pantalones y los codos de las chaquetas salían averiados del juego; pero mamá Bhaer zurcía y remendaba, exclamando:

—Los mayores hacemos tonterías menos inocentes y divertidas. ¡Ganas me dan de ser un brops!

Nat, cuando no se distraía cultivando su huertecita, hacía vida de pájaro, encaramándose al nido del sauce viejo, y dedicándose a tocar el violín. Los muchachos se recreaban escuchándole y le llamaban «El anciano murguista». Las aves revoloteaban y cantaban sin miedo junto al musiquillo.

Contaba Nat con un oyente y admirador fervoroso. El pobre Billy se deleitaba sentándose a orillas del arroyo, contemplando los copitos de bullente espuma, recreándose con las flores y, principalmente, escuchando los dulces sonidos del violín. Veía a Nat como a un ángel bajado del cielo para cantar entre las ramas del sauce. En la quebrantada memoria de Billy perduraba, aunque borroso, el recuerdo de los fantásticos consejos infantiles.

Mamá Bhaer rogó a Nat que la ayudara, por medio de la música, a despertarla inteligencia nublada y dormida del infeliz chico. Muy satisfecho con esto, Nat sonreía y acariciaba a Billy y lo regalaba con la más dulce música.

Jack se entretenía comprando y vendiendo; quería imitar a un tío suyo, comerciante, que obtenía cuantiosos beneficios. Jack había visto adulterar azúcares y melaza, mezclar la manteca con margarina, aguar los vinos y otras cosas por el estilo, y creía que tales «habilidades» eran lícitas en los

negocios. Comerció, naturalmente, en pequeña escala; vendía gusanitos al precio más caro posible y siempre resultaba ganancioso al cambalachear cuerdas, cuchillitos y anzuelos con sus camaradas. Le apodaron «Pie de pedernal», pero el mote no le inquietó; sólo se preocupaba de las ganancias.

Llevaba un libro de contabilidad curiosísimo; en cuestiones de cuentas era un águila. El señor Bhaer lo reconocía y se esforzaba por hermanar la delicadeza y la honradez al espíritu mercantil del niño. Andando el tiempo, Jack reconoció el acierto de su buen maestro.

Emil pasaba las horas de recreo en el arroyo o en el estanque, y, además, adiestraba a los compañeros para una carrera pedestre en competencia con los niños de la ciudad, que de vez en cuando invadían la casa de Plumfield. La carrera se efectuó, pero, como fracasara, vale más no hablar de ella. El Comodoro, triste por el mal éxito de sus enseñanzas, pensó retirarse a una isla desierta. Pero al no encontrarla, se consoló construyendo un dique.

Las niñas se divertían muchísimo. Su juego favorito era uno que les inventara tía Jo: «La señora Shakespeare Smith». Daisy era la señora; y Nan, la hija o la vecina.

Las aventuras de esta familia son incontables. En sólo una tarde se registraban nacimientos, matrimonios, defunciones, inundaciones, terremotos, saraos y expediciones aéreas. La mamá y la hija, con estrafalarios vestidos, se tumbaban en las camas, trotaban como briosos corceles, saltaban como corzos, y recorrían miles de leguas por minuto. Accesos de locura, incendios y degollinas generales, eran las calamidades que se registraban. La inventiva de Nan era pasmosa y Daisy la secundaba eficazmente. El pobre Teddy solía ser víctima de la «familia Shakespeare Smith» y a veces había que socorrerlo, pues las intrépidas suponían que era una muñeca más.

La institución predilecta de todos era el club. Lo fundaron los mayores, y por gracia especial admitían a algunos de los chicos. Tommy y Medio-Brooke eran miembros honorarios, con voz y sin voto, y tenían que retirarse antes que sus consocios, cosa que no les agradaba. El club se reunía en cualquier lugar y hora; tenía establecidas ceremonias y distracciones rarísimas, y, aun cuando a veces se disolvía tempestuosamente, siempre se restablecía sobre bases más firmes.

Las tardes desapacibles los niños se congregaban en la escuela y se divertían jugando al ajedrez o a las damas, practicando esgrima, organizando debates o representando fragmentos de tragedias. En verano, el granero era el lugar de las reuniones. En las tardes calurosas el club se trasladaba al arroyo, y los socios, muy ligeritos de ropa, practicaban ejercicios acuáticos. Los discursos, en tales tardes, eran elocuentísimos, y para calmar el ardor de los oradores, se les propinaban chapuzones magníficos. Franz era el presidente del club y sabía mantener el orden. Papá Bhaer jamás intervenía en los asuntos sociales y, como premio a su discreción, era invitado a las asambleas más notables.

Nan, desde el momento en que llegó, quiso ingresar en el club y produjo debates y discordias entre los socios; presentando solicitudes de admisión, verbales o escritas; turbando la solemnidad de las sesiones con insultos lanzados por el agujero de la cerradura de la puerta; golpeando con pies y manos, sobre la puerta; y trazando en los dominios del Club de los Irreprensibles inscripciones burlescas y satíricas. Mas, como todo era inútil, las niñas, por consejo de tía Jo, crearon el Club de la Comodidad, invitando a que figurasen en él los caballeritos que por pequeños no eran admitidos en el club masculino. Los chicos se vieron obsequiados con comiditas y meriendas, y divertidos con admirables fiestas inventadas por Nan. Poco a poco los caballeretes mayores se interesaron por disfrutar de aquellas reuniones tan elegantes como atractivas. Al fin, tras conferencias y consultas, se

establecieron relaciones de afecto entre ambos clubes.

El Club de la Comodidad recibía invitación para las fiestas importantes del Club de los Irreprensibles, y asistía a ellas con correctísima discreción. Recíprocamente, el club masculino tenía entrada para los festejos del Club de la Comodidad. Y así, en paz y en buena armonía, prosperaron ambas sociedades.

Capítulo 9

La señora Shakespeare Smith tiene el gusto de invitar a los señores don John Brooke, don Thomas Bangs y don Nathaniel Blake para el baile que han de celebrar esta tarde a las tres en punto.

Advertencia: El señor Blake llevará el violín, para poder bailar, y todos los invitados habrán de ser bonísimos si quieren probarlos manjares preparados.

Probablemente, sin la promesa encerrada en el final de la advertencia, la invitación no hubiera sido aceptada.

—Han estado cocinando cosas superiores; yo las he olido. Vamos allá —exclamó Tommy.

—Comeremos lo que haya, y no hace falta que nos quedemos al baile —observó John (Medio-Brooke).

—Yo no he ido nunca a un baile. ¿Qué hay que hacer...? —preguntó Nat.

—Divertirse como los hombres; estar sentado muy tieso y bailar para que las niñas se distraigan —contestó Tommy.

—Me creo capaz de hacer todo eso —murmuró Medio-Brooke, y redactó y envió la siguiente esquela:

Asistiremos los invitados. Tengan dispuesto lo que haya que comer.

John Brooke y Compañía.

Las damas estaban preocupadísimas con los preparativos, y se proponían, si la fiesta resultaba lucida, agasajar con un banquete a algunos de los convidados.

—A mamá Bhaer le agrada que juguemos con los niños, siempre que éstos se conduzcan correctamente; estamos, pues, obligadas a celebrar bailes para irlos educando —observó Daisy, mientras arreglaba la mesa.

—Tu hermano y Nat serán buenos; pero Tommy hará algún desastre —advirtió Nan.

—Pues yo haré que se vaya —afirmó Daisy.

—Los caballeros no deben dar lugar a que los echen.

—Bueno, pues no le invitaremos más si no se porta bien.

—Eso mismo, y así rabiará. ¿Verdad que rabiará...?

—¡De seguro! Celebraremos un banquete espléndido; sopa de verdad, en sopera y con cucharón; un pajarito que hará muy bien el papel de pavo, salsas variadas y «vegetales» escogidos. —Daisy no podía pronunciar la jota y había renunciado a decir vegetales.

—Han dado las tres y tenemos que vestirnos —murmuró Nan, que se arreglara un traje para la fiesta y quería lucirlo cuanto antes.

—Yo, como soy la mamá, no debo engalanarme mucho —habló Daisy, encasquetándose un gorro de dormir adornado con un lazo grana; una falda larga y vieja, de tía Jo; un chal, un amplio pañuelo de bolsillo y unas gafas. Con todo, parecía una anciana rechoncha y coloradita.

Nan tenía una guirnalda de flores de trapo; zapatillas de tafilete amarillo; falda de muselina verde; blusa de gasa azul; abanico de plumas extraídas del plumero, y un frasquito de esencia..., sin esencia.

—Yo, por ser la hija, debo estar lujosa y elegantísima; y debo cantar, bailar y hablar más que tú. Las mamás hacen dignamente los honores de la casa y sirven el té.

De repente se oyó llamar a la puerta y la señorita de la casa corrió a instalarse en una silla, abanicándose violentamente; la mamá ocupó el centro del diván y procuró mantenerse seria. La pequeña Bess, en función de doncella, abrió la puerta, saludó y dijo sonriente:

—Pasen adelante, señores.

Los señores llevaban sombreros negros muy altos; cuellos altísimos de papel y guantes de todos los colores; la invitación fue tan repentina que nadie tenía un par completo.

—Buenas tardes, señoras —murmuró solemne Medio-Brooke.

Los demás se limitaron a dar la mano, y los tres caballeros, al sentarse, no pudieron contener la carcajada.

—¿Qué es esto? —preguntó la señora de la casa.

—Si han venido ustedes a burlarse, márchense y no vuelvan —gruñó la señorita, dando un coscorrón, con el frasquito de esencia, al señor Bangs (don Thomas).

—No puedo contenerla risa; estás hecha un esperpento, un mamarracho —exclamó ingenuamente Tommy.

—Verdad será, pero es una falta de educación decirlo. Mamá, ¿negaremos a este señor que entre en el comedor?

—Vamos a comenzar el baile. ¿Ha traído usted el violín señor Blake...? —preguntó la digna señora de la casa.

—Voy por él —contestó Nat, y trajo el instrumento.

—Mejor sería tomar antes el té —arriesgó Tommy, para recordarle que lo importante era comer y marcharse en

seguida.

—Caballeros, entiendan que en mis salones no se come hasta que se baile bien —advirtió la señora Smith.

Los caballeros se resignaron.

—Voy a bailar con el señor Bangs, para que aprenda la polca; mi hija bailará con el señor Brooke. Empiece, don Nat.

Las dos parejas bailaron desesperadamente valeses, polcas, gavotas y danzones. Las damas bailaban a gusto; los galanes, por el afán de ganarse la merienda. Cuando se cansaron, se interrumpió el baile, y la doncella Bess sirvió almíbar y agua en copas, tan pequeñas, que algunos se bebieron nueve.

—Ahora, don John, debe usted invitar a mi hija para que toque el piano y cante.

—¿Quiere usted hacernos el favor de tocar el piano y cantar, señorita? —dijo Medio-Brooke, sin saber dónde había piano.

La señorita Smith se dirigió a la mesa, levantó el pupitre, tomó asiento y golpeando con los nudillos, y a puñetazo limpio, acompañó una canción nueva que empezaba:

iMambrú se fue a la guerra,
no sé cuándo vendrá!
Si vendrá para la Pascua,
o por la Navidad.

Los caballeros aplaudieron con entusiasmo, y la artista, entonces, cantó romanzas tan originales como las de:

Rey moro tenía tres hijas,
todas tres como la plata;
la más chiquita de todas
Delgadina se llamaba.

La mamá, agradecida por los elogios tributados a su hija, anunció:

—Ahora vamos a tomar el té; siéntense y no escandalicen.

Resultaba graciosísima la gravedad con que la madre hacía los honores de la casa, y la paciencia con que sufrió los contratiempos que fueron ocurriendo. Un hermoso pastel saltó al suelo cuando quisieron partirlo con un cuchillo no muy afilado. El pan y la manteca desaparecieron como por encanto; la crema, por muy clara, hubo que tomarla bebida, en vez de tomarla elegantemente con cucharitas de lata. La señora Smith peleó con la doncella por la posesión del bollo más grande, y en el calor de la pelea. Bess echó a rodar el cesto de los bollos. Para consolarse se comió el contenido del azucarero. Durante la discusión, se eclipsó la bandeja de pasteles. La señora Smith se enojó. ¿No es intolerable, que nos escamoteen una docena de pasteles riquísimos, hechos con agua, sal, harina y una pasa en el centro...?

—¡Tú los has agarrado, Tommy! —gritó la señora amenazando al escamoteador con el jarro de la leche.

—Yo, no.

—¡Tú has sido!

—Esta discusión no es correcta —observó Nan, acabando de engullir todos los bizcochos que había en un plato.

—Devuelve los pasteles, Medio-Brooke —dijo Tommy.

—¡Basta de bromas! Los pasteles están en tu bolsillo —rugió Medio-Brooke viéndose calumniado.

—Se los quitaremos —exclamó Nat—, es cosa fea hacer llorar a Daisy.

Daisy lloraba desconsoladamente; Bess, como criada fiel, unió

sus lágrimas a las de su ama. Nan declaró que los niños eran una plaga de bichos inmundos.

Entretanto se estaba librando una descomunal batalla. Medio-Brooke y Nat atacaban a Tommy; éste se atrincheró tras una mesa y comenzó a disparar los pasteles robados, que resultaban proyectiles porque estaban más duros que las balas. Mientras tuvo municiones, el sitiado se defendió bravamente, pero cuando se quedó sin proyectiles, los sitiadores lo estrecharon, lo apresaron, lo zarandearon y lo arrojaron fuera del salón. Después, Medio-Brooke procuró consolar a la afligida señora de Smith; Nat y Nan recogieron los pasteles y colocaron cada pasa en su hueco. Pero ya los pasteles estaban sin la capa de azúcar y llenos de polvo.

—Lo mejor será que nos marchemos —dijo Medio-Brooke, oyendo la voz de tía Jo.

—Me parece muy bien —contestó Nat, abandonando un bollo que había pescado durante la refriega.

Antes de que los caballeritos se escabulleran, entró mamá Bhaer; las damas hicieron el relato de sus cuitas.

—Se han acabado los bailes para estos niños, hasta que logren, mediante algún hecho agradable, que los perdonen —dijo tía Jo.

—Pero si era una broma —insinuó Medio-Brooke.

—No quiero bromas que hagan llorar. Estoy muy disgustada; nunca creí que molestaras a Daisy, que es una criatura cariñosa y buena.

—Dice Tommy que todos los niños deben molestar siempre a sus hermanas.

—Pues para que eso no ocurra, se irá Daisy de casa, y no podrá verla ni jugar con ella —afirmó mamá Bhaer.

Ante esa terrible amenaza, Medio-Brooke tocó con el codo a su hermana, y Daisy se apresuró a enjugar el llanto. La separación era el castigo más terrible para los gemelos.

—Nat fue malito, Tommy peor que todos —exclamó Nan.

—Yo estoy arrepentidísimo —murmuró Nat.

—¡Yo no he sido! —gritó Tommy, por el agujero de la cerradura, tras de la cual escuchaba la conversación.

La tía Jo, conteniendo la risa, ordenó gravemente:

—Pueden marcharse, pero no volverán a hablar ni jugar con las niñas hasta que yo dé permiso para ello.

Los caballeretes se largaron, siendo recibidos con burlas y desprecio por Tommy, que estuvo sin reunirse con ellos lo menos... quince minutos.

Daisy se consoló del fracaso del baile, pero lamentó la prohibición de hablar a su hermano. Nan, gozando con lo ocurrido, se dedicó a reírse de los tres muchachos, especialmente de Tommy, que, alardeando de indiferencia, se complacía en declarar que estaba contentísimo viéndose libre de aquellas «niñas estúpidas». Pero estaba arrepentido; cada hora de separación le enseñó lo que valían aquellas «niñas estúpidas».

Los otros dos chicos deseaban reanudar la amistad, al verse sin Daisy que les mimase y obsequiase con meriendas, y sin Nan que los divirtiera y enseñase juegos. Lo peor era que mamá Bhaer, incluyéndose entre las niñas, parecía darse por ofendida y aparentaba no ver ni oír a los ofensores y estaba siempre tan ocupada que casi nunca podía complacerlos cuando le pedían algo. Esto llegó a preocupar profundamente a los chicos y después de tres días en aquel estado de anormalidad, acudieron a papá Bhaer en demanda de auxilio y consejo.

Acaso el buen señor se hallaba prevenido; los pequeños nada sospecharon y recibieron agradecidísimos, aprestándose a cumplirlas, las instrucciones que les dio.

Se encerraron en la bohardilla y dedicaron muchas horas a la fabricación de una misteriosa máquina. Asia se quejó de que consumían mucho engrudo; las niñas sentían vivísima curiosidad; Nan procuraba atisbar u oír algo por las rendijas de la puerta, y Daisy lamentaba la separación y que hubiera secretos entre ella y su hermano.

La tarde del miércoles era espléndida; tras infinitas consultas acerca del viento y del tiempo, Nat y Tommy salieron llevando una inmensa superficie plana; oculta bajo muchos periódicos. Nan rabiaba de impaciencia; Daisy, sentíase muy ofendida. Entonces Medio-Brooke entró sombrero en mano en la habitación de mamá Bhaer, y dijo cortésmente:

—Tía Jo, ¿quieres venir, con las niñas, a recibir la sorpresa que les hemos preparado...? Ya verán qué cosa bonita.

—Gracias; iremos con mucho gusto; pero tengo que llevar a Teddy —contestó mamá Bhaer sonriendo.

—Vendrá con nosotros; el cochecito está preparado para ti y para las niñas, porque supongo que no querrán ir a pie hasta Monte Real.

—Bueno; ¿pero no crees que los estorbaré...?

—¡De ningún modo! Si no vinieras, nos aguarías la fiesta.

—Muchas gracias. Vamos, niñas, no les hagamos esperar. Estoy impaciente por recibir la sorpresa.

En un periquete, las tres muchachitas y Teddy se acomodaron en la «canasta de la ropa», nombre que daban al cochecito de mimbre del cual tiraba el paciente borrico. Medio-Brooke iba delante; mamá Bhaer, escoltada por Kit, cerraba la marcha. La comitiva era imponente; el borrico

llevaba en la cabeza una pluma roja; el cochecito lucía dos banderas; Kit ostentaba un lazo azul en el cuello; Medio-Brooke mostraba un ramito en el ojal de la solapa, y la tía Jo desplegabá, en honor de la solemnidad, la pintarrajeada sombrilla japonesa.

Las niñas iban animadísimas; y Teddy, para mostrar el regocijo que sentía, tiró, varias veces, su sombrero por alto. Cuando llegaron a Monte Real y no divisaron nada, sufrieron las pequeñas gran desencanto.

Medio-Brooke exclamó solemnemente:

—Quieto todo el mundo, hasta recibir la sorpresa.

Dicho esto, se retiró tras un peñasco, sobre el cual habían asomado varias cabecitas infantiles.

Hubo un compás de espera. Luego, Tommy, Nat y Medio-Brooke aparecieron llevando cada uno un barrilete, que ofrecieron a las niñas. Estallaron jubilosas exclamaciones y los muchachos impusieron silencio, diciendo:

—Aún falta algo.

Y comparecieron otra vez, conduciendo un barrilete, donde se destacaba, con letras amarillas, una inscripción que decía: «Para mamá Bhaer».

—Como te vimos enojada con nosotros, hemos querido apaciguarte lo mismo que a las niñas.

—Muchísimas gracias, hijos míos. ¡Qué barrilete tan hermoso! ¿De quién ha sido la idea de hacerme este regalo?

—De papá Bhaer —contestó Medio-Brooke.

—Papá Bhaer adivina mis deseos. Lo cierto es que al verlos el otro día con los barriletes, sentimos envidia. ¿Verdad, niñas...?

—Pues por eso les hacemos este regalo —murmuró Tommy.

—¡Echémoslos a volar! —gritó Nan.

—Yo no sé —observó Daisy.

—Nosotros te enseñaremos —exclamaron los muchachos.

Medio-Brooke se encargó del barrilete de su hermana; Tommy del de Nan, y Nat tuvo que convencer a Bess para que le entregase el suyo, que era pequeño y todo azul.

—Tía, si esperas un momento, te echaremos tu barrilete —advirtió Medio-Brooke.

—Gracias, sobrino; yo sé hacerlo, y además aquí veo a un niño que me ayudará —afirmó la tía Jo, viendo asomar el semblante bonachón de su marido.

Papá Bhaer lanzó al aire el magnífico barrilete; tía Jo corrió para remontarlo, y los chicos aplaudieron entusiasmados.

Uno tras otro se elevaron los barriletes y flotaron en el espacio como vistosos pájaros. El viento era favorable. Chicos y grandes disfrutaron muchísimo haciéndolos subir y bajar, contemplando los cabeceos y evoluciones, y sintiendo los tirones que daban de las cuerdas, como si fuesen prisioneros ansiosos de libertad. Nan estaba loca de alegría; Daisy encontraba el juego casi tan divertido como las muñecas, y la minúscula Bess se encariñó tanto con su «lete asú», que apenas si quería dejarlo volar, prefiriendo guardarlo empuñado para admirar las grotescas figuras trazadas a brocha por Tommy.

Tía Jo se distrajo mucho y llegó a asombrar a los chicos con las diestras evoluciones que supo imprimir a su barrilete.

Poco a poco todos fueron fatigándose y entonces ataron las cuerdas a los árboles y se sentaron a descansar, menos papá

Bhaer, que, llevando a Teddy, fue a dar un vistazo a las vacas.

—¿Ha pasado alguien un rato más delicioso que éste?
—preguntó Nat, tumbado sobre el césped.

—Hace muchos años, pasé un rato parecido —contestó tía Jo.

—Hubiera querido conocerla entonces; debía ser una niña muy alegre —insinuó Nat.

—Aun cuando me avergüence decirlo, debo confesar que fui muy traviesa.

—A mí me gustan las niñas traviesas —exclamó Tommy.

—¿Por qué no me acuerdo de cuando tú eras niña, tía Jo...?
¿Es porque entonces era muy chico...? —preguntó Medio-Brooke.

—Justamente.

—Quiere decir que entonces yo no tenía memoria; tío asegura que las facultades intelectuales se van desarrollando a medida que crecemos, y la memoria, que es una de mis facultades intelectuales, no se había desarrollado en mí cuando tú eras niña, y por eso no recuerdo cómo eras entonces —explicó gravemente Medio-Brooke.

—Mira, pequeño Sócrates, reserva esos problemas para cuando hables con tu tío —dijo mamá Bhaer.

—Así lo haré —contestó el filósofo.

—¿Nos vamos ya? —murmuró Nan.

—Sí, a menos que prefieran quedarse sin comer, y me imagino que la diversión no les habrá quitado el apetito.

—¿Ha resultado agradable nuestra excursión? —inquirió Tommy, satisfecho.

—¡Ha resultado espléndida! —gritaron todos.

—¿No saben por qué...? Porque vuestros invitados se han conducido correctamente. ¿Entienden? —dijo mamá Bhaer.

—Sí, señora —respondieron los muchachos, mirándose ruborosos, al emprender el regreso, recordando otra fiesta donde, por no conducirse correctamente los invitados, hubo que deplorar consecuencias funestas.

Capítulo 10

Había llegado julio y comenzado la siega; los jardines de Plumfield estaban lindísimos y los días estivales eran encantadores y apacibles. La casa se hallaba abierta de par en par desde la mañana hasta la noche, y los niños, con excepción de las horas de clase, vivían al aire libre.

Una noche, tibia y perfumada, mientras los chiquitines estaban en el lecho y los mayores se bañaban en el arroyo, mamá Bhaer desnudaba a Teddy en el vestíbulo. De repente el bebé exclamó, señalando la ventana.

—Ahí «ta» mi Danny.

—No, hijito, no; es la luna.

—¡Ahí «ta» mi Danny! ¡Ahí «ta» mi Danny! —insistía alegremente el pequeño.

Mamá Bhaer corrió presurosa a la ventana, pero no vio a nadie. Después, salió a la puerta llevando a Teddy medio desnudo e hizo que el chiquito llamase a su amigo, para ver si de este modo atraía al forastero. Nadie contestó; madre e hijo entraron muy desanimados a la casa y Teddy, antes de dormirse, se incorporó varias veces en la cama, preguntando:

—¿Ha «vinido» mi Danny...?

Después todos los muchachos se retiraron a descansar, se hizo el silencio y sólo el chirriar de los grillos turbó la calma de la noche.

Mamá Bhaer sentóse a repasar ropa blanca, pensando en el niño ausente. Convencida de que Teddy se había equivocado,

ni siquiera mencionó lo ocurrido a papá Bhaer, que escribía varias cartas. Ya habían dado las diez cuando tía Jo se levantó para cerrar la puerta de la casa. Se quedó un momento contemplando la hermosura de la noche, y algo blanco, que se destacaba entre un montón de gavillas esparcidas en el prado, le llamó la atención. Creyendo que era algún sombrero de paja olvidado por los muchachitos, se aproximó a recogerlo. Entonces vio que aquella mota blanca era una mano y una manga de camisa que asomaban entre las gavilladas mieses. Dio vuelta al montón, y se halló con Dan que dormía profundamente.

El pobre vagabundo parecía fatigadísimo y estaba andrajoso, sucio y escuálido; tenía desnudo un pie y envuelto el otro en un chaquetón. Se había escondido entre las gavillas, y durmiendo, extendió el brazo que lo delató. Dormía agitado, moviéndose, quejándose y hablando entre sueños; al fin, el cansancio lo rindió.

«No debe permanecer aquí», se dijo mamá Bhaer, y acariciando a Dan, lo llamó por su nombre. El muchacho entreabrió los ojos, sonrió y exclamó, como si continuase soñando:

—Mamá Bhaer, ya he vuelto a casa.

Tía Jo, conmovida, incorporó a medias al niño y le dijo:

—Te esperaba, y me alegro de verte, Dan.

Entonces el muchacho despertó por completo, pareció recordar dónde se hallaba, y cambiando de expresión y de acento, murmuró con la reticencia de antaño:

—Iba de paso, y me detuve un momento.

—¿Porqué no has entrado...? ¿No oíste que te llamábamos...? ¿No viste que Teddy salió a buscarte...?

—Pensé que no me permitirían entrar —balbuceó.

—Vamos a ver a tu amigo Teddy.

Dan suspiró, aliviado, y avanzó hacia la casa. De repente se detuvo y dijo:

—Papá Bhaer se enojará; escapé del señor Page.

—Lo supo y lo sintió; pero no importa. ¿Te lastimaste?

—Tengo magullado un pie; me cayó encima una piedra, al saltar un muro —afirmó Dan disimulando su dolor.

Entraron en la habitación de mamá Bhaer, y el muchacho cayó pálido y desfallecido sobre una silla.

—¡Pobre Dan! Bebe unos sorbitos de vino y en seguida te daré de cenar; estás en casa y mamá Bhaer te cuidará.

El chico tomó unos sorbos de vino y luego comenzó a comer con ansia, dirigiendo tiernas miradas de gratitud a su bondadosa protectora. Cuando aplacó su hambre, principió a hablar con tía Jo.

—¿Dónde has estado, Dan? —le preguntó ésta mientras preparaba vendajes.

—Me escapé hace un mes; no me encontré a gusto y me fui río abajo con un barquero. Por eso no se supo de mí. Luego trabajé quince días con un labrador, pero peleé con su hijo, le di azotes y el padre me sacudió de firme; me fugué y me vine andando hasta aquí.

—¿Cómo has vivido...?

—Bien, hasta que me lastimé el pie. La gente me daba de comer; caminaba de día y de noche, y dormía en los pajares. Tomé un atajo y me extravié; si no, hubiera llegado antes.

—¿Adónde ibas, si no pensabas quedarte entre nosotros...?

—Quería ver a Teddy y a usted, y luego volver a la ciudad y trabajar; pero me sentí cansado y me dormí entre las gavillas. Me hubiera ido mañana, si no me hubiese encontrado.

—¿Lo lamentas?

Ruboroso y en voz baja, contestó Dan:

—No, señora. Me alegro mucho, pero temía que ustedes...

Mamá Bhaer, que examinaba la herida del pie, y comprobó que era seria, exclamó enternecida:

—¿Cuándo te hiciste esto...?

—Hace tres días.

—¿Y has podido andar...?

—Me apoyaba en un cayado; me lavaba en los arroyos, y me vendé con un trapo que me dio una mujer.

—Es preciso que papá Bhaer te cure —dijo tía Jo, saliendo presurosa y dejando abierta la puerta.

Dan oyó a la bondadosa señora informar a su marido del regreso del ausente y de sus aventuras durante el pasado mes. Al terminar el relato, mamá Bhaer preguntó a su esposo:

—El pobre Dan quiere saber si lo perdonas y lo recibes de nuevo. ¿Qué le contesto...?

—¿Ha dicho que quiere ser perdonado y admitido en esta casa...?

—Lo ha dicho con el lenguaje de los ojos, con las penalidades que ha arrostrado por vernos, y con las frases que le oí entre sueños. ¿Puede quedarse aquí...?

—Claro que sí. Indudablemente ese muchacho siente algún cariño hacia nosotros y sería una crueldad despedirlo.

Dan oyó un crujido suave, como si mamá Bhaer diese a su marido las gracias, sin palabras. Dos lágrimas surcaron las sucias mejillas del muchacho; nadie las vio, porque se apresuró a enjuagarlas. Pero aquellas lágrimas, que ni el hambre, ni el dolor, ni el desamparo, habían conseguido arrancarle, aquellas lágrimas de gratitud, probaban que en el alma de Dan existía y crecía sincero cariño hacia sus generosos protectores.

—Ven y mírale el pie; temo que la herida sea grave, porque lleva tres días sufriendo con ella. Ese chico es un valiente y será un hombre de provecho.

Entraron a ver a Dan que dormitaba y que trató de levantarse al ver a papá Bhaer. Este le dijo jovialmente:

—¡Hola, buen mozo! ¿Te gusta más Plumfield que la casa del señor Page? Bueno, bueno; veremos si ahora te portas algo mejor que antes.

—Muchas gracias, señor.

—A ver ese pie. Hum... No me gusta. Mañana avisaremos al doctor Firt. Jo, trae agua hervida y algodones.

El señor Bhaer lavó y vendó la herida. La tía Jo preparó la camita (única disponible en la casa) en una habitación que daba al vestíbulo. Papá Bhaer tomó en brazos al paciente, le ayudó a desnudarse, lo acostó, y se despidió dándole un apretón de manos y diciéndole afablemente:

—Buenas noches, hijo mío.

Dan durmió algunas horas, después se despertó febril y con el pie muy dolorido, procurando no quejarse para no molestar a nadie. El chico, en efecto, era valiente y sufrido.

Tía Jo acostumbraba dar una vuelta por la casa a medianoche, para cerrar ventanas, correr el mosquitero de la

cuna de Teddy y cuidar de Tommy, que era algo sonámbulo. Tenía el sueño muy ligero, y al oír los quejidos sofocados de Dan se levantó, se puso una bata y acudió a la cabecera del enfermo.

—¿Qué te duele, hijito...?

—El pie; pero me disgusta que se haya molestado.

—Yo soy como la lechuza, que pasa las noches revoloteando. Pero... itu pie abrasa! Hay que refrescar los vendajes.

La maternal lechuza salió y volvió en seguida con vendas nuevas y un jarro de agua muy fría.

—¡Ya estoy mejor! —suspiró Dan.

—Pues duerme y descansa; ya daré por aquí otra vuelta.

En aquel momento, Dan le echó los brazos al cuello, la besó y balbuceó:

—Muchísimas gracias, señora.

Aquellas frases encerraban ternuras, elocuencias, arrepentimientos y promesas que emocionaron a mamá Bhaer. Recordó que aquel niño era huérfano, lo besó amorosamente y se alejó diciéndole estas frases que Dan jamás olvidó:

—Desde ahora eres mi hijo; procura que me enorgullezca y regocije proclamándolo así.

Al amanecer volvió mamá Bhaer a visitar al enfermo, pero estaba tan dormido que ni sintió la renovación del vendaje.

Aquel día era domingo, y la casa estuvo tan tranquila que el muchacho no se despertó hasta el mediodía; al entreabrir los ojos vio una carita sonrosada que asomaba por la puerta; extendió los brazos y Teddy entró dando brincos, se encaramó en la cama y gritó desafortadamente:

—¡Mi Danny ha venido! ¡Mi Danny ha venido!

Gritando, Teddy besaba, abrazaba y zarandeaba a su queridísimo amigo. Mamá Bhaer llegó con la comida, y Teddy se obstinó en dar el almuerzo a Dan, y, en efecto, le dio de comer como si el enfermo fuera un chiquitín, y viceversa.

Después llegó el doctor y practicó la cura, que fue dolorosísima, porque algunos huesecillos del pie estaban salidos y hubo que colocarlos convenientemente. Dan no exhaló un ¡ay!; únicamente se le vio palidecer, sudar y oprimir las manos de tía Jo.

—Este niño se estará quieto una semana sin que se le permita poner el pie en el suelo. Luego ya veremos si, apoyándose en una muleta o en un bastón, puede andar un poquito por el cuarto —ordenó el doctor Firt.

—¿Me pondré pronto bueno? —preguntó Dan.

—Espero que sí —dijo el doctor, marchándose y dejando al paciente muy abatido, ya que la inacción era para él una calamidad horrenda.

—No te apures; yo soy una gran enfermera y muy pronto estarás corriendo y brincando a tus anchas.

Dan se asustó temiendo quedar lisiado, y ni aun las caricias de Teddy le animaron. Mamá Bhaer le propuso llamar a algunos de los niños para que le hiciesen una visita breve.

—Me gustaría ver a Nat y a Medio-Brooke, y quisiera tener aquí mi sombrero, para enseñarles algo que he traído dentro. ¿Supongo que no habrá usted tirado mi ropa?

—No; todo está guardado, porque supuse que traías algún tesoro al ver cómo la cuidabas —dijo mamá Bhaer, trayendo el sombrero, en el cual había pinchado insectos y mariposas de brillantes colores, y un pañuelo rojo que contenía

huevecillos de pájaros envueltos en musgo; piedrezuelas muy lindas, esponjas minúsculas y varios cangrejitos vivos.

—¿Habrá dónde guardar estos bichitos, que cacé con el señor Hyde...?

—Sí; voy a traer una jaula vieja que es muy adecuada. Cuida de que los cangrejos no le muerdan los pies a Teddy —recomendó mamá Bhaer, dejando a Dan muy contento por ver el aprecio que se hacía de sus tesoros.

Nat, Medio-Brooke y la jaula llegaron a la vez; los cangrejos ingresaron en su nueva casa con gran regocijo de los muchachos, olvidados ya de cualquier resentimiento hacia el antiguo camarada.

Dan refirió a su admirado auditorio las aventuras que corriera; luego enseñó el «botín» y describió todos los objetos con tal detalle y exactitud que tía Jo, que oía desde su habitación, se quedó maravillada.

—¡Cuánto sabe y entiende este muchacho de las cosas campestres! ¡No hay duda de que le interesan más que los libros! Ahora que ha de guardar cama, los niños pueden distraerlo trayéndole bichitos y piedritas. Mucho me agradaría que Dan fuese un sabio naturalista, y Nat un gran músico...

A Nat le interesaron vivamente las aventuras de su amigo; a Medio-Brooke le cautivó aprender las fantásticas transformaciones que la mariposa sufre antes de poder volar. Dan estaba complacido por la atención de que era objeto. Los chicos oían el relato de la caza de la rata de almizcle —cuya piel figuraba en la colección— tan entretenidos que papá Bhaer tuvo que ir a recordar a los oyentes que era la hora de paseo. Dan, al verse solo, se entristeció tanto que el buen maestro lo llevó en brazos al sofá del vestíbulo para que así cambiase de aire y de escenario.

Cuando ya estuvo allí y mientras se entretenía Teddy con un libro de estampas, mamá Bhaer, mirando las colecciones de Dan, preguntó al muchacho:

—¿Dónde aprendiste lo que sabes acerca de todo esto?

—Siempre me gustaron estas cosas, pero no sabía mucho hasta que el señor Hyde me enseñó.

—¿Quién es el señor Hyde...?

—Un hombre que vive en los bosques estudiando animales, plantas y piedras, y que escribe libros sobre todos los bichos. El señor Hyde vivía en casa del señor Page, y me llevaba de auxiliar en sus expediciones, y, como es un sabio, me contaba cosas entretenidísimas. Espero volverle a ver.

—Ya lo creo que lo verás —afirmó tía Jo, muy satisfecha al ver lo contento y animado que se hallaba Dan.

—Hacía que los pájaros se le acercasen; los conejos y las ardillas no le temían, ni se asustaban de él, porque no les hacía daño. ¿Ha visto usted alguna vez hacerle cosquillas a un lagarto, con una paja? —preguntó el muchacho.

—No, pero me gustaría verlo.

—Pues yo sé cómo se hace, a los lagartos les gusta mucho y se ponen panza arriba. El señor Hyde llamaba a las culebras silbando; sabía la hora exacta en que se abría cada flor: y las abejas nunca lo picaban, y contaba cosas maravillosas de las moscas y de los peces, de los indios y de las rocas.

—Veo que te gustaba más salir con el sabio naturalista que estar con el señor Page.

—Sí; me gustaba mucho más salir de expedición que pasarme el día cavando y escardando. El señor Page se reía de su amigo y le llamaba holgazán cuando pasaba horas enteras

contemplando una trucha o un pajarito.

—El señor Page es un labrador y para él nada es más interesante que la labranza. Si tienes afición a los trabajos del señor Hyde, en el campo y en los libros, estudiarás y aprenderás cuanto necesites y desees. Pero quiero que, además, te ocupes en otra cosa.

—Sí, señora.

—¿Ves ese escritorio con doce cajones...?

Dan, que conocía el mueble y sabía que allí se guardaban papel, clavos, cuerdas y objetos útiles, contestó:

—Sí, señora.

—¿No los crees muy adecuados para guardar ordenadamente tus colecciones...?

—¡Vaya que sí! ¡Son admirables para el caso!

—Bueno, pues hagamos un trato: por cada mes del año que cumplas bien con tus deberes, te cedo uno de los cajones para ir guardando tus tesoros. Las recompensas son siempre buenas: se comienza amando el bien por el bien mismo.

—¿No hay recompensas para usted, señora...?

—Vuestro buen comportamiento es mi mejor premio. Decídetes a conquistar los cajones y obtendrás dos recompensas: una, la del cajón, y otra, la satisfacción del deber cumplido. ¿Me entiendes...?

—Sí, señora.

—Pues procura estudiar, conducirte bien y ser cariñoso con tus compañeros; y cuando consigas una buena nota o cuando yo sepa que te esfuerzas por conseguirla, te daré posesión de un cajón. Mira, algunos están divididos en cuatro compartimientos; haré que todos se arreglen en la misma

forma; así, cada semana puedes ganarte una de las cuatro partes de cada gaveta; y cuando las tengas llenas de curiosidades preciosas, yo me sentiré tan orgullosa como tú, más aún... Porque en cada guijarro, en cada planta y en cada insecto, veré buenos propósitos cumplidos, promesas realizadas y defectos borrados. ¿Lo harás así, Dan...?

Emocionado, el muchacho contestó con expresiva mirada de afirmación, cariño e inmensa gratitud.

Mamá Bhaer sacó uno de los cajones del mueble, lo colocó sobre dos sillas, ante el sofá, y dijo alegremente:

—Empecemos por guardar las mariposas y escarabajitos que has traído; los colocaremos pinchados en alto, y así en el fondo hay sitio para las piedrecitas, conchas y objetos algo pesados. Te daré algodón, papel blanco y alfileres, y puedes ir arreglando el hueco correspondiente a una semana.

—Pero, no puedo moverme y no podré aumentar la colección.

—Los niños te traerán cuanto tú les pidas.

—No sabrán buscar; y, además, si no puedo ni estudiar ni trabajar, ¿cómo ganaré cajones...?

—Sin moverte puedes aprender y trabajar para mí.

—¿De veras...?

—Sí; puedes aprender a tener paciencia y buen humor, a pesar de sentirte dolorido y privado de jugar; puedes distraer a Teddy, ayudarme a devanar madejas, leerme mientras coso y hacer otras muchas cosas útiles y entretenidas.

Medio-Brooke entró presuroso, con una mariposa muy grande y muy linda, en una mano, y con un sapo muy chico y muy feo en la otra.

—Mira, Dan, los he encontrado y he venido corriendo a

traértelos. ¿Verdad que son lindísimos...?

Dan se rió del sapo y dijo que no tenía dónde guardarlo, pero aceptó la mariposa y pidió a tía Jo un alfiler para clavarla.

—No me gusta ver sufrir a los animalitos; si hay que matar a la mariposa, máatala con una gota de alcohol alcanforado —exclamó mamá Bhaer, ofreciendo un frasquito.

—Sé cómo se hace; así las mataba el señor Hyde, pero como yo no tenía alcohol alcanforado... —observó Dan, dejando caer diestramente una gota del líquido en la cabeza de la libélula.

De repente oyeron a Teddy que decía:

—Las «canguegos» se han «espapado» y el «gande pomiendo» a los «chitititos».

Acudieron Medio-Brooke y la tía Jo, y vieron al muchachito encaramado en una silla contemplando a dos cangrejillos que se habían escapado por entre los alambres de la jaula y corrían desesperadamente; otro cangrejín, asustado, trepaba por la jaula; el terror de los animalitos se comprendía; el cangrejo mayor se había instalado junto al bebedero de la jaula y sujetando con un palpo a un cangrejillo, lo comía tranquilamente, habiendo ya devorado dos o tres patas. Los niños se rieron del espectáculo; mamá Bhaer llevó la jaula a Dan, para que viese al antropófago, y Medio-Brooke encerró a los fugitivos bajo una cacerola.

—Tendré que dejarlos ir, ya que no podemos guardarlos —murmuró tristemente Dan.

—Dime cómo hay que cuidarlos y los cuidaré, mientras te curas; dime si podrán vivir con mis galápagos —exclamó Medio-Brooke.

Dan dio amplias instrucciones sobre las costumbres cangrejiles, y Medio-Brooke se marchó a instalar a los

huéspedes en su nueva casa.

—¡Qué bueno es este niño! —murmuró Dan.

—Así debe ser, porque así se lo han enseñado.

—¡Dichoso él que ha tenido quien lo eduque y quien le enseñe a ser bueno! —suspiró Dan, recordando la orfandad en que se viera desde que tuvo uso de razón.

—Bueno, pues tú ya tienes quien te eduque y quien te enseñe, y ya verás cómo serás bueno. ¿Recuerdas que papá Bhaer, cuando estuviste aquí la otra vez, te habló de la necesidad de ser bueno y de pedir ayuda a Dios...?

—Sí, señora —contestó a media voz el niño.

—¿Procurarás hacerlo...?

—Sí, señora —afirmó Dan, bajando más la voz.

—Confío en ello y ya veré si cumples lo que prometes. Toma, lee esta historia de un niño que se lastimó un pie y supo sufrir con valentía el dolor.

Tía Jo entregó al muchacho el libro *Los niños de Crafton*, y lo dejó solo una hora, entrando y saliendo de vez en cuando, para que el paciente no se creyese abandonado. Aun cuando a Dan no le agradaba leer, le interesó tantísimo el libro, que el tiempo se le hizo muy breve. Al oscurecer regresó la tropa infantil. Daisy obsequió al herido con un ramo de flores silvestres; Nan se ofreció a servirle la cena; abrieron la puerta del comedor y Dan comió viendo comer a sus camaradas, que le hacían signos amistosos.

Mamá Bhaer lo acostó temprano; Teddy, descalzo y en camisa, entró a dar las buenas noches a su amigo predilecto.

—Mamá, ¿quieres que rece aquí para que vea mi «Danny» que «sabo» rezar...?

—Sí, hijo de mi alma.

El bebé se arrodilló junto a la cama de Dan, cruzó las regordetas manecitas, y balbuceó tiernamente:

—Jesusito de mi vida..., bendícenos a todos... y ayúdame a ser «beno» —luego, sonriendo, y dando cabezadas, se alejó en brazos de su madre.

Poco después cesó la charla de los muchachos, y todos entonaron la canción de la noche. El silencio fue reinando en la casa. Dan permaneció largo rato despierto pensando; dos ángeles buenos, el cariño y la gratitud, habían entrado en su corazón y comenzaban la obra que el tiempo y el esfuerzo habían de concluir.

Muy deseoso de cumplir la primera promesa empeñada, Dan cruzó las manos en la oscuridad, y fervorosamente repitió la infantil y dulcísima plegaria de Teddy.

—¡Jesusito de mi vida, bendícenos a todos y ayúdame a ser bueno!

Capítulo 11

Durante una semana, Dan sólo pudo moverse del lecho para ir al sofá. Así pasaron ocho días, y, al cabo, oyó satisfecho al médico que decía en la mañana siguiente del sábado:

—Este pie se va curando con más rapidez de la que supuse; den ustedes al enfermo una muleta y permítanle que esta tarde ande un rato por la casa.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritó Nat, corriendo alborozado a transmitir la noticia a los compañeros.

Todos se alegraron, y, al terminar de comer, fueron a ver a Dan hacer pinitos por el salón antes de asomarse a la puerta de casa. El muchacho sentíase cada vez más animado y más agradecido por el afectuoso interés que le demostraban; los niños lo felicitaron cordialmente; las niñas sentáronse junto a él, y Teddy lo contemplaba con cariñosa protección.

Tranquilamente hallábanse sentados todos a la puerta, cuando vieron un carruaje detenerse ante la cancela del jardín; luego vieron agitarse un sombrero, y, de repente, Rob, voceando: «¡El tío Teddy! ¡Aquí está el tío Teddy...!» empezó a correr, tropezando y cayendo, con toda la velocidad que le permitían sus piernecitas. Los demás chicos, excepto Dan, brincaron presurosos tras de Rob, para ver quién era el primero que abría la portezuela, y en un momento el carruaje se halló rodeado por un verdadero enjambre de pequeñuelos saludando al tío Teddy y a su hijita.

—¡Deténgase el carro triunfal y dejen que Júpiter descienda! —exclamó el viajero, apeándose y corriendo a saludar a tía Jo, que sonreía y aplaudía alegremente.

—¿Cómo estás, Teddy...?

—Muy bien, ¿y tú, Jo...?

Cambiaron un apretón de manos, y el señor Laurie puso a Bess en manos de su tía; la chicuela la abrazó estrechamente, mientras el padre exclamaba:

—«Pelito de oro» estaba deseosa de verte y yo participaba de su deseo. Aquí venimos a jugar una hora con tus niños, y saber cómo siguen «Pulgarcito» y «La vieja que vivía en un zapato».

—¡Cuánto celebro la visita! ¡A jugar y que no haya disgustos!
—exclamó la tía Jo.

La chiquillería había formado corro en torno de Bess, admirando los áureos cabellos, el delicado rostro y el lindo vestido de la «Princesita» —que así la llamaban—, sin atreverse a besarla, porque Su Alteza no lo permitía. La pequeña se sentó en medio del grupo infantil, y hasta se dignó conceder algunas caricias. Rob la miraba como a una muñeca fragilísima y la adoraba a respetuosa distancia, dándose por satisfecho por cualquier muestra de afecto de la Princesita. Esta quiso ver la cocina de Daisy, y allá fue, guiada por tía Jo, y seguida de nutrido y jubiloso cortejo. Otros se largaron hacia el parque zoológico y hacia los jardines, para ponerlo todo en orden, pues el señor Laurie acostumbraba a girar en visita de inspección general y se afligía si las cosas no marchaban bien.

Ante la puerta, sólo quedaron el visitante, Dan, Nat, y Medio-Brooke.

—¿Cómo va ese pie? —preguntó el señor Laurie a Dan.

—Mejor, señor.

—Pero te aburres en esta casa, ¿verdad...?

—¡Figúrese usted...! —contestó Dan, mirando ansiosamente el campo abierto.

—¿Te agradecería dar un paseo antes de que tus compañeros vuelvan...? El carruaje es grande, cómodo y suave de movimientos; respirar aire libre te hará bien. Medio-Brooke, busca un almohadón y un abrigo, y lo llevaremos.

Los niños saltaron de gozo; Dan, muy complacido, preguntó, en inesperado arranque de respeto:

—¿Le parecerá bien a la señora Bhaer...?

—Sin duda; todo esto ya lo hemos convenido.

—Pero si no han hablado nada de este paseo, ¿cómo han llegado a ponerse de acuerdo? —insinuó Medio-Brooke.

—Nos entendemos sin hablarnos, gracias a un telégrafo perfeccionado que empleamos.

—Yo sé cómo: con los ojos. Usted levantó la cabeza e indicó el carruaje con la mirada, y mamá Bhaer sonrió e hizo un gesto afirmativo —murmuró Nat, que se encontraba muy a gusto junto al señor Laurie.

—Bueno, pues, vamos allá.

En un instante Dan se encontró instalado en el vehículo, con el pie sobre un almohadón colocado en el asiento delantero, y cubierto con un chal que cayó como de las nubes. Medio-Brooke se encaramó en el pescante, junto a Peter, el cochero de color; Nat se colocó cerca de Dan, en el mejor lugar, mientras que el tío Teddy se acomodaba enfrente, para cuidar el pie lastimado, según dijo, pero en realidad para estudiar la fisonomía de ambos niños, tan dichosos y tan poco parecidos; Dan era cuadrado, moreno y fuerte; Nat, delgado, rubio, delicado, de mirar dulce y cara despejada.

—Oye —exclamó tío Teddy—; casualmente traigo un libro

que te agradará.

Y buscó bajo los almohadones hasta dar con él.

—¡Qué preciosidad! —observó Dan, maravillado. Y luego, al hojearlo y ver los grabados en colores reproduciendo mariposas, pájaros y otros animalitos, se entusiasmó tanto que se olvidó de dar las gracias por el obsequio. Al señor Laurie le bastó como recompensa ver el entusiasmo del chicuelo, que era incalculable cuando entre los grabados tropezaba con la imagen de algún bichito conocido.

Nat, inclinado sobre el hombro de su amigo, miraba curiosamente, y Medio-Brooke balanceando los pies dentro del coche, intervino en la conversación.

Cuando todos examinaban una lámina que reproducía escarabajos, tío Teddy sacó del bolsillo del chaleco un objeto pequeño y lo mostró, sobre la palma de la mano, diciendo:

—Mira un escarabajo que vivió hace miles de años.

—Después, mientras los niños contemplaban el extraño insecto, les contó que procedía de una famosa tumba, donde había permanecido numerosos siglos entre las vendas de una momia. Al percibir el interés del auditorio se extendió a hablarles de Egipto; de las razas que en él vivían; de las espléndidas ruinas que perduraban y del Nilo.

—El tío Teddy cuenta historias tan bien como papá Bhaer —murmuró Medio-Brooke, con entusiasta aprobación.

—Gracias —contestó el señor Laurie, estimando el elogio, ya que los niños son buenos críticos. Luego, añadió—: Por aquí habrá alguna otra cosilla que traje para entretener a Dan —y mostró un arco y una flecha.

—¡Cuéntenos cosas de los indios! —suplicó Medio-Brooke.

—Dan sabe muchas cosas sobre ellos —observó Nat.

—Pues que nos cuente algo; de seguro sabe más que yo —indicó el tío Teddy.

—Lo que yo sé, me lo contó el señor Hyde, que ha vivido entre los indios, y hasta conoce su idioma —dijo Dan, halagado por la atención de todos.

—¿Para qué usan las flechas? —preguntó Medio-Brooke.

Los demás formularon preguntas análogas. Dan narró cuanto el señor Hyde le contara semanas antes, mientras navegaba por el río para hacer estudios zoológicos.

Tío Teddy escuchaba atento, interesándose más por el niño que por el relato de los indios. Mamá Bhaer le había informado sobre el muchacho, y el señor Laurie, arisco en la niñez y que había vagabundeado bastante, sentía afecto hacia aquel rebelde que se iba domesticando por obra del dolor y de la paciencia.

—Se me ocurre —exclamó el buen señor— que les convendría mucho tener un museo particular: un lugar donde puedan conservar ordenadamente todas las cosas que encuentren, fabriquen o posean por regalo o préstamo. Tía Jo no se queja, porque es muy buena; pero no le debe hacer gracia tener un jarrón lleno de escarabajos; murciélagos muertos clavados tras de las puertas, y la casa inundada de piedras. ¿Verdad, niños, que pocas señoras aguantarían semejante desorden...?

—Pero ¿dónde vamos a guardar nuestras riquezas? —preguntó Medio-Brooke.

—En la cochera vieja.

—Está llena de goteras, de polvo y de telarañas, y no tiene ventanas para instalar colecciones —observó Nat.

—Tengan paciencia hasta que venga Gibbs y haga algunos

arreglos, y después ya verán cómo les gusta. Lo enviaré el lunes para que revoque el local, y el sábado vendré y nos pondremos de acuerdo para empezar la formación de un museo chiquito, pero muy lindo. Todos traerán los objetos que posean y tendrán un sitio para instalarlos. Dan actuará de director, porque parece experto y así se entretendrá ahora que no puede correr ni brincar mucho.

—¡Admirable! —exclamó Nat, mientras el director electo sonreía sin hablar, estrechando el libro y mirando al señor Laurie como a un bienhechor de la humanidad.

—¿Damos otra vuelta señor? —preguntó Peter.

—No; no debemos abusar. Tengo que visitar los huertecitos, asomarme a la cochera y charlar un rato con tía Jo —contestó el buen señor, y, dejando a Dan descansando en el diván y hojeando el libro, salió a ver a los otros chicos que andaban buscándolo. Mientras las pequeñas cocinaban preparando una comidita, mamá Bhaer tomó asiento junto a Dan y escuchó el relato del paseo, hasta que volvieron los demás, polvorientos, sudorosos y muy excitados con la idea del museo, que se consideró unánimemente como la más perfecta e importante del mundo.

—Siempre experimenté la necesidad de fundar una institución, y voy a comenzar por ésta —murmuró el tío Teddy, ocupando un taburete a los pies de tía Jo.

—Yo ya he fundado una; ¿qué nombre le das? —preguntó la excelente señora señalando a los chicos que la rodeaban.

—El admirable jardín Bhaer, al cual pertenezco, para mi orgullo. ¿No sabes, Dan, que soy el mayor de los alumnos de esta escuela? —dijo Teddy cambiando de conversación, porque no quería que le dieran las gracias.

—¡Creí que era Franz! —contestó Dan, asombrado.

—Nada de eso; yo soy el primer niño que tía Jo tuvo a su

cargo, y fui tan travieso que, a pesar de los años y de mis buenos propósitos, aún no he logrado corregirme.

—¡Qué viejecita debe ser mamá Bhaer! —murmuró inocentemente Nat.

—Empezó muy joven. A los quince años ya estaba educándome, y le di tantos disgustos que me asombra no verla completamente arrugada y encanecida.

—No exageres ni te difames —observó tía Jo, acariciándole como a un niño. Por ti, por tu auxilio y estímulo existe esta casa-escuela Plumfield, mi sueño dorado. Mis alumnos deben estarte agradecidos y denominar a la nueva institución «Museo Laurie», para honrar a su fundador. ¿Verdad, hijos míos...?

—¡Sí! ¡Sí! —vocearon jubilosamente los pequeñuelos.

Saludando en acción de gracias, el tío Teddy exclamó:

—Tengo más hambre que un oso. ¿Hay algo que devorar?

—Medio-Brooke, corre y pídele a Asia la cesta de las galletas, aun cuando está prohibido tomar nada entre comidas, hoy haremos una excepción —dijo tía Jo y, cuando llegó la cesta, repartió las galletas.

Todos comieron. De repente murmuró el señor Laurie:

—¡Dios me valga! ¡Me olvidé del encargo de la abuela!

Corrió al carruaje y volvió con un paquete que, al ser abierto, mostró una abundante colección de animales y objetos hechos con harina y azúcar, y dorados al horno.

—Hay uno para cada niño, y cada cual trae su indicación. La abuela y Hanna hicieron estas preciosidades. ¡Qué hubiera ocurrido si llego a olvidarme del encargo!

Se hizo la distribución de las pastas. Para Dan, un pez; para

Nat, un violín; para Medio-Brooke, un libro; para Tom, un mono; para Daisy, una flor; para Nan, un barrilete; para Emil, una estrella; para Franz, un ómnibus; para Zampabollos, un cerdo muy gordo; y para los demás, pájaros, gatitos y conejos, de ojos negros y brillantes.

—Vaya, me marchó; ¿dónde anda «Pelito de oro»...? Mamá se impacientará si tardamos —dijo tío Teddy, una vez terminada la merienda.

Las niñas estaban en el jardín, y mientras Franz iba a buscarlas, el señor Laurie y tía Jo siguieron hablando.

—¿Qué tal marcha Torbellino? —preguntó el tío Teddy.

—Muy bien; se ha vuelto modosita y empieza a suavizarse.

—¿La hacen rabiar mucho los niños...?

—Sí; pero lo evito cuando puedo y obtengo buen resultado. Ya has visto lo bien que te ha saludado, y lo afectuosa que se muestra con Bess. El ejemplo de Daisy es muy beneficioso, y espero conseguir maravillas.

En ese momento apareció Nan, corriendo desaforada y guiando un tiro de cuatro niños. Daisy asomó detrás, empujando una carretilla dentro de la cual iba Bess. Desgreñados, polvorientos, gritando, chasqueando látigos llegaron los chicuelos como manada de potros salvajes.

—¿Estos son los niños modelos? ¿Estas son las maravillas de una escuela de educación moral y de buenos modales...? ¡Bravísimo! —exclamó el señor Laurie riéndose de las prematuras satisfacciones de tía Jo ante los progresos de Nan.

—Ríete; sin embargo, conseguiré mis propósitos; te repito lo que tú decías: «Aun cuando el experimento no ha sido satisfactorio, el hecho es y será cierto».

—Me temo que en vez de influir Daisy sobre Nan, sea ésta la que contagie con el mal ejemplo a aquélla. ¡Mira mi Princesita! Se ha olvidado de su dignidad y grita desaforadamente como todos. ¿Qué significa esto, señoritas? —exclamó el señor Laurie, tomando a su hija que chasqueaba un látigo sobre los cuatro muchachos que actuaban de indómitos caballos.

—Estamos en una carrera, y yo corro más —gritó Nan.

—Yo corro más, pero no me atrevo, temiendo derribar a Bess —observó Daisy.

—¡Arre...! —voceó la Princesita.

—¡Vámonos, hijita! Huyamos antes de que estos diablillos te echen a perder. Adiós, Jo. Cuando vuelva por aquí espero encontrar a los muchachos haciendo calceta.

—Bueno, bueno. No me desanimo, aunque algún experimento fracase. Cariñosos recuerdos a Amy y un abrazo a Meg —dijo mamá Bhaer, antes que partiera el carruaje. Desde lejos, el señor Laurie la vio consolando a Daisy que quería haberse paseado en la carretilla.

Durante toda la semana los niños estuvieron tan excitados como entretenidos con las obras de reparación, que avanzaban rápidamente. Gibbs, a pesar del acoso de preguntas, consejos y observaciones que sufrió, pudo terminar su tarea. En la noche del viernes, el local destinado a museo tenía revocado muro y techo, dispuestas las alacenas y encalado y pintado todo; una gran ventana, frontera a la puerta, dejaba entrar torrentes de luz y permitía ver el espectáculo que ofrecían el arroyo, los prados y las verdeantes colinas. Sobre la puerta principal, con grandes letras encarnadas, se leía:

MUSEO LAURIE

La mañana del sábado se invirtió en estudiar el decorado.

Cuando apareció el tío Teddy llevando un acuario, del cual, según dijo, estaba cansada tía Amy, desbordó el entusiasmo.

La tarde se ocupó en hacer instalaciones; y cuando, por fin, terminaron las carreras, empujones y martillazos, las damas fueron invitadas a la inauguración del museo.

Realmente, el local era agradable, ventilado, limpio y alegre. Una enredadera asomaba sus campánulas azules por la abierta ventana; en el centro de la habitación lucía el acuario lleno de peces de colores, de helechos, musgos y culantrillos. Flanqueaban los muros, alacenas y anaqueles dispuestos a recibir los tesoros que los niños recogiesen. La cajonera grande de Dan ocupaba el hueco de la puerta principal, que se había clausurado, habilitándose otra pequeña para uso diario. Sobre una vitrina destacábase un ídolo tan feo como interesante, regalo del señor Laurie. También regalo del mismo era el junco chino que se destacaba en la mesa central del museo. Hábilmente disecado, lucía el canario donado por la tía Jo. Las paredes estaban adornadísimas, con una camisa de culebra, un gran nido de avispas, una canoa de corteza de abedul, flores de algodón, musgos del Mediodía, y colecciones de huevos de pájaros. También figuraban: murciélagos muertos, una concha de tortuga y un huevo de avestruz que proporcionaba a Medio-Brooke la satisfacción de lucirse explicando a sus compañeros las raras costumbres de las aves gigantes. Las piedras abundaban tanto, que sólo se colocaron en los estantes las más notables.

Todos sentían vivo deseo de hacer algún donativo. Silas entregó un gato montés relleno de estopa, que cazó en sus mocedades. Verdad es que el animalito estaba tan apolillado, que la estopa se le salía por los agujeros de la piel; pero, colocado en alto, sobre un travesaño, dejando ver los dientes y el brillo de los ojos de cristal, resultaba tan efectivo que asustó a Teddy, al entrar para ofrecer al museo una nueva joya: un capullo de gusano de seda.

—Pues, señores, esto es una preciosidad. No sospechaba yo

que tuviéramos tantas cosas bonitas y curiosas. Propongo formar un fondo, cobrando entrada a los visitantes —exclamó Jack.

—Este museo debe ser público y si se toma como negocio borraré el nombre escrito sobre la puerta de entrada —observó tío Teddy.

Jack bajó la cabeza avergonzado.

—¡Silencio! Que está hablando el señor Laurie —dijo papá Bhaer.

—De ningún modo; estoy avergonzado; léeles tú algo; tú tienes costumbre de ello —contestó tío Teddy, escabulléndose.

Mamá Bhaer lo detuvo, y riendo al ver la cantidad de manos sucias que se agitaban y palmoteaban, murmuró:

—No estaría de más leer algo referente a la utilidad del jabón para la limpieza de las manos. Pero tú, Teddy Laurie, como fundador de este museo, estás obligado a dirigirnos la palabra. Puedes contar conque te aplaudiremos.

Viendo que no había escapatoria, el señor Laurie habló así, con su jovialidad acostumbrada:

—Este museo debe ser motivo de recreo y fuente de enseñanza. No basta con que coleccionen. Es necesario que conozcan lo que coleccionan y que puedan explicarlo cuando alguien les pregunte. Yo sabía algo de esto; poca cosa, ¿verdad, Jo...?; pero ya se me ha olvidado. Pero tienen a Dan que conoce muchísimo sobre historia, costumbres y curiosidades de pájaros y de insectos. El será el director-conservador del museo. Una vez por semana deben venir a leer un trabajo escrito o estudiado por ustedes acerca de algún animal, vegetal o mineral. Esto será provechoso para todos. ¿Verdad, maestro Bhaer...?

—Indudablemente. Desde ahora ofrezco mi ayuda incondicional; lo malo es que hacen falta libros y tenemos pocos. Nos convendría una biblioteca especial.

—¿Qué libro es ese, Dan? —preguntó el señor Laurie, señalando un volumen abierto sobre la mesa.

—El que usted ha traído. Habla de todo lo que deseo saber acerca de los insectos. Ahora mismo he aprendido cómo se han de clavar las mariposas; conviene tenerlas en cajas cerradas, para que se conserven mejor —contestó el muchacho, alargando el volumen.

—Dame —exclamó tío Teddy, y escribió, con lápiz, en el libro, el nombre de Dan. Luego, depositando el volumen en un estante donde sólo había un pajarito disecado, sin cola, añadió—: Este es el comienzo de la biblioteca del museo. La iré aumentando. Medio-Brooke la cuidará y la tendrá en orden, será nuestro bibliotecario. Jo, ¿dónde estarán los libros que leíamos sobre «Arquitectura de los insectos», de batallas de hormigas, de reinas, avispas y de otros bichos curiosos...?

—Deben estar en la bohardilla. Los buscaré y estudiaremos en ellos —respondió mamá Bhaer.

—¿Será difícil escribir sobre estas cosas...? —preguntó Nat, que aborrecía el trabajo de composición.

—Acaso sea al principio; pero después les agradará.

Se acordó que fuesen los miércoles los días destinados a las disertaciones, y hubo quien anunció que preferiría hablar a leer. Papá Bhaer prometió un álbum, para conservar los trabajos escritos, y aseguró que asistiría puntualmente.

Salieron los chicos a lavarse las manos, y el profesor se volvió para tranquilizar a Rob, que había oído decir a Tommy que el agua está llena de bichitos invisibles.

—Me agrada muchísimo tu plan; pero te aconsejo que no gastes demasiado, querido Teddy —dijo tía Jo al señor Laurie al quedar solos—. Sabes que estos niños, al salir de aquí, tendrán que ganarse la vida y no es conveniente acostumbrarlos a comodidades excesivas.

—Lo haré, pero déjame que me divierta. Cuando me abrumen los negocios, nada me distrae tanto como jugar un rato con los chicos. Dan me agrada mucho; es poco expresivo, pero inteligentísimo, y cuando se vaya moderando, será un discípulo que te dará fama.

—Me alegra oírte. Gracias mil por tu generosidad, y en especial por este museo, que entretendrá mucho a ese niño, especialmente ahora que anda con dificultad. Con tu ayuda domesticaré a ese salvajito y lograré que nos tome cariño. ¿Qué te inspiró la idea de fundar el museo...?

—La experiencia, querida Jo, sé lo que sufre un niño sin madre, y nunca olvidaré lo que hicieron por mí.

Capítulo 12

Choque estrepitoso de cacerolas de hojalata, carreras alborotadas y peticiones de comestibles anunciaron, una tarde de agosto, que los niños iban a buscar zarzamoras. Para ellos, significaba tanto como si fuesen a descubrir el Polo.

—Vayan, hijitos, salgan cuanto antes, sin que se entere Rob —dijo mamá Bhaer, atando a Daisy las cintas del sombrero de paja, y arreglándole a Nan el delantal azul. Pero Rob se había enterado y estaba resuelto a formar parte del grupo expedicionario. Cuando la tropa comenzó a desfilas asomó el hombrecito, con el sombrero puesto, el rostro jubiloso y una luciente cacerola en la mano.

—¡Buena la hemos hecho! —suspiró la tía Jo, que sabía lo difícil de contentar que era su hijo mayor.

—Ya estoy listo —gritó Rob.

—Van muy lejos y te fatigarás; quédate acompañándome.

—Ya se queda Teddy; yo soy mayor, y tú me has dicho que los mayores pueden ir a todas partes.

—Mira, vamos hasta los pastos, y como hay mucho que andar, no queremos estorbos —advirtió Jack.

—Yo no soy estorbo y puedo ir sin cansarme. Mamá, idéjame que vaya! Quiero traerte esta cacerola nueva llena de zarzamoras. ¡Voy a ser bueno...!

—Pero te vas a fatigar y a acalorar demasiado. Otro día irás conmigo y traerás todas las zarzamoras que quieras.

—Tú nunca sales, porque siempre tienes que hacer, y yo quiero traerte moras —dijo Rob, rompiendo a llorar.

Todos se conmovieron al ver caer los lagrimones del niño en la brillante cacerola. Daisy se brindó a quedarse acompañándolo. Nan, muy resuelta, dijo:

—Que venga con nosotros; yo me encargo de él.

—Si Franz los acompañara, me quedaría tranquila, pero Franz está segando con papá, y no confío mucho en ustedes.

—Rob no debe venir; vamos muy lejos —murmuró Jack.

—Si yo pudiera, lo llevaría —suspiró Dan.

—Gracias, tú tienes que cuidarte el pie. Yo también iría si pudiera. Pero, esperen, veremos de arreglar todo —dijo mamá Bhaer, corriendo hacia el camino y agitando el delantal.

Silas, que pasaba con la carreta de heno, se prestó a llevarlos hasta los pastos y a ir a buscarlos a las cinco de la tarde.

—Esto será un retraso para usted; pero lo indemnizaremos dándole pasteles y compota de moras —dijo tía Jo, concedora de las debilidades del jardinero.

—Bueno, señora —contestó alegremente Silas—; ¿usted quiere sobornarme...? ¡Pues me dejo sobornar...!

—¡Niños! ¡Pueden ir todos! —exclamó tía Jo.

—Por ti, he ideado esta combinación. No andes mucho: siéntate y dedícate a buscar objetos para tus colecciones.

—¡Yo voy! ¡Yo voy! —exclamó regocijadamente Rob.

—Sí, hijo mío, Daisy y Nan tendrán mucho cuidado contigo. Silas irá a buscarlos a las cinco.

Rob abrazó agradecido a su madre, y le ofreció llevarle todas las moras que recogiera, sin comerse ni una.

Alborotadamente se instalaron todos en el carro, mostrando Rob especial contento al verse entre las dos niñas que, como madrecitas temporales, se brindaron a cuidarlo.

¡Qué tarde tan feliz disfrutaron los excursionistas, a pesar de los contratiempos inevitables en estas salidas!

Tommy pasó un mal rato, al caer sobre un nido de tábanos, que le picaron sañudamente; el chico aguantó con valentía el dolor, hasta que Dan recomendó que se aplicase tierra mojada sobre las heridas, con lo cual se alivió mucho.

Pero de todas las aventuras de la tarde, la más sonada y memorable fue la ocurrida a Nan y a Rob. Después de haber comido y brincado; después de llenarse el vestido de desgarrones y la cara y las manos de arañazos, Nan comenzó formalmente a recoger moras. Pero a pesar de su agilidad y destreza, no satisfecha, cosechaba menos que Daisy, que estaba consagrada tranquilamente a la faena. Rob iba tras de Nan, tanto por simpatizar más con la intrépida muchacha que con la apacible Daisy, y porque ambicionaba hacer gran provisión de fruto, para cumplir lo prometido a su madre.

—No consigo llenar la cacerola y empiezo a cansarme —exclamó el niño sentándose fatigado; sentía mucho calor, pero volvió a levantarse para seguir, brincando, a Nan.

—Cuando estuvimos aquí, había muchísimas moras detrás de ese muro y además vimos una cueva y los niños encendieron lumbre. Vamos; en un instante llenamos las cacerolas, y, después, nos escondemos en la cueva y dejamos que se mareen buscándonos —propuso Nan.

Rob accedió y ambos escalaron el muro, se deslizaron por el declive del lado opuesto y quedaron ocultos por rocas y árboles. Efectivamente, abundaban allí las moras, y en

seguida llenaron las vasijas.

La sombra era grata y un manantial calmó su sed.

—Ahora vamos a la cueva; descansaremos y merendaremos
—dijo Nan, muy satisfecha del buen éxito de la correría.

—¿Conoces el camino...? —preguntó Rob.

—¡Claro que lo conozco! Estuve una vez y me basta para recordarlo siempre. ¿No fui yo sola a recoger mi equipaje...?

Rob convencido, siguió a la muchacha, que, después de muchos rodeos, lo llevó a una cueva, donde varias piedras ennegrecidas mostraban huellas de lumbre.

—¿No es esto lindísimo? —preguntó Nan, devorando su ración de pan y manteca, no muy limpia por haber sido mezclada, en el bolsillo, con piedras, clavos y anzuelos.

—Sí; pero ¿nos encontrarán pronto? —murmuró Rob, que empezaba a encontrar muy solitario aquel paraje.

—No lo sé; cuando los oiga, me esconderé; quiero divertirme confundiéndolos.

—¿Y si no vienen...?

—No importa; sé el camino a casa.

—Deberíamos irnos ahora mismo.

—Yo no me voy hasta recoger las moras que se me han derramado —dijo la muchacha.

—¡Tú ofreciste cuidar mucho de mí! —suspiró el chico, mirando al sol ocultarse tras la colina.

—¡Y estoy cumpliendo lo que ofrecí! No seas fastidioso.

Rob se sentó y esperó con paciencia mezclada de inquietud;

se sentía intranquilo, pero tenía mucha confianza en Nan.

—Pronto será de noche —observó, sintiendo la picadura de un mosquito, y oyendo a las ranas preludiar su nocturno concierto en el vecino estanque.

—¡Válgame Dios! ¡Tienes razón! Vámonos ya antes de que se marchen todos en el carro.

—Hace una hora que oí tocar una bocina; acaso estuvieran llamándonos —exclamó Rob, corriendo y tropezando tras de su guía, que trepaba por la colina.

—¿Hacia dónde sonó...?

—Hacia allí —murmuró el chico, señalando con un dedito muy sucio, en cualquier dirección.

—Pues vamos allá y los encontraremos —gritó Nan, descendiendo a saltos, porque no lograba dar con el camino que antes recorrieran.

Pasaron un buen rato dando vueltas, desorientados, deteniéndose para ver si oían sonar la bocina. Pero no era fácil: el chico tomó por sonar de bocina el «muú» de una vaca que iba al establo.

—¿Sabes si al venir pasamos por estas piedras...?

—Lo que sé es que quiero volver a casa —murmuró acongojado Rob.

Nan lo acarició, lo tomó en brazos, y le dijo resueltamente:

—Ya vamos monín; al salir al camino, te llevaré a cuestras.

—¿Dónde está el camino...?

—Detrás de ese árbol grande. ¿Te acuerdas de que ahí se cayó Ned...?

—Bueno. ¿Nos estarán esperando...? Quisiera volver en el carro —insinuó, algo consolado, el pequeño.

—Prefiero ir andando —afirmó la niña, convencida de que no había más remedio que ir a pie.

Caminaron largo, tropezando, alumbrados por los agonizantes fulgores del crepúsculo. Un nuevo desencanto los esperaba. Al llegar, se encontraron con que no era el mismo árbol, y no vieron señal alguna de camino.

—¿Nos hemos perdido? —sollozó el muchachito.

—No. No veo bien el camino. Gritaremos para que vengan a buscarnos.

Gritaron ambos hasta enronquecer, pero nadie les contestó.

—Allí hay otro árbol grande; acaso sea el que buscamos —dijo Nan, que ya se estaba acobardando.

—No puedo caminar más —suspiró Rob, sentándose.

—Pues entonces tendremos que pasar aquí la noche. No me importa, siempre que no vengan culebras.

—Pues yo le temo mucho a las culebras, y no quiero pasar aquí la noche —dijo Rob, y ya iba a romper a llorar, cuando de repente, exclamó tranquila y confiadamente—: Mamá vendrá a buscarme; siempre me busca; ya no siento miedo.

—Pero si no sabe dónde estamos.

—Tampoco lo sabía cuando me quedé encerrado en la heladera, y, sin embargo, me encontró. Seguramente vendrá.

Nan se consoló al oír al niño, y murmuró con cierto remordimiento.

—No debimos correr y alejarnos de todos.

—Tú tienes la culpa; pero a mí no me importa, mamá me quiere siempre y vendrá por mí.

—Tengo hambre; debemos comernos las moras —propuso la muchacha al pequeño, que empezaba a dar cabezadas.

—También yo tengo hambre, pero no me comeré las moras; ofrecí llevárselas a mamá.

—Siendo mucho más bonito el día, no sé para qué habrá hecho Dios la noche.

—Para dormir —bostezó el niño.

—Pues, durmamos.

—¡Yo quiero dormir en mi cama! ¡Quiero ver a mi hermano Teddy! —exclamó Rob, que, al oír piara los pajarillos en los nidos, recordó con tristeza su casa.

—Tu madre no nos encontrará; está muy oscuro, y no es posible que nos vea —refunfuñó la muchacha.

—Más oscura estaba la heladera, y aún cuando ni siquiera llamé, mamá me vio —afirmó confiadamente Rob, poniéndose de pie, como si ya llegase el socorro anhelado—. ¡Ya la veo! ¡Ya la veo! —gritó corriendo velozmente hacia un bulto negro que se iba aproximando. De repente, se detuvo y retrocedió aterrado—: ¡Es un oso! ¡Es un oso negro, muy grande...!

Nan se aturdió, se acobardó y se disponía a correr, cuando oyó un «¡Muú!» tranquilizador, que la hizo brincar de alegría.

—¡Es una vaca, Rob! ¡Es la vaca negra, tan bonita que vimos esta tarde...!

El manso rumiante debió considerar extraño encontrarse con niños de noche y se detuvo filosóficamente. Nan sintió ganas de ordeñar a la vaca.

—Mira, Rob; Silas me enseñó a ordeñar; las moras deben

estar riquísimas con leche.

Vació en el sombrero el contenido de la cacerola y comenzó audazmente el ordeño.

El animal había sufrido ya el ordeño en el establo y apenas si suministró media ración de leche a los sedientos chicuelos.

—¡Arre! ¡Vete ya! ¡Eres un animalucho viejo! —exclamó ingrata Nan, al ver frustradas sus esperanzas. La vaca se alejó mugiendo dulcemente.

—Bebamos un sorbito cada uno y sigamos andando para no dormirnos. Cuando uno se pierde no debe dormir.

El paseo fue muy corto, porque el chico se caía de sueño y daba tantos traspiés que Nan se desconcertó, comprendiendo la responsabilidad que había contraído.

—Si vuelves a caerte, te doy azotes —gruñó, tomándolo cariñosamente en brazos. Nan parecía más áspera de lo que era.

—No me des azotes; es que las botas me hacen resbalar —dijo Rob, sofocando el llanto; y luego añadió con acento que conmovió a la muchacha:

—Si los bichos no me picaran, dormiría hasta que llegara mamá.

—Pues echa la cabeza en mi falda y te taparé con el delantal; a mí no me da miedo la noche —exclamó Nan, procurando convencerse de que no se asustaba de las sombras ni de los misteriosos crujidos que sonaban a su alrededor.

—Despiértame cuando llegue mamá —dijo Rob.

La muchachita estuvo sentada un cuarto de hora, mirando inquieta a todas partes y antojándosele un siglo cada minuto.

Comenzó a brillar una luz pálida en la cumbre de la colina y pensó:

—Va a amanecer; me gustaría ver salir el sol, en seguida nos iremos a casa.

Antes de que la redonda faz de la luna asomase matando aquella ilusión, Nan se durmió recostada sobre el tronco de un fresno, y soñó con gusanitos de luz, con delantales azules y con que Rob le enjugaba el llanto a una vaca negra que decía: ¡Quiero ir a mi casa! ¡Quiero ir a mi casa...!

Mientras los niños dormían pacíficamente, arrullados por enjambres de mosquitos, en la casa Plumfield reinaba conmoción indescriptible. Cuando el carro, a las cinco de la tarde, fue a recoger a los niños, todos estaban prontos para regresar, menos Jack, Emil, Nan y Rob. Franz guiaba sustituyendo a Silas, y cuando los muchachos le dijeron que los cuatro que faltaban se habían ido a pie atravesando el bosque, Franz exclamó disgustado:

—Rob se cansará con una caminata tan larga; debieron decirle que en el carro vendría mejor.

—El camino es más corto, y si se cansa lo llevarán en brazos —observó Zampabollos, presuroso por comer.

—¿Están seguros de que Nan y Rob se marcharon con Jack y con Emil?

—Sí; los vi saltar la cerca, y los oí que gritaban: «¡Hasta luego!» —advirtió Tommy.

—Bueno, pues a sentarse bien y vamos andando —ordenó.

El carro rodó chirriando y dando tumbos, conduciendo a los cansados niños, con abundante provisión de moras.

Tía Jo se puso muy seria al enterarse, y mandó a Franz montar en el borriquillo y salir a buscar a los retrasados

expedicionarios. Al terminar la cena, Franz apareció polvoriento y bañado en sudor, exclamando:

—¿No han vuelto...?

—No.

Tía Jo se levantó bruscamente.

—No he logrado dar con ellos —dijo Franz.

—¡Hola! —gritaron Jack y Emil, entrando en la casa.

—¿Dónde están Nan y Rob? —preguntó tía Jo.

—No lo sé. ¿No han vuelto con todos...?

—No. Tommy aseguró que habían ido con ustedes.

—Pues no los hemos visto. Hemos venido por el bosque y nos bañamos en el estanque —declaró Jack alarmado.

—Llamen a papá Bhaer; traigan las linternas, y avisen a Silas.

Los muchachos obedecieron rápidamente. En diez minutos, papá Bhaer y Silas iban camino del bosque; Franz, sobre un caballo, caminaba hacia los pastos. Tía Jo tomó alguna comida de la mesa, sacó una botella de aguardiente del armario, empuñó la linterna, ordenó a Jack y Emil que la acompañaran y encargó a los demás que no se movieran de la casa. En seguida, sin detenerse a tomar abrigo ni sombrero, montó en el borriquillo y salió. Oyó que alguien la seguía, y, al volverse, se encontró con Dan.

—¿Qué haces...? Mandé a Jack que me acompañara...

—Yo me opuse; ni él ni Emil habían comido, y yo deseaba acompañarla —contestó resueltamente el chico, sonriendo y tomando la linterna de manos de tía Jo.

Esta se apeó y le hizo montar en el burro, a pesar de que el

muchacho quería andar. Lentamente, recorrieron el polvoriento camino, deteniéndose de vez en cuando para llamar y sofocando la respiración para tratar de oír algo. Al llegar a los pastos, ya brillaban otras luces, de un lado para otro, como almas en pena. Se oía la voz de papá Bhaer gritando: ¡Nan...! ¡Rob...! ¡Rob...!

¡Naaan! Silas silbaba y voceaba estrepitosamente. Dan exploraba con ahínco, cabalgando sobre el borriquillo, que, como comprendiendo el caso, trepaba ágil y dócilmente por los sitios más escabrosos. Por momentos, tía Jo imponía silencio, y, reprimiendo un sollozo, decía:

—Pueden asustarse; callen, yo los llamaré. Rob conoce mi voz —y con acento estentóreo pero tierno, pronunciaba el nombre del pequeño; repetíalo el eco y moría en el silencio de la noche, sin encontrar respuesta.

El cielo se había encapotado; algunos relámpagos surcaban los oscuros nubarrones, y, a lo lejos, escuchábanse rumores que anunciaban la proximidad de una tormenta estival.

—¡Pobre Rob! ¡Pobre hijo mío! —sollozaba tía Jo, vagando acompañada de Dan, que parecía un gusanito de luz—. ¿Qué le diré al padre de Nan, si le ocurre una desgracia a esa niña? ¿Por qué la dejé salir...? ¿No oyen algo?

Cuando le contestaban que no, se afligía más y más.

Dan, de un brinco, se bajó del burro, lo ató a un árbol, y dijo con su decisión habitual:

—Acaso hayan bajado al manantial; voy a ver.

Saltó rápidamente la cerca; mamá Bhaer lo siguió con trabajo; cuando llegaron al manantial, el chico bajó la linterna y mostró, con alegría, huellas recientes de piecitos estampados en la tierra húmeda. La pobre madre cayó de rodillas, y luego, tras breve examen, se puso de pie exclamando:

—Sí; las señales son de las botitas de mi Rob. Sigamos.

¡Fatigosa fue la búsqueda! La angustiada madre caminaba guiada por certero instinto. Momentos después, Dan lanzó un grito y recogió un objeto brillante. Era la tapa de la cacerola de Rob. Tía Jo la besó tiernamente, y cuando Dan se disponía a llamar a todos, la buena señora se lo impidió, diciéndole, mientras seguía caminando:

—No; quiero encontrarlos yo: yo permití salir a Rob, y debo ser yo quien se lo devuelva a su padre.

Anduvieron un poco más, y tropezaron con el sombrero de Nan; al fin, tras nuevas pesquisas, dieron con los niños, que estaban durmiendo. Nunca olvidó Dan el cuadro que su linterna alumbró. Imaginó que mamá Bhaer rompería a llorar; pero la señora sólo dijo: ¡Hum...! levantando suavemente el delantal de Nan, para ver el rostro del niño dormido. Rob tenía los labios entreabiertos y teñidos por zumo de moras, alborotado el cabello, y, en las sucias manecitas, apretaba la cacerola, llena aún de fruto.

Aquel espectáculo y la emoción de las angustias pasadas perturbaron a tía Jo, que, abrazándose estrechamente a su hijo, rompió a llorar. El chiquitín se despertó desconcertado, pero al recordar lo sucedido, gritó, abrazando a su madre:

—Ya sabía yo que vendrías. ¡Me hacías falta...!

Durante un rato, se besaron y acariciaron, olvidándose de todo. Por más traviesos que sean los hijos, las madres los perdonan y olvidan todo al estrecharlos en sus amantes brazos. ¡Feliz el hijo que tiene siempre confianza absoluta en su madre y paga con abnegación y cariño el amor maternal!

Dan, entretanto, con dulzura sólo empleada al tratar con Teddy, despertó a Nan y la tranquilizó. La muchachita rompió a llorar de alegría al verse entre los suyos, después del miedo y las angustias pasadas.

—¡Pobre hija mía, no llores! Ya estás a salvo, y nadie te reñirá esta noche —le dijo tía Jo, acariciándola y cobijando a ambos niños como gallina a extraviados polluelos bajo las protectoras alas.

—Yo he tenido la culpa; pero estoy muy arrepentida. Ofrecí cuidar a Rob, y lo tapé, y lo dejé dormir, y a pesar de tener hambre no me comí sus moras... Pero estoy muy arrepentida... Nunca más lo volveré a hacer... ¡Nunca! ¡Nunca...! —exclamó Nan, llorando, alegre y compungida al mismo tiempo.

—Dan, llama a los demás y vámonos —ordenó tía Jo.

Saltó la cerca el muchacho y lanzó un jubiloso grito de «¡Aquí están!», que repercutió en el valle.

Emprendióse el regreso. Franz se adelantó en el caballejo, para llevar cuanto antes la noticia a casa; Dan rompía la marcha sobre el borriquito; luego iba Nan en los robustos brazos de Silas, que no dejó de burlarse de sus travesuras; detrás iba papá Bhaer, que no quiso ceder a nadie el dulce trabajo de llevar en brazos a Rob; el chiquitín, completamente despabilado, hablaba con alegría, juzgándose un héroe; la madre no se apartaba de él, tomada de sus manos y cambiando cariñosos besos, complaciéndose en oírle decir: «Ya sabía yo que mamá vendría a buscarme»; o aceptando alguna mora que el pequeño le ofrecía y le hacía comer: «Porque las había juntado todas para mamá».

Cuando se aproximaron a la casa, brillaba esplendorosamente la luna; los niños salieron a recibir a los viajeros, y llevaron en triunfo hasta la mesa del comedor a Nan y a Rob. Estos, prosaicamente, pidieron de comer y devoraron un tazón de sopa con leche, dejándose admirar. La niña, jovialmente, relató los graves peligros que corrieran. Rob, de repente, dejó caer la cuchara y gimió dolorosamente.

—¿Por qué lloras, hijo mío? —le preguntó su madre.

—¡Porque me perdí!

—Pero ya has aparecido. Nan dice que no lloraste en el campo, y me complace saber que eres valiente.

—Tenía tanto miedo, que no me atreví ni a llorar. Pero ahora lloro, porque no me gusta perderme —balbuceó el chico luchando entre el sueño y una sopa de leche.

Los muchachos soltaron una carcajada, y Rob, contagiado, rompió a reír muy contento.

—Son las diez; cada mochuelo a su olivo —dijo el señor Bhaer, mirando el reloj.

—Gracias a Dios, no habrá ninguna camita vacía esta noche —dijo tía Jo, contemplando a Rob, que iba en busca de los paternos brazos, y a Nan, que andaba escoltada por Daisy y por Medio-Brooke, con aspecto de heroína.

—Mamá Bhaer está tan cansada que debemos ayudarla a subir la escalera —dijo Franz, ofreciéndole el brazo.

—La llevaremos en una butaca —propuso Tommy.

—Gracias, hijos, basta con que uno me dé el brazo.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! —exclamaron todos con tanto afecto como emoción. Al ver que aquello se consideraba como un honor, tía Jo dio el brazo a Dan, exclamando:

—Le corresponde por derecho; él fue quien encontró a los niños.

Dan enrojeció de orgullo y satisfacción.

—Buenas noches, hijo mío. ¡Qué Dios te bendiga! —le dijo tía Jo al llegar a su cuarto.

—Quisiera yo ser hijo de usted —balbuceó el muchacho.

—Serás mi hijo mayor —le contestó dándole un beso.

Al día siguiente, Rob se hallaba muy bien, pero Nan tenía dolor de cabeza, y se tumbó en el sofá de mamá Bhaer, friccionándose la cara con vaselina, pues se le había levantado la piel con el sol. Ya no tenía remordimientos; al contrario, pensaba que había perdido una gran ocasión de divertirse.

Tía Jo, que no quería dejar pasar sin correctivo la escapatoria de la víspera, habló seriamente a Nan, explicándole, con ejemplos, la diferencia entre la libertad y licencia o abuso. Uno de ellos le sugirió la idea del extraño castigo que convenía imponer a la traviesa muchacha.

—Todos los niños necesitan correr a sus anchas —observó la chicuela.

—Algunos, corriendo a sus anchas, se extraviaron y no fueron hallados.

—¿Se perdió usted alguna vez? —le preguntó Nan.

—Sí —contestó ésta riendo.

—Bueno, ¿cuál fue el castigo que le impuso su madre por la escapatoria...?

—Atarme a uno de los pies de la cama, con una cuerda que me dejaba andar, pero no salir de la habitación, y tenerme allí todo el día, con los zapatos rotos a la vista, para recordarme mi falta.

—¡Buen correctivo! —murmuró la muchachita, que amaba la libertad sobre todas las cosas.

—Bueno fue, porque me curó, y espero que a ti también te cure; voy a hacer la prueba —dijo tía Jo, sacando una madeja de cuerda que había en el cajón de la mesa de costura.

Nan la miró muda por el asombro, se dejó pasar la cuerda alrededor de la cintura y vio que la ataba a un brazo del sofá.

—No me agrada tratarte como a un perrito travieso, pero ya que tienes menos memoria que un perro, así te trataré.

—Igual me da que me aten o me dejen suelta. Me gusta jugar al perro —contestó Nan con cierto retintín, y principió a ladrar y a arrastrarse por el suelo.

Tía Jo hizo como que no veía ni oía; dejó un libro y un pañuelo para dobladillar a disposición de la cautiva, y se fue.

La soledad no le resultó agradable a la muchacha; después de estar sentada un rato, trató de desatar la cuerda, pero, como la tenía atada por detrás, tuvo que deshacer, por serle más cómodo, el nudo que la unía al brazo del sofá. Viéndose suelta, y cuando ya se disponía a asomarse a la ventana, oyó a tía Jo, que, atravesando el salón, decía:

—Creo que no se escapará; en el fondo es una niña muy buena y sabe que la corrijo por su bien.

Nan, impresionada, retrocedió, volvió a atarse y comenzó a coser furiosamente. Momentos después apareció Rob y le agradó tanto aquel castigo que buscó un trozo de cuerda y se ató en el otro extremo del sofá.

—Yo también me perdí y debo estar atado como Nan —dijo el chico a su madre, cuando ésta lo vio prisionero.

—También, también mereces castigo, pues sabías que era malo lo que hacías.

—Nan me llevó —dijo Rob, que sentía agrado por la novedad del castigo, pero que no le gustaba que le regañasen.

—Pues no debiste ir. Aunque eres pequeño, tienes conciencia y debes aprender a sentirla.

—Pues no me remordió la conciencia cuando Nan me dijo: ¡Vamos a saltar la cerca!

—Pues hay que despertarla. Es un mal grave tener embotada la conciencia. Por lo tanto, aquí te quedas hasta la hora de comer y así puedes hablar con Nan acerca de este asunto. Espero que no se desatarán hasta que yo lo ordene.

—No nos desataremos —afirmaron ambos, sintiendo como una virtud contribuir al castigo propio.

Durante una hora, fueron bonísimos; después se aburrieron de estar tanto rato en aquella habitación, y desearon salir. Nunca se les antojó el salón tan seductor como entonces; hasta los dormitorios les parecieron muy atractivos y soñaron con hacer tiendas de campaña con las colchas de las camitas.

Al salir todos los chicos de la escuela, encontraron a Nan y a Rob atados como si fueran dos potrillos salvajes; el espectáculo fue divertido y edificante porque todos recordaban la aventura de la noche anterior.

—Suéltame ya, mamá; para otra vez estoy seguro de que la conciencia me punzará como un alfiler —suspiró Rob, cuando sonó la campana y vio a Teddy que lo contemplaba sorprendido y triste.

—Ya veremos —contestó la madre, dejándole en libertad. El chico atravesó corriendo el salón, llegó al comedor y volvió en seguida junto a Nan, preguntándole compasivo:

—¿Puedo traerle la comida...?

—¡Qué bueno es mi hijito! Sí, pon la mesa y tráele una silla —dijo tía Jo tranquilizando a los dos, que rabiaban de hambre.

Nan comió sola; la tarde del cautiverio le resultó interminable; mamá Bhaer le alargó la cuerda para que

podiera asomarse a la ventana, y allí estuvo viendo los juegos de los niños y mirando cómo disfrutaban de libertad las aves y los insectos. Daisy obsequió con una merienda campestre a las muñecas y se colocó bajo la ventana, para que Nan participase con la vista de la diversión. Tommy, para consolarla, dio los saltos mortales más notables de su repertorio; Medio-Brooke se sentó en la escalinata leyendo en voz alta entretenidas historias, que distrajeron a la cautiva; en fin, Dan le hizo admirar las bellezas de un sapito vivo.

Nada de esto la compensaba de la pérdida de libertad; aprendió a amarla con sólo perderla por algunas horas. Muchos y muy buenos pensamientos acudieron a su cabecita en los últimos momentos de la tarde, cuando todos los niños se fueron al arroyo a presenciar la botadura del nuevo barco de Emil. Nan había sido la encargada de bautizarlo, y de romper en la proa una botellita de vino, mientras pronunciaba el nombre de «Josephine», en honor de mamá Bhaer. Lamentaba haber perdido la ocasión, pensando que Daisy no sabría representar dignamente el papel de madrina. Las lágrimas se le saltaron al recordar que todo era culpa suya; y dijo en voz alta, dirigiéndose a una abeja que rondaba las rosas té que crecían al pie de la ventana:

—Si te has escapado, lo mejor que puedes hacer es irte pronto a tu casa, y decirle a tu madre que sientes mucho haberla desobedecido y que nunca más la desobedecerás.

—Me alegra oírte dar buenos consejos; mira, creo que los sigue —exclamó mamá Bhaer, asintiendo, mientras la abeja, extendiendo las rubinegras alas, se alejaba.

Nan enjugó con la mangados gotitas transparentes, líquidas, que brillaban en el marco de la ventana. Tía Jo abrazó a la niña, la sentó en su falda y le preguntó:

—¿Crees que mi madre me curó bien de las escapatorias...?

—Sí, señora.

—¿No intentarás otra correría...?

—Creo que no.

Mamá Bhaer, satisfecha, se abstuvo de sermonear.

Entró Rob llevando con exquisito cuidado lo que Asia llamaba «pastel salero»; pastel cocido al horno con salsa.

—Está hecho con algunas de las moras que recogí, y cuando comamos te daré la mitad ~dijo el chico.

—¿Por qué me obsequias, habiendo sido yo tan mala?

—Porque nos perdimos juntos. Pero ya no volverás a ser mala, ¿verdad...?

—Jamás —contestó resueltamente la muchachita.

—Bueno, pues vamos a que Mary Ann nos parta el pastel, para comerlo cuando llegue la hora del postre.

Nan dio un paso; luego se detuvo y murmuró:

—Se me olvidaba; no puedo ir.

—Prueba a ver —observó tía Jo, que acababa de desatar rápidamente la cuerda.

Nan, al verse libre, besó con estrépito a mamá Bhaer y salió corriendo, seguida por Rob, que, inadvertidamente, iba dejando tras de sí un reguero de la dulce salsa del pastel.

Capítulo 13

Tras los últimos sucesos la paz tomó a Plumfield, y reinó sin interrupción durante algunas semanas. Los niños mayores se consideraban, hasta cierto punto, culpables de la pérdida de Nan y Rob, y se mostraban afectuosos y dóciles.

—Esto es demasiado para que dure mucho —exclamaba tía Jo, aleccionada por la experiencia y sabedora de que las calmas infantiles son precursoras de tempestades. Así, en vez de creer que los chicos se habían vuelto santos, se preparó para la erupción repentina del volcán doméstico.

Una de las causas de la paz infantil fue la visita de Bess, que pasó en Plumfield ocho días, mientras sus padres hacían un breve viaje. Los niños consideraban a Pelito de oro como una mezcla de ángel, criatura y hada; efectivamente, la pequeña era tan linda como cariñosa, y el áureo cabello que bordeaba su cabecita era algo así como un velo tras el cual sonreía a las personas que le eran simpáticas, y tras el que se ocultaba de quienes la enojaban.

Delicadísima por naturaleza, influía saludablemente sobre los descuidados muchachos que la rodeaban. No se dejaba tocar bruscamente, ni por manos sucias, resultando de ello un consumo extraordinario de jabón, porque los muchachos estimaban como señalado honor el que se les permitiera llegar a Su Alteza, y les dolía mucho verse rechazados, y oír que Pelito de oro les decía: «¡Vete, que estás sucio...!».

Nan se benefició muchísimo con la convivencia de aquella que, aun siendo muy pequeña, estaba muy bien educada. Bess miraba a Nan con admiración y miedo; y cuando la oía gritar y patalear, la contemplaba aterrada, abriendo

enormemente sus ojazos azules, y huía de ella como de un animal salvaje. Esto disgustaba mucho a Nan. Al principio decía: «¡Bah! ¡No me importa!». Pero le importaba y se le oprimió el corazón cuando Bess manifestó: «Yo “chero” mucho a mi “pirra” Daisy, “poque” es muy buena»; se hartó de darle estrujones y empujones a Daisy, y huyó luego al granero para llorar allí desconsolada. Allí, refugio de tristes y afligidos, solía encontrar la traviesa muchacha calma y buenos consejos. Acaso las golondrinas, desde los nidos de barro labrados en la techumbre, le ofrecían, entre gorjeos, lecciones de sensatez y de ternura. Lo cierto es que salió amansada y buscó en la huerta manzanas dulces tempranas que agradaban mucho a Bess. Con esta ofrenda de paz, llegóse humildemente a la princesa, y tuvo la dicha de ver aceptado el obsequio.

Todos los chicos experimentaron la dulce influencia de Su Alteza, y todos, sin saber cómo ni porqué, mejoraron; los niños obran milagros en los corazones de aquellos a quienes aman. El infortunado Billy se pasaba las horas muy satisfecho contemplándola, y aunque a ella no le agradase, se prestó gustosa cuando le hicieron comprender que aquel pequeño era un enfermo muy necesitado de afecto y de cuidados. Dick y Dolly la surtían de pitos de madera —único juguete que sabían fabricar— y la princesita aceptaba el regalo, sin usarlo nunca. Rob la acompañaba como rendido galán; Teddy la seguía como un perrito faldero; Jack no era para Pelito de oro persona grata, por tener la voz áspera y las manos llenas de verrugas; Zampabollos tampoco era de los predilectos, por no comer con la pulcritud debida; el pobre George se esforzó en moderar su glotonería para no disgustar a la encantadora niña, que se sentaba en la mesa frente a él; Ned fue desterrado de la corte y cayó en desgracia, por haberlo sorprendido atormentando a unos ratoncitos. Su Alteza no olvidaba el triste espectáculo, huía del chico y le decía, afligida y colérica:

—¡Vete! No te «chero»; eres malo, les arrancabas los rabos a

los pobres ratoncitos..., iy chillaban!

Daisy, cediendo el primer lugar a Bess, se asignó el cargo de cocinera mayor; Nan era la doncella de servicio, Emil actuaba de ministro de Hacienda y derrochaba el tesoro público organizando espectáculos que llegaron a costar nueve peniques. Franz era el primer ministro, y proyectaba grandes reformas en el reino; manteniendo la paz con las potencias, Medio-Brooke desempeñaba a maravilla las funciones de consejero de Estado; Dan constituía el ejército permanente y defendía con bravura los territorios; Tommy era el bufón, y Nat la orquesta.

Papá y mamá Bhaer gozaban viendo desarrollarse aquella inocente farsa, donde los chiquitines imitaban a los mayores, pero sin salirse nunca de la comedia, ni llegar a la tragedia.

—Me convenzo de que tenías razón al creer que eran convenientes las niñas entre los varones. Nan ha sido un estímulo para Daisy, y Bess está domesticando a nuestros cachorros. Si esto sigue así, igualaré pronto al doctor Blimber, con sus «caballeritos modelos» —decía el maestro, riendo, cuando veía que Tommy no sólo se quitaba el sombrero sino que obligaba a Ned a que se descubriese para entrar en el salón donde la princesa paseaba en un cochecito, escoltada por Rob y Teddy, que, cabalgando en sillas, actuaban de caballerizos.

—Nunca, aun cuando te lo propusieras, serías un Blimber; nunca nuestros niños serán mozalbetes afeminados y amanerados; son americanos y adoran la libertad. Sin embargo, conviene que en medio de sus travesuras sean corteses, como tú, mi querido Fritz, imi niño grande!

—¡Bueno! Si vamos a piropearnos, empiezo y no acabo —exclamó papá Bhaer muy satisfecho—. Sólo te diré que te debo la tranquilidad y la dicha de mi vida.

—Pues oye: tengo otra prueba de la benéfica influencia de

Pelito de oro; Nan aborrece la costura y, sin embargo, se ha pasado media tarde cosiendo para hacer una bolsa muy bonita que, llena de manzanas, quiere ofrecer a Bess como regalo de despedida. Cuando elogí su laboriosidad, me contestó con su habitual viveza: «Me gusta coser para otros, pero me fastidia coser para mí». Tomé buena nota de ello y pienso encargarle que cosa camisitas y delantales para los niños de la señora Cameyl. Nan es generosa y compasiva, y no se cansará de la labor ni lamentará pincharse los dedos.

—Pero, Jo, la costura es labor poco distinguida.

—Bueno; pues las niñas aprenderán cuanto yo pueda enseñarles, y hasta si se resignan, latín, álgebra y otras cosas que de nada les servirán, pero que ahora impone el buen tono. Amy, que está educando exquisitamente a Bess, le ha enseñado ya numerosos bordados, que estima en más que el pájaro de barro sin pico que modeló y fue orgullo de Laurie.

—También tengo una prueba de la influencia de la Princesita. Jack está disgustado de que Su Alteza lo trate con igual desvío que a Zampabollos y que a Ned. Hace un rato me ha rogado que le cauterizara las verrugas. Se lo había propuesto muchas veces, pero siempre se negaba; ahora aguantará la cauterización, y se consuela con la esperanza de obtener el favor de Su Alteza cuando tenga las manos limpias.

Mamá Bhaer soltó la carcajada.

En aquel momento entró Zampabollos a preguntar si podría ofrecer a Bess parte de los bombones que recibiera.

—¿Se los comerá? Sentiría que le hiciesen daño —observó el muchacho mirando el dulce, pero sin tocarlo.

—No; si le digo que son para mirarlos y no para comerlos, los guardará semanas enteras sin probarlos. ¿Te atreverías tú a hacer otro tanto...?

—Sí, señora. ¡Por algo soy mayor que Bess! —contestó indignado Zampabollos.

—Pues, entre amigos, con verlo basta. Coloca tus bombones en este saquito y vamos a ver cuánto tiempo los guardas intactos. Déjame que los cuente: dos corazones, cuatro peces de colores, tres caballitos, nueve almendras y una docena de pastillas de chocolate. ¿Está bien...? —murmuró tía Jo, guardando los dulces en la bolsa.

—Sí —contestó Zampabollos, reprimiendo un suspiro y marchándose a ofrecer el regalo a Bess. Esta lo aceptó agradecida e invitó a George a acompañarla al jardín.

—Este pobre muchacho tiene mejor corazón que estómago, y se esfuerza por merecer el afecto de Pelito de oro —exclamó mamá Bhaer.

—¡Feliz el hombre que puede aprender abnegación de tan dulce maestro! —murmuró papá Bhaer, contemplando desde la ventana a George (Zampabollos) paseando muy complacido junto a Bess, que miraba con deleite una rosa de azúcar y decía que hubiera preferido una de verdad, «que goliera» muy bien.

Cuando tío Laurie, el padre de Bess, llegó a buscarla, el descontento fue unánime; los regalos de despedida aumentaron el equipaje en tales términos que el señor Laurie indicó que iba a necesitar el ómnibus para poder llevarlo todo. Ningún chico dejó de hacer un obsequio a la princesita, y no fue empresa fácil empaquetar ratones blancos, pasteles, caracoles, manzanas, un conejo vivo que rebullía en un saco; una lechuga enorme para su ensalada; una botella con peces lindísimos, y un ramillete de flores.

La despedida fue conmovedora; Su Alteza tomó asiento en la mesa del salón, rodeada de sus súbditos. Besó a sus primos y cambió apretones de manos con los demás que no disimulaban su emoción; habían aprendido a no ocultar lo que

se siente.

—¡Qué vuelvas pronto, querida Bess! —murmuró Dan, colocándole en el sombrero una mariposa verde y oro.

—¡Que no me olvides, princesita de los cabellos de oro! —exclamó Tommy, acariciándole la rubia melena.

—La semana que viene iré a tu casa y volveré a verte —gritó Nat, consolándose con esta esperanza.

—Ya puedes darme la mano —advirtió orgullosamente Jack, tendiéndole la diestra limpiísima y sin verrugas.

—Te traemos dos pitos nuevos, para que te acuerdes de nosotros —manifestaron Dick y Dolly.

—Tengo que hacerte un registro para tus libros, y espero que lo conservarás siempre —observó Nan, abrazándola.

La despedida más conmovedora fue la del propio Billy. No se resignaba a perder a su ídolo, y cayó de rodillas sollozando:

—¡No te vayas! ¡No te vayas!

Bess, emocionada, le dijo:

—No llores, querido Billy. Toma un beso. Volveré pronto.

—¡Yo quiero un beso! ¡Yo quiero un beso! —clamaron Dick y Dolly.

—¡Y yo! ¡Y yo! —insinuaron los demás.

La princesita abrió los brazos y murmuró:

—¡Besaré a todos!

Como enjambre de abejas a una flor, los muchachos rodearon a Bess y la besaron con delicadeza y entusiasmo, hasta enrojecerle las mejillas. Luego, Su Alteza se alejó con tío

Laurie, sonriendo y saludando con la mano, mientras los niños chillaban como bandada de gallinas: «¡Que vuelvas! ¡Que vuelvas...!».

Todos la extrañaron y todos fueron mejores por influencia de aquella criatura tan bella, tan delicada, tan buena. Bess les despertó el instinto caballeresco, la admiración y el respeto.

Capítulo 14

Tenía razón mamá Bhaer; la tranquilidad era pasajera; se incubaba la tormenta; a los dos días de haberse marchado Bess, un terremoto moral sacudió hasta los cimientos la casa Plumfield.

Las gallinas fueron, involuntariamente, causa del conflicto; de no haber puesto tantos huevos, el chico no habría realizado tantas ventas y no hubiese tenido tanto dinero. El dinero es la raíz de todo mal, y, sin embargo, es raíz tan útil, que no podemos prescindir de ella como no podemos prescindir de la papa. Tommy no prescindía de esa raíz útil y despilfarraba su renta de tal modo que papá Bhaer después de ponderar las ventajas de las cajas de ahorro, le regaló una para su uso particular; un magnífico edificio de hojalata, con el título de «Banco de Ahorros» en la puerta, y una chimenea monumental por donde se echaban las monedas, que caían sonando tentadoras en un depósito.

La caja aumentó rápidamente de peso, y Tommy, muy satisfecho, proyectó adquirir tesoros deslumbrantes. Tenía en cuenta las cantidades depositadas y se proponía abrir la alcancía cuando tuviera cinco dólares. Le faltaba un dólar, y el día que mamá Bhaer le entregó esa suma como pago de varias docenas de huevos, corrió al granero a enseñar a sus camaradas la reluciente moneda.

Nat, que suspiraba por fondos para comprarse un violín, le dijo tristemente:

—Con tres dólares tendría yo bastante.

—Tal vez pueda prestarte algo; aún no he decidido lo que voy a adquirir —contestó Tommy.

—¡Vengan! ¡Vengan al arroyo! ¡Verán qué culebra tan hermosa ha agarrado Dan! —gritaron desde abajo.

—¡Vamos allá! —exclamó Tommy, dejando el dinero dentro de la vieja máquina aventadora.

La culebra acuática y la persecución y captura de un cuervo lisiado, entretuvieron tanto a Tommy que no volvió a acordarse del dinero hasta que estuvo acostado.

—Bueno —murmuró, al dormirse—. ¡No importa! Nadie, excepto Nat, sabe dónde está mi dólar.

Al día siguiente, cuando los chicos estaban en la escuela, entró Tommy, impetuosamente, preguntando:

—¿Dónde está mi dólar...?

—¿Qué dices...? ¡Explícate! —observó Franz. Tommy se explicó, y Nat corroboró el relato.

Todos declararon que nada sabían de la moneda; y todos miraron con recelo a Nat, cada vez más azorado oyendo las negativas.

—Alguien lo ha tomado —dijo Franz.

Rabiosamente, enseñando los puños, rugió Tommy:

—Como pesque al ladrón..., ¡se va a acordar de mí!

—Cálmate, ya daremos con él; los ladrones siempre tienen su castigo —indicó Dan.

—Silas no permite la entrada a los vagabundos, y además nadie busca dinero en una máquina vieja —contestó Emil.

—Me parece que tú crees que he sido yo —balbuceó enrojecido y trémulo Nat.

—¡Tú eres el único que sabía dónde estaba el dólar!
—respondió Franz.

—¡Pues yo no lo he tomado! ¡Yo no he sido! ¡Yo no he sido!
—sollozó Nat con desesperación.

—¡Calma, hijos míos, calma! ¿Qué ruido es éste? —dijo papá Bhaer presentándose.

Tommy repitió la historia de su despojo; el maestro, al oírlo, se puso serio, porque los muchachos, en medio de todas sus faltas, siempre habían sido honrados.

—Siéntense —ordenó, y cuando todos ocuparon su asiento, el señor Bhaer, mirándolos apresadumbrado, añadió—: Voy a preguntar sencillamente a uno por uno; deseo que respondan honradamente. No trato de averiguar la verdad ni por amenaza, ni por soborno, ni por sorpresa; todos tienen conciencia y saben lo que ella les dicta. Es el momento de reparar el daño causado a Tommy. Mejor perdono el hecho de haber cedido a una mala tentación que una mentira. No añada el culpable el engaño al hurto; confiese francamente, y todos procuraremos perdonar y olvidar.

Hubo una pausa, reinó silencio profundísimo. Gravemente, el maestro dirigió la misma pregunta a cada uno de los niños, y de cada uno recibió idéntica contestación negativa.

Cuando le llegó el turno a Nat, el señor Bhaer dulcificó la voz; lo vio muy apenado, lo creyó culpable y quiso, afable, facilitarle el camino para que confesara y no incurriera en una mentira.

—Vaya, hijo mío; respóndeme..., ¿tomaste el dinero...?

—¡No, señor! ¡No, señor!

En aquel momento sonó un silbido.

—¡Silencio! —ordenó el señor Bhaer, dando un golpe en la

mesa, y mirando severamente hacia el lugar de donde salió el silbido. Allí estaban Ned, Jack y Emil. Los dos primeros se avergonzaron y Emil exclamó:

—¡Tío, yo no he sido! Vergüenza me daría silbar a un compañero cuando está caído.

—¡Muy bien dicho! —exclamó Tommy.

—¡Silencio! —repitió el maestro. Luego, añadió severamente—: Lo siento mucho, Nat; pero todo parece acusarte, y tus antiguas faltas nos autorizan para dudar de ti, lo que no haríamos si nos merecieras la misma confianza que los demás, que nunca han mentido. Fíjate bien en que no te acuso de este hurto, y en que no te castigaré hasta estar perfectamente seguro, ni preguntaré nada más. Te dejo entregado a tu conciencia. Si eres culpable, acude a mí cuando quieras, confiésate y te perdonaré y te ayudaré a enmendarte. Si eres inocente, tarde o temprano la verdad aparecerá, y entonces, yo seré el primero en pedirte perdón por haber dudado de ti.

—¡Yo no he sido, señor! ¡Yo no he sido! —sollozó Nat.

Movió tristemente la cabeza el maestro y añadió:

—No hay que hacer ni que decir nada más. No hablaré más del asunto, ni tampoco los demás. No puedo pedir que se muestren con un compañero sospechoso tan cariñosos como antes, pero deseo que no lo molesten..., ibástele con su conciencia! Y ahora, a nuestras lecciones.

—¡Eso! ¡Y aquí no ha pasado nada! ¡Me gusta la justicia! —exclamó Ned al oído de Emil.

—¡Cállate! —gruñó Emil, sintiendo que lo ocurrido era como un borrón para la casa Plumfield.

Muchos niños abundaban en la opinión de Ned. Con todo, papá Bhaer procedía rectamente; mejor hubiera sido para Nat

confesar la verdad que sufrir, como sufrió una semana el recelo general, la desconfianza de todos y el ver que rehuían hablarle; nadie lo molestó, pero el pequeño sufrió más que cuando en otro tiempo su padre lo azotaba cruelmente.

En la casa sólo Daisy tenía fe ciega en la inocencia de Nat, y la defendía contra todos enérgicamente.

—Acaso las gallinas se comerían el dólar, las gallinas son muy voraces —dijo candorosamente la niña, y al ver que su hermano soltaba la carcajada, se enojó, le dio varios pescozones, se echó a llorar y salió corriendo y sollozando—: ¡Pues él no ha sido...! ¡No ha sido! ¡No ha sido...!

Ni papá ni mamá Bhaer quisieron combatir la confianza de la muchachita; pero no esperaban que su instinto les ofreciese una prueba. Nat, cuando pasó el tiempo, dijo que si no huyó de la casa fue por Daisy. La cariñosa niña lo buscaba, lo acompañaba, alardeaba de no tratar a los que evitaban a Nat, y lo escuchaba y aplaudía cuando tocaba el vetusto violín.

Los demás niños no querían reunirse con Nat. Pero Dan, aun desdeñando por cobarde a su compañero, le dispensaba generosa protección y estaba pronto a dar bofetones a los que molestaban o insultaban al acusado. Y es que Dan, a pesar de su rudeza, era leal y tenía un sentido de la amistad tan elevado como el de Daisy.

Una tarde, observando Dan junto al arroyo las curiosas costumbres de las culebras de agua, pescó al vuelo un trozo de conversación entablada al otro lado de la cerca. Ned, que era tan curioso como preguntón, andaba sonsacando a Nat para saber «ciertamente» quién era el culpable; ante la resignación y las firmes negativas del acusado, ya algunos dudaban de su culpabilidad.

También Ned había sentido dudas y, a pesar de la prohibición impuesta por papá Bhaer, había acosado a Nat con preguntas. Al verlo leyendo, solo, junto a la cerca, corrió hacia él. Ya

llevaba diez minutos molestándolo, cuando Dan, desde el arroyo, oyó a Nat exclamar con acento suplicante:

—¡No, Ned! No puedo decírtelo porque no lo sé. Es una crueldad la que cometes atormentándome. No te atreverías a hacerlo si estuviese aquí Dan.

—No me asusta Dan; es un fanfarrón. Creo que él fue el que robó el dólar de Tommy, y tú sabes y te callas.

—Dan no ha sido, y de ser así, yo lo defendería porque ha demostrado ser un buen compañero —contestó enérgicamente Nat.

Dan, olvidándose de las culebras acuáticas, se levantó para dar gracias a su amigo, cuando oyó a Ned exclamar:

—Sé que Dan tomó el dinero y te lo dio a ti. No me extraña —añadió mintiendo a conciencia, para encolerizar a su interlocutor—, porque era un ladronzuelo antes de venir aquí, y tú lo sabes muy bien.

—Vuelve a decir eso, y aun cuando no me gusta acusar, voy y se lo cuento al señor Bhaer.

—Además de embustero y ladrón, serás una víbora...

No pudo continuar. Un brazo surgió por encima de la cerca, lo agarró por el cuello, lo pasó al otro lado y lo zambulló en el arroyo.

—¡Atrévete a insultar y te ahogo...! —gritó Dan.

—¡Si era broma! —dijo Ned.

—Tú sí que eres una víbora atormentando a Nat. Vuelve a hacerlo y te zambullo en el río. Y ahora, vete ya —gruñó Dan, enfurecido.

Ned, chorreando, se largó presuroso. El remojón le hizo bien, porque desde entonces fue muy respetuoso con ambos.

—Supongo que quedará escarmentado, pero si insiste, lo arreglaré —murmuró Dan, saltando la cerca y tratando de consolar al afligido Nat.

—No me importa que me acuse; ya estoy acostumbrado; pero me duele que te calumnies.

—¿Y si no me hubiera calumniado...? ¿Y si hubiera dicho la verdad...?

—¿Eh...? ¡No lo creo!

—¿Por qué?

—Porque no. Tú no haces caso del dinero. Te basta con tener bichos para coleccionarlos.

—Pues yo necesito una manga para cazar mariposas, como tú necesitas un violín. ¿No podría ser yo el ladrón...?

—Tú eres violento y camorrista, pero no mientes, ni eres capaz de robar.

Dan, satisfecho, replicó duramente:

—Consuélate; ya hallaremos al ladrón.

Algo observó Nat en su rostro que lo hizo exclamar:

—¡Tú sabes quién ha sido! ¡Dilo! Todos me acusan y soy inocente. No puedo continuar viviendo así. A pesar de lo que me gusta esta casa, me fugaría si tuviera dónde ir. Pero no soy tan fuerte ni tan valiente como tú y tengo que resignarme y esperar las pruebas de mi inocencia.

Dan, al ver la desolación de su amigo, murmuró:

—No tendrás que esperar mucho —se alejó rápidamente, y nadie lo vio durante muchas horas.

—¿Qué le pasa a Dan? —se preguntaban los chicos el domingo que siguió a aquella interminable semana. Dan era extravagante, pero aquel día estaba tan serio, que nadie osó interrogarle. Al salir de paseo se alejó de los demás, y volvió tarde a casa. No intervino en la conversación general y estuvo meditabundo en un rincón.

Cuando la tía Jo le enseñó, cosa no muy frecuente, una buena nota en el «libro de conciencia», el muchacho la leyó sin sonreír y preguntó gravemente:

—Usted cree que me porto bien, ¿verdad, señora...?

—Muy bien, y estoy contentísima; confirmo mi idea de que haremos de ti un hombre de provecho.

Dan, mirándola con algo así como cariño, orgullo y tristeza, dijo:

—Sentiría mucho que usted se equivocase.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo...?

—Me duele algo el pie, y, con su permiso, me voy a acostar; buenas noches, mamá —exclamó, saliendo, al fin, como si se despidiera de algo muy querido.

—¡Pobrecito! Está muy afectado con la desgracia de Nat. ¡Es raro ese chico! Aún no he acabado de entenderlo. Pero veo que vale mucho más de lo que creímos —se dijo mamá Bhaer.

Una de las cosas que más le dolieron a Nat, después de la desaparición del dólar, fue que Tommy, cariñosa pero resueltamente, le habló así:

—Oye, no quiero perjudicarte, pero tampoco debo perjudicarme; así que no podemos continuar siendo socios —y dicho esto borró el letrero «Thomas Bangs y Cía.».

—¿De veras, Tommy? —suspiró apesadumbrado Nat, que

cumpliera muy bien con su deber de buscar huevos, y llevara escrupulosamente las cuentas.

—Sí. Emil dice que cuando un hombre defrauda (creo que ésta es la palabra para expresar que toma dinero y se lo lleva) una firma social, el otro debe denunciarlo, so pena de hacerse cómplice. Tú has defraudado la razón social; no te denunciaré ni me haré cómplice tuyo, pero debemos disolver la sociedad, porque no puedo tener confianza en ti.

—Daría cuanto poseo por que creyeras en mi inocencia, pero veo que es imposible. Déjame que gratuitamente recoja los huevos; sabes que la tarea me agrada.

—No puede ser. Lo que siento es que conozcas los rincones. Espero que no irás furtivamente a apoderarte de los huevos.

Nat estaba tan triste que no pudo insistir. Comprendía que había perdido el socio protector, que había quebrado, que nadie se fiaba de él, que la razón social estaba rota, que la firma quedaba deshecha, que era hombre arruinado y que en el granero, que era la Bolsa de Plumfield, no tenía sitio.

Tommy, por recelos que antes no sintiera, se negó a admitir un nuevo socio y rechazó una proposición de Ned, murmurando con honrado espíritu de justicia:

—Debo esperar a que Nat demuestre su inocencia. Si la demuestra, volveremos a ser socios. No creo que eso ocurra, pero ante esa posibilidad esperaré.

Tommy no encontró colaborador de más confianza que el pobre Billy; éste aprendió pronto a buscar huevos, y se contentaba con recibir, de vez en cuando, una manzana o un dulce como pago por su trabajo. A la mañana siguiente de aquel domingo en que Dan estuviera tan sombrío, Billy dijo a Tommy:

—No hay más que dos huevos.

—Esto va de mal en peor; ¡qué gallinas tan antipáticas!
—gruñó Tommy recordando la frecuencia con que Nat recogía seis huevos diarios—. Bueno, échalos en mi sombrero, y dame la tiza para llevar la cuenta.

Billy puso una silla para buscar la tiza en lo alto de la máquina vieja. De repente exclamó:

—Aquí hay algo que parece dinero.

—¡Déjame en paz, y trae la tiza!

—Veo dinero; uno, cuatro, otro..., un dólar —insistió Billy.

—Basta de bromas —murmuró Tommy, y al encaramarse para tomar la tiza se encontró con cuatro monedas acompañadas de un pedacito de papel que decía: «Para Tom Bangs».

—¡Cáscaras! —gritó el chico, y tomando las monedas entró en la casa, gritando—: ¡Aquí está! ¡Mi dinero! ¿Dónde anda Nat...?

Apareció Nat, y fue tan espontánea su alegría y tan grande su sorpresa, que todos le creyeron cuándo afirmó:

—Nunca he tocado su dinero. Ni lo tomé, ni lo he devuelto. Créanme y trátenme de nuevo como un amigo.

Estrechándole cordialmente la mano, dijo Tommy:

—Me alegro muchísimo de que tú no hayas sido. ¿Quién habrá sido...?

—Poco importa, ya que apareció el dinero —insinuó Dan, mirando satisfecho el alegre semblante de Nat.

—¡Vaya si importa! No me gusta que mis cosas sirvan para hacer juegos de manos.

—Ya descubriremos al autor, a pesar de que ha empleado

caracteres impresos para que no se le conozca la letra.

—Medio-Brooke hace muy bien las letras de imprenta.

—Pero Medio-Brooke es incapaz de tocar nada ajeno —replicó Tommy. Los chicos asintieron, pues el Diácono tenía fama merecida de honradez y de bondad.

Nat observó la diferencia de concepto en que tenían a Medio-Brooke, y se prometió esforzarse para conseguir idéntica confianza.

Papá Bhaer se mostró muy satisfecho, y aguardó nuevas revelaciones.

Estas llegaron pronto y fueron tan sorprendentes como dolorosas. A la hora de la cena recibió el profesor un paquete cuadrado con una carta de la señora Bates, que habitaba en las cercanías de Plumfield. Mientras el maestro leía la carta, Medio-Brooke abrió el paquete.

—¡Es el libro que tío Teddy regaló a Dan! —gritó.

—¡Demonio! —exclamó Dan, que a pesar de sus esfuerzos no se había curado del vicio de jurar.

El señor Bhaer lo miró con tal fijeza que enrojeció.

—¿Qué ocurre? —preguntó con inquietud tía Jo.

—Hubiera querido hablar de esto reservadamente, pero Medio-Brooke ha frustrado el plan —contestó severamente el señor Bhaer—. La señora Bates me dice que el sábado pasado su hijo Jimmy compró este libro a Dan, pagándole un dólar; la madre ha visto que el libro vale mucho más y me lo devuelve creyendo en un error. ¿Lo vendiste, Dan...?

—Sí, señor.

—¿Porqué?

—Porque necesitaba dinero.

—¿Para qué?

—Para pagar una deuda.

—¿A quién le debías...?

—A Tommy.

—Nunca te he prestado nada —interrumpió Tommy adivinando la revelación, y lamentándola porque admiraba a Dan.

—¡Es que Dan te quitaría el dólar! —insistió Ned, que no había perdonado el chapuzón.

—¡Dan! —murmuró consternado Nat.

—Por desagradable que sea, tengo que intervenir en el asunto; pero no puedo ser policía de cada uno de ustedes, ni puedo consentir que la casa esté trastornada. Dan: ¿has puesto ese dólar en el granero? —preguntó papá Bhaer.

—Sí, señor.

Hubo un murmullo general. A Tommy se le cayó la taza en que bebía. Daisy gritó: «¡Ya sabía yo que Nat era inocente!». Nat rompió a llorar; tía Jo abandonó el comedor, transida de pena. Dan irguió la cabeza, tras fugaz abatimiento, se encogió de hombros, y con mirar huraño y el acento enérgico de antaño, dijo:

—Yo he puesto ese dólar en el granero; haga usted conmigo lo que quiera; pero no hablaré más del asunto.

—¿No sientes lo ocurrido...?

—No, señor; no lo siento.

—Pues yo lo perdonaré sin que él lo solicite —exclamó

Tommy, sintiendo más compasión hacia el bravo Dan que hacia el tímido Nat.

—No necesito que me perdonen.

—Tal vez lo desees cuando lo pienses. Ni que decirte la sorpresa y el desaliento que me abruman. Subiré y hablaré contigo en tu cuarto —dijo el maestro.

—Lo mismo me da —contestó Dan, queriendo hablar con altivez, pero flaqueando al ver la tristeza del profesor, y creyendo que las palabras de éste eran una despedida, se fue.

Si se hubiera quedado, acaso, oyendo las exclamaciones de pesar, de compasión y de extrañeza de los niños, se hubiera conmovido y tal vez se habría resuelto a pedir perdón. Todos, hasta Nat, deploraban el descubrimiento, porque todos, a pesar de la crudeza y de los defectos de Dan, admiraban las varoniles dotes de inteligencia y bondad que atesoraba el indómito muchacho. Tía Jo, especial protectora del chico, se afligió muchísimo. Malo era hurtar; peor, consentir que acusasen a un inocente; mucho peor, devolver el dinero calladamente, demostrando falta de valor y aptitudes para el engaño, que auguraban mal para el porvenir; e infinitamente peor negarse a pedir perdón, obstinarse en no hablar de lo ocurrido, y no dar muestras de arrepentimiento. Pasaban los días, y Dan, hosco, silencioso y sin arrepentirse, asistía a las clases. Aleccionado por lo ocurrido a Nat, no buscó la compañía de los niños, los evitó, se negó a jugar con ellos, e invirtió las horas de recreo en corretear por el campo, buscando entretenimiento en pájaros, reptiles e insectos.

—Si esto se prolonga, temo que vuelva a fugarse; es muy pequeño para soportarlo —dijo papá Bhaer, convencido del fracaso de sus esfuerzos.

—Antes no hubiera yo creído que se fugara; ahora lo dudo; está muy cambiado —contestó tía Jo, inconsolable, al

observar que Dan huía de ella y que, cuando no podía evitarla, su mirada era medio fiera, medio suplicante, como de un animal salvaje apresado en una trampa.

Nat seguía como una sombra a su amigo, y éste, aun cuando con menos aspereza que a los demás, le decía:

—¡Vete! ¡No te preocupes por mí! Todos tienen razón. Yo sé arreglarme mejor que tú.

—Me disgusta verte siempre solo.

—Pues a mí me gusta mucho.

Paseando cierto día por el bosque de abedules, vio Dan que sus condiscípulos se entretenían en trepar a los árboles y en balancearse sobre las flexibles ramas. Sin tratar de tomar parte en el juego, se detuvo a contemplarlos. Jack acababa de subirse a un árbol, muy copudo, y al querer cabalgar sobre una rama, ésta, que no era muy gruesa, se inclinó, quedando suspendido a gran altura.

—¡Bájate en seguida! —le gritó Ned.

Jack lo intentó; pero los retoños eran débiles y se troncharon a la presión del cuerpo; el tronco era muy grueso para abarcarlo con brazos y piernas; al fin, desesperado, asustado, jadeante, suplicó el chico:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me caigo!

—Si te caes, te matas —contestó Ned.

—¡Agárrate bien! —gritó Dan, trepando velozmente hasta la rama en que se hallaba Jack.

—Se estrellarán los dos —dijo Ned a Nat, angustiado.

Dan, tranquilamente, se montó sobre la rama y la hizo descender hasta que Jack pudo saltar a tierra; pero, en aquel momento, aligerada de la mitad del peso la rama volvió a

suposición normal con tal violencia que hizo caer a Dan.

—No me he hecho daño —exclamó, algo pálido y desconcertado, mientras los niños lo rodeaban llenos de admiración y de miedo.

—Eres un valiente, Dan, y te estaré siempre agradecido —murmuró Jack.

—No vale la pena —contestó Dan, levantándose.

—Sí, sí, y te daré un apretón de manos, aun cuando eres...
—Ned calló la frase final, y le tendió la mano, reconociendo la valerosa acción.

—Yo no le doy la mano a una culebra —contestó Dan. Ned, recordando el remojón en el arroyo, no protestó.

—Vamos a casa, compañero; yo te curaré —indicó Nat, dejando a los muchachos comentar y celebrar la hazaña...

Al día siguiente, el señor Bhaer apareció satisfechísimo en la escuela; los chicos creyeron que el maestro se había vuelto loco cuando lo vieron ir derecho a Dan, estrecharle calurosamente las manos y decir:

—Sé todo lo ocurrido, y te pido perdón. Es una acción propia de ti, y que me hace quererte más; aunque nunca se debe mentir, así sea en favor de un amigo.

—¿Qué pasa? —preguntó Nat, al ver que su compañero, aunque satisfecho, guardaba silencio.

—Dan no tomó el dinero de Tommy —exclamó alegremente papá Bhaer.

—¿Quién lo tomó...? ¿Quién lo tomó...? —preguntaron todos.

El maestro señaló un asiento desocupado; los chicos siguieron la indicación, y quedaron tan sorprendidos, que, durante un momento, reinó en el lugar silencio profundo.

—Jack se marchó esta mañana, muy temprano, dejando esta carta sujeta al llamador de la puerta —exclamó el señor Bhaer, leyendo lo siguiente.

Yo tomé el dólar de Tommy. Estuve espiando por un agujero y vi dónde lo puso. Aunque deseaba decirlo, no me atrevía. De Nat me daba poca lástima; pero de Dan, mucha, porque es un valiente. No puedo seguir viviendo aquí. No he gastado el dinero; está bajo la alfombra de mi cuarto, detrás del lavatorio. Lo siento muchísimo. Me voy, y como creo que no he de volver, cedo a Dan todo cuanto ahí queda mío,

Jack.

La confesión no era muy elegante, estaba mal escrita y tenía muchos borriones; pero aun así, tenía extraordinario valor para Dan. Cuando terminó la lectura de la carta, se acercó al señor Bhaer, y le dijo serenamente:

—Ahora, señor, siento mucho los disgustos que le he dado, y le ruego que me perdone.

—Piadosa fue tu mentira, Dan, y la perdono; pero ya comprenderás que no estuvo bien hecho —exclamó papá Bhaer.

—Quise evitar que los niños siguiesen atormentando a Nat. Mi amigo no podía resistir tanto sufrimiento; yo sí —contestó Dan, satisfecho de romper el silencio que se impusiera.

—¡Y te sacrificaste por mí! ¡Qué bueno y cariñoso eres! —balbuceó Nat, deseando abrazar a su amigo y romper a llorar.

—Vaya, no seas tonto y cállate —observó riendo, y, luego, preguntó vivamente—: ¿Lo sabe mamá Bhaer?

—Sí, y está satisfechísima... —empezó a decir el maestro,

pero no pudo continuar; los chicos, alborotadamente, rodearon a Dan, dirigiéndole centenares de preguntas.

—¡Tres vivas a Dan! —exclamó tía Jo desde la puerta, agitando un paño de secar platos, con intensísimo júbilo.

—¡Allá van! —contestó papá Bhaer, lanzando tres vivas tan estrepitosos y tan ruidosamente coreados por todos, que Asia quedóse estupefacta en la cocina, y el anciano señor Robert movió la cabeza, diciendo:

—¡Los colegiales no son lo que eran en mi tiempo!

Dan, contentísimo, sintió su alegría colmada al ver a tía Jo. Repentinamente lanzóse al vestíbulo; allá fue la excelente señora, y ambos desaparecieron durante media hora.

Tommy, complacido, restauró la razón social; Nat quedó de por vida agradecido a Dan; los niños procuraron compensar a los amigos de los desvíos injustos que les hicieran padecer; tía Jo no disimulaba su extraordinario regocijo, y el señor Bhaer no se cansaba de contarle a todos la historia de sus discípulos, los nuevos Damon y Pythias.

Capítulo 15

El viejo sauce fue testigo de muchas escenas y recibió muchas confidencias aquel verano. Los niños hicieron del árbol su retiro predilecto, y pasaron en él horas deliciosas. Un sábado, el sauce fue muy visitado. Varios pajaritos contaron lo que allí pasó.

Primero llegaron Nan y Daisy con baldes y pedacitos de jabón, dispuestas a lavar la ropa de las muñecas. Asia no consentía que lavasen en la cocina, y el lavado en el cuarto de baño estaba prohibido desde que, una vez, Nan dejara el grifo abierto, e inundara la casa.

Daisy emprendió la tarea, lavando primero la ropa blanca y luego la de color, poniéndola a secar en una cuerda tendida entre dos árboles, y sujetando las prendas con pinzas chiquitas de madera, que Ned le fabricó.

Nan dejó todos los trapitos en remojo dentro del balde y se olvidó de ellos para cortar flores de cardo con las cuales pensaba llenar una almohada destinada a una muñeca llamada nada menos que Semíramis, reina de Babilonia.

En esta tarea invirtió el rato; y, cuando en funciones de «señora de Giddygaddy» fue a dar vuelta la ropa, se encontró con todas las prendas llenas de manchas verdes, porque había dejado entre ellas una cofia de seda verde que manchó las batas azules y las camisitas y enaguas blancas.

—¡Válgame Dios! ¡Qué desgracia! —exclamó.

—Déjalas sobre la hierba para que blanqueen —le aconsejó sabiamente su compañera.

—Bueno, y, mientras, nos subiremos al nido, para cuidar de que no se las lleve el viento.

Quedó extendido sobre la hierba el guardarropa de la reina de Babilonia; los baldes fueron colocados boca abajo para que escurriesen, y las dos lavanderas treparon al nido, y entablaron conversación, igual a las mujeres en los descansos de las faenas domésticas.

—Voy a tener un lecho de plumas con mi nueva almohada —dijo Nan, actuando de señora de Giddygaddy, pasando las flores de cardo del bolsillo, al pañuelo, y perdiendo más de la mitad en la operación.

—Yo no. Tía Jo dice que los lechos de plumas no son higiénicos. No consiento que mis niños duerman sino sobre jergones —afirmó resueltamente Daisy, en funciones de la señora Shakespeare Smith.

—Me río de la higiene. Mis niños son tan fuertes que duermen en el suelo y no se quejan ni les pasa nada. Además, no puedo comprar nueve jergones; pero como me gusta hacer camas, voy a tener camas.

—¿Tommy facilitará plumas de sus gallinas...?

—Sí; no pienso pagarle, pero creo que no se incomodará.

—Enjuagando la ropa, tal vez se quiten las manchas verdes —indicó la señora Shakespeare Smith, cambiando la conversación y mirando al suelo.

—Poco me importa. Y estoy harta de muñecas; estoy pensando tirarlas y dedicarme a cuidar el jardín.

—Pero no debes abandonarlas; se morirán sin su madre.

—¡Qué se mueran! ¡Ya me tienen aburrida! Prefiero jugar con los muchachos; ellos me extrañan.

—Me gustan mucho los quehaceres domésticos; cuando mi hermano sea mayor y vivamos juntos, pienso tener una casita muy bien arreglada.

—Pues yo —exclamó Nan— ni tengo hermanos ni me gusta la casa. Pienso tener un buen botiquín lleno de frascos, gavetas, bebidas y polvos. Saldré a caballo para visitar y curar enfermos. ¡Eso sí que es bonito!

—¡Puf! ¡Qué asco! Tendrás que oler el ricino y andar con jarabes, purgantes y otras cosas malolientes.

—¡Qué importa! Yo no he de tomarlos; servirán para curar a mis enfermos, y eso sí me gusta. ¿No le curé a mamá Bhaer el dolor de cabeza, con una infusión de salvia...? ¿No se le calmó, antes de cinco horas, el dolor de muelas a Ned con mi elixir...? ¡Ya ves que sí!

—Y ¿pondrás sanguijuelas, arrancarás muelas y cortarás piernas a las personas? —murmuró, aterrada, Daisy.

—¡Naturalmente! No me importa que una persona se haga pedazos; yo la compondré. Mi abuelo era médico; una vez le cortó a un hombre un pedazo de la cara; yo vi la operación y tuve la esponja; mi abuelo dijo que era muy valiente.

—¡Qué valor tienes...! A mí me disgusta que las personas enfermen, y me agrada cuidarlas; pero me asusto en seguida.

—Bueno; serás mi enfermera y sujetarás a mis enfermos cuando yo les dé masajes y les corte las piernas.

—¡Barco a la vista! ¿Dónde anda Nan...?

—Aquí estamos.

—¡Ay! ¡Ay! —gimió la misma voz, y apareció Emil tapándose una mano, y haciendo gestos de dolor.

—¿Qué te pasa? —preguntó agitada Daisy.

—Una pícara espina se me ha clavado en el pulgar. No puedo sacármela. ¿Quieres quitármela, Nan?

—Está muy honda y no tengo aguja —contestó la curandera, examinando concienzudamente la lesión.

Daisy sacó del bolsillo un estuche de costura y agujas.

—Tú siempre tienes lo que necesitamos —observó Emil.

Nan se prometió llevar siempre un papelillo de agujas para estas curas, que eran muy frecuentes. Daisy se tapó los ojos, mientras la cirujana pinchaba con pulso sereno, atenta a las indicaciones de Emil, en términos no médicos.

—¡Por la proa! ¡Firmes, muchachos! ¡A babor! ¡Orza!

—¡Aquí está!

—¡Me duele!

—Dame un pañuelo y te pondré una venda.

—No tengo; toma esos trapos que han puesto a secar.

—¡Ay que gracia! ¡No, hijito, no! No hay que tocar los vestidos de las muñecas —gritó Daisy, muy indignada.

—¡Chúpate el dedo! —ordenó el doctor, examinando la espina extraída. Emil agarró el primero que halló a mano... ¡Las enaguas blancas de Semíramis, reina de Babilonia! Nan, sin protestar, desgarró la regia prenda, aplicó un vendaje y despidió al paciente, advirtiéndole:

—Conserva mojada la venda y no te dolerá la herida.

—¿Qué te debo...? —preguntó, riendo, el Comodoro.

—Nada; he establecido un dispensario, o sea un lugar en donde se cura gratuitamente a los enfermos.

—Gracias, doctor «Giddygaddy». Tenme por cliente tuyo —dijo Emil; alejándose riendo pero agradecido, se volvió para decir—: Doctor, el viento se lleva los trapos que tienes ahí.

Pasando por alto el irrespetuoso epíteto, bajaron de prisa las niñas a recogerla ropita lavada y ya seca, y se fueron a casa para encenderla cocinita y planchar.

Leve ráfaga de viento movió el viejo sauce, que pareció reír blandamente por lo que acababa de escuchar. Momentos después, otra pareja de pajaritos se encaramó al nido del árbol, para charlar confidencialmente.

—Bueno, amigo Nat, voy a revelarte el secreto.

—Empieza cuando quieras, querido Tommy.

—Oye; nuestros compañeros hablaban, hace poco, acerca «del último e interesante caso de circunstancial evidencia» —exclamó el muchacho, citando, disparatadamente, frases de un discurso pronunciado en el club por Franz—, y yo propuse que en prueba de afecto, de respeto y de... ¿ya me comprendes?, ofreciéramos a Dan algún recuerdo bonito y útil. ¿Qué crees que hemos elegido...?

—Una manga para cazar mariposas; es lo que más necesita —contestó Nat, lamentando que se le anticiparan, pues ése era el obsequio que él preparaba a su amigo.

—Te equivocas; le regalaremos un magnífico microscopio, para que podamos ver los bichitos del agua, las estrellas del cielo, los huevos de hormiga, y todos los insectos. ¿Qué te parece el regalo...? —dijo Tommy, confundiendo los microscopios con los telescopios.

—¡Admirable! ¡Extraordinario! Pero debe costar caro ...

—Sí; pero contribuiremos todos. Yo doy mis cinco dólares.

—¡Eres la criatura más generosa del mundo...!

—Mira, el pícaro dinero me ha dado disgustos y preocupaciones; renuncio a guardar, y así ni me envidiarán, ni me robarán, ni sospecharé de nadie.

—¿Te lo permitirá papá Bhaer...?

—Sí; y aprueba mi plan; dijo que los mejores hombres que él ha conocido invertían el dinero en vida, en vez de guardarlo para que riñesen sus herederos al repartiéndolo.

—Tu padre es rico: ¿qué hace con el dinero...?

—No lo sé; me da lo que necesito. Le hablaré de esto cuando lo vea, y verá en mí un buen ejemplo.

—¿Te atreverás a quedarte sin dinero...?

—Ya lo verás. Papá Bhaer me aconsejará el modo de emplearlo. En principio los cinco dólares son para el microscopio de Dan. Luego, cuando reúna un dólar, favoreceré a Dick; sólo tiene cinco centésimos semanales para sus gastos.

—Te admiro y te imitaré, renuncio a comprarme un violín; regalaré a Dan la manga para cazar mariposas, y si me queda dinero obsequiaré a Billy; me quiere mucho, y aunque no es pobre, le agradecerá tener un recuerdo mío.

—Bueno; ven y le preguntaré a papá Bhaer si puedes acompañarme a la ciudad el lunes por la tarde; mientras yo compro el microscopio tú compras la manga. Franz y Emil vendrán, y pasaremos bien el rato curioseando las tiendas.

Los muchachos pasearon discutiendo sus planes, y sintiendo ya la complacencia de favorecer al pobre y desvalido.

—Esto está fresco; descansaremos un poco —propuso Medio-Brooke a Dan, al regresar de un largo paseo por el bosque.

—Bueno —contestó Dan, subiendo al nido del sauce.

—Oye; ¿porqué se mueven las hojas del abedul más que las de los otros árboles...?

—Porque cuelgan de distinto modo. Fíjate y verás que la hoja está unida al vástago por una especie de pinza; esto hace que se agiten al más leve soplo de viento; en cambio las de roble penden rígidas y permanecen más quietas.

—¡Es curioso! ¿Les sucede a éstas lo mismo? —preguntó Medio-Brooke, señalando un tallo de acacia.

—No; éstas pertenecen a una especie que se cierra cuando las tocan. Pon el dedo en mitad del tallo, y verás plegarse las hojas —contestó Dan, examinando un trozo de mica.

Medio-Brooke hizo la prueba y en el acto las hojas se plegaron, hasta que el vástago mostró en vez de una línea doble una línea sencilla de hojas.

—¡Es admirable! Y ¿para qué sirven estas otras hojas? —interrogó Medio-Brooke, enseñando una nueva rama.

—Estas son hojas de morera; sirven para alimentar a los gusanos de seda hasta que empiezan a hilar. Una vez estuve en una fábrica de seda y vi salones llenos de tablas cubiertas con hojas; los gusanos comían tan de prisa que armaban mucho ruido. A veces comían tanto que se morían. Dile esto a Zampabollos —murmuró Dan, riendo.

—Sé algo de estas hojas; las hadas las usan para adornarse.

—Si yo tuviera, ¡que ni lo tengo ni lo tendré!, un microscopio, te enseñaría cosas más lindas que las hadas. Conocí a una viejecita que cosiendo unas con otras las hojas de morera se hacía gorros de dormir, que le aliviaban las jaquecas.

—¡Qué gracia tiene! ¿Era tu abuela...?

—No he conocido a mis abuelas. Era una viejecita muy rara que vivía en una casa ruinoso, sin más compañía que diecinueve gatos. Decían que era bruja, pero no era verdad. Conmigo era muy cariñosa y me dejaba calentarme en su chimenea, cuando yo huía de los malos tratos del asilo.

—¿Has estado en un asilo...?

—Poco tiempo; pero eso ni viene al caso ni te importa; no... me gusta recordarlo —contestó Dan.

—Háblame de los gatos —suplicó Medio-Brooke, lamentando su indiscreción.

—Sé que tenía siempre muchos y que los encerraba en un tonel por las noches; yo me entretenía en soltarlos y en verlos correr; entonces, la vieja, regañando y gritando furiosamente, los perseguía, los atrapaba y los encerraba de nuevo.

—Pero ¿los trataba bien?

—Creo que sí. ¡Pobrecilla! Recogía a todos los gatos perdidos y enfermos de la población y cuando alguien necesitaba un gatito acudía a Marm Webber, que lo proporcionaba de la clase y del pelo que se le pedía, satisfecha con cobrar nueve peniques y saber que los animalitos estarían bien cuidados.

—Me gustaría conocer a Marm Webber. ¿Podré conocerla si voy alguna vez por ese pueblo...?

—Ha muerto. Toda la gente que yo conocí antes de venir a Plumfield ha muerto...

—Lo siento mucho. Y... ¿curaba la viejecita a los gatos?

—Algunas veces. Cuando se rompían una pata se la entablillaba y sanaban; a los que tenían tos los curaba con cocimientos de hierbas medicinales.

—Tengo que contarle todo eso a mi hermana. Tú sabes muchísimas cosas y has vivido en ciudades grandes, ¿verdad...?

—¡Ojalá no hubiera sido así...!

—¿Porqué...? ¿No lo recuerdas con gusto...?

—No.

—¡Es raro!

—¡Qué demonio ha de ser raro...! Digo... no, he querido decir... —murmuró Dan, lamentando que se le hubiese escapado la exclamación, sobre todo delante del Diácono.

—Bueno, haré como que no la he oído y estoy seguro de que no la repetirás.

—No la repetiré, si puedo evitarlo. Esta es otra de las cosas que yo no debía recordar —murmuró Dan, abatido.

—Te corregirás; ya no dices ni la mitad de las palabrotas que decías antes; tía Jo está muy contenta porque comprende que es una de las costumbres más difíciles de corregir.

—¿Dice eso...?

—Tú deberías guardar los juramentos en el cajón de las faltas, y luego echa llave; eso hago yo con mi maldad.

—¿De qué hablas...? —dijo Dan, interesado.

—Verás, es uno de mis entretenimientos particulares y te lo voy a explicar, aunque imagino que te vas a reír. Pienso que mi mente es una habitación redonda, y mi alma un animalito con alas que vive allí. Las paredes están llenas de estantes y cajones, y en ellos guardo mis pensamientos, mi bondad, mi alma, etc. Los buenos los guardo donde pueda verlos; los malos, los encierro con doble llave, pero se escapan, y tengo

que encerrarlos otra vez con mucho cuidado. Los domingos pongo la habitación en orden y hablo con el espíritu chiquito que ocupa, y le digo lo que debe hacer. El espíritu chiquito es muy malo, y a veces tengo que reñirle y acusarlo ante su papá. Este consigue que se porte bien y sienta que obre mal, y me da buenos pensamientos y me enseña a guardar los malos. ¿Por qué no pruebas a imitarme? Te convendrá.

—No hay cerradura bastante fuerte para guardar mi maldad. Tengo el cuarto tan revuelto, que no sé cómo arreglarlo.

—¿Porqué no has de poder hacer lo mismo que los demás...?

—Porque nunca lo he hecho, ni sé cómo se hace. ¡Enséñame tú!

—Con mucho gusto haré lo que pueda, pero yo no sé aconsejar como papá Bhaer; lo intentaré y te ayudaré.

—Bueno; pues revísalo y de vez en cuando vendremos a hablar sobre eso. Yo, te referiré cosas de animales. ¿Convenido...? —preguntó Dan tendiendo la mano.

—¡Convenido! —contestó el pequeño, oprimiendo la mano de su camarada.

En aquel mundo infantil, leones y corderos retozaban juntos, y los inocentes chicos eran, a veces, maestros de los niños mayores.

—¡Mira! —exclamó Dan, señalando hacia la casa, de la cual salía tía Jo, paseando lentamente y leyendo un libro, mientras Teddy corría jugando con un carrito.

—Esperemos a que nos vean —dijo Medio-Brooke.

Permanecieron callados, mientras los paseantes se acercaban; tía Jo iba tan entretenida con la lectura, que por poco se mete en el arroyo si Teddy no la hubiera detenido gritando:

—¡Mamá, «chero» un pez!

Tía Jo interrumpió su interesante lectura y buscó algo que pudiera servir de caña de pescar. Como llovida del cielo le cayó a los pies una varita de sauce; alzó la cabeza y vio a los niños riendo en el nido.

—¡Aúpa! ¡Aúpa! —exclamó Teddy, queriendo subir.

—Bajaré y te dejaré sitio —dijo Medio-Brooke, y se marchó corriendo para contar a su hermana la historia de la bota, del tonel y de los diecinueve gatos.

Dan instaló a Teddy en el nido y exclamó riendo:

—Suba, mamá Bhaer; yo le ayudaré hay sitio para todos.

Tía Jo miró y como no viera a nadie contestó alegre:

—Bueno, guárdenme el secreto; voy a subir.

Subió ágilmente y añadió:

—Desde que me casé no he trepado a un árbol; de niña me gustaba mucho.

—Siga usted leyendo si quiere; yo cuidaré de Teddy —propuso Dan, fabricando una caña de pescar para él.

—No me importa la lectura. ¿Qué hacían aquí tú y Medio-Brooke...?

—Charlábamos. Yo le hablaba de hojas, de plantas y de animales, y él me contaba sus fantasías. ¡Eh! Mi general: ¡a pescar! —murmuró Dan, entregando al pequeño la varita de sauce de la cual pendía una cuerda con un alfiler encorvado y cebado con una mosca azul.

Teddy se entregó a la pesca; Dan lo sostuvo por el vestido para evitar que cayese al arroyo.

—Me alegro de que tuvieras esa conversación con Medio-Brooke; me complace que lo instruyas y que lo lleves a pasear.

—A mí me gusta, porque es muy inteligente, pero...

—Pero ¿qué?

—Que como es un niño tan bueno y yo soy de tan mala condición, temía su oposición a que nos reuniéramos.

—Tú no eres de «mala condición»; tengo gran confianza en ti; veo que procuras corregirte y lo vas consiguiendo.

—¿De veras?

—Sí. ¿No lo notas...?

—Procuro ser bueno, pero no sé si lo soy.

—Lo vas siendo. Como prueba y recompensa por tu excelente conducta, voy a confiarte no sólo a Medio-Brooke, sino a Rob. Tú puedes enseñarles muchas cosas mejor que nosotros.

—¿Yo...? —contestó Dan, estupefacto.

—Medio-Brooke, por razones de educación y de familia, necesita lo que tú debes darle: conocimientos generales, fuerza y ánimo. Te admira como al niño más valiente del mundo; te oye con arrobamiento. Más que los cuentos de los libros, le recrearán y le instruirán tus verídicos relatos acerca de plantas, pájaros, abejas y otros animales curiosos... ¿Comprendes lo que puedes hacer y por qué quiero confiártelo?

—Pero, yo, sin querer, puedo decir alguna palabrota. Hace un rato, involuntariamente, exclamé: «idemonio!».

—Bueno, sé que cuidarás de no hacer ni decir nada malo; la

compañía de Medio-Brooke te será provechosa, porque es un niño bueno, discreto y educado. Y, a cambio de la instrucción que le ofrezcas, él te brindará educación; tú lo irás haciendo algo sabio; él facilitará que seas más bueno.

Dan estaba tan complacido como emocionado. Nadie, hasta entonces, había tenido confianza en él; nadie había tratado de descubrir ni de fomentar los sentimientos buenos que, potencialmente, existían en su alma. Hosco y rudo, lo conquistaba el afecto y la ternura. Nada podía halagarle más que el verse convertido en maestro del inocente Rob y del inteligente Medio-Brooke. Animado, Dan refirió a tía Jo el convenio que hiciera con el Diácono. La señora Jo se alegró de veras. El muchacho comprendía que ya no estaba solo; que tenía amigos; que su trato sería útil; que la vida tenía objeto digno.

Indudablemente, Dan estaba salvado! Gritó alegremente Teddy, que, para sorpresa de todos, acababa de pescar una trucha siendo de advertir que hacía muchísimos años que no se veían truchas en el arroyo. El chicuelo, encantado con aquel extraordinario éxito, se empeñó en lucir su botín antes de que Asia lo guisase. Descendieron los tres del nido y se marcharon juntos, muy satisfechos.

Luego, Ned estuvo un rato en el nido del sauce mientras Dick y Dolly cazaban saltamontes y grillos. Ned, para divertirse con Tommy, quería echarle en la cama unas cuantas docenas de animalitos, a fin de que éste, al acostarse, tuviera que pasar un buen rato de cacería. Cuando los cazadores terminaron la tarea, Ned les pagó lo estipulado, y marchó a prepararle la cama a Tommy.

Durante una hora el sauce suspiró, cantó y habló con el susurrante arroyuelo acerca de las bellezas del crepúsculo. De repente un niño atravesó el prado, llegó a Billy, que estaba junto al arroyo, y le dijo con gran misterio:

—¿Quieres, sin que se entere nadie, rogarle a papá Bhaer

que venga a verme...?

Billy asintió con la cabeza y se marchó a cumplir el encargo. El recién llegado se encaramó en el nido.

En cinco minutos, apareció el maestro y, deteniéndose ante el sauce, exclamó afectuosamente:

—Me alegro mucho de verte, Jack. ¿Por qué no has ido a buscarnos en seguida...?

—Señor, ante todo, yo quería verlo a usted. Mi tío me ha ordenado volver. Yo sé que no merezco nada, pero le suplico que me traten con compasión.

—No creo que procedan contigo injustamente, pero tampoco que te traten con gran cariño. Siendo inocentes, Nat y Dan han sufrido por tu causa. Tú, que eres culpable, debes sufrir algo..., ¿verdad? —preguntó el maestro, compadeciendo al chico, pero pensando que merecía un correctivo.

—Sí, señor. Ya le devolví el dinero a Tommy, y dije por escrito que lo sentía muchísimo..., ¿no es bastante? —suspiró entristecido el muchacho.

—No. Creo que debes pedir perdón francamente a los niños. No esperes de ellos respeto ni confianza hasta que pase algún tiempo y se convenzan de que estás arrepentido. Yo te ayudaré a rehabilitarte. El hurto y la mentira son cosas abominables y espero que esto te sirva de lección.

—Haré una subasta y venderé mis bienes a precio ínfimo —propuso Jack, queriendo así castigarse en su espíritu comercial.

—Mejor será que los regales, y que emprendas un negocio nuevo. Adopta como lema: La honradez es la mejor política, y tenlo siempre presente en pensamientos, palabras y obras.

La cosa era dura. Sin embargo, Jack accedió porque deseaba

reconquistar la amistad de los niños. Su fuerte arraigo del sentimiento de propiedad se rebelaba ante la idea de desprenderse de objetos que le eran muy preciados. Comparado con esto, pedir públicamente perdón era cosa fácil. Con todo, poco a poco, entendía que hay muchas cosas que no se ven ni se tocan, y que valen más que los cortaplumas, anzuelos, etc., y que el dinero mismo.

—Bueno, haré todo lo que usted me ha indicado —dijo con resolución repentina, que satisfizo mucho al señor Bhaer.

—¡Así me gusta! Cuenta conmigo y... imanos a la obra...!

Papá Bhaer condujo al desacreditado niño a la sociedad infantil que, al principio, lo recibió fríamente; pero, poco a poco, se reconcilió con él al convencerse de que la lección le había sido provechosa y de que Jack, sinceramente arrepentido y corregido, estaba ansioso por dedicarse a mejores negocios, sobre la base de su nuevo artículo de comercio: la honradez.

Capítulo 16

¿Qué será ese niño en el mundo? Se preguntaba tía Jo, viendo a Dan brincar, correr, saltar, trepar los muros y dar vueltas por el jardín, hasta caer rendido.

—¿Estás ensayando para disputar el gran premio de algún concurso de corredores? —le preguntó desde la ventana.

—No, señora —contestó jadeando, el muchacho—. Le estoy dando salida al vapor.

—¿Y no encuentras mejor procedimiento...? Vas a tener una insolación —le advirtió la señora, riendo y echándole un abanico de hojas de palma.

—No puedo remediarlo; necesito correr.

—¿Te resulta chica la casa...?

—Me gusta; celebraría que fuese algo más grande. Pero el diablo se mete dentro de mi cuerpo, y tengo que dar saltos —murmuró con tristeza e inquietud el chico.

Tía Jo se quedó contemplando a Dan, y al ver su desarrollo físico y recordar la libertad de que antes gozara, comprendió que la disciplina escolar resultaba pesada, a veces, para aquel espíritu libre. «Este halcón salvaje necesita jaula más espaciosa. Si lo deajo volar, me expongo a que se pierda. Tengo que buscar algo que le retenga aquí». Luego exclamó en voz alta:

—Me explico lo que te sucede; no es que tengas el diablo en el cuerpo; es que, como todos los jóvenes, deseas libertad. Yo también he sentido eso mismo, y deseaba brincar.

—¿Por qué no brincaba? —preguntó Dan.

—Por comprender que era una tontería; ahora agradezco infinito a mi madre que no me dejase en libertad.

—Yo no tengo madre.

—Creí que ahora la tenías —dijo mamá Bhaer acariciándolo.

—Usted es buenísima y cariñosísima; nunca podré expresarle toda mi gratitud —respondió Dan melancólico—; pero ¿equivale todo esto al amor de una madre...?

—No, hijo mío; hay diferencia muy grande. Pero ya que no tienes madre, déjame suplir esa falta. Temo no haber hecho lo bastante para que nunca pensaras abandonarnos.

—¡Usted ha hecho más de lo que debía, y de lo que merezco! No quiero irme; no debo irme; procuraré no irme. A veces siento como una explosión en el pecho y necesito correr, galopar, o dar saltos mortales. ¿Por qué...? Lo ignoro —exclamó Dan, con acento veraz y enérgico.

—Bueno, Dan, corre cuanto lo necesites; pero no vayas muy lejos, y no dejes de volver a mi lado cuanto antes.

Aturdióse el muchacho al recibir el permiso de explayarse, y hasta perdió las ganas de usarlo. Tía Jo había comprendido que el chico sufriría mal las restricciones, y que, en cambio, se sentiría más cohibido por la libertad amplísima, al mismo tiempo que por el deseo de no estar lejos de la persona a quien más quería. El cálculo estaba bien hecho y dio buen resultado. Dan, silencioso, rompiendo inconscientemente el abanico, vio que le hablaban al corazón y a la gratitud, y exclamó:

—No volveré a correr ni a vagar, sin su permiso.

—Muy bien. Ahora quiero ver si encuentro medio de que des

salida al vapor, sin correr como un loco, ni romper abanicos, ni pelear con tus compañeros. ¿Te agradecería hacerme los mandados?

—¿Ir a la ciudad a despachar los encargos de la casa...?

—Sí; Franz está cansado de esa tarea; Silas tiene mucho que hacer, y a papá Bhaer le falta tiempo. El viejo Andy es un caballo manso; tú montas bien, y conoces perfectamente el camino a la ciudad. ¿Te gustaría más montar dos o tres veces por semana a caballo, que vagabundear y salir una vez cada mes...?

—Sí, señora. Pero a condición de ir solo; no quiero que me acompañen otros chicos.

—Bueno; tenemos que contar con el permiso de papá Bhaer. Emil protestará, pero a él no se le puede confiar un caballo, y a ti sí. A propósito, mañana es día de mercado. Podrías ir arreglando el carrito, y encargándole a Silas que prepare la fruta y las legumbres. Habrá que madrugar mucho, para volver a la hora de la escuela. ¿Te atreves...?

—Convenido.

Y dicho esto, Dan fue a ponerle cuerda nueva a su látigo, a preparar el carrito, y a dar las órdenes a Silas.

—Antes de que se canse de esto, ya inventaré otra cosa para que descargue su fogosa actividad —dijo tía Jo, al escribir la lista de los encargos, y lamentando que todos los niños no se parecieran a Dan.

Papá Bhaer no aprobó del todo el proyecto, pero accedió a que se hiciera a título de ensayo; esto hizo concebir planes estupendos a Dan.

A la mañana siguiente, el muchacho se levantó muy temprano; resistió heroicamente la tentación de jugar y correr con los aldeanitos que llevaban la leche a la ciudad;

estuvo en el mercado; despachó concienzudamente todos los encargos, y regresó a la hora de la escuela, con gran sorpresa del maestro, y enorme satisfacción de tía Jo.

El Comodoro se disgustó, envidiando la preferencia otorgada a Dan; pero se conformó con un lindo candado para su nuevo arsenal, y pensó, además, que los marinos debían ocuparse de cosas más importantes que guiar carritos y hacer recados domésticos. Dan, durante muchas semanas, desempeñó su nuevo oficio admirablemente, sin pensar en vagabundeos ni en travesuras.

Pero un día el profesor lo sorprendió golpeando a Jack, que procuraba defenderse y pedía socorro.

—¡Creí que no volverías a las andadas, Dan!

—Era una broma. Estábamos jugando —murmuró el muchacho.

—Me ha pegado en serio —dijo Jack.

—Empezamos en broma, pero luego no pude dominarme y apreté. Siento haberte hecho daño, compañero —exclamó Dan avergonzado.

—Te comprendo. No has podido resistir el deseo de golpear. Eres algo así como el famoso corsario Berserker, y el pelear es para ti tan necesario como la música para Nat.

—No puedo contenerme. Mira, Jack, te agradeceré que no me propongas que volvamos a luchar en broma.

—Cuando necesites pegar en serio, yo te proporcionaré algo más duro y resistente que Jack —observó el maestro, y, llevándolo a la leñera, le mostró gruesos troncos y enormes raíces de árboles que esperaban ser reducidos a leños y astillas—. Cuando sientas ganas de pelear, en vez de golpear a tus compañeros, ven aquí, da escape a tus energías y yo te lo agradeceré —le advirtió el señor Bhaer.

—Así lo haré —contestó Dan, y, sin más, tomó el hacha y descargó tan formidable golpe sobre un troncón, que lo redujo a astillas.

Dan cumplió la promesa y, a menudo, se le vio muy entretenido partiendo leña, en mangas de camisa, inflamadas las mejillas y chispeantes los ojos.

—¿Qué inventaré para cuando se canse de partir leña? —se decía tía Jo. Pero Dan buscó nueva ocupación y disfrutó con ella mucho antes de que se descubriera la causa de su contento.

Aquel verano había en los pastos de Plumfield un lindísimo potro, propiedad del señor Laurie. El animalito andaba suelto en el prado inmediato al arroyo. Los niños, al principio, se divertían viendo al potro galopar, correr, brincar, y echar al viento la sedosa cola. Pero pronto se cansaron.

Únicamente Dan no se cansaba de admirar al caballo; iba a verlo diariamente y le llevaba pan, manzanas o terrones de azúcar como regalo. «Príncipe» era agradecido y simpatizó con él. Aun cuando estuviese bien distante, acudía el potro a galope tendido cuando Dan le silbaba entre la empalizada.

—Nos entendemos, ¿verdad, «Príncipe»? —decía Dan. Y el animalito enarcaba el cuello lanzando alegre relincho.

Tan celoso estaba el muchacho de esta nueva amistad, que a nadie informó de ella y nunca dejó que nadie, excepto Teddy, le acompañase en la visita diaria al prado.

Tío Laurie, que iba de vez en cuando a ver a «Príncipe», habló de ensillarlo para el otoño, y dijo:

—No necesitará mucho tiempo de doma, es un animal muy noble y cariñoso. Cualquiera día vendré a ensillarlo.

—Tolera que le ponga una manta, pero no creo que, ni aun por usted, se deje ensillar —observó Dan, que asistía

siempre a las visitas que a «Príncipe» le hacía su amo.

—Lo intentaré, si bien al principio la ha de dejar caer. Nunca lo han castigado, y, aun cuando se sorprenda, al menos no se asustará. Además, procuraré que los arreos le molesten poco. En fin, creo que se dejará montar.

—Lo dudo —murmuró Dan, viendo al señor Laurie alejarse con papá Bhaer.

Deseo vivísimo asaltó al muchacho de montar al potro; el animal estaba junto a la empalizada, como brindando tentadoramente el lustroso lomo. Sin pensar en el peligro, mientras «Príncipe» comía la manzana que su amigo le llevara, éste, con gran agilidad, se dejó caer y cabalgó sobre el potro. En realidad, apenas si llegó a cabalgar; «Príncipe» resopló asombrado, dio un salto y arrojó al suelo a Dan. El muchacho no se hizo daño, porque el césped era blando, se puso de pie y exclamó riendo:

—¡Ha sido una broma! ¡Ven acá, bribonzuelo, y ensayaré de nuevo!

«Príncipe» no se prestó a que el experimento se repitiera, y Dan se marchó resuelto a conseguir su propósito.

Al día siguiente logró ponerle una cabezada y, llevándolo de la mano, corrió al potro, hasta cansarlo un poco; seguidamente se encaramó el chico a la cerca, dio pan al animal y, acechando una oportunidad, se le plantó sobre el lomo. «Príncipe» quiso despedir al jinete, pero éste se mantuvo firme, por haber adquirido cierta práctica cabalgando sobre el borriquito, que estaba algo mal acostumbrado. El potro, con indignación y asombro, y después de dar saltos y de pararse sobre las patas de atrás, arrancó a galope tendido, obligando a Dan a apearse por las orejas. Otro chico menos bravo o menos ágil se hubiera roto la cabeza; Dan se dejó caer hábilmente.

—¿Pensabas que me había estrellado...? ¡Pues te

equivocaste! Veremos quién puede más. Estoy decidido a montarte —dijo Dan resuelto.

Días después, ideó otro procedimiento. Sujetó en el lomo de «Príncipe» una manta doblada y lo dejó caer, saltar y brincar a sus anchas. Tras fieros arranques de rebeldía, el potro se sometió, y, al fin, pudo montarlo Dan. El animalito separaba en firme, relinchaba y parecía decir: «No entiendo lo que pasa; esto es nuevo para mí; ya veo que no me haces daño; me conformaré».

Una noche mientras recibía órdenes para el día siguiente, Silas dijo a su amo:

—¿No sabe usted lo que ha hecho últimamente el niño?

—¿Qué niño? —preguntó el señor Bhaer, resignadamente, esperando oír algo muy desagradable.

—¡Dan! Ha estado domando al potro, señor, y lo cierto es que lo ha hecho admirablemente.

—¿Cómo lo sabe usted...?

—Sin que los niños lo noten, procuro vigilarlos; cuando noté que Dan iba diariamente al prado y volvía sudoroso, polvoriento y con algunas contusiones, callé y me dediqué a observarlo. Desde las ventanas altas del granero, lo vi obstinado en domar a «Príncipe». De vez en cuando salía despedido y daba tumbos formidables; pero siempre se levantaba ileso y, alegremente, sin asustarse, volvía a la tarea.

—Pero, Silas, idebió impedirlo! Dan pudo matarse.

—No había peligro, señor. «Príncipe» es tan noble como gallardo y cedió, al fin, en la lucha. Ya se deja montar por Dan, que es un jinete consumado. Casi no ha de costar trabajo concluir de domar al potro.

—Ya veremos —murmuró papá Bhaer, alejándose para averiguar directamente lo ocurrido.

Dan lo confesó todo, y demostró prácticamente que Silas no exageraba al hablar de la doma del potro; a fuerza de halagos, de habilidad y perseverancia, el triunfo del niño sobre el animal era indiscutible.

Al señor Laurie le divirtió el relato del suceso, celebró el valor y la destreza del muchacho y le permitió que continuase educando al caballo. Gracias a Dan, «Príncipe» aceptó la silla, la brida, y hasta la indignidad del bocado. Tío Laurie perfeccionó la doma del animalito, y Dan, con gran admiración y envidia de los demás niños, obtuvo permiso para montar a su discípulo.

—¿No es una preciosidad...? ¿No parece, por lo manso, un cordero? —dijo un día el muchacho, acariciándolo.

—Sí; ¿y no es un animal más útil y agradable que el potro cerril que se pasaba los días brincando por el prado? —exclamó tía Jo, apareciendo en la puerta de la casa.

—Sí, señora. ¡Ya lo creo! Ahora no se escapa, aunque lo dejo suelto, y viene en cuanto le silbo. Lo he domado bien, ¿verdad?

—También yo estoy domando un potrillo cerril, y creo que, como el tuyo, veré realizado mi empeño, si tengo paciencia y perseverancia —murmuró tía Jo, sonriendo significativa e intencionadamente.

Capítulo 17

—¡De prisita niños, de prisita! Son las tres, y ya saben que a papá Bhaer le gusta la puntualidad —dijo Franz, esa tarde, apresurando a un grupo de pequeños literatos que, al parecer, se encaminaban, con libros y papeles, al «Museo Laurie».

Tommy estaba en la escuela, con los dedos llenos de tinta, rojo por el ardor de la inspiración y con mucha prisa, por esperar siempre el último momento para terminar la tarea. El muchacho, al salir Franz, estampó el postrer floreo retórico, soltó el postrer borrón, y echó a correr agitando el papel para secarlo. Nan marchó tras él, llevando, con aire importante, un rollo de papeles. Cerraban la marcha Medio-Brooke y Daisy, radiantes de alegría, seguramente por llevar preparada alguna sorpresa encantadora.

El orden más perfecto reinaba en el museo. Filtraba el sol a través de las enredaderas, penetraba por la amplia ventana, y proyectaba sombras caprichosas sobre el pavimento. En un extremo estaban sentados papá y mamá Bhaer; en el otro, había una mesita sobre la cual se dejaban los trabajos después de leídos, y en amplio semicírculo, sobre rústicos bancos, se hallaban los niños. Para evitar el cansancio de sesiones muy prolongadas, se habían establecido turnos. Aquel día le correspondía actuar a la gente menuda; los mayores oirían con benevolencia y criticarían libremente.

—Las damas primero. Tiene la palabra Nan —dijo papá Bhaer. Nan se colocó junto a la mesita, hizo una mueca a modo de introducción, y leyó lo siguiente:

»La esponja. —La esponja, amigos míos, es una de las

plantas más útiles e interesantes. Crece en las rocas, bajo el agua, y creo que es una especie de alga marina. La gente la toma, la seca y la lava, porque en los agujeritos de la esponja suele haber bichitos; en la que yo uso, cuando la compré, descubrí arena y conchillas chiquititas. Las hay finas y blandas; éstas se emplean para lavar a los niños recién nacidos. Tienen muchísimas aplicaciones; citaré algunas y espero que las recuerden. La primera es para lavarse la cara; esto no me agrada, pero lo hago porque me gusta la limpieza. Hay quien no se lava, y eso es una porquería. (*Pausa breve, la lectora mira intencionadamente a Dick y a Dolly, que comprenden la alusión, se ruborizan y hacen propósito mental de lavarse. Prosigue la disertación.*) También para despertar a las personas, y a los niños particularmen-té. (*Grandes risas.*)

»También sirven las esponjas para algo de mucha importancia, para que los médicos o los dentistas las mojen en éter y las acerquen a las narices de las personas, cuando tienen que operarlas o que arrancarles muelas. Yo haré esto cuando sea mayor, y así mis enfermos se dormirán y no sentirán que les corto las piernas o los brazos.

»Mi trabajo de composición encierra tres enseñanzas: La primera, que deben ser limpios... (*Rumores*). La segunda, que deben levantarse temprano... (*Más rumores*). La tercera, que, cuando les apliquen la esponja mojada en éter, deben aspirar con fuerza, sin gritar ni patear, para que les saquen los dientes con facilidad. He dicho.» (*Aplausos estrepitosos. La disertante saluda y toma asiento.*)

—Es un trabajo notable, instructivo y gracioso. Muy bien, Nan —dijo el señor Bhaer—. Tiene la palabra Daisy.

Ruborosa, la niña se colocó junto a la mesa, murmurando:

—Mi trabajo no es notable ni gracioso. Pero... ¡No sé hacerlo mejor! Temo que no les agrade.

—Tus trabajos nos agradan siempre —advirtió el maestro, entre murmullos de afirmación general.

La muchachita dio lectura a la siguiente monografía:

»El gato. —El gato es un animal muy simpático. A mí me gustan los gatos de todas clases. Son limpios y bonitos. Cazan ratas y ratones; se dejan acariciar y son muy cariñosos si se les cuida bien. Son listísimos y saben buscarse la vida en cualquier parte. A los pequeños se les llama “michitos” y se les mimaba mucho. Yo tengo dos: “Huz” y “Buz”. Su padre es “Topacio”, por tener los ojos amarillos. Papá Bhaer me refirió la linda historia de un hombre llamado “Ma-ho-ma”. Este hombre tenía un gatito precioso que dormía en la manga del traje de su amo, y cuando el amo necesitaba salir, para no despertar al gato, se cortaba la manga del traje. Creo que “Ma-ho-ma” era persona de buenos sentimientos. Algunos gatos pescan peces...».

—¡Como yo! —interrumpió Teddy, siempre deseoso de contar la pesca de la trucha.

—¡Chitón! —exclamó mamá Bhaer.

»He leído que un gato sabía pescar admirablemente. Quise hacer de “Topacio” una pescadora; pero no le agradaba el agua, y me arañó. En cambio le gusta el té, y, cuando me ve en mi cocina, golpea en la tetera con una patita hasta que la obsequio. Es golosa y come almíbar y jalea de manzana. A otros gatos no les gustan estos manjares. He dicho.» (Grandes aplausos; sonrisa aprobatoria del maestro, y un ¡bravo! caluroso de Nat, que satisface mucho a la disertante).

—Veo a Medio-Brooke tan impaciente que no me atrevo a hacerle esperar. John tiene la palabra —dijo el profesor.

El chico se adelantó veloz y exclamó en tono triunfal:

—¡Mi trabajo es un poema! —y leyó lo siguiente:

LA MARIPOSA

Yo canto a la mariposa,
que es un animal con lindas alas,
que vuela como los pájaros,
pero no canta.

Primero es una hormiguita;
luego amarilla crisálida,
y luego rápidamente
vuela con alas.

Come mieles y rocío,
en hacer panales no trabaja,
no pica como las abejas y los tábanos,
idebemos imitarla!

Quisiera ser mariposa
amarilla, azul, verde o grana,
pero no me gustaría
que Dan me agarrara y me matara.

Aplausos delirantes y aclamaciones frenéticas acogieron la revelación de Medio-Brooke como poeta. Tuvo que repetir la lectura.

Cuando Medio-Brooke, después de que lo convencieron de que debía romper el poema, lo rompió, se le concedió la palabra a Tommy, que habló de este modo:

—A última hora me acordé que tenía que escribir mi composición; pero como ya no quedaba tiempo, he pensado leer esta carta que dirijo a mi abuelita. Le digo algo sobre los pájaros, por lo tanto no está fuera de lugar.

Tropezando en borriones y garabatos leyó lo siguiente:

Mi querida abuela:

Me alegraré se halle usted buena. Tío James me ha regalado un rifle de salón. Es muy bonito. Tiene la siguiente forma... (El lector enseñó un dibujo, intercalado en el texto y que, por lo complicado, parecía una bomba o una máquina de vapor). El número 4 indica el cañón; el 6, la culata; el 3, el gatillo, y el 2, la recámara. Se carga por la culata y dispara muy bien. Pronto saldré a cazar ardillas. Ya he matado algunos pájaros muy bonitos para el museo. Tenían el pecho con manchitas de colores. A Dan le gustaron mucho y los disecó perfectamente; sólo hay uno que se tambalea como si estuviese borracho. Ha venido a trabajar un francés. Asia no ha aprendido todavía a llamarlo por su nombre. ¡Es graciosísimo! Se llama Germain; bueno, pues, Asia lo llama Jerry; luego, al ver que nos reíamos, le dijo Jeremías; como seguíamos riendo, le dio por nombre Germany, y ya, confusa y avergonzada por las burlas acabó por llamarle Garrimou, y con ese nombre lo conocemos desde entonces. No escribo con más frecuencia porque estoy muy ocupado, pero me acuerdo mucho y con mucho cariño de usted, y espero que lo pasará usted sin mí todo lo bien que sea posible.

Su amantísimo nieto,

Tommy Bickminster Bangs.

Postdata. — Si tiene usted sellos de correos, acuérdesse de mí.

P.S. — El señor Bhaer envía su más afectuoso saludo.

P.S. — La señora Bhaer también le enviaría su más afectuoso saludo, si supiera que le he escrito.

P.S. — Papá me va a regalar un reloj el día de mi cumpleaños. Estoy contentísimo, porque así sabré la hora que es, y no llegaré tarde a la escuela, como ocurre ahora.

P.S. — Espero verla pronto. ¿No desea mandarme a buscar?
—T. B. B.

Como cada postdata era recibida con una carcajada general, cuando llegó a la última, Tommy exhaló ruidoso suspiro y se sentó muy satisfecho.

—Confío en que esa anciana y excelente señora seguirá viviendo a pesar de esa carta —murmuró el maestro, reprimiendo la risa.

—Ignoraremos la última postdata. Ya tiene la pobre señora bastante con la carta, sin necesidad de una visita de Tommy —contestó tía Jo, al recordar que la abuela debía guardar cama después de las visitas de su revoltoso nieto.

Dick y Dolly no escribían, pero observaban las costumbres de los animales y las relataban fielmente.

Dick siempre tenía algo que contar, y cuando le concedieron la palabra, avanzó tranquilo, fijó en el auditorio sus claros ojos y habló con tal entusiasmo que nadie se fijó en su cuerpecillo contrahecho, porque todos creían ver brillar, dentro de aquel tosco vaso, un «alma recta». Así dijo el niño:

«He observado las libélulas y he leído lo que de ellas contiene el libro de Dan. Procuraré recordar lo que he visto y leído. Hay muchas especies de libélulas que vuelan en tomo de los estanques. Son azules, tienen los ojos muy grandes, y las alas parecen encaje finísimo. He agarrado algunas, las he examinado y creo que son los insectos más bonitos que existen. Se alimentan de insectillos más pequeños, y tienen una especie de anzuelo que guardan doblado cuando no cazan. Gustan de los rayos del sol y alrededor de ellos se pasan el día danzando. ¿Qué más...? ¡Ah, sí! En el agua, depositan los huevos, que se van al fondo y se entierran en el légamo. De los huevos salen unos animalitos muy feos: no sé cómo se llaman; son de color oscuro, cambian de piel y engordan mucho, mucho. Tardan dos años en convertirse en libélulas. Y... ¡ahora entra lo bueno! Cuando han pasado los

dos años, el feísimo gusano trepa por una caña o por un junco y se abre por la espalda...».

—¡Anda! ¡Yo no creo eso! —murmuró Tommy.

—¿Verdad que se abre por la espalda...? —preguntó Dick al maestro. Este hizo ademán afirmativo, y satisfecho el pequeño orador, continuó:

«Bueno, pues la libélula sale de una vez y se pone al sol; luego se robustece; después extiende las alas, y vuela, y vuela, y nunca más vuelve a ser oruga. Y nada más sé; pero procuraré averiguar qué hace, porque me maravilla que un gusano feo se convierta en lindísima libélula».

El orador fue muy aplaudido. El auditorio pensó que algún día el pobre Dick lograría su deseo, y tras los años de tristeza y dolor, abandonando su contrahecho cuerpecillo, hallaría forma bellísima en el mundo de la luz eterna.

Tía Jo llamó al chico, lo besó y le dijo:

—Nos has contado muy bien una historia lindísima. Ya se lo escribiré a tu mamá.

Dick quedó muy satisfecho y se propuso adquirir una libélula en la época de transformación para ver cómo abandonaba la forma de gusano.

Dolly habló acerca de «El pato», con un sonsonete escolar, por haber aprendido de memoria las observaciones.

«Los patos silvestres son muy difíciles de cazar; los hombres se esconden y los matan a escopetazos, tienen patos amaestrados para engañarlos y hacer que se acerquen. También suelen fabricar patos de madera, y los ponen en el agua, como reclamos, para que los silvestres acudan. Creo que los patos son muy estúpidos. Nuestros patos están domesticados. Comen mucho y van picoteando siempre en el fango y en el agua. No se cuidan de los huevos y se los dejan

robar...».

—¡Los míos no! —interrumpió Tommy.

—Bueno, pues otros sí; lo ha dicho Silas —contestó.

«Las gallinas cuidan mucho a los patitos, pero no les gusta que se metan en el agua. Es divertido ver cuando se zambullen. De los patos grandes no hacen caso las gallinas. A mí me gustan los patos rellenos. He dicho».

Hubo aplausos de cortesía.

—Tiene la palabra Nat —ordenó el maestro.

—Voy a leer algunas notas acerca de «las lechuzas» —advirtió el chico que preparara el trabajo con ayuda de Dan.

«Las lechuzas tienen cabeza grande, ojos redondos, pico encorvado y fuertes garras. Las hay grises, blancas, negras y amarillentas. Todas tienen muy suaves las plumas. Vuelan serenamente y se alimentan cazando murciélagos, ratones, pájaros y otros animalitos. Hacen nido en los graneros y en los huecos de los árboles, y algunas se aprovechan de los nidos de otras aves. La lechuza con cuernos es muy grande. La cenicienta es la que chilla por la noche. Hoy otra especie que llora como un niño. Se tragan enteros a los ratones y a los murciélagos, y los pedazos que no pueden digerir los devuelven hechos bolitas. (Risas. Nat interrumpe exclamando: ¡Qué gracioso! ¡Qué interesante!). No ven de día; si se las saca a la luz revolotean medio ciegas, y los demás pájaros les dan picotazos como haciéndoles burla. La lechuza de cuernos tiene el tamaño de un águila; come conejos, ratas, culebras y pájaros; vive en las rocas y en las casas viejas y derruidas. Chilla como una persona asustada y asusta a la gente que camina de noche por los bosques. Las lechuzas blancas viven junto al mar y en los lugares fríos y se parecen algo a los halcones. Hay otra especie, llamada lechuza zapadora, que hace agujeros y vive como los topos. La que más abunda es la lechuza de los graneros. Vi una en

el hueco de un árbol; tenía un ojo cerrado y el otro abierto; parecía un gatito gris. Baja al suelo y se pasa horas y horas acechando a los ratones. He logrado cazar una: aquí está».

Así diciendo, Nat sacó de su chaqueta un pájaro, que parpadeó y sacudió las plumas asustado.

—¡No lo toquen! ¡Yo se los enseñaré! —murmuró Nat.

Primero puso un sombrero de papel sobre la cabeza del animalito; los muchachos rieron de lo gracioso del efecto. Luego le colocó unos anteojos del mismo material, con lo cual la lechuza resultó tan ridícula, que la algazara infantil aumentó. El experimento terminó haciendo que el ave se incomodara y se agarrase a un pañuelo. Después la soltaron y el animalito se colocó en un travesaño sobre la puerta, contemplando a la reunión con soñolienta dignidad.

—Tiene la palabra George.

Zampabollos se adelantó y dijo:

«He leído y aprendido mucho acerca de los topos; pero... se me ha olvidado casi todo. Sólo recuerdo que hacen agujeros para vivir en ellos; que se les caza echando agua en el agujero, y que para vivir necesitan comer mucho. He dicho». (*Grandes carcajadas y sonrisas alusivas a la voracidad del orador*).

—¿Hay alguien que quiera hacer uso de la palabra...? ¿Se levanta la sesión...? —preguntó el señor Bhaer.

—¡Eh! ¡Que no hemos acabado! —exclamó impetuosamente Tommy, guiñando un ojo al maestro, y haciendo con la mano una lente.

—Es verdad, me olvidaba de... Tiene la palabra —murmuró el maestro sentándose, mientras los demás niños, excepto Dan, mostraban inquieto regocijo.

Nat, Tommy y Medio-Brooke salieron y volvieron, casi inmediatamente, con una cajita de tafilete rojo sobre una bandeja de plata, cedida por tía Jo. Tommy la llevaba escoltado por sus dos compañeros; y se dirigieron a Dan, que los miró extrañado, creyendo que se trataba de una burla. Thomas tenía preparado un gran discurso, pero, al irlo a pronunciar, se le olvidó y dijo con sencillez:

—Compañero: sentíamos todos la necesidad de demostrarte nuestro afecto y de compensarte de algún modo por lo ocurrido. Recibe este obsequio, que deseamos te sea útil.

Dan, sorprendido y ruboroso, balbuceó: «¡Muchas gracias!», pugnando por abrir la cajita. Cuando vio lo que contenía, se le iluminó el rostro, tomó el tesoro tan anhelado y exclamó con entusiasmo que satisfizo a todos:

—¡Anda, anda! ¡Viva! Son unos compañeros increíbles. Tommy, ichoca esos cinco!

Hubo abundantes y cordialísimos apretones de manos. Los chicos estaban contentísimos viendo tan regocijado a Dan, y lo rodearon, admirando el microscopio.

El muchacho miró con gratitud a tía Jo y ésta dijo:

—No me agradezcas nada. Esto es cosa exclusiva de tus compañeros.

—Bueno; es igual —contestó Dan, estrechando con profundo reconocimiento las manos de los señores Bhaer; aquellas manos lo habían guiado y conducido al seguro refugio de un hogar feliz.

Teddy abrazó al héroe de la fiesta y le dijo:

—¡Mi «Danny»! ¡«Danny»...! ¡Ya te «cheren» todos aquí!

—Enséñanos el microscopio y déjanos ver algunos de esos infusorios y animalículos, como tú les llamas —murmuró

Jack, que se sentía tan inquieto y descorazonado por la escena anterior, que se hubiera escabullido, a no impedírsele Emil.

—Con mucho gusto; ya me dirán qué les parece —contestó Dan y colocó una mosca en el campo del microscopio.

Jack se inclinó a mirar y alzó la cabeza en seguida, murmurando espantado:

—¡Qué barbaridad! ¡Vaya una trompa que tiene! Ya comprendo por qué duele tanto cuando pica.

—¡Me ha hecho un mohín! —gritó Nan, que había metido la cabeza por debajo del hombro de Jack.

Todos los niños, por turno, fueron mirando. Luego, Dan les enseñó el plumaje suave de una polilla con alas; un cabello, las venas de una hoja, casi invisibles a simple vista, y que, a través de la lente, simulaban espesa red; la piel de los dedos, que parecían formar montes y valles; un gusano de seda, que semejava sedeña montaña, y el aguijón de una avispa.

—Pues señor, esto es lo mismo que los anteojos mágicos de que hablaba mi libro de cuentos, pero más curioso —observó Medio-Brooke, encantado con tanta maravilla.

—Dan es ahora un mago, y les enseñará milagros; cuenta, para ello, con dos grandes elementos: paciencia y amor a la naturaleza. Vivimos en un mundo bello y maravilloso, Medio-Brooke, y, cuanto más aprendas, mejor serás. Este cristal les proporcionará muchas enseñanzas, y les hará aprender admirables lecciones —dijo papá Bhaer, encantado de ver el interés de los niños.

—¿No podría yo, con ayuda del microscopio, ver el alma de las personas? —preguntó Medio-Brooke, muy impresionado por el poder de aquel maravilloso instrumento.

—No, querido mío. Su poder no alcanza ni alcanzará a tanto. Aún tienes que esperar mucho tiempo, hasta que tus ojos tengan poder suficiente para ver la más invisible de las maravillas de Dios. Pero mirando todo lo bello que puedes ver, comprenderás lo mucho bello que no puedes ver —contestó el maestro, acariciando al chiquitín.

—Bueno; Daisy y yo pensamos que los ángeles deben tener las alas como las de esa mariposa que vemos a través del cristal, pero de oro y más suaves.

—Créelo si te agrada, y guarda tus alitas brillantes y hermosas, pero no vuelas hasta que pase mucho tiempo.

—Bueno, hijos míos; tengo que hacer; los dejo con su nuevo catedrático de historia natural —exclamó tía Jo, saliendo muy satisfecha.

Así terminó, aquel día, la clase de composición.

Capítulo 18

Los jardines marchaban admirablemente aquel verano. En septiembre, con gran alegría, se procedió a la recolección. Jack y Ned juntaron sus haciendas, cosecharon papas, que era artículo de fácil salida y vendieron a buen precio hasta cien kilos a papá Bhaer, porque las papas se consumían pronto en Plumfield. Emil y Franz desgranaron sus cereales, los llevaron al molino y volvieron, orgullosamente, con harina bastante para el budín y los bollos de muchos meses. Se negaron a cobrar la harina, porque Franz decía:

—Aun cuando pasáramos la vida cosechando trigo, no pagaríamos a tío lo que ha hecho por nosotros.

Nat recogió habas en tal abundancia, que no sabía cómo trillarlas. Tía Jo resolvió el problema. Le aconsejó extender las vainas en el granero, que tocara el violín e invitara a bailar a los niños. Así se hizo la trilla.

Tommy, que pensara obtener una cosecha de habas en seis semanas, sufrió grave desengaño; el calor perjudicó a la siembra, el chico no le dio el riego necesario, y las orugas y cizaña acabaron con las plantas. Tommy cavó de nuevo la hacienda y sembró arvejas. Pero ya era tarde; los pájaros se comieron muchas; los plantones se cayeron con el viento; nadie cuidó de las plantas cuando brotaron, y como ya había pasado la época, pereció la sementera en el abandono. El muchacho se consoló con un caritativo esfuerzo; trasplantó a su huerto cuantos cardos borriqueros encontró, y se los ofreció al veterano borriquito, como manjar predilecto.

Medio-Brooke obsequió a su abuela, durante el verano, con lechugas y en el otoño le envió una cesta de nabos, tan

blancos y tan bien lavados, que parecían huevos.

Daisy cultivaba flores, y todo el estío dispuso de ellas en abundancia. Cuidaba concienzudamente el jardincito y contemplaba a las rosas, claveles y pensamientos con amistosa ternura. Enviaba ramos de obsequio a la ciudad; mantenía bien adornados los jarrones de la casa, y le encantaba contar la historia del pensamiento.

Nan recogía hierbas y cuidaba de su jardín botánico. En septiembre comenzó a cortar, secar y guardar algunas, anotando en un cuadernito los usos y propiedades. Había fracasado en varios experimentos y no quería dar otro mal rato al gatito «Huz» administrándole ajeno en vez de ipecacuana.

Dick, Dolly y Rob eran hortelanos infatigables. Los dos primeros tenían plantaciones de remolacha y de zanahorias, y se impacientaban al ver que aún no era tiempo de recolectar; Dick solía desenterrar las zanahorias para examinarlas; luego, volvía a plantarlas, confesando que Silas tenía razón.

Billy sembró pepinos que no llegaron a fructificar. Durante diez minutos lamentó el fracaso; luego, tomó las flores y pensó, el pobre inocente, que aquello le valdría mucho dinero y que sería tan rico como Tommy. Nadie quiso desengañarlo. El día de la recolección general, en un plantío seco de su huerto, Billy encontró seis naranjas, y esta cosecha lo llenó de júbilo. ¡La compasión de Asia había obrado el milagro de que un arbusto seco produjera de un día a otro hermosas naranjas...!

Zampabollos pasó disgustos con sus melones; antes de que madurasen, se dio un festín solitario, sufrió un cólico mayúsculo y casi se resolvió a no volver a probar el fruto de su cosecha. Pasó el tiempo, hizo la primera recolección y se abstuvo de comer. Los melones eran exquisitos. Lo último que quedaba eran tres sandías hermosísimas y anunció que

las iba a vender a un vecino; los niños sintieron viva contrariedad, porque habían creído que serían para ellos, y expresaron su descontento de un modo original. Cuando Zampabollos llegó una mañana al huerto, se encontró con que sobre la verde cáscara de cada sandía se destacaba grabada, en caracteres blancos, la palabra «Cerdo». Lloró, rabió y corrió a contarle lo ocurrido a tía Jo. Esta lo consoló y le dijo:

—Si estás dispuesto a renunciar a las sandías, yo te enseñaré la mejor manera de vengarte, y ya verás cómo te ríes de tus ofensores.

—Renuncio a las sandías; quiero vengarme y que se acuerden de mí los bribones.

—Bueno; pues no hables una palabra del asunto, y lleva las sandías a mi cuarto —ordenó tía Jo, que la noche antes había observado cuchichear y sonreír en secreto a tres muchachos, el crujido de las ramas del árbol inmediato al dormitorio de Emil, y a Tommy con una cortadura en el dedo.

Obedeció Zampabollos, y los autores de la broma fueron chasqueados al ver que las sandías faltaban y que el dueño estaba muy tranquilo. A la hora de comer, después de servido el budín, lo comprendieron todo. Mary Ann, con gesto socarrón, se presentó llevando una gran sandía Silas la seguía, con otra; y Dan entró con la tercera; las colocaron ante Tommy, Emil y Ned, que eran los culpables, y sobre la cáscara de cada fruto leyeron esta dedicatoria: Con los cumplidos del cerdo. La risa fue general porque todos estaban enterados de lo ocurrido. Los delincuentes, avergonzados, acabaron por reírse también; partieron las sandías y las distribuyeron afirmando, entre la aprobación unánime, que Zampabollos les había dado una lección.

Dan, por su ausencia y por la lesión del pie, no tenía huerto; su trabajo fue ayudar a Silas a partir leña para Asia y limpiar de hierbajos las sendas y el jardín.

La guardilla grande ofrecía aspecto muy pintoresco, por obra de las infantiles cosechas allí depositadas. En lindas bolsitas de papel, rotuladas, y en el cajón de una mesa, guardaba Daisy semillas de flores. Las hierbas medicinales de Nan colgaban en manojos de las paredes, impregnando de aromas el ambiente. Tommy tenía una cesta de flores de cardo, con sus semillas, para sembrar cardos el año siguiente, si antes el viento no se llevaba el depósito. Emil guardaba haces de espigas; Medio-Brooke, simientes para sus animales. Dan había llenado medio granero de nueces, castañas y bellotas.

Más allá del prado había un avellano, cuyos supuestos propietarios eran Rob y Teddy. Aquel año, el árbol estaba cargado de frutos y las avellanas caían entre las hojas secas, para regocijo de las ardillas, más vivas que los dos chicuelos.

Papá Bhaer les dijo que podían aprovecharse de las avellanas siempre que las recogieran ellos dos solos. La tarea era fácil y del agrado de Teddy, pero en cuanto reunía unas pocas, se cansaba. Entretanto las ardillas le hacían la competencia y acopiaban abundantes avellanas para alimentarse en el invierno. Esa competencia divertía muchísimo a todos.

—¿Vendieron el producto de las avellanas a las ardillas?

—No, ¿por qué? —inquirió Rob.

—Porque los animalitos corren tanto que van a dejar limpio el árbol.

—Hay para todos —murmuró Rob.

—No lo creas; quedan pocas.

Corrió Robby; dio un vistazo al árbol y se alarmó al convencerse de que los animalitos no perdían el tiempo. Avisó a Teddy y comenzaron a recolectar activamente, mientras las ardillas gruñían entre el ramaje.

Aquella noche sopló viento fuerte, que hizo caer muchas avellanas; tía Jo, al levantarse sus hijos, les dijo:

—Las ardillas los dejan sin cosecha.

—¡No faltaba más! —gritó Robby, tragando apresuradamente el desayuno y corriendo a defender lo suyo.

Teddy hizo lo mismo; ambos hermanos trabajaron sin parar, recogiendo y llevando avellanas al granero. Pronto tuvieron guardada la segunda partida. En esto sonó la campana anunciando la hora de entrar en la escuela.

—¡Papá! ¡Papá! —suplicó Rob, entrando en la clase con las mejillas rojas y el pelo alborotado—. ¡Permíteme que siga recogiendo avellanas! Si no, las ardillas se las llevarán todas. Luego daré las lecciones.

—Si hubieses madrugado diariamente y recolectado poco a poco, ahora no tendrías apuros. Te lo previne, y no hiciste caso. No puedo permitir que faltes a clase. Las ardillas saldrán gananciosas, y lo merecen, por haber trabajado mucho. Podrás salir de la escuela una hora antes que de costumbre. No puedo hacer más —dijo papá Bhaer.

El chico tuvo que resignarse, y aguardó impaciente el momento de salir. Era desesperante ver desde la ventana a las ardillas robar presurosas las avellanas, sin que el dueño pudiera evitar el despojo. Rob se consolaba algo viendo el afán con que Teddy competía con los animalitos. Este, aunque fatigado por tan dura labor, no cedía el campo a las «pícaras dillas». Su madre, admirada, fue a buscarlo. Cuando, por fin, salió Rob, halló a su hermanito cansadísimo sentado sobre la cesta, pero firme en su propósito, amenazando a los ladrones y tirándoles el sombrero, con una de sus manos sucias, y empuñando en la otra una magnífica manzana, que devoraba para cobrar bríos.

Rob ayudó con energía, y antes de las dos de la tarde la recolección había concluido, las avellanas en el granero, y los

trabajadores tan rendidos como satisfechos.

La cosecha de papá y de mamá Bhaer fue de distinto género y no es posible detallarla. Baste decir que estuvieron contentísimos de su labor veraniega y consideraron los resultados superiores a sus esfuerzos y esperanzas.

Capítulo 19

—¡Medio-Brooke! ¡Querido niño, levántate! ¡Es preciso...!

—¿Por qué? Acabo de acostarme y no amanece aún —contestó el chiquitín, despertando de su primero y profundo sueño.

—No son más que las diez de la noche, pero tu papá está enfermo y tenemos que ir a verlo. ¡Ay, John! ¡Pobre John mío! —exclamó tía Jo, sollozando.

El chico, asombrado y asustado, se despabiló al instante. Le dio miedo oír a mamá Bhaer llamarlo por su nombre de pila. La abrazó temblando.

La señora, dominándose, lo besó y le dijo:

—¡Vamos a darle un adiós, querido John! ¡No podemos perder tiempo! Vístete en seguida y ve a mi cuarto.

—Sí, tía —contestó el chico; se vistió rápidamente, dejó dormir a Tommy, y atravesó la silenciosa casa comprendiendo que algo nuevo y doloroso iba a ocurrir; algo que lo apartaría temporalmente de los niños; algo que haría que el mundo le pareciera tan oscuro, tan callado y tan extraño como habitaciones familiares en las sombras de la noche.

A la puerta esperaba un carruaje enviado por tío Laurie. Daisy, que se había arreglado en un momento, ocupó el asiento inmediato a su hermano, y, ambos niños, estrechándose las manecitas sin hablar con sus tíos que les acompañaban recorrieron velozmente en el coche el camino de la ciudad, y atravesaron calles desiertas para ir a decir

adiós a su padre.

Excepto Emil y Franz, nadie más sabía lo que pasaba, por eso al levantarse, experimentaron extrañeza y disgusto; la casa, sin dueños, parecía abandonada.

El desayuno resultó muy triste sin la presencia de tía Jo. Al llegar la hora de clase y mirar el sillón del maestro, los chicos, muy desconsolados, dieron vueltas inútiles durante una hora, aguardando noticias y deseando que el señor Brooke mejorase, porque todos querían mucho a Medio-Brooke y al pobre John.

Sonaron las diez y media y nadie llegó de la ciudad. No tenían ganas de jugar; el tiempo no pasaba y permanecían silenciosos e inquietos. Franz propuso:

—¿Quieren que entremos a la escuela y demos clase, como si papá Bhaer estuviera aquí...? Esto le agradaría y nos hará el día menos largo.

—¿Quién hará de maestro? —preguntó Jack.

—Yo sé casi lo mismo que ustedes a pesar de ser mayor, pero si no tienen inconveniente, ocuparé el lugar del maestro.

La modestia y formalidad de Franz impresionaron mucho a los niños. Vieron sus ojos enrojecidos, como si hubiera pasado llorando la noche, pero notaron en él algo nuevo y varonil, como si presintiendo el peso de la vida, comenzase a afrontar la lucha.

—Estoy conforme —contestó Emil sentándose y recordando que el primer deber de un marino es la obediencia a su superior.

Los demás siguieron el ejemplo; Franz ocupó el sillón de su tío y durante una hora reinó orden completo. Los niños estudiaron y dieron sus lecciones. Franz evitó las materias que desconocían; los alumnos, impresionados por la seriedad

del novel profesor, se mostraron respetuosos. Estaban en el ejercicio de lectura cuando escucharon pasos en el salón. Todos levantaron la cabeza para enterarse de lo que ocurría, cuando vieron al señor Bhaer. Aquel bondadoso semblante les dijo claramente que Medio-Brooke ya era huérfano. El excelente maestro se hallaba tan pálido, tan abatido, tan apesadumbrado, que apenas si pudo contestar a Rob, que le decía, en son de reproche:

—Papá..., ¿por qué me has dejado solo esta noche...?

Al pensar en aquel otro padre que aquella misma noche había dejado a sus hijos solos para siempre, el señor Bhaer abrazó estrechamente al chiquitín, y ocultó el rostro en la infantil cabellera. Emil reclinó la cabeza en el hombro de su tío; Franz, tiernamente, le apoyó una mano en la espalda. Los demás niños se sentaron en un silencio tan profundo, que se oía perfectamente el rumor de las hojas secas al caer desprendidas de los árboles del jardín.

Rob no se daba cuenta de lo ocurrido, pero acongojado por la aflicción de su padre, le dijo:

—¡No llores, Mein Vater! Hemos sido muy buenos todos y hemos dado las lecciones con Franz.

Irguió la cabeza el maestro, procuró sonreír y exclamó:

—¡Muchas gracias, hijos míos! Es una hermosa manera de animarme y consolarme. No lo olvidaré.

—Franz lo propuso y ha suplido muy bien su ausencia
—afirmó Nat, coreado por un murmullo de aprobación.

Papá Bhaer abrazó a su sobrino y expresó:

—Esto dulcifica mi amargura y me hace confiar en ustedes. Tengo que volver a la ciudad, y los abandonaré durante algunas horas. Pensé darles asueto por hoy o dejar que algunos fuesen a visitar a su familia; pero, si quieren

quedarse y seguir dando clase con Franz, me alegraré mucho y me sentiré orgulloso de mis amados discípulos.

—¡Queremos quedarnos! ¡Queremos quedarnos! ¡Franz nos dará lección! —respondieron los muchachos, satisfechos de la confianza depositada en ellos.

—¿No ha vuelto mamá? —preguntó tristemente Rob, porque la casa sin mamá era para él como el mundo sin sol.

—Los dos volveremos por la noche; tía Meg necesita ahora mucho a mamá, supongo que te gustará prestársela un rato...

—Bueno; pero Teddy llora, llama a mamá, le ha pegado a la niñera y está muy irritado —observó Rob, creyendo que tan importantes novedades apresurarían su vuelta.

—¿Dónde está mi hombrecito...?

—Dan se lo llevó, y logró consolarlo. ¡Mire qué contento está! —dijo Franz, señalando la ventana, por donde se veía a Dan paseando al chicuelo en el cochecito, rodeado de los perros.

—Bien. No voy a verlo para evitar que llore otra vez. Dile a Dan que le confío a Teddy. Ustedes quedan a cargo de Franz y de Silas. Bueno..., ¡hasta la noche, hijos míos!

—¡Dígame algo de tío John! —rogó Emil, deteniendo al señor Bhaer, que se alejaba presuroso.

—Estuvo enfermo solamente algunas horas y murió como había vivido: dulcemente, resignadamente.

La casa permaneció silenciosa todo el día y las clases se deslizaron sin novedad; a la hora del juego, los chiquitines se entretuvieron oyendo contar cuentos a Mary Ann; los mayorcitos salieron al jardín y hablaron mucho de tío John, comprendiendo que se había ido del mundo un ser bueno, honrado y justo.

Al oscurecer regresaron papá y mamá Bhaer. Medio-Brooke y Daisy eran un gran consuelo para su madre, que no quería separarse de ellos. Tía Jo estaba aniquilada y necesitaba calmarse. Lo primero que dijo al entrar fue:

—¿Dónde está mi chiquitín...?

—¡Aquí estoy! —contestó una vocecita.

Y mientras Dan depositaba a Teddy en brazos de su madre, éste, abrazándola, exclamaba:

—Mi Danny me ha cuidado, y yo he sido «beno», muy «beno».

Tía Jo se volvió para darle las gracias al niño, pero éste se escabulló entre sus camaradas, murmurando:

—Vámonos; no la molestemos haciendo ruido.

—No se vayan; deseo verlos y tenerlos cerca, hijos míos; hoy los he abandonado todo el día —dijo mamá Bhaer, acariciando a los muchachos y encaminándose, rodeada de ellos, a la salita. Luego, recostándose en el sofá, murmuró—: Ve, Nat, por el violín y toca alguna de las dulces melodías que últimamente te envió tío Teddy. La música me servirá tal vez para serenarme.

Corrió Nat en busca del violín y, sentándose en el vestíbulo, tocó con delicadeza infinita, con sentimiento prodigioso; parecía poner en el arco la gratitud de su alma. Los demás muchachos, sentados en la escalera, guardaron silencio y vigilaron para que nadie hiciera ruido.

Al fin tía Jo, asistida y velada por los pequeños, pudo descansar y dormir un rato.

Tranquilamente transcurrieron dos días. El tercero, al término de las clases, se presentó el señor Bhaer, conmovido y satisfecho al mismo tiempo, con una carta en la mano:

—Escuchen, hijos —exclamó, y leyó lo siguiente:

Querido hermano Fritz:

He sabido que no piensas traer hoy a esos niños, temiendo que no me agrade verlos. Te ruego que los traigas. A Medio-Brooke le resultará menos amargo este día, hallándose entre sus compañeros; además, deseo que oigan lo que el sacerdote diga de mi John. Seguramente les será provechoso. Me gustaría que esos niños entonasen algunos de los antiguos himnos que tú les has enseñado. No dejes de traerlos.

Te lo ruega tu hermana,

Meg.

—¿Quieren ir? —preguntó el maestro.

—¡Sí! ¡Sí! —contestaron los emocionados muchachitos.

Una hora después salieron con Franz, para asistir al modesto funeral de John Brooke.

La casita parecía tan risueña, ordenada y tranquila como cuando, diez años antes, entró en ella Meg recién casada; entonces era verano y todo estaba lleno de rosas; ahora, por ser otoño, todo se veía cubierto de hojas amarillas. La entonces recién casada era ahora viuda; pero ahora como entonces la dulce resignación de su alma proporcionaba majestuosa serenidad al rostro.

—¡Admiro tu valor, querida Meg! —exclamó tía Jo abrazándola tiernamente.

—Querida Jo, el amor que me ha sostenido durante diez años sigue sosteniéndome. El amor, esencia del alma, no puede morir; hoy John sigue estando a mi lado en espíritu.

—Tienes razón —asintió mamá Bhaer.

Allí estaban todos: el padre, la madre, tío Teddy, tía Amy, el venerable señor Laurence, los Bhaer, con los chiquitines, y muchas personas más. En su vida laboriosa y modesta era de presumir que John Brooke no había dispuesto de mucho tiempo para crear y cultivar amistades; y, sin embargo, surgían amigos por doquier; ancianos, jóvenes, pobres, ricos, humildes, aristócratas... Todos lo amaban, todos lo lloraban, todos lo bendecían.

Los mayorcitos contemplaban con honda emoción todo lo que se desarrollaba ante sus ojos. El funeral fue breve y sencillo; la voz del sacerdote, aquella voz que antaño sonara jubilosa al bendecir el matrimonio de John Brooke, cuando quiso pronunciar la oración fúnebre, tembló en un sollozo. El profundo silencio que siguió al último Amén, sólo se interrumpió por el llanto de Josy. El coro escolar, a una señal del señor Bhaer, entonó un himno suave y calmo. Todas las voces se unieron entonces, pidiendo a Dios paz para las almas.

La viuda de Brooke comprendió su acierto al pedir que los niños asistiesen al funeral; era consolador que la última despedida a un hombre honrado y justo saliera de labios inocentes; y era consolador ver cómo aquellos niños iban atesorando en la memoria emociones, recuerdos y ejemplos dignos de imitación. Daisy reclinaba la cabeza en el regazo materno, Medio-Brooke estrechaba una mano de su madre, y, de vez en cuando, la miraba como diciéndole:

—¡No te aflijas, mamá; aquí estoy yo!

La viuda, entre aquellas muestras de simpatía y cariño, comprendió que, como su marido, estaba obligada a vivir para los demás.

Aquella noche, cuando los niños de Plumfield estaban, según costumbre, sentados en la escalera, alumbrados por la luz de

una apacible noche de septiembre, la conversación recayó sobre el suceso del día.

Emil exclamó impetuosamente:

—Tío Fritz es el más sabio; tío Laurie el más ingenioso y divertido; pero tío John era el más bueno.

—Verdad. ¿Oyeron lo que le decían hoy unos caballeros a abuelito...? ¡Ojalá todos digan lo mismo de mí, cuando yo muera...! —murmuró Franz.

—No era rico, ¿verdad? —preguntó Jack.

—No.

—¿Nunca hizo nada que llamase la atención?

—No.

—¿No era nada más que bueno...?

—Nada más.

Franz, al ver el desencanto de Jack, lamentó que tío John no hubiese realizado algo estupendo.

—¡Nada más que bueno! ¡John Brooke sólo fue bueno! —intervino el señor Bhaer—. Sepan por qué todos le honraban y querían y por qué prefirió ser bueno a ser rico o famoso. Cumplía sencillamente con su deber, siempre y en todas las ocasiones, viviendo satisfecho y feliz en medio de la pobreza, del aislamiento y del trabajo. Era buen hijo y renunció a ambiciones personales por no separarse de su madre. Era buen amigo y enseñó a tío Laurie el griego, el latín y muchas cosas más, aparte del ejemplo de una vida honrada. Era obediente, inteligente, adicto y leal. Era buen esposo, y buen padre, tan amante de su familia que supo sacrificarse por ella.

Papá Bhaer siguió en tono más sereno y conmovido:

—Cuando agonizaba, le dije: «No te inquietes por Meg, ni por los niños; me encargo de que nada les falte». Sonrió, me estrechó la mano y me contestó risueño como siempre: «No te molestes, nada les faltará, ya lo he previsto». Efectivamente, cuando vimos sus papeles, los encontramos en orden; no tenía deudas, y con los ahorros que deja hay suficiente para que Meg y los niños puedan vivir con comodidad e independencia. Entonces comprendimos por qué vivió siempre modestísimamente, rehusándose todas las satisfacciones, excepto las de la caridad; entonces comprendimos por qué había trabajado tanto, lo que hacía temer por su salud y su existencia. Auxilió a los demás, y nunca pidió auxilio ajeno; valerosamente llevó toda su carga. Nadie tuvo queja de él; siempre se mostró justo, generoso y compasivo. Ahora que ya no existe, todos lo alabamos, hasta el extremo de que siento orgullo por haber sido su amigo. Preferiría dejar a mis hijos, mejor que una inmensa fortuna, la herencia que él deja a sus hijitos. Sí, la bondad, la bondad es el mejor tesoro del mundo. Ella subsiste, mientras la fama y el dinero desaparecen, y es la única riqueza que podemos llevarnos al abandonar esta vida. Recuérdelo bien, hijos míos; y si quieren lograr respeto, confianza y cariño... isigan las huellas de John Brooke...!

Algunas semanas después volvió Medio-Brooke a Plumfield. Parecía haberse consolado de la desgracia, con esa facilidad que la infancia tiene para cicatrizar todas las heridas. Así era, hasta cierto punto; pero el pequeño no olvidaba, por su carácter reflexivo, en el cual todo imprimía profunda huella.

Jugaba, estudiaba, trabajaba y cantaba como antes; pocos sospechaban que el chico hubiese cambiado, pero así era; tía Jo lo sabía, y procuraba constantemente consolar al huerfanito.

Tan unido estaba el chico a su padre, que cuando la muerte rompió aquel dulce lazo, el corazón del huerfanito derramó sangre y siguió sangrando. El tiempo fue piadoso con Medio-

Brooke, que, al fin, lentamente, llegó a forjarse la ilusión de que no había perdido a su padre sino que éste se hallaba ausente y de que, tarde o temprano, volvería a abrazar a sus hijitos. A esta creencia se aferró el niño, y en ella encontró consuelo y sostén.

El cambio exterior corrió parejo con el interior, porque durante aquellas semanas el chico creció mucho y renunció a los juegos infantiles, no avergonzado de ellos, sino deseando algo más varonil.

Se dedicó con ahínco al estudio de la aritmética, que antes le era antipática.

Papá Bhaer estaba admirado, pero se explicó aquella aplicación cuando le oyó decir:

—Cuando sea mayor, deseo ser tenedor de libros como papá, y para ello necesito saber mucha aritmética para llevar los libros en la misma forma que él.

Otra vez le preguntó formalmente a su tía:

—¿Qué puede hacer un niño para ganar dinero...?

—¿Para qué quieres saberlo, querido mío...?

—Porque mi padre me encargó que cuidase de mamá y de mis hermanitos, y deseo hacerlo, pero no sé cómo.

—Ese encargo fue para cuando seas mayor.

—Bueno, pero deseo empezar cuanto antes. Quiero ayudar a mi familia. Otros niños pequeños ganan algo.

—Bien; pues recógeme hojas secas de maíz para llenar un colchón. Te pagaré un dólar por ese trabajo.

—Me parece demasiado. Es trabajo que puedo hacer en un día. Usted sólo debe pagarme lo justo.

—Bien; no te daré un céntimo de más; cuando acabes esa tarea, te daré otra —dijo tía Jo emocionada por el deseo noble de aquel pequeñuelo, y por su recto sentido de la justicia, semejante al de su digno padre.

Después de recoger las hojas del maíz, llevó muchas carretillas de leña menuda al cobertizo, y ganó otro dólar. Luego, bajo la dirección de Franz, trabajando de noche, aprendió a encuadernar los libros de la escuela, y consiguió reunir más fondos.

—Me gustaría llevar a casa los tres dólares ahorrados; así verá mamá que cumplo la voluntad de mi padre —insinuó el muchacho.

Efectivamente, fue a entregar a su madre el dinero que ganara trabajando. La madre lo recibió como si se tratara de un gran tesoro, y lo hubiera guardado intacto si el niño no le hubiese rogado que lo invirtiera en adquirir alguna cosa útil para ella o sus hermanitos, que ingenuamente creía que estaban a su cuidado.

La idea de que ayudaba al sostenimiento de la familia lo complacía, y aunque a veces y por ratos se olvidaba de sus responsabilidades, se robustecía con el tiempo. Siempre decía «mi padre» con orgullosa satisfacción, y, con frecuencia, como el que ostenta un título de honor, solía exclamar:

—Ya no soy Medio-Brooke. ¡Ya soy John Brooke!

Y así, fortalecido por dignos propósitos y por legítimas esperanzas, aquel muchachito de diez años comenzaba bravamente a luchar en el mundo y entraba en posesión de su herencia: la memoria de su padre inteligente, amante y laborioso: la herencia de un hombre honrado...!

Capítulo 20

Con los primeros fríos de octubre llegaron las alegres fogatas en las grandes chimeneas, y comenzaron a arder las astillas acarreadas por Medio-Brooke, y a chisporrotear los troncos de encina que Dan cortara a hachazos. Todo era júbilo junto al fuego, y las veladas pasaban jugando, leyendo y trazando planes para el invierno. La diversión favorita era contar y oír cuentos. Papá y mamá Bhaer tenían abundante provisión, pero cuando ésta se agotaba, los muchachos procuraban suplir la falta con recursos propios, que no siempre alcanzaban buen éxito.

Una noche, mientras los más pequeños descansaban abrigaditos en sus cunas, los mayores, junto a la chimenea, discutían qué hacer.

Medio-Brooke, empuñando la escobilla de la chimenea, y gritando: «¡De frente!», formó a sus compañeros y les dijo:

—Tienen dos minutos para proponer a qué jugamos.

Los muchachos reflexionaron; Emil y Franz continuaron sentados; el primero leía la Vida de Lord Nelson, y el segundo estaba escribiendo.

—¿A qué jugamos, Tommy? —preguntó Medio-Brooke apoyando la escobilla en la cabeza del interrogado.

—¡A la gallina ciega!

—¿A qué jugamos, Zampabollos...?

—A comer manzanas asadas, castañas y nueces.

—Debíamos invitar a las niñas —observó galantemente Medio-

Brooke.

—Daisy pela las castañas con mucha gracia —insinuó Nat, deseoso de que su amiguita participase de la fiesta.

—Nan es un prodigio partiendo nueces —dijo Tommy.

—Bueno; pues que vengan sus novias; no nos importa —afirmó Jack.

—¡No digas tonterías! Mi hermana no es novia de nadie —exclamó Medio Brooke.

—Es novia de Nat. ¿Verdad, musiquillo?

—Si Medio-Brooke no se incomoda, contestaré que sí.

—Pues Nan es mi novia, y nos casaremos dentro de un año; ya lo saben, para no estorbar —dijo Tommy, que había convenido con Nan en casarse y en vivir en el sauce, con una gran cesta de comida y otras cosas útiles y agradables.

Calló Medio-Brooke y del brazo de Tommy se fue en busca de las damas.

—Mamá Bhaer, ¿tendría la bondad de cedernos un ratito a las niñas? Gustosamente cuidaremos de ellas —dijo Tommy guiñando un ojo para dar a entender que había manzanas, castañas y nueces.

Las muchachitas entendieron el gesto y soltaron agujas y dedales antes de que tía Jo adivinase si Tommy estaba bromeando o sufría un ataque convulsivo. Medio-Brooke dio explicaciones y, otorgado el permiso, salieron juntos.

—No hables con Jack —dijo Tommy acompañando a Nan, que iba por un tenedor para trinchar las manzanas.

—¿Porqué...?

—Porque me hace burla.

—Pues le hablaré, si quiero.

—Entonces dejarás de ser mi novia.

—¡Qué me importa!

—Está bien. ¡Creí que me querías mucho, Nan! —exclamó Tommy, con tierna reconvención.

—No le hagas caso a Jack, y déjame hablar con todos.

—Toma tu anillo; no quiero llevarlo ya —dijo Tommy, devolviendo una sortija de cerdas de caballo, recibida en prueba de afecto a cambio de otra hecha con barbas de langosta.

—Se la daré a Ned —contestó cruelmente Nan, que sabía de la admiración de Ned.

—¡Sarapucio! ¡Tormenta de tórtolas! —rugió el galán, para desahogar su furor, y abandonó a Nan, dejándola con el tenedor.

La niña se vengó del desaire pinchándole el corazón como si fuera una manzana, con el tenedor de los celos.

Saltaban las castañas alegremente en el rescoldo. Dan partió las nueces más selectas de su cosecha, y todos charlaron y rieron mientras bramaba el viento y la lluvia azotaba los cristales de la ventana.

—¿En qué se parece Billy a una nuez? —preguntó Emil.

—En que está cascado.

—Es una cobardía hacer burla de quien no puede contestar ni defenderse —dijo Dan.

—¿En qué se parece Daisy a una abeja? —propuso Nat.

—En que es la reina del enjambre —apuntó Dan.

—No.

—En que es dulce.

—Las abejas no son dulces.

—Nos damos por vencidos.

—En que hace cosas dulces, está siempre ocupada y le gustan las flores —declaró Nat, amontonando piropos, mientras Daisy se ruborizaba.

—¿En qué se parece Nan a un tábano? —interrogó ceñudamente Tommy, exclamando, sin aguardar respuesta:

—En que no es dulce, en que arma mucho ruido por nada y en que pica con furia.

—¿Qué hay en las vinagreras que se parezca a Tommy? —dijo Nan.

—El tarro de la pimienta —respondió Ned, ofreciendo una nuez mondada a la niña y sonriéndole con una sonrisa tan mortificante que hizo que Tommy saltara, como las castañas en la lumbre, preparándose a pelearse con alguien.

Franz, siempre pacificador, intervino y propuso:

—Vamos a establecer como ley que el primero que entre aquí, sea quien sea, ha de contarnos un cuento.

El proyecto se aprobó por unanimidad.

Momentos después se presentó Silas llevando una brazada de leña y fue recibido con estrepitosas aclamaciones. Este quedó estupefacto, hasta que Franz le explicó lo que pasaba.

—¡Bueno, bueno! Yo no sé cuentos —contestó soltando la leña y presto a marcharse. Los chicos le rodearon, le hicieron

sentar y alborotaron tanto, que el bondadoso y atlético hortelano se dio por vencido.

—No sé de cuentos. Si quieren, les referiré la historia de un caballo.

—¡Sí! ¡Que la cuente! ¡Que la cuente! —gritaron todos.

—Bueno —exclamó Silas apoyando el respaldo de su silla contra la pared y metiendo los pulgares en las sisas del chaleco—. Pues, durante la guerra, serví en un regimiento de caballería, y estuve en muchos combates. Mi caballo «Sargento» era un animal muy bueno; yo lo quería como a una persona. No era bonito, pero sí noble, manso y cariñoso. Cuando, por vez primera, entré con él en batalla, me dio una buena lección. Ya verán. Ni sé, ni puedo describir, ni conviene oír, los horrores de las batallas. De mí sé decir que al entrar en combate me aturdí tanto que no me di cuenta de nada. Nos dieron orden de cargar, y bravamente principiábamos la carga, sin detenernos a recoger a los que caían. De pronto recibí un balazo en un brazo y caí de la silla quedando atrás, junto a un montón de muertos y de heridos. Bueno, pues me levanté y miré a ver si andaba por allí «Sargento». Ya lo daba por perdido cuando oí un relincho. Miré y vi que «Sargento» había retrocedido para buscarme, como si no comprendiera por qué me quedaba yo atrás. Le silbé, y, como estaba acostumbrado, llegó trotando hasta mí. Monté como pude, con el brazo izquierdo ensangrentado, pensando volver al campamento, porque me sentía acobardado; a muchas personas les sucede lo mismo la primera vez que asisten a una batalla. ¡Pues no pude realizar mi plan! «Sargento», más valiente que yo, se negó a retroceder; relinchó, resopló, levantó la cola y enderezó las orejas como si el olor de la pólvora y el fragor del combate lo atrajesen. Procuré que me obedeciera; pero se encabritó y brincó como si estuviera loco, y... ¡Pues dio un salto, arrancó al galope como un huracán y se metió en lo más duro de la refriega!

—¡Bravo! —gritó Dan, entusiasmado.

—Me avergoncé de mi conducta —continuó Silas—. Enloquecí, me olvidé de la herida, y furiosamente, comencé a repartir mandobles a izquierda y derecha, hasta que una granada estalló en las filas, hiriendo a muchos. Durante un rato perdí el conocimiento; cuando reaccioné, la batalla había concluido y me encontré cerca de un muro, al lado del pobre «Sargento» que estaba tumbado en tierra y peor herido que yo. Yo tenía una pierna rota y un balazo en el hombro; pero él, ¡pobrecillo!, tenía el vientre destrozado.

—Silas, y entonces, ¿qué hizo usted? —preguntó Nan, aproximándose con intenso interés al narrador.

—Me arrastré hasta su lado, y con los trapos que pude desgarrar con la mano sana procuré contener la sangre. ¡Era inútil! El animal relinchaba dolorosamente y me miraba con tristeza. Yo estaba angustiado y lo auxilié como pude. Al notar el calor que sentía, y ver que el animal sacaba la lengua, quise llevarle agua de un arroyo que corría a alguna distancia de allí; pero estaba tan débil que apenas podía moverme. Un herido del ejército enemigo agonizaba a pocos pasos, con el pecho atravesado por un balazo. Abaniqué a «Sargento» con mi sombrero y ofrecí el pañuelo al herido para que se preservase la cara de los rayos del sol. El infeliz me lo agradeció mucho. Sepan que en los trances supremos, los hombres, para auxiliarse mutuamente, no se fijan en si pertenecen a distinto campo. El agonizante me alargó un frasco y me dijo: «Toma, es agua; a mí ya no ha de servirme». Le di y bebí un sorbo de aguardiente, que nos confortó algo... (Silas se emocionaba al recordar aquellos angustiosos instantes).

—¿Y «Sargento»? —preguntaron los niños.

—Le humedecí la lengua con el agua del frasco; el pobre animal me miró con gratitud. Se moría en medio de sufrimientos atroces y compadecido, lo libré de ellos. Durísimo fue el medio, pero lo empleé por caridad, y de

seguro me perdonó el pobre caballo.

—¿Qué hizo usted...? —preguntó Emil, mientras Silas, conmovido, se detenía impresionado.

El hortelano prosiguió:

—Le di un tiro por ahorrarle sufrimientos. Lo acaricié, le dije «abur», le hice que colocara la cabeza sobre el césped, lo miré y le descerrajé un balazo en la cabeza. Apenas si se estremeció; cuando lo vi completamente inmóvil, sin quejarse y sin sufrir, me alegré..., y ino me avergüenza decirlo!, le eché los brazos al cuello y lo besé cariñosamente. ¡Si seré tonto! —murmuró Silas pasándose la manga de la chaqueta por los ojos, tan enternecido por los sollozos de Daisy como por el recuerdo de «Sargento».

Reinó el silencio; todo se sentían como Daisy, aunque no lloraban.

—¿Y murió el herido? —preguntó Nan ansiosamente.

—Inmediatamente, no. Pasamos el día tendidos en el campo de batalla; por la noche mis compañeros llegaron a recoger los heridos. Quisieron llevarme a mí primero, pero logré convencerles de que mi herida podía esperar, mientras que la del soldado enemigo era mortal. Al fin se lo llevaron. Aún tuvo fuerzas para alargarme la mano, murmurando «¡Gracias, camarada!». Una hora después expiró en el hospital.

—¡Cuánto se habrá alegrado usted de haberse mostrado compasivo! —murmuró Medio-Brooke, emocionado.

—Sí; me alegré, y me sirvió de consuelo mientras estuve en el campo, con la cabeza apoyada en el cuello de «Sargento», viendo salir la luna y aguardando la vuelta de mis compañeros. Pensé en enterrar al caballo, pero no pude; tuve que contentarme con cortarle un mechón de crin, que guardo desde entonces. ¿Quieren verlo...?

—Sí —contestó Daisy, enjugándose las lágrimas.

Sacó Silas del bolsillo una cartera vieja; la abrió y tomó de ella un papel oscuro; lo desenvolvió y mostró un nudo hecho con crines blancas que los niños miraron con respetuosa emoción.

—La historia es muy bonita y me ha gustado mucho, a pesar de haberme hecho llorar —dijo Daisy, ayudando a Silas a guardarla reliquia. Mientras, Nan echó en el bolsillo del buen hombre un puñado de castañas asadas. Los chicos reconocieron que la historia tenía dos héroes, y aclamaron y felicitaron al hortelano, que se retiró admirado del gran éxito de su narración.

Los muchachos se entretuvieron comentando el caso y acechando la llegada de una nueva víctima. Esta fue tía Jo, que, con el pretexto de hacerle un delantal a Nan, fue a ver a los chicos, que hacía rato faltaban.

La recibieron con gran algazara y la enteraron del juego.

—Bueno; me someto. ¿Soy el primer ratón que ha caído en la trampa?

Los muchachos le contaron que Silas había sido la primera víctima.

—¿De qué clase quieren el cuento...?

—De niños.

—Y que haya en él alguna fiesta —indicó Daisy.

—Y algo bueno que comer —añadió Zampabollos.

—Bien; les contaré una historia que escribió una bondadosa anciana. El relato les agradará, porque en él se habla de niños y de «algo bueno que comer».

—¿Cómo se titula el cuento? —dijo Medio-Brooke.

—«El niño sospechoso».

Nat levantó la cabeza, como dándose por aludido. Tía Jo habló así:

—La señora de Grane tenía una escuela para niños en un pueblecito muy tranquilo. En la casa había seis internos, y de la ciudad acudían cuatro o seis externos. Entre los internos había uno llamado Lewis White, que no era malo; pecaba de tímido, y solía de vez en cuando soltar alguna mentirita. Cierta día un vecino regaló a la maestra una cestita de agraz, que se empleó en hacer una docena de tortas chicas.

—No me gustaría hacer tortas de agraz. Desearía saber si las hizo como hago yo las de fresa —preguntó Daisy, muy intrigada en todo lo referente a cocina.

—¡Chist! —exclamó Nat, colocándole una castaña grande en la boca, para imponerle silencio.

—Cuando estuvieron hechas las tortas, la señora de Grane las colocó en la despensa, sin decir nada, porque quería sorprender a los niños a la hora del té. En el momento oportuno, cuando todos estaban sentados a la mesa, fue por el obsequio, pero volvió muy disgustada. ¿Qué dirán que había ocurrido?

—¡Que alguien se las llevó! —contestó Ned.

—No, señor; las tortas estaban allí; pero alguien les había quitado la corteza superior, habían comido todo el agraz, y volvieron a dejarlas tapaditas.

—¡Qué acción tan fea! —dijo Nan mirando a Tommy, como dándole a entender que él habría hecho lo mismo.

—Cuando la señora refirió lo ocurrido y mostró las tortas despojadas del sabroso fruto, los muchachos lo lamentaron mucho y declararon que no sabían nada. «Habrán sido las

ratas», observó Lewis, que fue de los que más protestas de inocencia hizo. «Las ratas se hubieran comido todo, pero no se habrían entretenido en tapar y destapar el dulce; esto lo ha hecho algún niño», replicó la maestra, más afligida por las negativas que por el daño. Acostáronse los chicos después de cenar; a medianoche, la señora Grane oyó que alguien se quejaba; se levantó y halló a Lewis gimiendo y llorando. Indudablemente padecía un cólico grave. La maestra se alarmó y al ordenar que llamasen al médico, el enfermo dijo: «Es el agraz; me lo comí; debo confesarlo antes de morir». «Si es eso, yo te daré un vomitivo y te pondrás bueno», contestó la señora. Así ocurrió. A la mañana siguiente, el culpable rogó a la maestra que callara lo ocurrido, para que los demás niños no se burlaran. Accedió a ello la señora, pero Sally, la criada, ya se lo había contado a todos y Lewis soportó mucho tiempo las bromas de sus camaradas, que le llamaban «Viejo agraz» y le preguntaban por las tortas.

—La maldad se descubre siempre —observó Medio-Brooke.

—Siempre, no —repuso Jack, que se había vuelto de espaldas, y estaba asando castañas, para ocultar su rubor.

—Y... ¿es todo? —insinuó Dan.

—Sí; lo referido es sólo la primera parte de la historia. La segunda es más interesante. Transcurrió el tiempo y un día llegó un buhonero a la escuela, deteniéndose para ofrecer sus mercancías a los niños; algunos compraron peines de bolsillo, lápices y otras baratijas. Lewis anduvo mirando mucho un cortaplumas de nácar, pero no lo compró porque no tenía dinero, y no encontró quién le prestara. Tuvo el cortaplumas en la mano dándole vueltas, admirándolo y suspirando por él, hasta que el hombre recogió sus cajones para marcharse; entonces lo dejó caer con sentimiento, y el mercader continuó su camino. Pero al día siguiente volvió el buhonero, diciendo que no encontraba el cortaplumas y que creía haberlo dejado en la escuela. No quería perderlo, porque era de nácar, y valía mucho. Los chicos dijeron que

no habían encontrado el cortaplumas. «Este muchacho fue el último que lo tuvo; y, parecía gustarle mucho. ¿Está seguro de habérmelo devuelto?», dijo el hombre dirigiéndose a Lewis, que, afligidísimo, negó haber guardado el cortaplumas, y afamó insistentemente que lo había devuelto. Nadie le creyó, todos lo consideraron culpable, y, tras una escena borrascosa, la maestra pagó el precio fijado al objeto, y el buhonero se marchó.

—¿Lo tenía Lewis? —preguntó Nat, muy excitado.

—Ya verán. El pobre Lewis pasó muy malos ratos. Sus compañeros le decían constantemente: «Viejo agraz, préstame tu cortaplumas de nácar». Lewis, harto de sufrir, pidió volver a su casa. La maestra procuró que los niños se moderasen, pero esto era difícilísimo de conseguir. Los niños pueden acostumbrarse a no golpear a un compañero que está en el suelo, pero no a dejar de molestar al que cae en desgracia.

—¡Sé algo de eso! —murmuró Dan.

—Y yo también —confirmó Nat.

—Bueno; pues pasaron muchas semanas y el asunto no se aclaraba. Los niños ignoraban a Lewis, y éste sufría tanto y estaba tan resuelto a no faltar nunca a la verdad, que la maestra se compadeció y llegó a creer que el niño era inocente.

Al cabo de dos meses se presentó el buhonero, y lo primero que dijo fue: «Señora, el cortaplumas ha aparecido; estaba entre el forro y la madera de una de mis cajas; como usted me lo pagó, me he creído en el deber de venir inmediatamente a comunicárselo». Todos los niños, avergonzados al oír esto, pidieron perdón a Lewis, que, cariñosamente, se lo concedió. La señora Grane regaló el cortaplumas a Lewis, y éste lo conservó como recuerdo de una falta que le hizo perder temporalmente, con injusto

motivo, su buena fama.

—Desearía saber por qué las cosas de comer hacen daño cuando son hurtadas, y no hacen daño cuando se comen en la mesa —preguntó Zampabollos.

—Tal vez porque la conciencia afecta al estómago —contestó tía Jo sonriendo.

—Debería contarnos otro, mamá Bhaer —suplicó Nat.

En ese momento apareció Rob arrastrando la colcha de su camita, y diciendo a su madre:

—Oí mucho ruido; pensé que estaba ardiendo la casa y he venido a enterarme.

—¿Y crees tú, niño malvado, que yo me iba a olvidar de ti? —exclamó tía Jo, aparentando seriedad.

—No; pero pensé que te alegrarías viéndome sano y salvo.

—Donde quiero verte es en la cama; anda ya y acuéstate.

—Eso es lo que debes hacer —observó Emil—, porque todo el que entra aquí tiene la obligación de contar un cuento, y tú no sabes.

—Sí, sé. Le cuento a Teddy muchos cuentos de osos, y de la luna y de mosquitos que hablan.

—Pues cuenta uno o te llevo a la cama —observó Dan.

—Bueno, pero espera que lo piense —contestó Rob, embozándose en la colcha—. Bien, ya está pensado el cuento.

»Pues, señor, hágase éste y cuento, como que ésta era una madre, y esta madre tenía un millón de niños, entre este millón de niños había un nene muy chiquitín y muy mono. Y a este nene muy chiquitín y muy mono le dijo un día la madre: 'Que no salgas a jugar al patio'. Pero en cuanto la madre se

fue, el nene salió al patio, empezó a jugar con la bomba del agua, cayó al pozo y se ahogó...».

—Y ¿qué más? —preguntó Franz.

—Y ¿qué hizo la madre cuando el niño se cayó al pozo? —interrogó tía Jo.

—Pues la madre fue y sacó al niño del pozo con la misma bomba de sacar agua, lo envolvió en un periódico, y lo puso a secar para guardarlo para semilla y sembrar niños.

Ruidosas carcajadas acogieron aquella conclusión. Tía Jo acarició al niño, y le dijo:

—Hijito, has heredado de tu madre la facultad de cuentista. ¡La gloria te espera!

—El cuento me ha salido bonito. ¿Puedo quedarme aquí un rato? —preguntó Rob, orgulloso del éxito logrado.

—Puedes estar hasta que te hayas comido estas cuatro castañas —contestó la madre, confiando en que el chico se las comería en el acto.

—Tía Jo, debería usted contarnos otro cuento, mientras Rob se come las castañas —insinuó Medio-Brooke.

—Sólo me acuerdo del de «la leñera».

—¡Muy bien! Pues empiece cuanto antes.

—James Snow y su madre vivían en una casita, en New Hampshire...

»Eran pobres, el muchacho tenía que trabajar para sostener a su madre, pero amaba el estudio tanto como odiaba el trabajo, y se pasaba los días enteros sentado, leyendo libros.

»Bueno; pues aunque James no era egoísta, dejaba que su madre trabajase para comprarle libros. En otoño el muchacho

quiso ir a la escuela, y fue a visitar al señor cura, para ver si éste podía ayudarle, proporcionándole vestidos y libros.

»El señor cura, que estaba enterado de todo, creía que un niño que se olvida de su madre no puede ser útil en una escuela, pero, ante las súplicas de James, le dijo así:

«—Me encargo de facilitarte libros y ropa, con una condición: la de que tú solo cuides de tener, durante todo el invierno, llena de leña la leñera de la casa de tu madre. Si faltas a esa obligación, se acaba la escuela.

»James, viendo y pensando que era muy fácil cumplir tal compromiso, aceptó en el acto.

»Comenzó a ir a la escuela y, durante algún tiempo, la leñera estuvo repleta, porque había astillas y ramas en abundancia. Salía por la mañana y tarde, y volvía con una cesta llena, y como la madre no malgastaba el combustible, la tarea no era dura. Pero en noviembre, al llegar las heladas y los días fríos y tristes, aumentó el consumo de leña. La madre compró una carga con el dinero que había ganado, pero la carga se consumió antes que el muchacho pensara en reponerla. La pobre mujer estaba muy débil y achacosa, y el reumatismo le impedía trabajar.

»El muchacho tuvo que pensar seriamente en lo que iba a hacer. Le dolía robar tiempo al estudio, porque no soltaba los libros más que para comer o para dormir, y adelantaba rápidamente. Pero convencido de que el señor cura cumpliría su palabra, James, aunque de mala gana, resolvió ganar dinero en las horas que le quedaran libres, para evitar que la leñera llegase a estar vacía. Actuó de mandadero, cuidó la vaca de un vecino, ayudó al sacristán a limpiar la iglesia, y así se fue agenciando medios para comprar combustible en pequeñas cantidades. Pero el trabajo era duro, los días cortos, el invierno muy frío, y daba pena soltar los amados libros para emprender antipáticas faenas. El señor cura lo observaba todo, y, sin que el chico lo supiera, le ayudaba,

viendo que James, aceptando el deber del trabajo se mantenía firme en sus estudios y tareas. La víspera de Navidad en la puerta de la casa de Snow apareció una gran carga de leña con una sierra nueva y un papel que decía así: 'Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos'. Aquella mañana, el muchacho se encontró, primeramente, con el regalo de unos mitones de lana que le hiciera su madre; después, con muchas caricias de la pobre mujer, que elogió el buen cumplimiento de sus deberes filiales; y, por fin, con la carga de troncos de encina y de pino, y la sierra. Corrió a dar las gracias al señor cura. Empuñó la herramienta, y abrigaditas las manos con los mitones, pasó el día llenando la leñera, muy alegre, comprendiendo que es bueno aprender las lecciones de los libros y las que enseña el maestro, pero que tan bueno o mejor es aprender las lecciones que Dios ofrece...». ¡Colorín, colorado, este cuento se ha acabado!

—¡Bravo! —exclamó Dan—. Ese muchacho es muy simpático.

—Tía Jo —observó Medio-Brooke—. ¡Estoy dispuesto a traerle leña!

—Mamá Bhaer —insinuó Nan—. ¡Cuéntenos algo de cualquier niño malo! ¡Eso me divierte más!

—Prefiero oír algo de cualquier niña malvada y antipática —advirtió Tommy, que estaba pasando un mal rato con los celos de Nan. Las manzanas le parecían amargas; las castañas, insípidas; duras las nueces; y angustiada la vida, al ver a Nan charlar jovialmente con Ned.

Pero tía Jo se encontró con que Rob estaba profundamente dormido, lo envolvió en la colcha y lo llevó a la cama, renunciando a contar más cuentos.

—Veremos quién entra —murmuró Emil, dejando la puerta tentadoramente entreabierta.

—¡Es tío Fritz! Ríanse fuerte, y así entrará —dijo Emil. Estalló una carcajada, y, en efecto, apareció papá Bhaer.

—¡Hola! ¿Están contentos, hijos...?

—¡Cayó en la trampa! —gritaron los muchachos, enterando al maestro de la obligación que había contraído.

—Bueno; pues me someto a la ley —afirmó el profesor—. Allá va mi cuento: «Hace mucho tiempo, el abuelo de Medio-Brooke tuvo que ir a una gran ciudad, para buscar ayuda con destino a unos huerfanitos. La gestión fue afortunada y salió de la capital muy satisfecho, llevando bastante dinero en el bolsillo. Iba solo, guiando un pequeño coche, camino de otra población, y al oscurecer, atravesando un bosque solitario pensó que aquel sitio era muy propicio para que le robaran. De repente, vio salir de la espesura a un hombre mal vestido. Temiendo ser despojado, el abuelo pensó en retroceder. Pero el caballo estaba fatigadísimo y el viajero no quiso demostrar su recelo. Cuando se encontró más cerca, al ver la pobreza del hombre, le dijo afectuosamente: 'Suba usted, amigo; parece estar cansado'. Este, sorprendido, vaciló, y subió al fin. Guardó profundo silencio. El abuelo, discretamente, le habló de lo malo que era el año, de la miseria que reinaba y de los apuros que estaban pasando los pobres. Al cabo, el desconocido se ablandó, y, conquistado por la simpatía, narró su historia: acababa de salir del hospital, no encontraba trabajo, tenía muchos hijos y estaba desesperado por la falta de recursos. El abuelo se compadeció tanto, que olvidó todo recelo, y preguntó al infeliz cómo se llamaba y dónde vivía, ofreciéndole buscar trabajo. Al sacar el lápiz y el cuaderno de notas para apuntar las señas, se vio la cartera llena de billetes de banco. El hombre la miró codiciosamente y el abuelo temió ser robado; sin embargo, dijo con gran tranquilidad: "Aquí llevo algún dinero destinado a unos huerfanitos. ¡Ojalá fuera mío! Entonces le daría a usted una parte. No soy rico, pero sé las necesidades que sufren los pobres. Estos cinco dólares son míos; tómelos usted para dar de comer a sus hijos". La mirada del obrero sin trabajo dejó de ser codiciosa, dura, y se tornó agradecida al recibir lo que espontáneamente se le

ofrecía, sin tocar la suma destinada a los huérfanos. Cuando llegaron a la población, el obrero se apeó del carruaje, el abuelo le dio un apretón de manos y el hombre, al despedirse, le confesó: “Estaba desesperado y pensé robarle; pero ante la bondad y el cariño con que me ha tratado no he tenido valor para ello. ¡Dios lo bendiga por haberme librado de ser ladrón!”».

—Y ¿volvió mi abuelo a verlo? —preguntó Daisy.

—No; pero creo que el hombre encontró trabajo y vivió siempre honradamente.

—¡Me sorprende tanta bondad! De haber sido el abuelo de Medio-Brooke, ino es paliza la que le doy al hombre! —exclamó Dan.

—El cariño tiene más valor que la fuerza; ensáyalo y te convencerás —contestó el señor Bhaer, levantándose.

—¡Otro! ¡Cuenta usted otro cuento! —dijo Daisy.

—Tía Jo ya nos contó dos —advirtió Medio-Brooke.

—Razón de más para que yo no la imite. El exceso de cuentos es tan indigesto como los atracones de dulce —dijo el profesor, encerrándose en su despacho.

Los muchachos se dedicaron a jugar a la gallina ciega.

—Tommy demostró no haber desaprovechado la moraleja de la última historia, porque, al atrapar a Nan, le dijo:

—Siento mucho haberte llamado malvada.

Nan no se mostró cruel. Cuando jugaban a «Botón, botón, ¿quién tiene el botón?», aprovechó una oportunidad para murmurar al oído de Tommy.

—¡Toma!

Y se lo dijo con tanto cariño, que el muchacho no se sorprendió al encontrarse en la mano con la sortija de cerda, en vez del botón.

Al disolverse la tertulia, el chico ofreció a la niña el mejor trozo de la última manzana. Nan vio que Tommy llevaba puesta otra vez la sortija, y quedaron hechas las paces.

Ambos lamentaron el disgusto, y, sin avergonzarse, se pidieron mutuamente perdón.

Así la amistad permaneció inalterable y continuaron soñando con vivir en el sauce. ¡Dulce castillo edificado en el aire por ilusiones de la niñez...!

Capítulo 21

Esta fiesta nacional se celebra en Plumfield con sujeción estricta a la antigua usanza. Los días que precedían a la solemnidad, las niñas ayudaban a tía Jo y Asia en la cocina, haciendo pasteles, frutas de sartén y muchas otras cosas.

Este año se proyectaba hacer algo más que lo acostumbrado; las niñas subían y bajaban sin descanso; los muchachos no cesaban de ir de la escuela al granero, y viceversa; el ruido era ensordecedor. Recogíanse cintas viejas y trapos de colores; por los suelos, veíanse recortes de cartón y de papel dorado, paja, algodón, franelas, etc. Ned, en su taller, construía misteriosas máquinas. Medio-Brooke y Tommy se pasaban el día rezando entre dientes, como si estuviesen aprendiendo una lección difícil. Del dormitorio de los mayores surgían voces alegres; del cuarto de los chiquitines se escapaban sonoras risas. Papá Bhaer parecía preocupado por la desaparición de la monumental calabaza cosechada por Rob. La calabaza había sido triunfalmente bajada a la cocina; después, aparecieron una docena de pasteles, en los cuales no se había invertido ni la cuarta parte de la enorme hortaliza. ¿Dónde estaba el resto...? Había desaparecido, y Rob no se mostraba disgustado, sonriendo y diciéndole a su padre:

—Ten paciencia. Ya se verá.

La gracia consistía en sorprender a papá Bhaer, sin permitirle enterarse de nada.

Cuando llegó el ansiado día, los muchachos salieron a dar un paseo largo para... ¡abrir el apetito! Las niñas se quedaron en casa, para ultimar detalles y para ayudar en el arreglo de la

mesa. Desde la noche antes, la sala de la escuela quedó cerrada, prohibiendo la entrada a papá Bhaer, a riesgo de ser azotado por Teddy, que guardaba la puerta como un dragoncito, aunque rabiaba por pregonar el secreto.

—Ya está todo, y resulta espléndido —exclamó Nan.

—El... ya sabes qué, está preciosísimo. Silas sabe lo que tiene que hacer —murmuró Daisy, satisfechísima.

—¡Ya vienen! Oigo la voz de Emil; tenemos que vestirnos —gritó Nan, corriendo escaleras arriba.

Los muchachos entraron en tropel, con un apetito que hubiera hecho temblar al pavo grande, de haber estado vivo.

Cuando desde los extremos de la mesa, papá y mamá Bhaer se miraron, contemplando la infantil satisfacción, silenciosamente se dijeron con los ojos: «Nuestra labor prospera. ¡Alabado sea Dios...!».

Durante algunos minutos, sólo se escuchó el ruido de los cuchillos y de los tenedores, y el que hacía, poniendo y quitando platos, Mary Ann, que lucía blanquísima cofia.

Como todos habían contribuido a la fiesta, la comida ofrecía interés personalísimo para los comensales.

—Si éstas no son papas excelentes, a ver si hay quien las traiga mejores —observó Jack, devorando la cuarta ración.

—Si el pavo está tan sabroso, buena parte se debe a las hierbas de mi jardín —murmuró Nan con la boca llena.

—Hay que saborear bien mis nabos; Asia ha declarado que nunca cocinó otros más hermosos —exclamó Tommy.

—Bueno; pues nuestras zanahorias están riquísimas —afirmó Dick, con asentimiento de Dolly.

—Con mi calabaza he contribuido a que se hicieran pasteles

—insistió Rob.

—Yo tomé manzanas para fabricar la sidra —advirtió Medio-Brooke.

—Yo traje almendras para la salsa —indicó Nat.

—Las nueces son de mi cosecha —apuntó Dan. Y así, entre bocado y bocado, continuaron las observaciones.

—¿Quién inventó «Acción de gracias»? —preguntó Rob que vestía por vez primera chaqueta y pantalones, y sentía nuevo interés por las instituciones de su patria.

—¿Quién lo sabe? —interrogó el maestro.

—Yo lo sé —contestó Medio-Brooke—. Esta fiesta la instituyeron los peregrinos.

—¿Porqué...? —preguntó Rob.

—No me acuerdo ahora —murmuró Medio-Brooke.

—Creo que fue porque no perecieron de hambre en una ocasión muy desdichada; y, al obtener una buena cosecha, dijeron: «Debemos dar las gracias a Dios», y señalaron un día para la fiesta de gracias —explicó Dan, que admiraba y sabía la historia de aquellos hombres valerosos.

—¡Bravo! —exclamó papá Bhaer muy complacido—. Creía que no sabías nada más que historia natural.

—¿Te has enterado, Robby? —insinuó tía Jo.

—No, mamá. Yo creía que los «pigrinos» eran unos pájaros que vivían entre piedras, como los que hay en el libro de Dan.

—¡Qué disparate! ¡Confundes a los peregrinos con los pingüinos! —dijo Medio-Brooke, riendo.

—No te rías y enséñale lo que sepas —dijo tía Jo, sirviendo

más salsa de almendras a Rob, para consolarlo de las carcajadas que oía.

—Sí, señora —contestó Medio-Brooke, gravemente, e hizo el siguiente relato, que hubiera hecho sonreír a los Padres peregrinos, de haberlo podido escuchar—: «Has de saber, Rob, que en Inglaterra había algunas personas que no estaban conformes con el rey, ni con otras cosas; y por ello, se embarcaron y se vinieron a este país. Entonces esto estaba lleno de indios, de osos y de animales salvajes, y pasaron tiempos muy duros y vivieron en fortalezas».

—¿Los osos? —exclamó Robby.

—No; los peregrinos, porque los indios les hacían sufrir mucho. Apenas tenían qué comer; no podían soltar los fusiles ni para ir a la iglesia; a veces morían muchos; desembarcaron en una roca, y llamaron a aquel sitio Plymouth Rock, y mamá Bhaer la ha visto y la ha tocado. Los peregrinos mataron a todos los indios y se fueron haciendo ricos; ahorcaron a los brujos, y fueron buenos; algunos de mis antepasados vinieron en estos barcos; y uno de los barcos se llamaba «Mayflower», que quiere decir «Flor de Mayo». Tía Jo, ¿me hace el favor de darme otro pedacito de pavo?

—Medio-Brooke será un buen historiador; relata los sucesos con mucho orden y claridad —afirmó papá Bhaer, mientras su esposa servía la tercera ración de pavo al descendiente de los pasajeros del «Mayflower».

Después de los postres, tía Jo bebió una copa de sidra a la salud de todos, y se levantó diciendo:

—Ahora, «peregrinos» míos, pueden divertirse tranquilamente hasta la hora del té, porque esta noche tendrán que moverse bastante.

—Me llevaré de paseo a todo el rebaño, así puedes descansar y terminar los preparativos de la velada —dijo el señor Bhaer. En cuanto los chiquillos estuvieron listos, cargó

con ellos en el ómnibus, hacia una excursión campestre.

A primera hora se sirvió el té; después, los niños volvieron a cepillarse, a peinarse y a lavarse las manos, dedicándose a esperar impacientemente a los invitados. Sólo asistiría la familia, porque las fiestas en Plumfield eran siempre íntimas. Llegaron los convidados: el señor March y su esposa; tía Meg, resignada y serena, con sus tocas de viuda; tía Amy y tío Teddy con la Princesita, más bella que nunca, con un traje azul celeste, y un gran ramo de flores, que distribuyó y colocó en las solapas de las chaquetas de los muchachos. Tío Teddy presentó a los señores Bhaer un caballero desconocido, diciendo:

—Mi amigo, el ilustre naturalista señor Hyde. Me ha preguntado mucho por Dan, y lo he invitado para que conozca los progresos del chico.

Los señores Bhaer recibieron cordialmente al insigne sabio, encontrándolo amable, sencillo y cortés. Dan se puso contentísimo al ver a su admirado amigo y el digno naturalista mostróse muy satisfecho al ver el progreso del muchacho, tanto en desarrollo físico como en instrucción y educación.

—Va a comenzar la fiesta, para evitar que les dé sueño a los artistas —anunció tía Jo.

Entraron todos en el local de la escuela y ocuparon sus asientos ante un telón formado por dos colchas grandes. Los niños desaparecieron, pero se oían sus risas en el improvisado escenario.

La función comenzó con un número de ejercicios gimnásticos, dirigido por Franz.

Terminados éstos, Medio-Brooke y Tommy representaron el antiguo diálogo titulado «El dinero hace andar a la yegua». Medio-Brooke conquistó muchos aplausos; Tommy estuvo delicioso interpretando el papel del viejo labrador, donde

imitó con tal gracia a Silas, que todos, incluso él, se desternillaron de risa.

Emil, muy bien caracterizado, dio una sesión de canciones de marineros, y hubo derroche de «vientos huracanados», y de «¡no temas naufragar!», cerrando el número con un coro de «¡A bogar...! ¡A bogar...!» que hizo temblar la casa.

Ned, saltando como una rana, bailó una divertidísima danza china.

Como aquélla era la única fiesta pública que se celebraba en Plumfield, se practicaron distintos ejercicios de aritmética, lectura y escritura. Ned asombró a todos por su rapidez para calcular sobre el pizarrón; Tommy ganó el campeonato de velocidad en la escritura, y Franz, con pronunciación correctísima, leyó una fábula francesa.

—¿Y los pequeñuelos? —preguntó uno de los invitados.

—Están preparando la sorpresa; ¡una preciosidad! Compadezco a los que no están en el secreto —contestó Medio-Brooke, llegando para besar a su madre, y permaneciendo junto a ella para explicarle el misterio cuando llegase el momento oportuno.

Pelito de Oro se había marchado con tía Jo, dejando a su papá estupefacto y preguntando, tan intrigado como el señor Bhaer, «qué iba a ocurrir».

Al fin, tras crujidos, martillazos y órdenes —que se oían claramente— del director escénico, sonó blanda música y se descorrió el telón, dejando ver a Bess, sentada en un taburete, junto a un fogón hecho con papel de estraza. Nadie en el mundo pudo soñar con una Cenicienta más encantadora ni mejor caracterizada. La falda gris estaba desgarrada: rotos los zapatitos, y la carita lindísima tenía tal expresión de tristeza que arrancó risas, lágrimas y aplausos en el público. Cenicienta permaneció callada y tranquila, hasta que una voz le dijo: «¡Ahora!». Entonces la niña exhaló un suspiro y

exclamó:

—¡Ay! ¡Yo «tería» ir al baile...!

Y lo dijo con tanta naturalidad, que su padre la aplaudió frenéticamente, y su madre la llamó «¡Preciosísima!». La artista, abandonando su papel, advirtió:

—No se puede hablar.

Reinó profundo silencio. Sonaron tres golpecitos en la pared; alarmóse Cenicienta, y antes de que pudiera decir: «¿Qué es eso?», la parte posterior del fogón se entreabrió como una puerta, y, trabajosamente, salió Nan, hecha un hada, con puntiaguda caperuza, capa de grana y varita mágica, que agitó, murmurando resueltamente, con voz hueca.

—Irás al baile, querida.

—Entonces, dame vestidos hermosos —replicó Cenicienta, procurando quitarse el traje gris.

—No; no es eso; debes decir: «¿Cómo voy a ir al baile con estos andrajos?» —observó Nan, con la misma voz.

—¡Tienes razón! ¡Ya no me acordaba! —contestó la Princesita, repitiendo tranquilamente la frase del hada.

—Yo cambiaré tus andrajos por un magnífico vestido, como premio por lo buena que eres —exclamó el hada, con énfasis, y quitándole el harapiento traje, la mostró ataviada con vistosísimo vestido.

La Princesita realmente estaba seductora; su mamá la había engalanado con un soberbio vestido de baile, todo de seda de color de rosa, con larguísima cola. El hada le puso una corona de plumas blancas y claveles y le dio unos zapatitos de plata (o sea de becerro, forrado con papel metálico). Cenicienta avanzó hacia el público y preguntó:

—¿Verdad que estoy bonita...?

Lo estaba. A duras penas logró recordar su papel y decir:

—Pero, hada, ¡si no «teno toche»!

—¡Aquí está! —murmuró el hada, agitando con tal ímpetu la varita que por poco deja sin corona a su protegida.

Entonces surgió la gran sorpresa. Primero cayó una cuerda; luego se oyó la voz de Emil que gritaba: «¡ilza! ¡Aferrar!» y se oyó a Silas que contestaba: «¡Firmes, ahora, firmes!». Estalló una carcajada general, saludando la aparición de cuatro cosas que querían ser ratas grises, con patas y rabos de trapo, y ojos formados con cuentas negras de vidrio. Los supuestos roedores fingían ir tirando de una magnífica carroza, formada por la mitad de la descomunal calabaza y las ruedas del cochecito de Teddy. Muy tieso en el pescante, con peluca blanca de algodón, y sombrero de picos, pantalón grana, casaca galoneada y restallante fusta dejóse ver el cochero. Era Teddy. El público lo recibió con un aplauso cerrado. Tío Laurie dijo:

—Si pudiese encontrar un cochero así, ahora mismo lo contrataba y me lo llevaba a casa.

Detúvose la carroza; el hada hizo subir a Cenicienta, y ésta se alejó triunfalmente, enviando besos al público.

El segundo cuadro fue el del baile en Palacio. Daisy y Nan parecían, por lo vistosas, dos pavos reales. Nan hizo de hermana orgullosa y se contoneó en el salón haciendo morir de envidia a muchísimas damas imaginarias. El Príncipe, solitario, con imponente diadema, y sentado en algo así como un trono que se movía mucho, jugaba con su espada y se miraba las puntas de los zapatos. Cuando vio entrar a Cenicienta, dio un brinco y gritó:

—¡Muchas gracias!

Acto seguido la invitó a bailar, y dejó que las dos hermanas gruñesen y murmurasen en un rincón.

El baile resultó admirable. La parejita parecía arrancada de una miniatura de abanico pintado por Watteau. Cenicienta se enredó varias veces con la cola y el Príncipe (Rob) estuvo a punto de caer, por la espada, más de una vez.

Sin graves contratiempos concluyó la danza, y la pareja se quedó sin saber qué hacer.

—¡Deja caer un zapato! —murmuró tía Jo a Cenicienta.

—¡Es verdad! ¡Se me olvidaba! —contestó la damita, y, quitándose un zapato, lo colocó cuidadosamente en mitad de la escena, y dijo al Príncipe:

—Ahora echa a correr detrás de mí, a ver si puedes alcanzarme —y se alejó velozmente, mientras Rob recogía el zapatito y salía en persecución de su adorada.

En el tercer cuadro, según todo el mundo sabe, el heraldo del Príncipe va probando el zapato de plata a todas las damas. Teddy, con su traje de cochero, entró haciendo sonar una caracolita. Las dos hermanas de Cenicienta quisieron calzarse el zapatito. Nan se obstinó, y para que entrase hizo como que se cortaba un dedo; el heraldo se alarmó y comenzó a gritar; acudió Cenicienta que aún no había acabado de ponerse el vestido andrajoso, metió el pie en el zapatito, y anunció con júbilo:

—¡Yo soy la Princesa!

Daisy lloró, pidió y obtuvo perdón, pero Nan, amiga de la tragedia, se dejó caer desmayada al suelo, y allí se quedó contemplando el final de la representación.

Llegó el desenlace; el Príncipe entró corriendo, se arrodilló y besó la mano de Cenicienta, mientras el heraldo con toda la fuerza que pudo, sopló en la caracola, amenazando con dejar

sordo al público.

No cayó el telón, porque Pelito de Oro salió de la escena y se confundió con los espectadores, preguntando:

—¿Verdad que lo he hecho muy bien...?

Mientras todos contestaban: «¡Admirablemente!», y el Príncipe y el heraldo contestaban con la bocina y con la espada de madera, asomó Nat, violín en mano.

—¡Chist! ¡Chist! —dijeron los niños; y reinó el silencio.

Mamá y papá Bhaer esperaban oír alguno de los números de música que Nat acostumbraba a ejecutar, pero grande fue la sorpresa, al escuchar una música dulcísima, ejecutada con tanto primor y con delicadeza tan exquisita, que les costaba trabajo creer que era Nat el ejecutante. Tía Meg inclinó la cabeza y besó a sus hijos; la abuela se enjugó una lágrima y mamá Bhaer le dijo al oído a tío Laurie:

—¡Tú eres el autor de esa romanza!

—Deseaba que ese niño les hiciera honor a ustedes, sus maestros y protectores, y les diera las gracias en el idioma de su arte —contestó tío Laurie.

Cuando acabó la melodía, Nat trató de retirarse. Los aplausos y las exclamaciones se lo impidieron y le obligaron a ejecutar otras piezas, que fueron calurosamente aplaudidas.

—¡Despejen! —ordenó Emil, cuando Nat terminó.

En un momento se retiraron las sillas, se refugiaron en los rincones las personas mayores, y se agruparon los muchachos en el escenario. Mientras los niños se divertían, conversaban las personas mayores.

—¿En qué piensas, que te veo tan risueña? —preguntó tío Laurie a tía Jo.

—En mi labor veraniega y el porvenir de estos niños.

—Supongo que ya los estás viendo convertidos en príncipes del arte, de la ciencia, de la política, de las armas o del comercio.

—No; éstos eran mis sueños fantásticos de otro tiempo; ahora sólo aspiro a que sean hombres honrados y trabajadores. Sin embargo, algunos de ellos alcanzarán la gloria. Medio-Brooke tiene una inteligencia extraordinaria; y esta noche, oyendo a Nat, creo que tiene genio artístico.

—No lo asegures tan pronto; tiene sí, talento, y con ese arte podrá ganarse honradamente la vida. Que permanezca aquí un año o dos, luego yo me encargaré de su porvenir.

—¡Qué felicidad para ese niño que, hace seis meses, llamó a esta puerta solo y desamparado! En cuanto a Dan, estoy tranquila. El señor Hyde se lo llevará, lo convertirá en un hombre de provecho y tendrá en él un gran auxiliar. Con la energía y el entendimiento de Dan, se triunfa siempre en la batalla de la vida. Estoy satisfechísima del buen éxito logrado con estos dos niños, tan débil uno, tan salvaje el otro; ambos han mejorado y cifro en ellos grandes esperanzas.

—¿Qué talismán has empleado...?

—El del cariño, haciendo que ellos conocieran la sinceridad de mi afecto. El resto del milagro es obra de Fritz.

—Bueno; tu triunfo como educadora es indiscutible.

—¿Cómo no, teniendo tan buenos colaboradores, y contando con patronos tan generosos como tú...?

—Me enorgullece el éxito extraordinario de esta escuela. No era esto lo que soñábamos para ustedes. Sin embargo, tu inspiración fue felicísima, querida Jo.

—Y, a pesar de serlo, querido Laurie, entonces y después, y ahora, te has reído de mis planes. ¿No anunciabas un desastre cuando decidí intentar el sistema de escuela mixta? Pues ya ves —exclamó señalando la fraternidad que reinaba en los grupos infantiles— el resultado maravilloso de educar juntamente niños y niñas.

—Tienes razón. Cuando Pelito de Oro sea algo mayor, vendré a traértela como alumna.

—Me sentiré orgullosa de que me confíes tu pequeño tesoro. Creo que la influencia de las niñas sobre los muchachos ha sido beneficiosísima. Aunque te rías de mí, te confesaré que me gusta contemplar la chiquillería como a un mundo en miniatura; observar los progresos de mis hombrecitos y notar el influjo beneficioso que las niñas ejercen sobre ellos. Daisy es aquí el elemento doméstico; atrae y cautiva a todos con su bondad y su dulzura. Nan se hace admirar con su extraña mezcla de energía y cariño, de constancia firme y de nobles sentimientos. Tu hija Bess es la nota de elegancia refinada, de gracia, de distinción y de belleza nativas, que pule y despierta los instintos galantes y caballerescos de estos chicos.

—La que hizo conmigo esta obra admirable, más se parecía a Nan que a Pelito de Oro —dijo el señor Laurie.

—No, Laurie. Lo que tú eres no se lo debes a aquella indómita muchacha que, en efecto, se parecía a Nan. Se lo debes a la dama elegante y distinguidísima que el cielo te dio por compañera, y a la bondadosa criatura que cuidó de ti, como Daisy cuida de Medio-Brooke —contestó tía Jo, señalando a su anciana madre.

—Reconozco mi deuda de gratitud para con las tres, y comprendo cuánto pueden hacer las niñas por los niños.

—Tanto como los niños por ellas. Es labor recíproca. Nat, con la música, hace mucho por Daisy; Dan consigue de Nan lo que

ninguno de nosotros puede alcanzar; Medio-Brooke es una maravilla dando lecciones a tu hija Bess. ¡Ah, si los hombres y las mujeres fuesen como estos niños y como estas niñas! ¡Ah, si el mundo fuese, en grande, lo que es en pequeño la casa Plumfield...!

—No te desanimes en tu labor —dijo el señor March—. Tu ejemplo encontrará imitadores. Tu labor, aun siendo reducida, tiene la grandeza y la fecundidad de lo noble y lo honrado. Día llegará en que tu obra sea guía de la humanidad futura.

—Ni sueño ni ambiciono tanto, padre mío —contestó tía Jo—. Sólo anhelo preparar dignamente a estos niños para la vida, poniendo en sus almas honradez, laboriosidad, fe en sí mismos y en sus semejantes.

—Eso les bastará para ser elementos útiles, para desempeñar su tarea sobre la tierra y para recordar tu nombre y el de tu marido con eterna gratitud.

Acercóse el profesor al grupo, y el señor March se apartó un momento. Mientras mamá Bhaer y su esposo charlaban satisfechísimos de la labor veraniega que realizaran, tío Laurie se acercó a los niños y les habló misteriosamente.

De pronto todos los niños se tomaron de las manos, formaron una rueda dejando en el centro a sus amados maestros y comenzaron a dar vueltas y a cantar alegremente:

Ya se ha acabado el verano,
ya terminó la labor;
ya se recogió una cosecha
ya la fiesta terminó.

Aún nos quedan diversiones,
aún nos queda ocupación,
y aún nos dará más cosechas
de dichas Nuestro Señor.

Hoy que de dicha gozamos,

damos con el corazón
gracias a nuestros maestros,
a nuestros padres y a Dios.

Al terminar las últimas notas de la canción, la rueda se fue estrechando hasta que el profesor y su esposa quedaron aprisionados por muchos brazos y medio ocultos por un ramillete de rostros sonrientes y juveniles, demostración de que una planta había arraigado y florecido hermosamente en los jardincitos...

Porque el amor es planta que arraiga en todos los suelos, que se desarrolla sin miedo a las heladas del otoño o a las nieves del invierno, y que florece siempre, perfumando y bendiciendo así por igual a quienes lo otorgan y a quienes lo reciben.

Louisa May Alcott



Louisa May Alcott (Germantown, Pensilvania, 29 de noviembre de 1832 - Boston, 6 de marzo de 1888) fue una escritora estadounidense, reconocida por su famosa novela *Mujercitas* (1868). Comprometida con el movimiento abolicionista y el sufragismo, escribió bajo el seudónimo de A.M. Barnard una colección de novelas y relatos en los que se tratan temas tabúes para la época como el adulterio y el

incesto.

Sus padres eran Abigail “Abba” May y el pedagogo, escritor y filósofo trascendentalista Amos Bronson Alcott, vinculado al abolicionismo, al sufragio femenino y a la reforma educacional. Louisa tenía tres hermanas, Anna, Lizzie y Abba May. Su hermano Dapper murió cuando todavía era un niño.² Creció y vivió en Nueva Inglaterra. Las cuatro hermanas se educaron en su propio hogar por su padre mientras recibían visitas de ilustres vecinos como Nathaniel Hawthorne, Henry David Thoreau, Theodore Parker, Margaret Fuller o Ralph Waldo Emerson.

Louisa escribió relatos y poemas desde joven. En 1851 publicó su primer texto con el seudónimo de Flora Fairfield, un poema que vio la luz en la publicación Peterson’s Magazine.

Su primer libro publicado sería “Fábulas de Flores” (1854). En 1860 comenzó a escribir para la revista Atlantic Monthly. Sus cartas a casa, revisadas y publicadas en el Commonwealth y recopiladas como Hospital Sketches (Escenas de la vida de un hospital, 1863; reeditadas con adiciones en 1869), demostraron un agudo poder de observación y crónica, además de una sana dosis de humor retrospectivo, ganándose su primer reconocimiento crítico. Su novela Moods (Estados de ánimo) (1864) también fue considerada prometedora.

Una parte menos conocida de su obra son las novelas y cuentos que escribió bajo el seudónimo A. M. Barnard. Trabajos tales como A Long Fatal Love Chase “Cacería de amor largo y fatal” y Pauline’s Passion and Punishment “El crimen y castigo de Pauline” son el tipo de novelas románticas conocidas en la era victoriana como «relatos melodramáticos» o «sensation novels», de estilo gótico. Sus protagonistas son obstinados e implacables en la búsqueda de sus objetivos, que a menudo involucran venganza contra aquellos que los han humillado o frustrado. Estos trabajos,

que escribía principalmente como medio de subsistencia, le reportaron éxito comercial y aún son de frecuente lectura.

También produjo historias para niños, y con las excepciones del cuento autobiográfico *Work* (Trabajo) (1873) y la novela corta anónima *A Modern Mephistopheles* (Un Mefistófeles moderno) (1877), que se sospechó podía haber sido escrita por Julian Hawthorne, no volvió a escribir para adultos.